LOS ESPAÑOLES Y EL NORTE DE ÁFRICA. SIGLOS XV-XVIII

Mercedes García Arenal
y Miguel Ángel de Bunes

COLECCIONES
MAPFRE
1492

A diferencia de otras zonas de penetración hispánica, el Norte de África nunca fue colonizado o totalmente ocupado. De un coste enorme en hombres y en medios, fue una empresa de resultados muy mediocres terminada en fracaso. Sin embargo, la cuestión de África es bien compleja y está imbricada en problemas de gran significación. La rivalidad con Portugal, la derrota definitiva del Islam andaluz y su emigración a las costas africanas, el conflicto que enfrenta a España con el Imperio Otomano del que el Norte de África es teatro fundamental; más adelante el problema morisco y las rutas atlánticas de las Indias configuran cuestiones políticas de primera magnitud. Pero la expansión ibérica en el Magreb presenta otras vertientes, las culturales y humanas, de gran impacto en medios populares. Un buen testimonio de ello es la huella dejada en la literatura del Siglo de Oro. Los autores enriquecen con esta importante obra, la hasta ahora escasa bibliografía sobre la presencia española en el Norte de África en los siglos XV al XVIII.

Mercedes García-Arenal (Madrid, 1950). Doctora en Filología Semítica. Profesora de Investigación, Departamento de Estudios Árabes del CSIC.

Miguel Ángel de Bunes (Madrid, 1959). Doctor en Historia Moderna. Colaborador del CSIC.

Colección El Magreb

LOS ESPAÑOLES Y EL NORTE DE ÁFRICA. SIGLOS XV-XVIII

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-389-9 (rústica)
ISBN: 84-7100-390-2 (cartoné)
Depósito legal: M. 20238-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

MERCEDES GARCÍA-ARENAL - MIGUEL ÁNGEL DE BUNES

LOS ESPAÑOLES Y EL NORTE DE ÁFRICA. SIGLOS XV-XVIII



ÍNDICE

Segunda parte

LA NUEVA FRONTERA CON EL ISLAM Y LA VIDA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

INTRODUCCIÓN

La historia de la expansión española sobre el Norte de África ha sido, en todas sus etapas, una historia desdichada. De un coste enorme en hombres y en medios, fue una empresa de resultados muy mediocres terminada en fracaso. Es, además, una cuestión que ha quedado oscurecida por otros capítulos de historia contemporánea. Los descubrimientos, la expansión de Portugal y España a partir del siglo xv en América primero, luego en el océano Índico y el Extremo Oriente, han sido de tales proporciones que la acción sobre el Magreb, por comparación oscura y sin efectos espectaculares, aparece como una etapa sin gran significación en la expansión de los pueblos ibéricos y nunca ha provocado un interés muy destacado. A diferencia de otras zonas de penetración hispana, en el Norte de África nunca fue cuestión de colonización o de ocupación total del territorio. Sobre los vastos países del Magreb, los españoles no tuvieron ninguna influencia digna de ser tenida en cuenta. Ni económica ni políticamente, pues la sumisión coyuntural de algunos señores locales tuvo más de apariencia o de estrategia que de realidad; ni culturalmente, pues en religión permanecieron irreductibles y lingüística y culturalmente impenetrables. Prisioneras entre el mar y los estados locales, las fortalezas españolas conocieron desde sus comienzos días difíciles, asediadas más por el hambre que por el enemigo. Para la misma Corona española durante el siglo xvi, fue también la cuestión africana una empresa más que secundaria a la que prestar ocasionalmente atención en los momentos de respiro dejados por las guerras de Italia o Flandes; la falta de previsión, la falta sobre todo de una política coherente y definida, de un esfuerzo continuado que permitiera rentabilizar las grandes aventuras espectaculares y cos-

tosísimas que tuvieron lugar en momentos concretos y aislados (con las que se buscaba primordialmente un objetivo de prestigio político coyuntural), son los elementos que configuran la historia que aquí vamos a tratar. Ni siquiera las grandes victorias gloriosas, como Malta o Lepanto, tuvieron consecuencias prácticas que justificasen su tremendo costo.

Y, sin embargo, la cuestión de África es vasta y compleja, imbricada en una serie de problemas de gran significación como son la rivalidad con Portugal, la derrota definitiva del Islam andaluz y su emigración a las costas de allende el Estrecho y con el conflicto que enfrenta a España y los otomanos en el que el Norte de África es teatro fundamental. Por último, con el problema morisco y con las rutas atlánticas hacia las Indias. La divergencia de las culturas de ambas regiones (las que se extienden al norte y al sur del Estrecho) después de siglos de estar entretejidas, la diversa fortuna de grupos humanos inmovilizados a uno u otro lado de las nuevas fronteras; o la de aquellos otros que fluctúan por diversas causas y mediante un cambio de religión más o menos voluntario entre una y otra (cautivos, soldados de los presidios, mudéjares y moriscos en la Península o en el exilio, corsarios, renegados...) o que sin cambio de religión consiguen hacerse vida y fortuna a base de las posibilidades que ofrecía la frontera (mercaderes, patrones de navío, adjudicatarios del abastecimiento de plazas, «asientistas», es decir, los que alquilaban sus naves para uso de las armadas) son elementos vinculados a la expansión ibérica en el Magreb. Son hechos todos ellos que configuran, al margen de la «historia oficial» de campañas y acciones militares, una historia variada y apasionante en la que fluye la vida de esta última frontera con el Islam. Porque si la cuestión de África fue casi siempre secundaria para el estado español, no lo fue en absoluto entre la población española contemporánea. En medios populares, fue un tema de gran impacto y preocupación constante y, para determinadas zonas de la Península, en particular las costas meridionales y orientales, de vital importancia. La implicación de la población española en los asuntos africanos es inmensamente mayor de lo que dejaría sospechar la mera enumeración de las empresas estatales. Un buen testimonio de ello es la huella dejada en la literatura del Siglo de Oro, en que asistimos a una verdadera invasión de novelas, relatos, obras de teatro de tema norte-africano. Las multitudes vibraban con las obras de Lope de Vega o con el *Trato de*

Argel de Cervantes. Los relatos de crueles renegados, de corsarios sanguinarios o piratas que amasan fortunas ingentes, de cautivos sufrientes y heroicos o de moras convertidas por amor, de tempestades tremendas, emboscadas o batallas gloriosas, dejan entrever hasta qué punto la imaginación popular era receptiva al mundo de la frontera en el Mediterráneo. Una larga historia de miserias y aventuras desastrosas en las que sucumbieron cientos de miles de hombres, habían preparado a un público dispuesto a dejarse absorber por la visión romántica de ficticias peripecias en tierras africanas. A esta literatura dedicaremos un capítulo pues es esencial para entender la importancia de la frontera en el Mediterráneo.

Las conquistas ibéricas sobre el Magreb tuvieron, por otra parte, unas consecuencias de primera magnitud en la orilla sur del Mediterráneo, y se convirtieron en uno de los factores más relevantes que provocan cambios revolucionarios en el siglo XVI magrebí. Las conquistas hispano-portuguesas tienen peso sobre la aparición de una nueva dinastía en Marruecos, que por primera vez en su historia no es de origen tribal ni se apoya sobre un movimiento de reforma religiosa, y sobre la instalación de los turcos en Argel y Túnez.

Es, en suma, una cuestión de enorme riqueza y de mayor importancia que la que hace suponer la pobreza de la bibliografía existente al respecto. No existe, por ejemplo, una monografía de conjunto, con la sola excepción de un artículo de Braudel del año 1928 que sigue siendo de referencia obligada, titulado «Les espagnols et l'Afrique du Nord de 1492 à 1577» [1]. La obra de Braudel es, por supuesto, fundamental para el presente estudio. Las expediciones de los españoles al Magreb tienen su marco en su famoso libro sobre el Mediterráneo en tiempos de Felipe II [2], obra que pone el énfasis en la unidad de diversos aspectos del mundo mediterráneo en el siglo XVI (geográficos, económicos, de población, de estructuras familiares y códigos de valores...)

[1] F. Braudel, «Les espagnols et l'Afrique du Nord, de 1492 à 1577», *Revue Africaine*, 69, 1928, pp. 184-233, 351-410. Aunque no es realmente una monografía de conjunto ya que está principalmente dedicada a Argelia, hemos hecho uso abundante del excelente libro de M. de Epalza y J. B. Vilar, *Planos y mapas hispánicos de Argelia, siglos XVI-XVIII*, Madrid, 1988.

[2] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949.

para definir una homogeneidad de civilización. En tiempos más recientes, A. Hess, en una obra de singular importancia titulada *The forgotten frontier. A history of the Sixteenth Century Ibero-African frontier*[3], examina también este mundo mediterráneo desde un punto de vista opuesto, el de la divergencia de civilizaciones. Para Hess, la expulsión definitiva del Islam español a principios de siglo y la conclusión de la paz con los otomanos a finales, ponen fin a la larga y fértil superposición de las civilizaciones cristiana y musulmana en el Occidente mediterráneo que a partir de estas fechas se darán definitivamente la espalda hasta el punto de abandonar, de «olvidar» la frontera común.

Unidad de civilización, civilizaciones divergentes. El problema está, claro, en lo que Braudel y Hess entienden por civilización. Pero no dejan duda acerca de lo rico y crucial del ámbito que vamos a examinar en las páginas de este libro, y los presupuestos metodológicos y los planteamientos de ambos estarán presentes a lo largo de todo este estudio. Se trata de una cuestión y de un período fundamental para el estudio de las civilizaciones del Mediterráneo, y desde esa óptica, la intervención de los españoles en África nos parece ya menos remota.

Otro libro importante, aunque ya antiguo, del que haremos abundante uso es el de A. Cour titulado *L'établissement des dynasties des chérifs au Maroc et leur rivalité avec les Turcs de la régence d'Alger (1509-1830)* (París, 1904), obra que tuvo mucho impacto en toda la historiografía francesa sobre el Magreb. Cour mantiene que las conquistas españolas y portuguesas provocaron en los países afectados una crisis religiosa y una reacción de tipo «nacionalista» que aglutinó al pueblo en torno a sus jefes religiosos, los famosos «marabouts». Éstos serían la base de la dinastía Saᶜdí de Marruecos y los responsables de haber llamado en su apoyo a los turcos de Argel. Como intentaremos explicar en su momento, hay una serie de factores más a tener en cuenta para aclarar ambos procesos. Pero es un buen ejemplo de cómo la expansión ibérica en el Norte de África fue considerada un precedente colonial de las acciones del siglo XIX, y también desde esa óptica cobra un interés añadido. No cabe duda de que en el caso español, la evidente asociación de las empresas del siglo XVI con el Protectorado Español sobre

[3] A.C. Hess, Chicago-Londres, 1978. Las obras de Braudel mencionadas y ésta de Hess, constituyen la base principal del presente estudio. Sólo las citaré en nota cuando haga una referencia concreta y determinada o utilice una expresión al pie de la letra.

Marruecos en el XIX-XX (otra empresa oscura y fracasada a la que se prefiere no prestar mucha atención), ha condicionado la bibliografía con que contamos para estudiar las primeras.

El presente libro está dividido en dos partes. La primera va dedicada a los acontecimientos, a la descripción de hechos de historia política y militar. La segunda, a los grupos humanos, a la vida en la frontera.

En la primera parte comenzaremos por buscar los antecedentes en la Reconquista bajo-medieval española y en el impulso mercantil de la corona de Aragón, señalando el papel definitivo de la Guerra de Granada y el peso de la rivalidad y del precedente portugués. La empresa de África no fue una cuestión estática, sino que pasó por fases muy diferentes, por ejemplo, la prolongación del impulso de la Reconquista, en la que se mezclan móviles comerciales, piratería y ansia de lucro, defensa de costas e ideales de cruzada. Posteriormente, será la base del enfrentamiento hispano-otomano y desempeñará un papel considerable en la defensa y protección de la ruta de Indias.

A mediados del siglo XV, la convergencia de innovaciones tecnológicas y de cambios políticos trajo consigo una verdadera revolución en el arte de hacer la guerra. Principalmente en lo que al uso de la pólvora se refiere, pero también en técnicas de navegación, en rapidez de transportes y comunicación [4]. La conjunción de ejércitos, armadas y burocracias crecientemente eficaces contribuyó a la expansión que comenzó por el este con la conquista de Constantinopla por los turcos otomanos en 1453 y por el oeste con la unión de Castilla y Aragón en 1469. Cuando el matrimonio de Fernando e Isabel unió a ambos reinos peninsulares, además de la frontera meridional con Granada, Castilla y Aragón tenían que contar con una frontera oriental que les obligaba a participar en los asuntos de Italia y que les colocaba muy cerca de los límites del naciente Imperio Otomano. La breve ocupación de la ciudad italiana de Otranto en 1480-81 por los turcos marca los comienzos de lo que había de convertirse en una lucha entre ambas potencias del Mediterráneo por controlar el mar y en especial sus «pasillos».

Tanto la potencia turca como la española estaban basadas sobre gobiernos fuertemente centralizados, con una eficaz burocracia y un

[4] J.F. Guilmartin, *Gunpowder and Galleys: Changing technology and Mediterranean Warfare at sea in the Sixteenth Century*, Londres, 1974.

sistema de impuestos que les permitía la puesta en práctica y la adquisición de toda suerte de innovaciones tecnológicas y, en especial, los cañones. Todos estos cambios se produjeron en un momento en que los musulmanes del Norte de África sufrían un proceso de descentralización. La inestabilidad política trajo consigo, además, un fuerte conservadurismo social que, en cualquier caso, dificultaba enormemente la adopción de nuevas tecnologías. Pero la falta de oposición relativa de los estados norte-africanos explica tanto o más que los nuevos usos de la artillería, la facilidad con que ambas potencias se hicieron con un lugar en la orilla sur del Mediterráneo. En ella nos encontramos con ciudades-estado rodeadas y continuamente atacadas por grupos tribales crecientemente poderosos. Los sultanes, cuyos ejércitos eran a menudo menos poderosos que los de las tribus, no podían dominar grandes extensiones territoriales en las que trabajasen campesinos de los que cobrar impuestos para financiar grandes ejércitos regulares con grandes piezas de artillería. Con la excepción de Marruecos, a partir de mediados del siglo XVI, no surgió ningún poder dinástico que encontrara una fórmula legitimadora capaz de aglutinar mayores fuerzas o sectores más amplios de población tras de sí. La proliferación de personajes religiosos y hermandades místicas como sustituto o alternativa de poder en las zonas no urbanizadas, no contribuyó tampoco al fortalecimiento de los sultanatos ciudadanos [5]. De todos estos procesos trataremos en la primera parte del libro, así como de las acciones y expediciones militares. Hemos procurado agrupar éstas en una serie de fases para poner de manifiesto la evolución sucedida dentro de una cuestión que tiende a considerarse estática.

A partir de 1497, en que se conquista Melilla, marcaremos tres grandes etapas:

– De 1497 a 1516, como continuación de la Guerra de Granada, los españoles conquistan un rosario de plazas desde el Estrecho a Trípoli para abandonar la expansión africana en favor de los asuntos de Italia.

– De 1516 a 1559 la lucha es sobre todo contra los corsarios de Argel en los momentos y ocasiones en que dan un respiro las grandes empresas europeas.

[5] J.M. Abun-Nasr, *A History of the Maghrib*, Cambridge, 1971, 3.ª ed., 1989; Ch. A. Julien, *Histoire de l'Afrique du Nord*, París, 1938, 10.ª ed., París 1978.

— De 1559 a 1580 la lucha será sobre todo contra los turcos de Estambul cuya presencia en el Mediterráneo se ha hecho mucho más opresiva.

A partir de 1573, se buscan soluciones pacíficas y las treguas establecidas en 1577 y 1580 con Estambul significan el abandono español de toda política imperialista en el Norte de África y el final del duelo hispano-otomano. Queda, sin embargo, una última fase:

— De 1580 a 1791 en que cae Orán, se extiende una larga etapa de estancamiento y abandono. La piratería, el rescate y canje de cautivos serán los temas principales, apenas aderezados en momentos concretos por otras cuestiones, como es la expulsión de los moriscos a comienzos del siglo XVII y el establecimiento de la república corsaria de Salé. La terminación de la guerra oficial supondrá un incremento de la guerra del corso que se prolonga hasta bien entrado el siglo XVIII.

Otro elemento que hemos mencionado, a tener en cuenta a lo largo del presente libro, está constituido por los moriscos. El problema morisco en la España del siglo XVI no puede entenderse plenamente sin atender a la situación internacional. Confrontados con lo que consideraban un peligro de primera magnitud por parte de los otomanos, los españoles tenían dificultades en tolerar la existencia dentro de sus fronteras de un grupo cuyas lealtades se pensaba que estaban (como tal fue el caso en ocasiones) de parte del Turco. Y no sólo por parte del Turco: es difícil hacerse a la idea de hasta qué punto fue real el temor en España, en diversos momentos del período que vamos a examinar —pero, en cualquier caso, a partir de la Guerra de Granada—, a una reconquista islámica de la Península, a una nueva oleada invasora. Los moriscos eran considerados por muchos como un peligro para la seguridad interior: de hecho, se han encontrado pruebas evidentes de contactos entre los moriscos y los enemigos de España, no sólo los otomanos sino también los protestantes del norte de Europa. Esta visión del morisco como colaborador, como «quinta columna», influyó decisivamente en el decreto de expulsión de principios del siglo XVII [6]. Sin embargo, existe una relación directa entre la expulsión y el aumento de la piratería contra costas españolas en el siglo XVII, lo mismo que

[6] A. Domínguez Ortiz y B. Vincent, *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, Madrid, 1978.

la hubo a principios del siglo XVI con la expulsión de los moros de Granada. Pero el segundo caso trajo una nueva consecuencia, que fue el traslado de gran número de corsarios hasta el Atlántico, donde no sólo amenazaban las costas de España y Portugal, sino que ponían en peligro a la flota y a las rutas comerciales con las Indias.

La segunda parte del libro está dedicada a la vida en la frontera y a los grupos humanos a los que antes hemos hecho relación, divididos en tres grandes apartados: primero, corso y piratería; segundo, cautivos y renegados; tercero, soldados, mercaderes y rescatadores de cautivos.

Desde el comienzo del siglo XVI, miles de españoles fueron cautivados en el Norte de África como resultado de la piratería y de los combates navales. Muchos de ellos pasaron el resto de sus vidas como esclavos en tierras islámicas, muchos «renegaron», convirtiéndose al Islam como medio de escapar a su condición. Pero otros muchos fueron rescatados sobre todo a través de dos órdenes religiosas: la de los mercedarios y la de los trinitarios. No cabe duda de que los esfuerzos de los frailes redentoristas contribuyeron enormemente a hacer de la piratería una profesión rentable. Pero, además, este aspecto del conflicto tuvo una enorme repercusión en la mentalidad española de la época. Creó un clima de miedo que en ocasiones llegó a una verdadera sensación de asedio, especialmente (pero no sólo) en las regiones costeras, y exacerbó los sentimientos de los españoles en contra del Islam, ya fuera turco o norte-africano, ya fuera morisco. Para muchos españoles, la asociación de tierra de Islam con cautiverio y su secuela de horrores, se hizo inseparable.

Estas son, pues, las cuestiones a las que vamos a pasar revista en las próximas páginas. El intercambio de información y de trabajo entre los dos autores ha sido una constante en la confección de esta obra, encargándose específicamente de redactar Mercedes García-Arenal la Introducción y los capítulos I y II de la Primera Parte del presente libro; y los restantes Miguel Ángel de Bunes Ibarra.

PRIMERA PARTE

DESARROLLO HISTÓRICO Y MILITAR DE LA INTERVENCIÓN

I

ANTECEDENTES

Es en los primeros años del siglo XIII, en el momento en el que el Islam hispano inicia su recesión —con la organización social, las formas políticas y la cultura cristiana adquiriendo un papel dominante en la Península— cuando hay que buscar los antecedentes de la proyección española sobre el África del norte. Si, a pesar de lo siempre arbitrario de las fechas para enmarcar cualquier hecho histórico, se quiere encontrar una inicial especialmente significativa, habría que fijarse en el año 1212, el año de la batalla de las Navas de Tolosa.

Cada vez que Castilla había realizado progresos importantes a costa del Islam peninsular, había puesto sus ojos en el Norte de África. Remontémonos al Poema del Cid, que pone en boca del héroe las siguientes palabras: «Allá dentro en Marruecos... ellos me daran parias» [1], en clara prueba de que el Mediterráneo no se consideraba en absoluto una barrera, y que el impulso en contra del Islam veía su continuación lógica allende el Estrecho.

En consecuencia, después de la batalla de las Navas de Tolosa (1212) y aprovechando la dislocación del decadente Imperio Almohade, los castellanos intentaron adquirir una posición privilegiada en Marruecos. Esta política de infiltración, principalmente comercial, se apoya en las milicias cristianas de los sultanes del Magreb y en la creación del Obispado de Marrakech en 1266. Tras la conquista de Sevilla de 1248, Fernando III hizo construir barcos. «Allen mar, tenía oio para

[1] Ch. E. Dufourcq, «Les relations de la Péninsule Iberique et l'Afrique du Nord au XIV siècle», *Anuario de Estudios Medievales*, 7, 1970-71, p. 45.

pasar», «Galeas et baxeles mandava fazer et labrar a grant priesa... teniendo que sy allá pasase, que podría conquerir muy grandes tierras... Et las suas nueuas bolavan et eran muy esparzidas por tierras de allen mar». Igualmente, son bien conocidos los ideales de Cruzada y de conquista de Alfonso X. Es muy significativo el título de la obra *La gran conquista de Ultramar* de la que ordenó la redacción o alguna frase expresa de sus Cántigas, por poner otro ejemplo, donde a raíz de la conquista de Murcia afirma, «a conquerey ela / e demais conquerra Espanna e Marrocos, e Ceta e Arcilla» [2]. Alfonso X emprendió grandes preparativos apoyados por el Papado, de legislación, construcción de naves, nombramiento del Primer Almirante de Castilla, que culminaron con la expedición y breve conquista de Salé en 1260. El «fecho del Imperio» había de hacerle dirigir sus miras en otras direcciones.

Por otra parte, es también a partir del siglo XI cuando el interés político, el espíritu mercantil y el gusto por la aventura habían iniciado la proyección del Reino de Aragón sobre el Magreb medio, donde dos siglos más tarde mallorquines y catalanes constituían un elemento considerable. Documentos del siglo XIII señalan su presencia en Túnez, Bugía, Constantina, Orán, Tremecén e incluso Marrakech y demuestran que supieron hacerse un lugar importante en los puertos en los que desembocaban las rutas comerciales con el Sudán. Los caracteres de esta presencia en la que se mezcla comercio, contrabando y piratería tienen un sello muy especial que marca las relaciones múltiples existentes entre ambas orillas del Mediterráneo [3].

Pero el punto de partida político de la intervención peninsular sobre el Magreb data de los últimos años del siglo XIII y está constituido por el Tratado de Monteagudo, llamado a veces convención de Soria, concluido en 1291 por Sancho IV de Castilla y Jaime II de Aragón y que es en realidad un proyecto de reparto del Norte de África entre ambas Coronas. Es a su vez una prolongación de los tratados de Cazorla de 1179 y de Almizra de 1244 y demuestra que el Mediterráneo no se consideraba el límite infranqueable de la Reconquista en curso. Y aunque el tratado de Monteagudo no fuera seguido por ninguna ac-

[2] M. García-Arenal, «Los moros en las Cantigas de Alfonso X», *Al-Qantara*, 6, 1985, pp. 133-151.

[3] Ch. E. Dufourcq, *L'Espagne catalane et le Maghreb aux XII et XIV siècles*, París, 1966.

ción sobre el Norte de África, indica una decidida intención expansionista. Es un claro ejemplo de hasta qué punto, y en un principio, la intervención española en África es una continuación del impulso de la Reconquista.

Otro hito significativo está marcado por el año 1340 en que tuvo lugar la batalla del río Salado en que Alfonso XI obtuvo una resonante victoria sobre las tropas Marīníes venidas del Norte de África en auxilio de los musulmanes de la Península. Este año marca el punto de inflexión poniendo fin definitivamente a las intervenciones activas del Magreb sobre la Península Ibérica; a partir de ahora, la intervención se hará en sentido inverso, de Norte a Sur. El Salado hizo, además, posible la conquista de Algeciras y el acceso directo al Estrecho [4]. Tras la batalla mencionada, sucedió lo mismo que tras la conquista de Sevilla, es decir, se pusieron las bases para continuar la acción de conquista. Uno de los primeros síntomas del deseo de intervención en el Magreb fue la ayuda que Pedro I de Castilla concedió a un hermano del sultán marīní Abū ʿInān rebelado contra éste. Mientras tanto, Pedro el Ceremonioso de Aragón establecía relaciones diplomáticas y tratados de amistad con las cortes de Fez y Tremecén. Toda una historia de maniobras diplomáticas contradictorias y complicadas de Aragón y Castilla, en las que no podemos entrar aquí, nos demuestra que si el impulso hacia el Norte de África estaba frenado por las luchas internas peninsulares, no por ello era menos tenaz y persistente.

Más adelante, este impulso se manifiesta ya a finales del siglo con la expedición que Enrique III de Castilla lanzó contra Tetuán en 1399-1400 a la que saqueó como acción punitiva contra corsarios. Igualmente, como respuesta a ataques corsarios sobre las costas valencianas, con el apoyo del rey Martín de Aragón y del Papa Luna, Valencia y Mallorca pusieron en marcha una cruzada que en 1398 destruyó Dellys en la actual Argelia y en 1399 intentó tomar Bona y saqueó e incendió Collo y Djidjelli. Aunque aparentemente sólo eran expediciones punitivas, Martín de Aragón había dado al jefe de la expedición contra Bona autorización de poblar con cristianos las localidades que los cruzados esperaban tomar. Desde mediados del siglo XIV, quedaban establecidos los siguientes consulados de Aragón y Mallorca: Ceuta, Ca-

[4] Ch. E. Dufourcq, «La question de Ceuta au XIII siècle», *Hespéris*, 42, 1955.

zaza o Gassassa, Honein, Orán, Mostaganem, Tenes, Argel, Dellys, Bugía, Collo, Bona y Túnez, y una considerable lista de tratados comerciales cuyo trasfondo es el transferimiento del oro del Sudán a la Península Ibérica. Todos estos antecedentes muestran que las actividades no eran sólo belicosas y que la proyección peninsular sobre el Norte de África presentaba desde tiempos medievales facetas diversas: espíritu de cruzada y expansión territorial, defensa de costas y lucha de corso unidas a los intereses comerciales [5].

Piratería y comercio

La piratería ha sido endémica en el Mediterráneo desde la Antigüedad, y todos los pueblos mediterráneos, cristianos o musulmanes la han ejercido en algún momento de su historia. En tiempos de Roma y con anterioridad a la conquista arabo-islámica del sur del Mediterráneo, es conocida la actividad de los piratas que en época posterior habían de perturbar seriamente las relaciones del califato de Córdoba con Oriente. Existe, sin embargo, una diferencia importante a tener en cuenta entre corsarios y piratas: el corsario navegaba en un barco de propiedad particular armado y fletado con autorización de un gobierno puesto a su servicio en condiciones especiales y para fines precisos. Navegaba con la bandera del estado que le había patrocinado dándole «patente de corso» y se ceñía a unas leyes y unas normas corsarias. El corso es el recurso de aquellos estados demasiado débiles como para mantener una armada regular o cuyas circunstancias políticas, y, en particular, su situación de dependencia cuasi-colonial respecto a potencias más fuertes, les impide mantener una marina mercante. El pirata es un barco dedicado a actos de bandolerismo marítimo, sin bandera ni ley, cuya acción no reconocía freno ni normas ni otro fin que el lucro de sus dueños.

Durante la Edad Media, todo el comercio, por tierra o por mar, a través del Sahara o en el Mediterráneo, era una mezcla casi indisoluble

[5] R. I. Burns, «Renegades, adventurers, and sharp businessmen: the thirteenth-century Spaniard in the cause of Islam», *The Catholic Historical Review*, LVIII, 1972, pp. 341-366.

de ambas actividades. Desde el siglo VII, el comercio musulmán en el Mediterráneo había sido una continuación de la conquista musulmana, llevado a cabo por mercaderes que eran también guerreros. A partir del siglo XI, se cambian las tornas: las ciudades catalano-aragonesas, pero sobre todo las ciudades-estado italianas y en particular Génova, Pisa y Venecia comienzan su ascenso hacia la prosperidad comercial. Los barcos italianos y catalanes comenzaron a hacerse con una porción creciente en estas relaciones hechas de bandidaje e intercambio comercial. Particularmente importante a este respecto fue el saqueo de Mahdiya, la capital zirí de Túnez, por naves de Génova y Pisa y aun mayor, la conquista de la Sicilia musulmana por aventureros normandos. En 1110, el reino normando de Nápoles y Sicilia quedaba firmemente establecido y se planteaba su expansión por el Norte de África. En 1150, el rey Roger II tomó Mahdiya, acabando con la dinastía Zirí y quedando en control de la costa norteafricana desde Susa a Trípoli.

Para resumir, se puede afirmar que el desarrollo del comercio mediterráneo medieval hasta comienzos del siglo XI es en su mayor parte producto del mundo islámico. Su desarrollo desde el siglo XI en adelante fue principalmente producto de los estados cristianos de la Europa Occidental. Fueron estos los que privaron a Ifriqīya (Túnez) de su preeminencia relativa como centro de la industria y del comercio, hecho que iba a afectar a la posición de todo el Norte de África en un marco económico más amplio. Primero, porque el Magreb comenzó a convertirse sólo en un proveedor de materias primas, aceite, grano, lana, cera, etc., a cambio de bienes manufacturados. Los tejidos norteafricanos, por ejemplo, continuaron alimentando el comercio sahariano pero declinaron como producto de exportación marítima. Y segundo, porque el comercio marítimo, que durante siglos había sido financiado y controlado desde al-Andalus, el Magreb y Egipto, cayó en las manos de mercaderes de Aragón, Proveza y sobre todo Italia, tanto a causa de su habilidad financiera como por sus actividades de piratería naval que eliminaron la competencia musulmana de una manera drástica. Toda la actividad marítima que le quedó al Norte de África fue piratería pura y simple, una ocupación muy lucrativa sin duda, y organizada como hemos dicho sobre bases comerciales, pero que reflejaba la inferioridad marítima del Magreb.

Como la piratería no sólo era endémica sino normal, en general no alteraba las relaciones políticas entre el Magreb y Europa que en

esta época consistían principalmente en tratados comerciales y en el establecimiento de los derechos de los comerciantes en el extranjero. Como estos acuerdos redundaban en beneficio de todos los concernidos, eran un incentivo para las relaciones pacíficas que, en una edad de violencia endémica, sobrevivían a pesar de todo.

Los consulados establecidos por catalanes y aragoneses son una buena prueba del funcionamiento de estos acuerdos comerciales [6]. A partir de aquéllos, se consigue la regularidad y por ello un evidente provecho para el comercio que se desarrolla entre estas ciudades y los puertos mediterráneos del Magreb. El tráfico estaba por completo en manos europeas: eran las naves europeas las que acudían al Magreb a comprar o a vender, nunca lo contrario. Sin embargo, las transacciones se llevaban a cabo bajo estrecha supervisión de autoridades musulmanas en los puertos. Los mercaderes no se adentraban en el país sino que quedaban confinados en factorías desde donde negociaban sus compras y sus ventas bajo el control del *diwān*, que podemos traducir por ministerio o servicio de aduana. La línea de demarcación era tal que los magrebíes que desearan comerciar en el mar, sólo podían hacerlo como piratas o contrabandistas. Este modo de comerciar tuvo para la parte norteafricana efectos nocivos para su desarrollo posterior. Por un lado, daba un papel central al estado y una concentración absoluta de actividad en los puertos (por lo que la conquista de éstos por los cristianos en los siglos siguientes tendría consecuencias catastróficas); por otro, fomentaba una orientación de la producción hacia productos de bajo valor añadido, lana y cuero fundamentalmente, que eran los demandados por los europeos y que acrecentaban la situación de dependencia magrebí.

Los monarcas de la Península Ibérica utilizaron el corso para cooperar en la vigilancia y defensa de las costas mediterráneas y de sus propias rutas comerciales. Ello fue particularmente necesario en la primera mitad del siglo XIII, cuando Aragón y Cataluña no disponían aún de marina propia, y posteriormente, en los períodos en los que los medios de las armadas reales no eran suficientes. Don Martín el Humano (1395-1410) concedió una cédula creando en Barcelona el Colegio

[6] M.D. López Pérez, «Las relaciones diplomáticas y comerciales entre la Corona de Aragón y los Estados norteafricanos durante la Baja Edad Media», *Anuario de Estudios Medievales*, 20, 1990, pp. 149-170.

de la Mercaduría con varias facultades y preeminencias, entre ellas la de armar varios navíos para custodia de sus reinos y de sus mercancías, de los que podían disponer libremente. La actividad de estas naves llegó a hacerse verdaderamente abusiva, convirtiéndose en auténticos bandidos del mar que actuaban contra todos (y en particular castellanos), y sólo en provecho propio.

Existe abundante documentación acerca de los ataques por parte de marinos andaluces a las costas de Berbería, sobre todo en la segunda mitad del siglo XV. Tanto las costas de Fez como las de Tremecén eran objeto de «cabalgadas» que reportaban cautivos y botín y de las que a menudo tenemos noticia por el cobro del «quinto real» sobre su producto. Aquellas acciones de «barrajar» en las costas del Norte de África, además de lucrativas, servían para aumentar el conocimiento detallado de la costa enemiga. Así lo expresa un memorial dirigido al cardenal Cisneros en 1506 relativo a los marinos de Jerez, el Puerto y Sanlúcar:

> Porque en estos dichos logares lo tienen por uso ir a África y saltear y correr la tierra y barraxar aduares y aldeas y tomar navíos de los moros en la mar, entre los cuales hombres y gantes hay adalides que desde Bulgaria hasta la punta de Tetuán, que es cabe Ceuta, no hay lugar cercado, ni aldea, ni aduares, ni valles, ni sierras, ni puertos, ni desembarcaderos ni atalayas ni ardiles dispuestos, a donde puedan ofender y hacer guerra que ellos no lo sepan como se ha de saber, y son tan diestros, que muchas veces saltan en la tierra de los moros a atentar y espiar... [7]

Los cronistas de la época mencionan cabalgadas como la de Juan Sánchez, alcaide de Rota, en junio de 1480, contra Azamor; las de Pedro de Vera, el conquistador de Gran Canaria, contra Larache; la de Lorenzo de Padilla que barrajó en los aduares del río de la Mamora con 50 caballeros y 700 peones de Jerez y trajo 400 cautivos... y un largo etcétera [8].

[7] *Apud*, M.A. Ladero Quesada, «Castilla, Gibraltar y Berbería (1252-1516)», *Congreso Internacional sobre el estrecho de Gibraltar*, Ceuta, 1987, II, p. 56.

[8] M. Jiménez de la Espada, *La guerra del moro a fines del siglo* XV, Ceuta, 1940, pp. 32 y ss.

Por otra parte, contamos con abundantes testimonios documentales que muestran lo inseparable de piratería y comercio: en respuesta a las repetidas quejas del sultán de Túnez, Fernando tuvo que exhortar a los mercaderes catalanes a que dejasen de cautivar a los funcionarios que entraban en sus barcos en el puerto de Túnez a inspeccionar las mercancías [9]. El propio Fernando el Católico dictó en enero de 1489 una real pragmática aboliendo la práctica del corso, pero la abolición no tuvo grandes efectos prácticos. Por supuesto, los musulmanes replicaban en la medida de sus fuerzas que por diversas causas, entre las que se encuentra la emigración de la población del Reino de Granada después de la conquista de ésta y la desviación del esfuerzo naval y militar castellano hacia otros ámbitos considerados más importantes, irán en aumento a partir del segundo decenio del siglo XVI. Hay casos espectaculares y famosos como el de Conil, salteada en 1515 con cautiverio de todos sus moradores.

No obstante, ya dos siglos antes la respuesta musulmana había comenzado a adquirir proporciones considerables. Ibn Jaldūn, en su *Historia de los Beréberes*, hace referencia al corso norteafricano de finales del siglo XIV con las siguientes palabras:

> La costumbre de hacer el corso contra los cristianos se estableció en Bugía hace unos treinta años. Se practica de la manera siguiente: una sociedad más o menos numerosa de corsarios se organiza, construye un navío y eligen para fletarlo hombres de bravura experimentada. Estos guerreros se lanzan a recorrer las costas y las islas habitadas por cristianos, llegan de improviso y arrebatan todo lo que cae en sus manos; atacan también a los navíos de los infieles, se apoderan de ellos con frecuencia y vuelven con los barcos apresados cargados de botín y de prisioneros. De esta manera, Bugía y los demás puertos occidentales del reino ḥafṣí están llenos de cautivos; las calles de estas ciudades retiemblan con el ruido de los hierros, sobre todo cuando estos desgraciados, cargados de cadenas y grilletes, se dirigen a sus tareas ordinarias. El precio de su rescate es tan elevado que les es imposible entregarlo [10].

[9] M. Meyerson, *The Muslims of Valencia in the Age of Fernando and Isabel*, Berkeley, 1991, p. 77.

[10] *Apud*, T. García Figueras, *Presencia de España en Berbería Central y Oriental*, Madrid, 1945, pp. 86-87.

Piratería e intercambio comercial son actividades inseparables y junto con los cautivos y el dinero necesario para los rescates, ingredientes fundamentales en la actividad económica incluso dese los siglos bajo-medievales. Son además elementos que aparecerán de forma constante en la frontera entre la Cristiandad y el Islam. Muestra de ello es en el siglo XIII, y en la frontera catalano-aragonesa con Granada, el surgimiento de una orden, la de los mercedarios, dedicada precisamente a recaudar limosnas y fondos para financiar los rescates y recuperar cautivos [11]. A lo largo de los primeros siglos de la Edad Moderna, esta cuestión de los rescates llegará a convertirse en una empresa de enormes proporciones por la cantidad de personas implicadas, por las cantidades de dinero trasvasado al Norte de África y por el impacto de la propaganda religiosa llevada a cabo por los mercedarios con el fin de suscitar la piedad popular y el recaudo de limosnas. De ello hablaremos más abajo, así como de la importancia del cautiverio como tema literario durante el Siglo de Oro y como factor de primera importancia en moldear la mentalidad y las actitudes españolas contemporáneas del Islam.

Pero volviendo a un comercio más convencional, hay que tener en cuenta que, desde finales del siglo X, Marruecos había intercambiado sus excedentes de cereales por frutos secos, vidrio, tejidos finos y armas tanto de los territorios cristianos como musulmanes de la Península Ibérica. Hasta el siglo XV, el Magreb había sido el eslabón entre la Europa mediterránea y el África negra y controlaba el comercio del oro del Sudán (África occidental subsahariana) con las dos regiones más desarrolladas de los siglos medievales, el Oriente Próximo y la Europa mediterránea. El Magreb obtuvo muy considerables beneficios de su papel de intermediario entre regiones que no habían alcanzado el mismo nivel de desarrollo tecnológico y de las cuales la más débil poseía los bienes entonces en demanda: oro, especias, marfil y esclavos mostrándose al tiempo necesitada de adquirir sal, tejidos europeos, lino y algodón de Egipto y, crecientemente en el tiempo, hierro y sobre todo armas. El poder de los diversos estados magrebíes estuvo siempre, por tanto, directamente relacionado con su papel de intermediario en el

[11] Sobre toda esta cuestión en los siglos bajo-medievales véase J.W. Brodman, *Ransoming captives in Crusader Spain. The Order of Merced on the Christian-Islamic Frontier*, Filadelfia, 1986.

comercio internacional y en particular con el comercio mediterráneo por un lado y transahariano por el otro, comercio que está en las bases de la importancia de ciudades como Salé, Tremecén, Argel o Túnez. Desde 1375, el mapa del judío mallorquín Abraham Cresques (dibujado posiblemente en base a informaciones obtenidas de mercaderes judíos saharianos) había revelado que el oro del Sudán desembocaba en Ceuta o Tremecén a través de los centros caravaneros de Tombuctú, Tagaza, Siyilmasa y el valle del Dra^c en Marruecos, al sur del Atlas. Y desde esa segunda mitad del siglo XIV, con la definitiva apertura del estrecho de Gibraltar, Granada desempeña un papel fundamental en el comercio del Mediterráneo occidental. El inicio de una gran corriente de navegación atlántico-mediterránea a cargo de mercaderes italianos en su mayoría, sirvió para revalorizar la situación y los productos de los centros marítimos peninsulares situados entre Valencia y Lisboa. En todos ellos actuaron los agentes de las compañías mercantiles genovesas, venecianas y, ya a finales del siglo XIV, lombardas y toscanas. El resultado fue una gran penetración mercantil italiana en el sur de España, tanto de lado musulmán como cristiano. Dentro de la nueva e intensa corriente comercial, Granada ocupaba un lugar privilegiado porque contaba con excelentes productos, buenos puertos (en especial Málaga y Almería) y buenas relaciones con la orilla africana del Mediterráneo. El país estaba muy relacionado con sus vecinos magrebíes por el trigo que importaba de ellos y porque Málaga distribuía las mercancías procedentes de Génova y de Inglaterra y reexportaba los productos norteafricanos (cera, grana, lana, cueros, etc.). La ciudad formaba eje con Tremecén, y en particular con su puerto, Honein, término de llegada de las rutas caravaneras saharianas. Desde Málaga, los genoveses intentaron retener las rutas del oro hacia el Mediterráneo. La conquista cristiana de Granada y las conquistas portuguesas en el Atlántico africano iban a dar al traste con este esquema [12].

[12] J.E. López de Coca, «Comercio exterior del Reino de Granada», *II Coloquio de Historia Medieval Andaluza*, Sevilla, 1982, pp. 335-377 y «Esclavos, alfaqueques y mercaderes en la frontera del mar de Alborán (1490-1516)», *Hispania*, 38, 1978, pp. 275-300.

Canarias

Conviene tener en cuenta que este impulso hacia el Norte de África tiene su paralelo en la conquista de las islas Canarias, empresa contemporánea en la que tanto castellanos y portugueses como aragoneses tuvieron su papel, y que constituye una pieza fundamental en el comercio con África y en la ruta de Indias.

La enemistad tradicional entre Castilla y Portugal, exacerbada por la intervención portuguesa en el problema de la sucesión castellana, representó para Castilla, como antes la rivalidad con Aragón, un incentivo más para la adquisición de sus propias posesiones ultramarinas. Uno de los principales frutos de discordia en el conflicto castellano-portugués del siglo XV iba a ser el de las islas Canarias que, según parece, habían sido descubiertas por los genoveses a principios del siglo XIV. En el transcurso de la guerra de sucesión castellana, Fernando e Isabel intentaron hacer valer sus derechos sobre las islas enviando en 1478, desde Sevilla, una expedición para ocupar la Gran Canaria. La resistencia de los isleños y las disensiones entre los castellanos, hicieron fracasar las intenciones de los reyes y sólo en 1482 una nueva expedición, capitaneada por Alfonso Fernández de Lugo, puso los cimientos de lo que fue, al año siguiente, el sometimiento de Gran Canaria. La Palma fue ocupada en 1492 y Tenerife en 1493. Entre tanto, sin embargo, el tratado de 1479 que puso fin a la guerra entre Castilla y Portugal saldó la disputa sobre las Canarias favoreciendo a Castilla. Portugal renunció a sus pretensiones a cambio del reconocimiento de la exclusividad de sus derechos sobre Guinea, el reino de Fez, Madeira y las Azores.

La ocupación de las Canarias por Castilla fue un acontecimiento de gran importancia en la historia de su expansión colonial. Su situación geográfica iba a hacer de ellas una indispensable escala, de gran valor, en la ruta de América y también en la intervención norteafricana. Además, en la conquista y colonización de las Canarias puede verse la continuación y la extensión de técnicas ya ensayadas a fines de la Edad Media y la creación de nuevos métodos de colonización. La empresa de Canarias fue considerada por Fernando e Isabel como parte de la Guerra Santa castellana contra el infiel, y fue una mezcla de iniciativas públicas y privadas que, como en la última fase de la Reconquista, veremos actuar en las conquistas sobre el Norte de África.

PORTUGAL

Atención a parte debe de ser concedida a Portugal [13]. A finales del siglo XIV, Juan I (1385-1433) fundaba una nueva dinastía, la de Avis. Lo que hace notable el cambio y la instauración de la nueva dinastía es que ascendió al poder con el apoyo de un nuevo conjunto de elementos sociales. Para exponerlo de manera muy simplificada, clases sociales urbanas que hasta el momento no habían tenido un peso de magnitud en los cambios políticos, se aliaron a la nobleza que apoyaba la causa de los pretendientes porque había quedado perjudicada por la dislocación del régimen señorial. Una vez en el poder, aunque Juan I se benefició de la emergencia de unas nuevas clases medias urbanas, tuvo que mantener un pulso con una poderosa nobleza. Las condiciones económicas, las pasiones religiosas y las ambiciones políticas convergían en hacer de ésta una clase especialmente peligrosa. Por otra parte, la Reconquista en Portugal hacía mucho que estaba terminada y la guerra con Castilla había terminado en un tratado (1385) que excluía la posibilidad de expansión peninsular. Qué hacer con una aristocracia insatisfecha económicamente y sin objetivo hacia el que canalizar sus fuerzas fue sin duda uno de los principales problemas de Juan I. Preservar la lealtad de la aristocracia por medio de una cruzada en contra de la ciudad islámica más cercana, Ceuta, no era sino recurrir a una solución tradicional para un viejo problema. En principio, la campaña contra Ceuta se proponía la captura del botín acostumbrado en estos casos. Pero los mercaderes de Lisboa, tanto portugueses como genoveses, reconocieron el valor estratégico y comercial de la ciudad de Ceuta y financiaron la expedición. Esta primera campaña africana de la Casa de Avis surgió por lo tanto de los intereses convergentes de dos grupos sociales cuyas relaciones habían cambiado en tiempos muy recientes y no sólo como la reanudación de una cruzada de tipo medieval. Por otra parte, la conquista portuguesa de Ceuta en 1415 marca un nuevo período en la evolución de la frontera entre la Península Ibérica y el Islam inaugurando aquél en el que se renuncia a las grandes adquisiciones del territorio.

[13] B. Rosenberger, «Le Portugal et l'Islam maghrebin (XV-XVI siècles)», en *Histoire du Portugal*, París, 1987, pp. 59-83. R. Ricard, *Etudes sur l'histoire des portugais au Maroc*, Coimbra, 1955.

Los nobles portugueses se alistaron en una expedición que parecía prometer pingües ganancias. Los comeciantes les financiaron con la esperanza de apoderarse de una porción del comercio norteafricano y en especial del oro del Sudán. El papa Martín V promulgó una serie de bulas destinadas a ayudar a Portugal. Al hacer de la conquista de Ceuta una guerra de Cruzada, Portugal conseguía unos medios de financiación apreciables para un tesoro en apuros. De paso, el papa legitimaba la ocupación y una eventual expansión en una zona que Castilla consideraba como destinada a su propia conquista. Y, sin embargo, los portugueses fracasaron como quedó de manifiesto en la derrota sufrida al poner sitio a Tánger. El tratado que tuvieron que firmar los portugueses con Fez les obligaba a abandonar Ceuta. Como garantía del tratado, el joven príncipe don Fernando, hermano del rey, quedó prisionero como rehén. La razón de estado, el interés superior de la Cristiandad, hicieron que don Fernando fuera abandonado a su suerte antes que devolver Ceuta. El infante, que murió en cautividad, fue por las crónicas elevado a la categoría de mártir y santo.

Cuando quedó claro que la campaña y los fines últimos de ésta habían fracasado, surgió una disputa política en Portugal acerca de cuál debería ser el objetivo futuro de la acción en África. El príncipe Enrique el Navegante encabezaba el partido en favor de proseguir las conquistas territoriales, mientras que el príncipe Pedro organizó una fracción opuesta a una invasión a gran escala del Norte de África. La incapacidad de la aristocracia para ponerse de acuerdo acerca de qué hacer en esta zona dejó la explotación de las posibles ventajas de los puestos de frontera en manos de hombres de fortuna.

Alfonso V, apodado el Africano, subió al poder en 1449 y se dispuso de nuevo a aprovechar las ventajas que suponían las bulas papales en defensa de la Cruzada, tanto en forma de financiación como de autorización para reclutar ejércitos regulares. Aliado del sector aristocrático partidario de la extensión territorial, lanzó un ataque contra Alcazarseguer, una pequeña localidad entre Ceuta y Tánger, que cayó en manos portuguesas en 1458. Interesa recordar que las plazas eran abastecidas en buena parte desde los puertos andaluces donde, ya en el siglo XVI, se instalaron «factores» portugueses para asegurar el tráfico [14].

[14] R. Ricard, «Note sur les facteurs portugais d'Andalousie», en *Etudes sur l'histoire*

Expediciones posteriores fracasaron y sólo en 1471 pudieron los portugueses apoderarse de Arcila y de Tánger, abandonada por la población, y de Larache en 1473. Inmediatamente después (1475), los portugueses se embarcaron en una nueva guerra contra Castilla que hizo languidecer su esfuerzo *alem mar.* Por un breve lapso de tiempo, la nobleza portuguesa pensó que se podía volver a los tiempos de la expansión peninsular. Sin embargo, no abandonaron los puestos logrados en el Norte de África que quedaron en una posición bastante favorable gracias al tratado portugués con Fez. En efecto, en 1465 una revolución en la ciudad de Fez acabó con el último sultán de la dinastía marīní instaurando en el poder a un descendiente de la familia del Profeta al que inmediatamente empezaron a combatir los waṭṭāsíes, visires y parientes de la dinastía anterior que se presentaba como legítima heredera de ésta. Fue aprovechando estas luchas como Alfonso V había podido apoderarse de Arcila y de Tánger mientras el pretendiente waṭṭāsí ponía sitio a Fez. Ante los hechos consumados, y para poder dedicarse a la conquista del poder, Muḥammad al-Šayj firmó con Portugal un tratado de paz y de alianza cuya importancia ha sido curiosamente subestimada. Sin embargo, este tratado se mantuvo en vigor hasta 1500 y permitió a los portugueses administrar una buena parte del norte de Marruecos en torno a las plazas de Ceuta, Alcacer, Tánger y Arcila. Les daba también este tratado el derecho a ocupar Larache y Anfa (la actual Casablanca) contra la cual ya había sido dirigida una expedición en 1469 y por último les autorizaba, de manera exhorbitante, a atacar villas y localidades amuralladas y a apoderarse de ellas sin que la paz quedara rota. El sueño de la conquista del Reino de Fez [15], en el que se complacía una parte de la nobleza portuguesa, no parecía más improbable que el de la conquista del Reino de Granada también entonces desgarrado por luchas internas de facciones que no dudaban en llamar en su apoyo a los castellanos.

Mientras tanto, las expediciones marítimas portuguesas habían abierto nuevos mundos a mucha más velocidad de lo que su propia

des portugais au Maroc.; F. Bejarano Robles, *Documentos para el estudio del abastecimiento y auxilio de las plazas portuguesas en Marruecos desde el Sur de España*, Tánger, 1941.

[15] M. Bataillon, «Le rêve de la conquête de Fès et le sentiment imperial portugais au XVI siècle», *Mélanges luso-marocaines dédiées à la memoire de D. Lopes et P. Cenival*, Lisboa, 1945, pp. 31-39.

aristocracia pudiera soñar en controlarlos, estableciendo bases en Guinea y al sur de la desembocadura del Senegal y estableciendo nuevas rutas que ligaban los territorios al sur del Sahara con Portugal. La costa Atlántica de Marruecos cobra entonces para Portugal una nueva importancia que se hace manifiesta en los tratados firmados con las ciudades costeras. En 1450, sólo cinco años después del establecimiento del fuerte y factoría de Arguin, al sur de Cabo Blanco, en la moderna Mauritania, un acuerdo fue firmando con el señor de Anfa (Casablanca) y Safi para asegurar suministros de trigo de las regiones costeras de Dukkāla, acuerdo que fue renovado en 1455 con la adición de Salé. Por otra parte, los tratados de Alcaçovas y Toledo en que se saldó la guerra con Castilla concedían a Portugal una posición de supremacía en la explotación de la costa atlántica de África. Castilla le reconocía a Portugal el monopolio sobre la explotación y el comercio al sur de las Canarias, es decir, al sur del cabo Bojador.

A la muerte de Alfonso V en 1481, Portugal experimentó una segunda revolución dirigida a terminar con la ascendencia política de la aristocracia. Juan II despojó a la nobleza de sus estados y privilegios inclinando la balanza en favor de las nuevas clases urbanas. En paralelo, el monarca tomó la firme decisión de adoptar un imperialismo naval en detrimento de un imperialismo de extensión territorial: a partir de ahora, es la India y la ruta de la India lo que será el principal objetivo. Muy notable y significativa en este sentido es la fundación de la factoría portuguesa de La Mina, cercana a la desembocadura del río Volta. En manos de Fernão Gomes, el comercio a partir de La Mina llegó a ser tan productivo que la Corona dio un título de nobleza a Gomes y colocó el comercio con el África Occidental bajo monopolio real. De nuevo el oro del Sudán está en el trasfondo. Cambiando tejidos, telas y metal por productos africanos (oro, esclavos, marfil y especias), Portugal prendió la mecha a una revolución comercial que desvió el comercio del África subsahariana de sus tradicionales vías hacia el interior musulmán en favor de la economía atlántica europea. A comienzos del siglo XVI, este comercio suponía un sistema de cambios que enviaba a Lisboa una media anual de doce barcos desde La Mina. Cada uno de esos barcos colocaba en manos de la corona portuguesa unos 410 kilos de oro que valían unos 100.000 cruzados. A la muerte de Juan II en 1495, el oro de La Mina por sí sólo había

doblado los recursos del estado [16]. Ante la importancia cobrada por la ruta africana, entre 1505 y 1520 una serie de *fronteiras* quedaron establecidas entre Salé y Agadir: Mazagán (Al-Ŷadīda) fue tomada en 1502, Agadir y Safi entre 1502 y 1508 y Azamor, al norte de Mazagán, fortificado en 1513. Los portugueses las usaban como escalas marítimas y puntos de aprovisionamiento y para obtener cereal, caballos y unos tejidos de lana conocidos como *hanbel* que no llevaban a la metrópoli sino que a su vez utilizaban como artículos de comercio en el África subsahariana a cambio de oro y esclavos. Estas *fronteiras* no eran sino un paso más de las factorías que, como habíamos visto más arriba, habían establecido los comerciantes europeos bajo-medievales en los principales puertos norteafricanos. Las factorías (o *funduq*, en árabe) eran pequeños enclaves, a modo de lo que son las embajadas en una capital moderna, donde los mecaderes de un mismo país se alojaban, almacenaban sus mercancías y se gobernaban por sus leyes bajo licencia de las autoridades locales. Las *fronteiras* suponen la ocupación política de toda una ciudad con fines básicamente comerciales. La diferencia fundamental es que las *fronteiras* escapaban totalmente al control del estado musulmán; la barrera del *diwān* quedaba eliminada y los mercaderes portugueses quedaban en libertad de hacer negocios en los términos que quisieran con las poblaciones locales sin control por parte del estado del que en principio dependían esas poblaciones. Por lo tanto, esta actividad pasó a ser política tanto como comercial puesto que los portugueses establecían pactos con las tribus locales que se comprometían a proporcionarles las mercancías. De igual manera que otros señores locales, los capitanes de las *fronteiras*, establecían alianzas con las poblaciones del entorno de sus plazas, aquellas que las crónicas portuguesas llaman «moros de paz». Entre estas poblaciones recaudaban tributo, éstas eran las encargadas de proporcionar las mercancías en las que los portugueses estaban interesados y a la vez eran aliados militares. De esta manera, en el sur de Marruecos, los portugueses establecieron unos dominios que llegaban casi hasta la ciudad de Marrakech, a la cual sitiaron con fuerzas locales en el año 1515. En el norte del país, la penetración fue más limitada y el sultán de Fez mantuvo

[16] P. Chaunu, *L'expansion européenne*, pp. 321-22; V. Magalhaes Godinho, *L'economie*, pp. 210-218.

un control más firme sobre el interior. Para resumir, se puede decir que en el primer cuarto del siglo XVI Marruecos veía sus principales puertos y salidas al mar en manos extranjeras, y quedaba aislado en su propio interior. Estos puestos marítimos eran, además, el punto al que iban a abocar las rutas del comercio transahariano que quedaban ahora controladas por los portugueses y por los «moros de paz», sus aliados. Éstos se reclutaban entre las tribus árabes instaladas en las llanuras atlánticas de Marruecos desde tiempos almohades y al sur del Atlas y que, desde la descomposición del poder marīní, eran una fuente de conflicto y disrupción social y un elemento difícil de controlar por parte de los estados urbanos en Fez y en Marrakech. Los trastornos internos que de ello se dedujo en Marruecos y las características de la nueva dinastía que como consecuencia asciende al poder a principios del siglo XVI serán analizados más abajo.

CASTILLA

La acción de Castilla en el Norte de África y más concretamente en las dos zonas de la costa africana relacionadas con Andalucía y Canarias se incrementa a partir de 1493-96, después de las conquistas de Granada y Tenerife. Desde 1492, la Corona buscó bases navales propias en la costa andaluza sujeta casi toda ella a señoríos diversos: por eso compró parte de la jurisdicción sobre Palos en 1492 y recuperó la de Cádiz en 1493 declarando, aquel mismo año, a esta plaza cabecera del comercio norteafricano con lo que se le concedía el monopolio de tal actividad que en parte controlaba directamente la propia monarquía. En 1502, Gibraltar volvería también al realengo después de haber sido administrado durante unos decenios por la casa ducal de Medina Sidonia.

En 1494, el tratado luso-castellano de Tordesillas estableció que el Reino de Fez sería área de expansión portuguesa y renovó la prohibición de que los castellanos navegasen o comerciasen al sur de cabo Bojador. Para entonces ya se habían iniciado, en ambas zonas, diversas actuaciones. En cuanto al área costera relacionada con Granada, éstas se manifiestan claramente en los diversos intentos sobre distintos puntos del Reino de Tremecén, utilizando las flotas de vigilancia que habían bloqueado la costa granadina en los últimos años de la guerra

contra el emirato naṣrí. El deseo de prolongar las conquistas al otro lado del mar de Alborán así como la necesidad de asegurar la mejor defensa de la costa del Reino de Granada —en un momento en el que se estaba empezando a dejar sentir la influencia de la emigración granadina sobre el Norte de África—, impulsaron estas acciones [17].

La otra área de acción sobre la costa norteafricana estaba situada en el Atlántico, desde los límites del Reino de Fez y hasta cabo Bojador. Era un sector costero donde los castellanos, desde sus bases en Canarias, acudían a pescar, a efectuar rescates comerciales o en busca de esclavos. Ya en julio de 1449, el rey de Castilla había otorgado al duque de Medina Sidonia facultad para hacer conquistas en el territorio que va del Cabo de Aguer al Bojador incluso tierra adentro [18], y en 1478 se intentó establecer un puesto fortificado permanente llamado Santa Cruz de Mar Pequeña que fue renovado en 1496 por encargo regio mediante una expedición a cargo del gobernador de Gran Canaria, Alonso Fajardo. En febrero de 1499, se firmaron unas actas de vasallaje por parte de señores locales, los de Tagaost y Ufran o Ifran, en el Dra[c] [19], ambos lugares relevantes en las rutas comerciales con el Sudán. El conquistador de Tenerife, Alonso Fernández de Lugo, intentó la construcción de otras tres torres fortificadas, entre los años 1499 y 1502 en Nul, Tagaost y Bojador [20]. El proyecto fracasó pero Lugo sería nombrado en 1503 adelantado no sólo en Canarias sino también en aquella parte de la costa africana del Atlántico que interesaba a la política castellana.

De todo lo dicho hasta ahora, se destaca que en su primera fase la ocupación ibérica sobre el Norte de África parece ser una continuación de la Reconquista donde los intereses comerciales proporcionan el móvil principal. Junto a ellos, la defensa de las costas de la Península, las alteraciones producidas por los trasvases de la población granadina al Magreb, son también ingredientes básicos cuya confluencia

[17] M.A. Ladero Quesada, «Defensa de Granada a raíz de la conquista (1491-1501)», *Homenaje a Serrá Rafols*, Universidad de La Laguna, 1973, IV, pp. 93-131, incluido en *Granada después de la conquista. Repobladores y mudéjares*, Granada, 1988.

[18] *Codoin*, XXXVI, p. 499.

[19] *Vid.* Julio Caro Baroja, «Las actas de 1499 y las tierras del Nun y el Drá», *Estudios Mogrebíes*, Madrid, 1957, pp. 70-80.

[20] Antonio Rumeu de Armas, *España en el África Atlántica*, Madrid, 1956.

señala un punto de partida fundamental: la guerra y la conquista de Granada.

La guerra de Granada

Granada fue la última frontera del Islam en la Península Ibérica durante dos siglos y medio. Además de una frontera militar y política, fue también un importante factor de intercambios culturales entre dos sociedades y el escenario de actividades mercantiles y depredadoras continuas.

Granada fue durante toda su existencia reino vasallo de Castilla, pero dispuso al tiempo del poder militar suficiente como para mantener un equilibrio de frontera frente a las tropas castellanas e incluso atacar en momentos de crisis o guerra civil [21]. Su capacidad ofensiva desaparece desde mediados del siglo XIV y otros factores vienen a unirse a su extrema vulnerabilidad. Por un lado, su superpoblación, después de haber dado acogida a una gran parte de la población del valle del Guadalquivir conquistado por los cristianos en el siglo XIII, incrementada por las revueltas de mudéjares andaluces y murcianos en 1264, desbordaba completamente su capacidad productiva. Esto obligaba al emirato naṣrí a depender de las importaciones de productos alimenticios, en especial cereales y ganado, forzándolo a una relación de dependencia casi colonial con Génova. Situación ésta que contrasta con el crecimiento económico de Castilla.

Por otro lado, junto a los factores económicos, hay que destacar, en el siglo XV, la crisis política interna y el aislamiento del emirato naṣrí que muestran un agudo contraste con el fortalecimiento del poder monárquico en Castilla que encuentra en la guerra de Granada una oportunidad para aunar esfuerzos en torno a la monarquía desviando fuerzas potencialmente conflictivas.

Durante los conflictos del siglo XV, la Reconquista castellana había quedado prácticamente paralizada. Pero la caída de Constantinopla en 1453 reanimó el espíritu de Cruzada de la Cristiandad y Enrique IV

[21] M.A. Ladero Quesada, *Granada, historia de un país islámico*, 3.ª ed. Madrid, 1989; L.P. Harvey, *Islamic Spain, 1250-1500*, Chicago-Londres, 1990.

de Castilla respondió debidamente a las exhortaciones del papa reanudando las campañas contra Granada en 1455. Se llevaron a cabo, entre 1455 y 1457, seis incursiones militares a gran escala en el Reino de Granada, pero no se consiguió nada importante. El rey consideraba la Cruzada como un buen pretexto para conseguir, bajo los auspicios papales, dinero de sus súbditos.

Pero la idea de cruzada, con sus matices populares, religiosos y emocionales quedaba a disposición de Fernando e Isabel[22]. Una enérgica reanudación de la guerra contra Granada había de hacer más que ninguna otra cosa para unir el país tras sus nuevos gobernantes y para asociar a la Corona y el pueblo en una empresa heroica y merecedora del fervor popular. El ataque comenzó en 1482 con la conquista de Alhama y prosiguió por una serie de metódicas campañas planeadas para ir desprendiendo uno por uno todos los sectores del reino en torno a Granada.

Las características del terreno donde se desarrolla la acción, la importancia de los elementos ideológicos, el papel de la diplomacia, las innovaciones de tácticas militares, de intendencia y tecnológicas, hacen de la Guerra de Granada un hecho bélico de rasgos muy peculiares.

En primer lugar, el carácter de la guerra quedó determinado por las características montañosas del terreno, que no se prestaba a las acciones de la caballería. Fue, esencialmente, una guerra de asedios en la que el papel de la artillería y la infantería fue predominante. Los ataques sorpresa, las constantes escaramuzas propias de la Guerra de Granada, las entradas y operaciones de saqueo serán una constante más tarde en las campañas de África.

En segundo lugar, son destacables los aspectos ideológicos. La toma de Setenil en 1484 y sobre todo la de Ronda, el año siguiente, tuvo honda repercusión en toda la Cristiandad. Los Reyes Católicos aprovecharon la alegría provocada por la toma de Setenil para conferir a su empresa vuelos mesiánicos; un romance expresa el deseo de que los reyes, después de reconquistado el Reino de Granada, aniquilen «de cabo a cabo» toda «la seta de Mahoma»:

[22] M.A. Ladero Quesada, *Castilla y la conquista del reino de Granada*, Valladolid, 1967.

Y ganen la Casa Santa
según es profetizado
y pongan al Santo Sepulcro
su real pendón cruzado [23]

Es un romance a todas luces propagandístico en el que se manifiestan las implicaciones nacionalistas e imperiales de las profecías acerca de la reconquista de Jerusalén por un rey de España, y la importancia simbólica que adquiere Granada como respuesta a Constantinopla y como epítome de un enfrentamiento planetario entre la Cristiandad y el Islam.

La Guerra de Granada, por otra parte, fue ganada por la diplomacia casi tanto como por el prolongado esfuerzo militar de Castilla. El Reino Naṣrí estaba desgarrado por luchas internas, incluso dentro de la propia familia reinante, que Fernando supo aprovechar con habilidad, dentro de una larga tradición bajo-medieval de injerencia de los poderes musulmán y cristianos de la Península en sus respectivas luchas dinásticas.

Junto a todo lo anterior, hay que considerar otros aspectos tanto en el plano militar y tecnológico como el de reclutamiento de tropas que dan a la Guerra de Granada unas características especiales. En primer lugar, el empleo masivo, por primera vez en Castilla, de la artillería de asedio. Aunque los cañones se conocían al menos desde tiempos de Alfonso VI (mediados del siglo XI), su perfeccionamiento técnico es de finales del siglo XV y su utilización intensa se produce por primera vez en la etapa final de la Guerra de Granada. Allí fueron elemento de primordial importancia, factor nuevo de enorme fuerza destructiva en el asedio de muros y torres que se habían fabricado para la sola guerra de lanza y escudo, de modo que facilitaron de manera espectacular el desmantelamiento de las defensas de la frontera de Andalucía. Las victorias se basaron, también, en la capacidad para organizar y mantener en campaña contingentes de tropas enormes para la época, con el esfuerzo económico y organizativo que suponía tanto el reclutamiento como el abastecimiento.

Resumiendo, la Guerra de Granada fue a la vez guerra medieval y moderna. Los reyes castellanos recogieron de tiempos pasados la justi-

[23] R. Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico*, Madrid, 1968, tomo II, p. 31.

ficación ideológica, el móvil religioso: la idea de Cruzada. Recogieron también los procedimientos militares de convocatoria así como las ideas para lograr ayuda económica a través del papa, del clero y de los empréstitos de Cortes, pero con una amplitud nueva. Rasgos modernos fueron la propia autoridad política de los reyes, el auge extraordinario de la artillería, el esfuerzo por aumentar y reglamentar el número de peones y mil aspectos más tanto en la organización del ejército como en la técnica de combate que hicieron la experiencia de numerosos hombres de armas.

La frontera y las guerras de Granada fueron por otra parte lugares y momentos apropiados para las proezas de caballería tanto en su práctica como en los elementos simbólicos e imaginarios que las rodeaban. Granada y su prolongación, las expediciones españolas al Norte de África, fueron escenario de la vida, trabajos y hazañas de cristianos llegados como combatientes o como refugiados. Las historias que se contaron a veces de ellos o sus propias ideas, manifiestan una actitud sobre el mundo islámico próximo donde realidad y fantasía forman un solo cuerpo. Así, ideales caballerescos y hazañas procedentes de libros de caballerías, tan populares en la España de la época, se superponen a aventuras reales guiadas por la ambición y el ansia de riquezas. Y al tiempo que móviles comerciales muy concretos y explícitos, se encuentran, por ejemplo, intentos de evangelización, de nuevo entre la realidad y la expectación de lo extraordinario o lo milagroso, teñidos de mesianismo. Por lo tanto, no podremos olvidar que los protagonistas castellanos de esta historia eran hombres creados en buena medida por la sociedad guerrera que habían forjado dos siglos de frontera con Granada y que tenían una visión del mundo a la que contribuían los extravagantes conceptos popularizados por las novelas de caballerías y las hazañas singulares del romancero fronterizo [24].

En particular, debemos mencionar aquí toda una serie de figuras típicas de la frontera que veremos luego desarrolladas en las plazas africanas como son los nobles desterrados o apartados del poder en el cur-

[24] A. Mackay, «The ballad and the frontier in late medieval Spain», *Bulletin of Hispanic Studies*, libro III, 1, 1976, pp. 15-33; S. Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada en la literatura*, Granada, 2.ª ed. 1989; M.A. Ladero Quesada, «El Islam, realidad e imaginación en la Baja Edad Media castellana», *Coloquio sobre la Utopía*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988.

so de las luchas y banderías tan corrientes en el siglo xv, los delincuentes u «homicianos», los adalides, almogávares y «enaciados».

Desde tiempos de Fernando IV y Alfonso XI, muchas fortalezas de la frontera comenzaron a gozar de un derecho de asilo según el cual todo delincuente que se refugiase en ellas y prestase servicio de armas por un tiempo determinado quedaba libre de su responsabilidad criminal. Eran los llamados «homicianos», y este derecho de asilo de plazas fronterizas es el mismo que está en la base de hecho de que las plazas norteafricanas se convirtieran, con el tiempo, en «presidios». Almogávares y adalides son otras figuras típicas de la frontera granadina que volveremos a encontrar en el Norte de África. Vivían sobre el terreno y lo conocían perfectamente, eran insustituibles en las celadas y golpes de mano, así como en las incursiones en territorio enemigo. Dirigían las algaras y encabezaban los asaltos por sorpresa a castillos. Buenos conocedores del árabe, también prestaban servicios como intérpretes o «trujamanes», como espías a veces. Un caso especial y más extremo lo constituían los «enaciados», en las plazas africanas, renegados o elches, que cambiaban de religión y de bando según las circunstancias. En 1509, cuando la frontera granadina era ya sólo un recuerdo en la memoria de los últimos combatientes, uno de ellos, el famoso Fernán Pérez del Pulgar, *el de las hazañas* escribía a Pedro Navarro a punto de embarcarse para Orán recomendándole que se llevase cuantos adalidades y hombres de campo pudiera encontrar. Sus argumentos son un homenaje a un modo de hacer la guerra que desaparecía en la Península, y a una frontera que se trasladaba allende el mar:

> ...Como quier que los moros son astutos en la guerra y diligentes en ella, los que han sydo en los guerrear los conoscen bien y saben armalles. Conoscen a que tiempo y en qué lugar se ha de poner la guarda, do conviene el escucha, e donde es necesario el atalaya, a qué parte el escusaña, por do se fará el atajo más seguro e que más descubra. Conosçe el espia, sabrala ser.
>
> Tiene conosçimiento de los polvos, sy son de gente de pie, y quál de cavallo o de ganado, y quál es torbellino, y quál humo de carboneros y quál ahumada, y la diferencia que hay de almenara a la candela de los ganaderos. Tiene conosçimiento de los padrones de la tierra y a qué parte los toma y a qué mano los dexa. Sabe poner la celada y a do iran los corredores, e çevallos sy le es menester.

> Tienen conosçimiento del rebato fechizo, y quál es verdadero. Dan avisos. Su pensar continuo es ardiles, engaños y guardarse de aquellos. Saben tomar rastro, y conosçen de qué gente, y aquel seguir. Tentarán pasos e vados, e dañallos e adoballos según fuere menester.
>
> Y guían la hueste. Buscan pastos e aguas para ella, y montañas o llanos para posentallos. Conosçen la dispusiçion para asentar más seguro el real. Tentarán el de los enemigos. Yrán a buscar y traer lengua de ellos, que es muy neçesaria.
>
> Tienen continuo cuydado de mirar el campo, de noche los oydos desçolvados, de día los ojos no çerrados. Porque así es: debaxo de la pestaña del atalaya está la guarda del pueblo, gente y hueste... [25]

En enero de 1492, Granada se rindió. Los términos de la rendición eran generosos y estaban redactados en las líneas de los pactos de mudejarismo, de gran tradición medieval. Los moros conservaban sus armas y sus propiedades y se les garantizaba el uso de sus leyes, su religión, sus costumbres y su vestimenta. Seguirían siendo gobernados por sus magistrados locales y no tendrían que pagar más tributos que los que pagaban a sus antiguos reyes.

Los primeros años del nuevo régimen en Granada se caracterizan por la moderación por parte de la Corona preocupada aún por la ardua consecución de la seguridad militar. Cuando el rey y la reina dejaron Granada en la primavera del 92, transmitieron los poderes para su administración a un triunvirato formado por Hernando de Zafra, secretario general y máximo abogado de continuar la conquista allende, el conde de Tendilla, miembro de la poderosa familia de los Mendoza cuyos antepasados habían sido capitanes generales de la frontera de Granada desde comienzos del siglo XV, y Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada cuya tolerancia e interés por los estudios arábigos contribuyeron en gran manera a reconciliar a los moros con el gobierno cristiano. Talavera comenzó una política de evangelización de la población granadina sin dejar de mantenerse respetuoso con las costumbres moras y con la lengua árabe.

En 1499, llegó a Granada el arzobispo de Toledo, Cisneros, que apartó a Talavera y emprendió una política de conversión por la fuerza

[25] *Apud,* M.A. Ladero, *Granada, historia de un país islámico*, pp. 22-226.

y a través de bautismos en masa. Sus actividades produjeron pronto los resultados previsibles. Los moros se convirtieron a miles en cristianos nominales y en noviembre de 1499 se produjo un levantamiento en las Alpujarras. Los trastornos prendieron la mecha en la ciudad de Granada donde se levantó el Albaicín, y donde se dice que el propio Cisneros estuvo en peligro de muerte. La rebelión fue aplastada, pero se consideró que aquello significaba la ruptura de las capitulaciones y tras la rendición se dio a escoger a los moros entre la emigración o la conversión.

Este levantamiento de 1499 a 1501 produjo una enorme sacudida. Por un lado, enardeció de nuevo el espíritu de militancia religiosa y de lucha contra el infiel, y por otro una enorme sensación de inseguridad interna: la de tener al enemigo dentro de la casa, una «quinta columna» potencial frente al Norte de África y sobre todo el Turco. Hizo pensar a muchos españoles que una nueva invasión musulmana de la Península era de temer. No hacía mucho de la conquista (aunque mantenida por breve tiempo) turca de Otranto, tan cercana a las fronteras del Reino de Aragón. La rebelión puso de manifiesto la fragilidad de las costas meridionales de la Península, hizo patente el peligro que significaba el Islam norteafricano, todo ello dentro de un clima enardecido de pasiones religiosas. Hasta qué punto los dirigentes españoles temieron, cuando el levantamiento, un apoyo por parte musulmán queda probado con la embajada de Pedro Mártir de Anglería, destinada a obtener de Egipto y el Sudán oriental el compromiso de no participar en los asuntos de la Península. Fue en cualquier caso esta rebelión el detonador absoluto para la empresa de África. Apenas se había aplastado la rebelión cuando Cisneros organizaba su expedición a Mazalquivir (Mars al-Kabir).

Defensa de costas y comercio

Las conveniencias estratégicas impulsaban a defender la reciente conquista de Granada asegurando el dominio del Mar de Alborán. En este campo desarrollaron un tremendo esfuerzo Hernando de Zafra y otros consejeros reales, principalmente entre los años 1492 y 1495. La correspondencia de Hernando de Zafra con los reyes en estos años gira en torno a dos problemas de los que es responsable: el traslado allende

de las clases altas granadinas y en particular de Boabdil y su familia, y la defensa de las costas del reino. Pero el trasfondo es manifiestamente el deseo de impulsar a la Corona a continuar las conquistas al otro lado del Estrecho, donde las condiciones, según Zafra, son ideales debido a las divisiones y a las rivalidades internas y al pavor que ha causado la conquista de Granada.

Los móviles comerciales están también presentes, como se refleja en el memorial que envía desde Granada en abril de 1494 sobre Melilla: «esta villa dicen que es bien fuerte y que se puede hacer isla en poco tiempo: está asentada en el principio del reino de Fez y junto con el reino de Tremecén, y está cerca del puerto de Tifilete, por donde salen todas las cafilas que vienen para los reinos de Fez e Marruecos y Tremecén y Bujía y Algicer con el oro que traen de la Zahara...» [26]. El oro del Sudán y el control del comercio transahariano sigue estando en el trasfondo de toda la empresa africana.

Otro tema sobre el que abunda Hernando de Zafra es el impacto que ha tenido la conquista de Granada. Muchas poblaciones han abandonado la costa derruyendo las fortificaciones y retirándose tierra adentro. El final de la conquista de Granada causó una profunda y penosa impresión en todo el Norte de África y tuvo enorme repercusión entre sus poblaciones de la cual se encuentra huella en todo tipo de fuentes contemporáneas y posteriores.

Aparte de ello, las zonas que entraban dentro de la zona de expansión castellana, según lo pactado con Portugal, se vieron directamente amenazadas, en particular la zona costera del Reino de Tremecén. Conscientes de su debilidad, algunas villas iniciaron tratos para entregarse, pactar vasallaje o evitar ataques. A finales de julio de 1492, Hernando de Zafra escribía a los reyes: «yo creo... que no es menester más para ganar todo el reino de Tremecén sino que vuestas Altezas hagan una fuerza que se pueda sostener en aquellas partes». El mismo Zafra [27] da cuenta de una expedición de reconocimiento en 1493 y otra en 1494 a la fortaleza de Tiguente que se había separado de la obediencia a Tremecén. Mientras, Melilla se había sublevado contra el rey de Fez y con ella Cazaza. En la primera de ambas ciudades había nu-

[26] *Codoin,* libro I, p. 89.
[27] *Codoin,* libro I, p. 67

merosos partidarios de entregar el poder a los reyes de Castilla y habían iniciado los primeros contactos con Íñigo Manrique, hijo del alcalde de Málaga. Sin embargo, la conquista no se realizaría hasta 1497. El 17 de septiembre de ese año, Melilla, parcialmente abandonada por su moradores, era ocupada por una flota del duque de Medina Sidonia mandada por su contador, Pedro de Estopiñán. La expedición se había efectuado por orden de la Corona, y en abril de 1498, Estopiñán y Martín Bocanegra concertaron las condiciones económicas de la plaza y su guarnición. El duque de Medina Sidonia conservó su tenencia y recibió una consignación para mantener una guarnición de 700 personas. Las capitulaciones entre la Corona y el duque incluían la concesión de un «juro» sobre las alcabalas, almojarifazgos y tercias de Sevilla, Jerez y lugares de la tierra sevillana por un monto determinado [28]. Era un privilegio semejante en su contenido, aunque mayor en su cuantía, a los numerosos de «pagas y llevas» que se habían otorgado antaño a muchas plazas de la frontera de Granada: la frontera se trasladaba allende el mar y, con ella, las costumbres establecidas para su guarda. Durante cuatro años, el duque obtuvo además el «quinto real» sobre todas las cabalgadas que se efectuaran desde Melilla, por tierra o por mar.

El tratado de Tordesillas, según el cual Melilla, peteneciente al Reino de Fez, sería parte del área de expansión portuguesa, no había acabado con las disputas y la rivalidad entre ambas coronas, que se recrudecen cuando corsarios musulmanes procedentes del litoral al oeste de Melilla (perteneciente al Reino de Fez) amenazaban la seguridad de la costa granadina: los portugueses no intervenían en el sector a ellos reservado porque tenían todos sus esfuerzos centrados en la ruta de Indias. Por eso, cuando Pedro Navarro toma por sorpresa el Peñón de Vélez de la Gomera en 1508, la monarquía portuguesa se enfrenta a un hecho consumado que los castellanos justifican al ser Vélez «reyno de por sí» e inician una serie de negociaciones que desembocan en un nuevo tratado, el de Sintra (1509).

Este nuevo acuerdo mantiene todavía un sector de la costa mediterránea de Berbería bajo influencia portuguesa y desde ese sector se-

[28] M.A. Ladero, «Castilla, Gibraltar y Berbería», *Congreso internacional sobre el estrecho de Gibraltar*, Ceuta, 1987, p. 60.

guirán partiendo corsarios y merodeadores peligrosos para el litoral granadino: las expediciones que salen de las ciudades de Tetuán y Tárraga suelen disfrutar de treguas por parte lusitana. Así pues, de estas zonas bajo influencia lusitana será de donde partan las naves que asolan las costas de la Andalucía mediterránea mediante incursiones que suscitan las correspondientes represalias castellanas. En el Mar de Alborán, se crean de resultas unas relaciones muy semejantes a las que existieron en la frontera castellano-granadina durante los siglos XIV y XV. Una típica «sociedad fronteriza» en la que predominan las razones e intereses que unen a las comunidades ribereñas sobre sus diferencias ideológicas y políticas y a pesar de que la mayor parte de estas relaciones se manifiesten a través del corso y la rapiña, las entradas en busca de cautivos y los rescates subsiguientes que acaban convirtiéndose en una especie de actividad mercantil regular. Protagonistas destacados de las mismas serán los exiliados granadinos. A pesar de lo predominante de este tipo de actividades, hubo también un tráfico comercial digamos «legal» que se reanudó después de la conquista de Granada sobre las líneas del que tradicionalmente había mantenido el reino con el Magreb.

Son en primer lugar los vecinos repobladores de Málaga quienes demandan a los reyes la solicitud de un permiso a Roma para «la contración de Berbería» cuando se reúne el cabildo municipal por vez primera, unos dos años después de la conquista. La respuesta de Roma se manifiesta por medio de una bula en la que Inocencio VIII, en julio de 1490, autoriza el tráfico atendiendo a los cuantiosos gastos que la guerra granadina viene ocasionando y a la necesidad de asegurar la repoblación de los lugares conquistados hasta la fecha, siempre y cuando no se comerciara con materiales estratégicos o de importancia militar.

El comercio con el Norte de África sería, sin embargo, objeto de algunos vetos parciales por parte de los reyes. El primero de ellos data de 1494 y está conectado a los proyectos expansionistas de Hernando de Zafra, que se queja a los reyes de que desde los puertos de Andalucía se exportaba lino (material vedado puesto que se utilizaba para la fabricación de velas de navío). Las prohibiciones darán lugar al contrabando, por lo que es difícil conocer el volumen del comercio realizado. Si los reyes son particularmente laxos con éste es porque los mercaderes a menudo realizan una labor de espionaje susceptible de ser aprovechada en cualquier momento. En cualquier caso, quedó demos-

trado que tras la conquista de Granada nada podía impedir que la nueva sociedad repobladora siguiera importando de un modo u otro los productos tradicionales: cera, pieles, cueros bovinos, dátiles y, desde luego, oro y esclavos [29]. Pero el Magreb mediterráneo se presenta con menos atractivos comerciales que su contrapartida atlántica. Están lejos los tiempos en que Málaga distribuía al Magreb las mercancías procedentes de Inglaterra y Génova, al tiempo que formaba un eje con Honein, el gran puerto de Tremecén al que acudían las naves venecianas. En Marruecos, la decadencia marīní trae consigo el estancamiento de Bādis o Vélez, donde cada dos años hacían escala las galeazas venecianas, y de Cazaza, cerca de Melilla. Estos dos últimos puertos habían de fijar unas relaciones muy particulares y muy frecuentes con Málaga.

La emigración de los moros de Granada

Asociado al corso y al comercio está el fenómeno de la emigración granadina, sobre todo la emigración clandestina e ilegal. Las fustas y galeotas de Vélez y Tetuán despliegan una actividad inusitada con anterioridad a la llegada de los turcos, actividad a su vez relacionada con el vacío de poder existente en la costa mediterránea de Marruecos debido a las disputas castellano-portuguesas respecto a las áreas de influencia.

La diferentes capitulaciones firmadas durante la Guerra de Granada admitían la posibilidad de que los andalusíes pudieran trasladarse al Magreb [30]. En el caso de las que fueron pactadas durante la ocupación castellana de la parte occidental del reino (1484-1487), exceptuando el caso de Málaga, los vencedores conceden un plazo de uno o dos años para que los musulmanes puedan pasar gratuitamente al otro lado del mar con sus bienes muebles, pasado el cual estaban obligados a pagar unos derechos de tránsito. En el caso de Granada y la Alpujarra, cuyos habitantes deponen las armas al finalizar la guerra, los Reyes Católicos

[29] J.E. López de Coca, «Relaciones mercantiles entre Granada y Berbería en la época de los Reyes Católicos», *Baetica*, 1978, pp. 239-311.

[30] J.E. López de Coca, «Granada y el Magreb: la emigración andalusí (1485-1516)», *Actas del Coloquio Relaciones de la Península Ibérica y el Magreb*, Madrid, 1988, pp. 409-451.

conceden un plazo de tres años para emigrar a quienes lo deseen. En realidad, lo que las autoridades cristianas perseguían no era sino descabezar la sociedad islámica granadina privándola de sus clases dirigentes, las únicas que podían emigrar con ciertas garantías de poder rehacer su vida al otro lado del Estrecho, así como librarse de todos aquellos elementos que o no poseían nada que les retuviera o no estaban dispuestos a soportar la nueva situación creada por la conquista. Hernando de Zafra, en una carta dirigida a los Reyes Católicos en diciembre de 1492, informa del paso allende de las familias nobles y principales de Granada y se congratula de que en el reino ya no queden sino «labradores y oficiales» moros [31]. Hablando del exilio de Boabdil y su familia, Pedro Mártir de Anglería afirma: «de esta manera desaparece hasta la menor sospecha de rebelión entre los sin ley, pues rara vez los pueblos se declaran en revuelta o rebelión cuando les faltan jefes por quien esperan ser gobernados» [32]. La situación cambia radicalmente tras la revuelta mudéjar de 1499-1501 que trae consigo un replanteamiento de la condición legal de la población andalusí. Aplastada ésta, en principio se ofrece a los mudéjares vencidos la opción alternativa de convertirse al cristianismo o emigrar, pero las condiciones para la emigración eran tales que la hacían inviable. Comienza entonces la emigración clandestina que tiene su punto álgido entre 1504-1510. Corsarios y refugiados granadinos en la costa norteafricana emprenden entonces entradas de rescate y traslado de sus correligionarios al otro lado del Estrecho todo lo cual va a redundar en el fomento del corso y la piratería sobre todo en la zona del Mar de Alborán [33]. Estas poblaciones andalusíes dan muestra de belicosidad extrema aumentada por el desarraigo producido por la guerra y la emigración y por el rencor hacia los habitantes cristianos de la Península Ibérica. Características ambas que el buen conocimiento de las costas de aquélla y de la lengua castellana hacían particularmente eficaces.

No prestaremos aquí atención a las clases más elevadas de la sociedad andalusí, en su mayor parte instaladas en las ciudades y princi-

[31] Codoin, XI, pp. 503-504.

[32] *Apud*, J.E. López de Coca, «Granada y el Magreb...», p. 412.

[33] M. García-Arenal, «Vidas ejemplares: Saʿīd ibn Fāraŷ al-Duʿālī, un granadino en Marruecos», *Actas del Coloquio Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb*, Madrid, 1988, pp. 453-485.

palmente en Fez, Tremecén y Túnez, que tuvieron un papel cultural y político de primera importancia en sus nuevas patrias, sino a las clases de labradores, artesanos, pequeños comerciantes, etc., en particular, aquellos que se asentaron en los lugares costeros. En toda la costa mediterránea repoblaron y fortificaron un sinnúmero de lugares, pequeños o no tan pequeños, que cobraron nueva importancia y desde los que hostigaban las costas españolas o las plazas portuguesas y castellanas de su propia orilla. El caso más representativo es el de Tetuán. Tetuán, además de la incursión de Enrique III a que hemos hecho referencia más arriba, fue de nuevo saqueada y destruida en 1437 por los portugueses. Un caudillo granadino, al-Manḏārī, obtuvo licencia del sultán de Fez para repoblarlo con sus compatriotas, reconstruirlo y fortificarlo. A lo largo de todo el siguiente siglo, Tetuán cobra, en manos de los granadinos o andalusíes, una importancia de primera línea [34]. Otro caso es el de Tazuta, cercano a Melilla, también repoblado y construido por andalusíes que hacían la guerra a Melilla y a Cazaza, y Tarraga o Targa, en la costa cercana a Xauen. Recientes prospecciones arqueológicas en la costa norte de Marruecos y en torno a una serie de torres fortificadas costeras parecen indicar que éstas fueron construidas por andalusíes imitando la concepción y la construcción del sistema de vigilancia costera del Reino de Granada [35].

También en la costa Atlántica había andalusíes asentados y las crónicas portuguesas recogen múltiples episodios menores, en torno a Arcila y Larache, de ataques de andalusíes. Y lo mismo en la costa argelina desde Orán y Mars al-Kabir hasta Bugía incluyendo Tenes, Mostaganem, Cherchell o Sargel, Miliana y la propia Argel. En Túnez, donde la emigración andalusí es particularmente densa, diversos factores entre los cuales se encuentra una mejor acogida por parte de las autoridades locales, hace que ésta se instale en zonas agrícolas donde implantaron cultivos y técnicas de labor que les habían sido propios en la Península [36].

[34] J.D. Latham, «The reconstruction and expansion of Tetuan: the period of Andalusian Immigration», *Arabic and Islamic Studies in Honor of Hamilton A.R. Gibb.*, Leiden, 1965, pp. 387-408.

[35] «Premiére prospection d'archeologie médievale et islamique dans le Nord du Maroc», *Bulletin d'Archéologie Marocaine*, XV, 1983-84.

[36] J.D. Latham, «Contribution à l'étude des immigrations andalouses et leur place

En cualquier caso, es bien conocido el hecho de que la emigración granadina incrementó la actividad y virulencia en la guerra del corso, dirigida especialmente contra naves y costas españolas y sobre todo en los períodos posteriores a la rebelión mudéjar de 1499-1501 y a la guera de las Alpujarras de 1570-72. Estudios recientes han puesto de manifiesto los efectos que el acoso constante de los corsarios tuvo sobre algunas regiones españolas [37], así como las represalias e incursiones españolas sobre las costas norteafricanas. Y, sin embargo, este estado de violencia endémica no iba a impedir en paralelo una serie de relaciones comerciales pacíficas o reglamentadas por tratados y convenios, ni iba a desaparecer a pesar de los tratados de paz que firmaran los soberanos de los países a uno y otro lado del mar. En la primera mitad del siglo XVI, podemos definir la situación como muy semejante a la frontera peninsular durante los siglos bajo medievales sólo que trasladada al Mediterráneo occidental y a la costa atlántica de Marruecos.

Expectativas mesiánicas y espíritu de Cruzada

Los móviles comerciales y mercantiles, la defensa de costas y la respuesta a la guerra del corso incrementada ahora por la emigración granadina, y el impulso expansionista tradicional a costa del Islam son todos ellos factores determinantes de las acciones en el Norte de África. El fanatismo religioso, la pasión de convertir, el deseo de empujar las fronteras del Islam, el infiel por antonomasia, han pesado también sobre el impulso de intervenir en los territorios de la orilla sur del Mediterráneo, y el término de Cruzada no puede ser totalmente dejado de lado.

Toda la correspondencia de los Reyes Católicos acerca de los asuntos de África abunda en alusiones al carácter religioso de su política en contra de «los enemigos de nuestra santa fe», y a la «santa empresa contra los infieles». En 1493 y 1494, dos bulas del papa Alejan-

dans l'histoire de la Tunisie», en *Recueil d'etudes sur les morisques andalous en Tunisie*, Madrid-Túnez, 1973, pp. 21-63.

[37] E. Friedman, *Spanish captives in North Africa in the early Modern Age*, Wisconsin, 1983.

dro VI aportaban a la cruzada africana la bendición pontificia y permitían a los soberanos españoles con el consentimiento de Roma, el seguir percibiendo el impuesto llamado de la Cruzada.

Por otra parte, la Iglesia española se interesó vivamente por la lucha contra los musulmanes de África y quiso en varias ocasiones hacer suya la empresa. De capital importancia es la actividad personal del arzobispo de Toledo, Cisneros. En 1505, fue el instigador personal de la expedición contra Mazalquivir y en 1509 consiguió, a pesar de las intrigas de la Corte, a pesar de la mala voluntad evidente de Fernando el Católico, llevar a buen fin la expedición contra Orán, para cuya armada tuvo que adelantar él, personalmente, el dinero. La empresa de Orán, que tuvo una enorme repercusión, se encuentra inmersa de lleno en las esperanzas mesiánicas que profetizaban el fin definitivo del Islam, la conversión al cristianismo de toda la humanidad y el restablecimiento de la iglesia primitiva, incluida la recuperación de Jerusalén.

España, la España victoriosa del Islam, estaría a la cabeza de una última y decisiva cruzada. M. Bataillon ha puesto de manifiesto la expectación mesiánica que la conquista de Orán despertó no sólo en España, sino en los medios de la pre-reforma europea. Así, Charles de Bovelles escribía a Cisneros a su vuelta de la campaña africana una carta vibrante:

> Has sabido vencer: tienes que saber aprovechar la victoria. Has tomado en tu mano el arado: no vuelvas atrás tus miradas hasta que los surcos africanos queden llenos de la divina simiente. Has comenzado a hacer violencia al reino de los cielos, pues éste sufre violencia. No cejes, no descanses hasta penetrar en él, por el legítimo favor de Dios y hasta que tome posesión de él, contigo, el innumerable y glorioso ejército de Cristo. Abre a los adoradores de Cristo el camino por donde, sin peligro, a través de las naciones fieles y obedientes a Dios, sea posible alcanzar y visitar los lugares sacrosantos en donde el Señor fue inmolado... [38]

Si hay que dar fe a los profetas, han llegado ya los tiempos en los que tiene que desaparecer el Islam. Que una sola Fe, que un solo prín-

[38] *Apud*, M. Bataillon, *Erasmo y España*. Trad. española, México, 1979, pp. 56 y ss.

cipe, reinen por fin en todas partes. La inquietud mesiánica, inquietud de la cual Bovelles es ejemplo brillante, recorre toda la Cristiandad. Nace del sentimiento agudo de una crisis gigantesca, de una crisis de conciencia que se expresa en violentas aspiraciones de reforma. También Savonarola, en sus vaticinios, había entrevisto una Cristiandad renovada interiormente, que convertiría a turcos y paganos; este mismo profetismo iluminado recorrería España. Muy pocos años más tarde, en Portugal, la expedición de 1513 contra Azamor excita el entusiasmo popular cuyo intérprete es Gil Vicente en su *Exortação da guerra*, curiosa tragicomedia en la cual se oye a Aníbal prometer a los cristianos que, con la ayuda de Dios, volverán a apoderarse de toda el África que les ha sido robada por los musulmanes, y se invita a todos los portugueses a contribuir a la guerra santa. La campaña, dirigida por el duque de Braganza, se desarrolló en una extraordinaria atmósfera de exaltación religiosa y patriótica, y la victoria causó un gran impacto tanto en Portugal como en el extranjero. El papa León X, que había contribuido financieramente a la empresa, otorgó distinciones al rey don Manuel y le instó a reponer el obispado de Marrakech [39].

Hay que tener en cuenta, además, otras de las razones del mesianismo español de la época de los Reyes Católicos que había de exacerbarse sobremanera con la conquista de Granada: se trata de la frustración de los españoles cultos por no haber podido España, dada su historia interna y sus siglos de Reconquista, seguir el modelo de Francia, la hermana enemiga, cuya primacía en la Cristiandad se había manifestado en la cruzada de Jerusalén. La ilustración mejor de este sentimiento es la que queda plasmada en la famosa obra de Martín Martínez de Ampiés, en la que traduce y, sobre todo, anota el *Viaje de la Tierra Santa* de Bernardo de Breindenbach [40]. De esta frustración pueden derivar dos actitudes: una, como la del propio Ampiés, que reivindica una historia diferente y una proyección española sobre el Norte de África que, junto a la toma de Granada, pone a España a la cabeza de la Cristiandad en un conflicto cósmico entre ésta y el Islam. Otra, en la trayectoria de la política catalano-aragonesa mediterránea

[39] S.I.H.M., Portugal, I, pp. 394-402, «La conquête d'Azemmour», B. Rosenberger, «Le Portugal et l'Islam maghrebin...», p. 73.

[40] Un excelente análisis en A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, 1983, pp. 13 y ss.

con la adopción del modelo imperialista francés o germánico, teniendo como meta ideal la reconquista de Tierra Santa. En ambas actitudes, se trasluce el rencor hacia Francia, usurpadora del título de «hija mayor de la Iglesia». Estas dos actitudes, y la rivalidad con Francia, estarán en el trasfondo y condicionarán la política española en el Norte de África.

II

OCUPACIÓN DEL ESPACIO; EL PERÍODO DE APOGEO: CEUTA (1415)-ALCAZARQUIVIR (1578)

PRIMERA ETAPA: LA INTERVENCIÓN ESPAÑOLA EN ÁFRICA ENTRE 1497 Y 1516

Pero desde el punto de vista político, los comienzos, en 1509-10, de la ocupación de la costa norteafricana sólo sirvieron para acentuar las divergencias entre Fernando y Cisneros y para revelar la existencia de dos políticas norteafricanas irreconciliables: Cisneros, siempre imbuido de su espíritu de Cruzada, había proyectado, según parece, penetrar hasta los límites del Sahara y establecer un imperio territorial. Fernando, en cambio, veía en África un teatro de operaciones mucho menos importante que el tradicional enclave aragonés en Italia y se mostraba partidario de una política de ocupación limitada del litoral africano que bastase para proteger las costas de la Península [1]. Pedro Navarro fue el encargado de llevar a la práctica esta política real, lo cual fue causa de peleas entre él y Cisneros que, dedicado a los ideales de la Castilla del siglo xv, acusó a Navarro de intentar arrasar las ciudades norteafricanas sin otro objetivo que cobrar botín.

Pero es la política italiana de la Corona de Aragón la que había de prevalecer en detrimento de la intervención sobre África. Cisneros rompió con su soberano en 1509 y se retiró a la Universidad de Alcalá. Los españoles iban a limitarse a ocupar una serie de plazas en el litoral

[1] Sobre la política exterior de Fernando: J.H. Elliott, *Imperial Spain, 1469-1716,* Londres, 1966, pp. 130-135 y J. Lynch, *Spain under the Habsburgs*, 2 vols. Oxford, 1964, pp. 1-28.

durante el período 1508-1511 en el que transcurren las espectaculares y famosas campañas de Pedro Navarro. Examinemos la secuencia de esas campañas.

Apenas muerta Isabel I de Castilla, su confesor, Cisneros, fue nombrado Regente de Castilla para proseguir la política de la reina, cuyo testamento, en lo que a la intervención en África se refiere, no dejaba lugar a la duda. Cisneros confió al marino veneciano Jerónimo Vianelli, que conocía bien las costas argelinas, la tarea de organizar una expedición de reconocimiento al litoral magrebí con vistas a una conquista de éste. Vianelli propuso la ocupación de Mazalquivir, antepuerto de la próspera ciudad de Orán. En septiembre de 1505, Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles, ocupó la plaza que inmediatamente se hizo muy difícil de mantener por la falta de agua y los ataques constantes. Se hacía necesaria la toma de Orán. El propio cardenal Cisneros, que tenía más de 70 años, acompañó a los 15.000 hombres que, al mando de Pedro Navarro, salieron de Cartagena a bordo de 90 navíos desembarcando en Mazalquivir en septiembre de 1509. La ciudad de Orán fue tomada y sometida a un severo pillaje, con rico botín. Unos meses antes (1508), el Peñón de Vélez de La Gomera había sufrido la misma suerte, quedando bajo soberanía española.

La toma de Orán tuvo, como hemos visto, gran repercusión y suscitó enormes expectativas africanistas. Incluso el rey aprovechó una pausa en las guerras de Italia para interesarse por la empresa. Bugía sufrío a continuación el ataque fulminante de Pedro Navarro, cayendo en 1510. La represión particularmente severa que sufrió esta ciudad provocó la sumisión de las tribus vecinas [2]. Para no correr la misma suerte que Bugía, Argel envió a Pedro Navarro, a unos delegados con los que aquél firmó unas capitulaciones según las cuales la ciudad reconocía la soberanía española. La consecuencia inmediata fue la edificación sobre uno de los islotes a la entrada del puerto de Argel de una fortaleza llamada del Peñón. En 1510, caía Trípoli. En el mes de agosto de ese mismo año, Pedro Navarro fracasaba en una expedición contra Djerba (los Gelves) y en febrero de 1511, abandonado a sus propias fuerzas, se refugiaba en las costas de Italia. Lo que las fuentes contem-

[2] Sobre todos estos acontecimientos, *vid.* M. de Epalza, J.B. Vilar, *Planos y mapas hispánicos de Argelia,* pp. 57-61.

poráneas llaman «primer desastre de los Gelves» (había de haber dos más), constituyó una terrible derrota en la que pereció un número elevadísimo de hombres. Y, sin embargo, este año de 1511 fue todavía un año fructífero desde el punto de vista de la política norteafricana: en la costa argelina, Dellys, Mostaganem, Cherchell y Tremecén se reconocieron vasallos de Fernando el Católico. De manera que entre 1497 a 1511 toda la costa norteafricana de Melilla a Trípoli quedaba bajo el control de los españoles.

De 1511 a 1516 la Corona española se desinteresó en gran parte de los acontecimientos del Magreb. Cuando Diego de Vera intentó su desafortunada expedición contra Argel en 1516, Fernando el Católico hacía ya unos cuantos meses que había muerto y por ello sus vasallos africanos se sintieron liberados de su pacto de vasallaje. Pero de algún modo, la empresa de África ya había sido abandonada puesto que Fernando el Católico sólo se había sentido momentánea y superficialmente tentado. El rey de Aragón sobre todo atribuía una importancia mayor a las cuestiones pirenaicas y a las guerras de Italia. El Magreb era para él un teatro de operaciones secundarias.

Todo se explica si se observa el estrecho paralelismo entre los asuntos italianos y el Magreb. Sin olvidar las empresas ultramarinas: como la ocupación de Gran Canaria en 1478 –las islas Canarias serían después oficialmente adjudicadas a España en el tratado luso-castellano de 1479– y, a partir de 1492, la concentración de energías de la Corona en el Nuevo Mundo. Aunque lo cierto es que, dada la poca seguridad inicial sobre su valor, los descubrimientos de Colón no condicionan realmente la política sobre el Magreb en este primer momento. Sí lo hace, en cambio, el valor bien conocido de las posesiones españolas en Italia. Por ello, toda la historia puede ser mejor comprendida partiendo del estrecho paralelismo entre los asuntos del Magreb y los asuntos italianos.

Así, las ambiciones francesas sobre Italia que llevaron a la invasión de 1495 causaron una guerra de la Corona española con los Valois que restó atractivo a la posible conquista del Magreb. Cuando la guerra en Italia cesó, dieron los Reyes Católicos su aprobación, en 1497, para reemprender la Cruzada contra el Islam, y se produce entonces la conquista de Melilla. En noviembre de 1504, la muerte de Isabel volvió a plantear la cuestión de la política que la Corona debía llevar en el Norte de África, ya que el testamento de la reina era claro

en su recomendación de proseguir la lucha contra el Islam. La consecuencia es la conquista de Mars-al-Kabir o Mazalquivir en 1505.

En 1509, nos encontramos en las postrimerías de los tratados de Cambrai firmados en diciembre del año anterior. En estos tratados se ha querido ver el triunfo de la gran política de Julio II y de las tácticas prudentes de Fernando el Católico. En 1509, el rey de Francia emprende la guerra contra Venecia dando así a Fernando un respiro en los asuntos italianos que aprovecha para emprender o para dejar que otros emprendan conquistas en el litoral magrebí. Dos años más tarde, en 1511, la cuestión italiana vuelve a plantearse. En octubre de ese año, firma con Julio II y Venecia el tratado de la Santa Liga, y comienza la guerra que va a ver las brillantes victorias de Gastón de Foix y los desastres al fin del reinado de Luis XII. Hay que poner término a la inversión en África. Algunas cartas escritas a fines del año 1510 por Fernando el Católico a Raimundo de Cardona, virrey de Nápoles, y al virrey de Sicilia, muestran que en algún momento el viejo rey pensó mantener simultáneamente ambas empresas. Pero parece ser que Luis XII de Francia afirmó en alguna ocasión «Je suis le Maure et le Sarrasin contre lequel on arme en Espagne». No sin razón. La guerra desencadenada en Italia dejó a Pedro Navarro entregado a sus propias fuerzas y tras el desastre de Djerba no se atrevió a atacar a Túnez.

Pero no sería exacto utilizar sólo razones de política exterior para explicar el abandono del frente norteafricano, pues existe otra razón importante que se hará presente a lo largo de todo el período estudiado, y es el coste enorme que suponía el mantenimiento de la armada. Hacían falta sumas muy elevadas para equipar naves, reunir víveres, avanzar las soldadas de tropas vizcaínas y andaluzas a menudo levantiscas y a las que no se podía mantener indefinidamente. Fernando el Católico en diversas ocasiones aludió a la penuria del Tesoro Real frente a aquellos que abogaban por extender la acción africana.

Pero para concluir con esta primera etapa, se puede afirmar que entre 1505, en que los portugueses fundaron Santa Cruz de Cabo Aguer o Agadir, y 1510, año en el que los españoles ocuparon Trípoli, el litoral norteafricano quedaba en manos de las dos Coronas de la Península Ibérica. Se suele afirmar que ambas Coronas tomaron de modo paralelo la decisión de abandonar las antiguas formas de expansión peninsular porque el coste de absorber los sultanatos norteafricanos era demasiado alto comparado con el coste de las conquistas en

otras partes del mundo. Y, sin embargo, ésta es una explicación demasiado sencilla que no tiene en cuenta otros muchos factores ni los diversos ingredientes que actúan como causa de las conquistas y mantenimiento de las plazas africanas. Hay, en cualquier caso, una evolución en el tiempo que hace variar enormemente el carácter de la ocupación en África: la ocupación ibérica parece ser en un primer momento una continuación de la Reconquista; la periferia magrebí se convierte luego en una ocupación limitada de lugares costeros con fines comerciales y defensivos.

Por último, todo el sistema fronterizo se dedica a proteger las rutas de Indias y las costas peninsulares. Desde tiempos de Fernando el Católico en adelante, los españoles mantendrán el sistema de ocupación inaugurado en los tiempos de éste y que los franceses, utilizando una terminología procedente de su propia acción colonial, llamaron de «ocupación restringida», limitándose a los muros de las plazas ocupadas y abandonando el interior del país. Estos métodos son, claro está, consecuencia de la insuficiencia de medios empleada en la conquista del Magreb. Pero cobran mayor significado si se considera hasta qué punto están en consonancia con la guerra de frontera que hemos descrito al hablar de Granada. Las algaras en busca de botín seguidas de rápidas retiradas tras los muros de una plaza, las cabalgadas, los golpes de mano cuyo fin es principalmente el desgaste del enemigo y que no se plantean la colonización de un territorio. A la penuria permanente de medios, a la inercia de hábitos ancestrales de guerra de frontera y al desinterés de los gobernantes se une el desconocimiento del territorio y un conjunto de prejuicios e ideas preconcebidas acerca del Islam que iban a redundar en detrimento de toda la política norteafricana. Temor y desconfianza paradójicamente unidos a una conciencia de superioridad moral que tienen raíces ideológicas antiguas y complejas.

Otra constante a la que haremos repetida alusión y que se produce desde los primeros tiempos de la conquista es la penuria perpetua, la precariedad de las propias plazas conquistadas. Prisioneras entre el mar y unos estados índigenas irreductibles, los presidios nunca pudieron autoabastecerse y tenían que depender de las vituallas (y en ocasiones, incluso del agua) que se les hacía llegar desde la Península.

La situación interior del Magreb

Debemos considerar ahora la situación interna del Norte de África en el período en el que comienza la intervención ibérica. Habíamos visto al comienzo de estas páginas que en 1212 el Imperio Almohade había recibido en las Navas de Tolosa una derrota que marca el comienzo de su rápida decadencia y descomposición. En 1235, todo al-Andalus se había perdido con la excepción del pequeño Reino de Granada, que iba a pervivir en manos de una dinastía independiente de Marrakech. También Tremecén y Túnez como la nueva capital de Ifrīqiya se independizaron. Los almohades se mantuvieron de manera nominal en Marrakech hasta 1269 en que fueron sustituidos por una nueva dinastía con base en Fez, la de los Marīníes. El Magreb quedó dividido en tres dinastías: los marīníes en Marruecos, los ziyāníes o 'abd al-wadíes en Tremecén, y los hafṣíes en Ifriqiya o Túnez. Los intentos hechos por los marīníes de Marruecos en particular, pero también por los hafṣíes de Túnez por hacerse con el control de Tremecén en un intento de reproducir bajo su gobierno la extensión del Imperio Almohade, es una constante de todo el siglo siguiente pero nunca logró el éxito. Quién estuvo más cerca de conseguirlo fue el sultán marīní de Marruecos, Abū l-Ḥasan, que en 1337 tomó Tremecén anexionándose Argelia. En 1340, sufrió en España, a manos de Castilla y de Aragón, la derrota definitiva a que hemos hecho referencia y que se conoce como batalla del Salado. En 1347, sin embargo, emprendió la conquista de Ifrīqiya. Túnez fue ocupado por los marroquíes, pero Abū l-Ḥasan fue derrotado en Qayrawan por las tribus aliadas de los hafṣíes. En 1349, el nuevo Imperio Marīní colapsaba, aunque el hijo de Abū l-Ḥasan, Abū ʿInān, intentara reconstruirlo: en 1352 tomó Tremecén y Bugía, en 1357 Constantina y Túnez. La expedición, sin embargo, se había alejado demasiado de sus bases y Abū ʿInān tuvo que regresar a su capital, Fez, donde murió en 1358. Todo el Magreb quedó en el más completo desorden y en la ausencia absoluta de poder central [3].

Si intentamos resumir el panorama político del Norte de África a partir de los dos grandes sultanes marīníes de Marruecos, la caracterís-

[3] Sobre todos estos acontecimientos, *vid.* J. Abun Nasr, *A History of the Maghreb*, 3.ª ed., Londres, 1990.

tica básica es la debilidad del gobierno central. A partir de mediados del siglo XIV, cada una de las tres dinastías no es, en sus dominios, sino una familia de señores locales disputándose lo que en realidad era un trono vacante. La política queda reducida al nivel de autoridades locales, ciudades, señores y tribus, todos empeñados en un juego de alianzas cambiantes y luchas interminables. Situadas en ciudades que eran centros de comercio y de enseñanza religiosa, estas dinastías proyectaban su autoridad sobre las zonas rurales circundantes por medio de la legitimidad que les proporcionaban los hombres de religión, la posición cultural y comercial de sus ciudades y por sus ejércitos. El núcleo de estos últimos seguía siendo, como en tiempos medievales, una guardia personal de *'abid* que en este momento estaba a menudo integrada por cristianos europeos y más adelante por renegados, emigrados andalusíes y negros del Sudán. Además, existía un *ŷund,* o ejército regular que se reclutaba principalmente entre las tribus nómadas a cambio, a menudo, de concesiones territoriales o en la recaudación de impuestos. Estas tribus y sus jefes militares estaban en una posición en la que podían obtener muy considerables ventajas políticas y poder a la hora de imponer o quitar candidatos al trono. Eran tan necesarios en calidad de aliados como poco fiables. Es este un factor de inestabilidad política en el que se basó el famoso historiador contemporáneo Ibn Jaldūn para establecer su teoría de la ascensión y decadencia de los estados, en la que los duros y agresivos hombres de las tribus nómadas venidas de la estepa se apoderaban de la ciudad y de sus hombres reblandecidos por la civilización ciudadana, para ser a su vez corrompidos por ésta y sucumbir, tras un período de unas cinco generaciones, a una nueva invasión. El aislamiento y acoso sufrido por las ciudades inmersas en un territorio en que tribus nómadas incontrolables dominan las zonas rurales, es una constante de la época.

Por lo tanto, estas dinastías urbanas del Magreb del siglo XV no dominaban grandes extensiones agrícolas trabajadas por pacíficos campesinos que pagaran impuestos con los que financiar ejércitos poderosos. Cada año, las dinastías enviaban desde sus ciudades capitales expediciones para imponer disciplina y cobrar impuesto de las tribus refractarias y de las zonas montañosas, con el fin de imponer y extender la autoridad del sultán. Pero la geografía de las montañas a menudo inexpugnables, la extensión de las estepas pre-desérticas, la debilidad de las dinastías y la necesidad por parte del sultán de establecer

alianzas con determinadas tribus y usar en su favor las disensiones entre éstas, restringía el poder de los gobiernos urbanos. Es una época de dinastías débiles y de tribus fuertes en un trazado perpetuamente cambiante de alianzas entre las primeras y segundas en la que no hay apenas cabida para la noción del estatus territorial del estado. Además, la concentración de vida en las ciudades creó una división considerable entre las zonas rurales y las zonas urbanas salvada únicamente por las necesidades comerciales y por la común adhesión al Islam.

Del Islam proviene uno de los factores políticos y sociales más importantes a tener en cuenta durante este período y es el desarrollo extraordinario de una forma de piedad popular en torno à hombres de religión conocidos como *murābiṭ*, o «marabout» para utilizar la terminología de la historiografía francesa que conoce este período de la historia del Magreb (siglos XV-XVII) como período de la *crise maraboutique.* El Magreb vivió una proliferación extraordinaria de organizaciones religiosas de carácter sufí; esta eclosión de devocionalismo y piedad popular coincide con el fracaso por parte de los estados post-almohades en mantener la cohesión de la sociedad. La dislocación interna y la presión externa debilitaron la legitimidad política de los gobernantes dinásticos y la sociedad buscó sus dirigentes por otras vías.

Sufismo se suele traducir por misticismo islámico, término que induce a confusión puesto que tiene que ver muy poco con el espiritualismo abstracto del misticismo cristiano. En su origen, es una forma de ascetismo o devocionalismo que a lo largo de los siglos se fue formalizando e institucionalizando en unos mecanismos que aseguraban la santidad de los hombres de religión. En la época y área que nos interesa, esto tiene lugar (aparte de por una vida dedicada a la piedad, y por la existencia de actos milagrosos) mediante la existencia de un linaje santo y, en particular, por ser descendiente de la familia del Profeta. Lo que se llama un *šarīf* o jerife. En segundo lugar, estos personajes religiosos practicaban unos métodos determinados (en oración supererogatoria, ayunos, meditación) de acercamiento a Dios y comenzaron a organizar a sus seguidores y a dictar una regla, semejantes a las de las órdenes cristianas. Las comunidades, cofradías o hermandades así formadas tenían su centro en una institución llamada *zāwiya,* donde vivía o estaba enterrado el santo. Las *zāwiyas* se habían difundido por el Norte de África a partir del siglo XIII dando a los hombres santos y a su actuación un carácter mucho más sistemático. Las *zāwiyas*

eran lugares de refugio y cobijo puesto que estaban a salvo de toda violencia, incluso la del estado; por ello mismo, podían garantizar la paz del mercado en zonas conflictivas, y a menudo estaban situadas en importantes nudos comerciales o etapas en rutas caravaneras. Los hombres santos comenzaron a actuar crecientemente como un gobierno alternativo, regulando y arbitrando disputas entre comunidades o entre tribus, negociando con las autoridades el pago de los impuestos, ocupándose de la protección de caravanas, etc., de una manera tal que complementaban o reemplazaban la autoridad política. Su posición se va a hacer crecientemente fuerte a través del período tratado hasta el punto de influir e incluso entrar en el ámbito del estado. Se trata de un sistema de autoridad dual que es necesario tener en cuenta. En Marruecos la hermandad más importante, la ŷazuliyya, o seguidores de al-Ŷazūlī (m. en 1465), tuvo un papel definitivo en su apoyo a una nueva dinastía de jerifes del sur marroquí, la de los sa'díes.

La fe de los *murābiṭūn* o morabitos desde la segunda mitad de los siglos XV-XVI se caracteriza entre otras cosas por su carácter militante. El *murābiṭ* es por definición un personaje empeñado en «ordenar el bien y prohibir el mal»: un personaje que no se contenta con ser un buen musulmán, sino en exigir que aquellos de su entorno también lo sean. Uno de los instrumentos ideológicos más importantes de su propaganda a la hora de conseguir séquito popular es el *ŷihād*. *Ŷihād* interior, es decir, lucha por el perfeccionamiento interior y lucha en contra de los opositores a un movimiento determinado, pero también *ŷihād* contra el infiel, y en particular contra las plazas ocupadas por portugueses y españoles. Los *murabiṭūn* cobrarán en determinados momentos una gran capacidad de movilización popular y su apoyo a sa'díes y otomanos será fundamental para prestar legitimidad a su pretensión de dirigir la comunidad musulmana. La manera en que estos dos grupos de poder, que a lo largo del siglo XVI se harían dominantes en el Norte de África, hicieron valer su causa en un medio inmerso en creciente tribalismo y murabitismo y confrontado a las invasiones cristianas, determinará en este período la política magrebí. El poder de los *murābiṭ* adquiere además, a menudo, características mesiánicas. Como en la Península Ibérica, también en el Magreb el siglo XVI es un siglo empapado en expectaciones mesiánicas, lleno de profecías de carácter más o menos milenaristas que las invasiones cristianas exacerban.

Toda la segunda mitad del siglo xv está inmersa pues en complejas y constantes luchas por el poder. En Fez, en el año 1465, la multitud se levantó contra el último sultán marīní, llamado 'Abd al-Ḥaqq, al que ejecutó poniendo en su lugar a un *šarīf* que, a pesar de su pretensión a la legitimidad religiosa además de política, no pudo mantenerse en el poder sino hasta 1471. En ese año, los waṭṭāsíes, una familia emparentada con los marīníes y que desde principios de siglo habían estado ocupando los papeles de visires y validos de éstos, recuperaron el poder. Sin embargo, prueba de la ascensión creciente del concepto de jerifismo, o descendencia del Profeta como requisito para la legitimidad del poder político, es que el propio visir waṭṭāsí había «descubierto» en 1437 la tumba de Idrīs II (el *šarīf* por antonomasia y miembro destacado de la dinastía inaugural de Marruecos) que haría de Fez una ciudad santa. Por otra parte, en la región del Rif, otra familia de jerifes, los jerifes de Ŷebel'Alam, fundaron un pequeño principado independiente en torno a Xauen o Chaouen, al final del siglo xv, con la ayuda de los exiliados musulmanes de la Península. Esta familia de jerifes se pretendía descendiente de los Idrīsíes además de contar entre sus ancestros al santo sufí Ibn Mašīš, y reforzaban su reputación organizando ataques militares contras las cercanas plazas portuguesas y españolas. Estos poderes del norte, sin embargo, no consiguieron extenderse fuera de sus regiones.

A principios del siglo xvi, otro poder local, valiéndose de los mismos instrumentos ideológicos (a saber: jerifismo, apoyo de una cofradía sufí, militantismo en contra de la ocupación cristiana de las plazas litorales), conseguiría hacerse con el poder a escala de todo el actual territorio de Marruecos. Se trata de la dinastía sa'dí que iba a dar un giro verdaderamente revolucionario a la historia política del Magreb occidental.

Segunda etapa de la intervención: de 1516 a 1559

De 1516 a 1559, es decir, desde la muerte de Fernando el Católico al tratado de Cateau-Cambrésis, tenemos una larga lista de episodios menores y, desde luego, de importancia muy desigual. Como factor nuevo, todas las expediciones o casi todas, de este segundo período, están dirigidas contra los turcos de Argel: en 1516, Diego de Vera, y

en 1519, Hugo de Moncada fracasaron ambos frente a Argel. En 1520, el mismo Hugo de Moncada dirigió una expedición victoriosa contra la isla de Djerba. Dos años más tarde, los españoles perdieron el Peñón de Vélez que no pudieron recuperar hasta 1525. Más grave fue en 1529 la pérdida del Peñón de Argel. En 1530, Andrea Doria atacó Cherchell y en 1531 los españoles tomaban Hona, pero estas dos respuestas quedaron sin resultado. Cuando el ataque a Cherchell, las tropas cristianas se dispersaron para saquear y cobrar botín, fueron sorprendidas por los indígenas, barridas y arrojadas al mar. En Hona, el establecimiento español fue tan precario que en 1535 la villa fue desmantelada y evacuada. En este mismo año de 1535, Martín de Angulo dirigió una desafortunada campaña contra Argel mientras que Carlos V tomaba la Goleta de Túnez, apoyando al sultán ḥafṣí destronado para poner fin a los deseos de intervención de Argel. El emperador sacó gloria y prestigio de este episodio, tanto más cuanto que pudo probar la alianza de Francia con los turcos de Argel gracias al hallazgo de un centenar de piezas de artillería marcadas con la flor de lis. Seis años más tarde, el emperador, en circunstancias dramáticas, fracasaba ante los muros de Argel (1541) y, a partir de entonces, los desastres se suceden. Antes de examinar más en detalle estos acontecimientos y la política española frente a otras zonas, es necesario traer a colación los cambios sucedidos de lado del turco, el principal enemigo a partir de ahora.

La aparición de los otomanos [4]

La conquista de Constantinopla en 1453 dio prueba de la eficacia de un ejército turco equipado con armas de fuego así como de la aparición de la armada otomana. Mehmet *el Conquistador* no dudó en capitalizar las expectativas milenarias que esta victoria produjo en el Islam para emprender una política interna de vigorosa centralización y un extenso plan de expansión imperial. Para 1503 ya la armada otomana había derrotado a la flota veneciana y se había abierto vías marítimas que conducían al Mediterráneo occidental. Al mismo tiempo,

[4] H. Inalcik, *The Ottoman empire. The classical age, 1300-1600,* Nueva York, 1973.

la apertura por parte de Portugal de la ruta de las Indias que desvió de Egipto la ruta de la pimienta y acabó con la visita anual de la flota veneciana a Alejandría, precipitó a Egipto a la bancarrota y de resultas a manos de los otomanos. La súbita conquista de los países del Oriente Medio árabe en 1516-1517 colocó a los otomanos en la supremacía absoluta del mundo musulmán. Cuando la frontera otomana empezó su extensión desde las costas del Mediterráneo oriental hacia el Norte de África durante el reinado del sultán Bayecit II (1481-1512), el hecho no pilló a nadie por sorpresa. Ya en 1480 una avanzadilla otomana había tomado Otranto en el sur de Italia. La muerte del sultán Mehmet al año siguiente detuvo la campaña que, sin embargo, tuvo enorme resonancia en toda la Europa del sur. En 1484, el rumor de que los otomanos reunían la armada causó un gran revuelo en la corte española y la orden de reforzar todas las fortificaciones de Sicilia. En 1488, un ataque otomano a Malta acrecentó la preocupación y se intentó una alianza con el Egipto Mameluco, pero todas las energías para entonces estaban concentradas en la conquista del Reino de Granada. Por este reino se interesó activamente Bayecit II, que envió al corsario Kemal Rais en misión de reconocimiento de costas al Mediterráneo occidental. Esta y otras expediciones posteriores llevaron a los corsarios otomanos a buscar bases en la costa norteafricana. En Bugía, los otomanos recibieron el apoyo del santo local, Sayyidī Muḥammad al-Tuwallī, que de acuerdo con la creencia local tenía poderes mágicos que protegían al puerto de los españoles. Este episodio es indicativo de que en esta zona del Magreb, y desde el primer momento, los otomanos recibieron el apoyo de los jefes religiosos populares.

Alternando entre la isla de Djerba y los puertos de Bona y Bugía, Kemal Rais continuó sus expediciones en contra de las costas cristianas hasta que en 1495 Bayecit II lo llamó a Estambul para integrarlo en la armada otomana que ganó así una considerable experiencia y conocimiento de lo que era el Mediterráneo occidental y estimuló a muchos corsarios de la zona oriental del mar que se animaron a continuar por la misma senda. Entre ellos, los famosos hermanos Barbarroja. Parece ser que procedían de la isla de Mytilene y que dedicados al comercio costero, habían estado en contacto con las diversas culturas del Mediterráneo oriental, así como con las luchas políticas internas otomanas.

Según la crónica de Hayreddin Barbarroja [5], Horuç, el mayor de los hermanos, después de haber sido cautivo de los Caballeros de San Juan de Rodas, llegó a ser protegido del príncipe otomano Korkut. Cuando Korkut fue derrotado en las luchas por la sucesión del trono frente a Selim, que ascendió al poder en 1512, los Barbarrojas no quisieron enfrentarse a sus iras y huyeron hacia el oeste. En Túnez llegaron a un acuerdo con el sultán ḥafṣí Muḥammad V para que les dejara usar el puerto de La Goleta, a cambio de una garantía de no atacar barcos que navegaran bajo la protección tunecina y pagar al soberano un porcentaje sobre el botín [6].

A medida que su reputación fue creciendo, los lugares cercanos a las plazas que habían ido tomando los españoles empezaron a recurrir y buscar su ayuda. Al mismo tiempo, los Barbarrojas consiguieron reconciliarse con el sultán otomano Selim, que les envió dos galeras de guerra. Estos dos factores produjeron el sitio de Bugía de 1515 que, sin embargo, fracasó, y el hecho de que el gobernante local de Argel, un jefe tribal llamado Sālim al-Ṭaᶜālibī, que tenía que pagar tributo a los españoles del Peñón, les llamara en su ayuda. En 1516 y bajo el pretexto de que el jefe tribal se oponía a la guerra santa, Horuç lo hizo ejecutar y se apoderó de la ciudad. Este es el primer síntoma de que los corsarios otomanos se proponían apoderarse del litoral. En septiembre de 1516, la expedición de respuesta española, encabezada por Diego de Vera, fue derrotada por una mezcla desafortunada de elementos (el viento que lanzaba a las naves contra la rocosa costa) y de corsarios.

El siguiente paso que se propuso Horuç fue la conquista de Tremecén. En 1517, se dio una coyuntura favorable aprovechando disputas sucesorias internas de la familia zayyānī. Además, los mercaderes de Tremecén eran favorables a los turcos porque estaban hartos de tener que pagar impuestos a los españoles que ocupaban los puertos de Orán y Mazalquivir y los jefes religiosos simpatizaban con los turcos como cabeza visible del Islam, por lo cual Horuç tuvo pocas dificultades en deponer al sultán Abū Hammū III. La invasión de Tremecén demos-

[5] A. Gallota, «Le Gazavat di Hayreddin Barbarossa», *Studi Magrebini*, 3, 1970, 79-160.

[6] R. Brunschvig, *La Berbérie orientale sous les Ḥafṣides des origines à la fin du* XV *siècle*, París, 1940-47.

traba que además de la costa, los turcos se proponían conquistar el interior del Magreb. La conquista de Tremecén en 1517 tuvo lugar al tiempo en que Selim conquistaba Siria y Egipto. La situación no podía ser más alarmante desde el punto de vista español y más después del informe que don Diego Fernández de Córdoba, gobernador de Orán, presentó a Carlos V, de resultas del cual éste autorizó la primera campaña contra los turcos en el Norte de África: al comienzo de 1518, naves españolas comenzaron el bloqueo de las rutas marítimas que aprovisionaban Argel y tropas españolas pusieron sitio a Tremecén. Los corsarios fueron derrotados y Horuç fue muerto en el verano de 1518 cuando intentaba escapar al asedio. Le sucedió su hermano Hayreddin que solicitó ayuda a la Sublime Puerta, y la recibió. A cambio de ser nombrado gobernador de Argel, esta ciudad quedó bajo directa soberanía otomana, y se llevaron a cabo los actos simbólicos debidos, en particular, decir el sermón, a la hora de la oración del viernes, en nombre del sultán de Estambul. Igualmente, y desde estas fechas, la moneda se acuñaría en su nombre. En agosto de 1519, otra desafortunada tormenta más contribuía al fracaso de otro ataque español contra Argel. Para entonces, Carlos V tenía que enfrentarse a la rebelión de los Comuneros (1521) y a la invasión francesa de Navarra; la política respecto al Magreb quedaría de nuevo reducida a esfuerzos espasmódicos y sin verdadera continuidad ni planificación. Aunque el emperador envió una considerable armada de 13.000 hombres en 1520 dirigidos por Hugo de Moncada y Diego de Vera que conquistaron la isla de Djerba, los españoles no consolidaron su conquista, que quedó limitada a una expedición de castigo y destrucción de un enclave corsario.

Esta expansión de la periferia otomana hasta el Magreb central, dejó al sultanado ḥafṣí de Túnez aprisionado entre turcos y españoles. Pese a haber derrotado a los españoles, los corsarios de Argel no eran todavía suficientemente poderosos como para controlar el interior del Magreb central, como quedó de manifiesto cuando el ḥafṣí se alió con un jefe tribal beréber, al que los documentos españoles llaman el Rey del Cuco, una zona en la Gran Kabilia, al este de Argel. Ambos aliados pusieron sitio a la ciudad y expulsaron temporalmente a Hayreddin, que se refugió en el puerto de Jijilli o Djidjelli. Para entonces, no sólo Carlos V se había desentendido temporalmente del Magreb por estar ocupado en asuntos europeos, sino que lo mismo había hecho el sultán otomano, Suleimán el Magnífico: entre 1520 y 1529, los ejérci-

tos otomanos conquistaron Belgrado en 1521, Rodas en 1522-23, emprendieron la campaña de Hungría y el sitio de Viena de 1529. El confrontamiento Habsburgo-Otomano trasladaba su campo de batalla a la frontera de la Europa oriental.

Aprovechando esta pausa, Hayreddin redobló sus esfuerzos por hacerse un espacio político en el Magreb, equipando otra armada y estableciendo alianzas locales en todo lo cual fueron fundamentales los refugiados y emigrantes granadinos que tradicionalmente habían visto en el turco su última esperanza. En 1525, recuperó Argel y expandió sus fronteras desde Jijilli hasta Cherchell por la costa y hasta la Mitidja y Constantina por el interior. En 1529, echó a los españoles del Peñón y extendió su influencia hasta Tremecén.

De 1529 a 1532, tuvieron lugar una serie de campañas españolas en contra de las bases de los corsarios norteafricanos de las cuales las más importantes fueron la de Andrea Doria contra Cherchell y la del almirante Álvaro de Bazán contra Honein. Lo limitado de estos contrataques españoles implicaba de algún modo la aceptación de la conquista otomana realizada, como hemos dicho, no por los ejércitos de Suleimán el Magnífico, sino por corsarios y marinos del Mediterráneo oriental expulsados de sus zonas de origen por los trastornos y violencias resultantes de la caída del imperio bizantino y el surgimiento del otomano. Una vez en el Magreb, esta especie de «vagabundos del mar» [7] explotó en su beneficio la superioridad militar y política que le proporcionaba su familiaridad.con las armas de fuego y su acceso a un estado musulmán altamente centralizado y organizado para acabar con los débiles estados post-almohades y para imponer sobre una dividida sociedad magrebí un estado integrado por una clase dirigente extranjera a ella.

En un comienzo, estos hombres de frontera otomanos se debieron ver movidos por ambiciones no muy diferentes a las que hemos expuesto al hablar de sus correspondientes hispanos: espíritu de aventura, ansia de ganancias personales, ideales de religión militante. Ambos grupos, en las primeras etapas de la expansión, actuaron de formas básicamente depredadoras. Pero en el caso otomano no había un grupo emprendedor de comerciantes interesado en un imperialismo co-

[7] Hess, *Forgotten Frontier*, p. 69.

mercial, como era el caso portugués. Los otomanos buscaron en un primer momento establecer su soberanía sobre los estados vecinos a los lugares conquistados, y luego control directo de estos países por medio de la eliminación de las dinastías reinantes en ellos. En el caso otomano, control directo significaba básicamente la aplicación del sistema de *timar,* un impuesto de base agrícola que implicaba el censo minucioso de poblaciones y recursos [8]. Ni las tierras de labor ricas ni las poblaciones sedentarias sumisas representaban zonas muy extensas en el Norte de África controlado por los tomanos. Lo que supone el punto más importante de diferencia en cuanto al Magreb se refiere, en el caso otomano, es su legitimidad imperial, es decir, en la capacidad otomana de defender territorios islámicos en cualquier lugar en donde una sociedad musulmana se encontrara en peligro. Y en esta frontera occidental del Imperio, la superposición de una clase dirigente turca, militar y militante, sobre una comunidad magrebí, iba a constituir un fenómeno de mayores consecuencias.

La Regencia de Argel

Pero algo más hay que decir del importantísimo papel desempeñado por la ciudad de Argel a partir de 1525. A partir de esa fecha, la ciudad se convirtió en el principal centro de autoridad otomana en el Magreb y en la base principal desde la que los turcos mantenían su guerra en contra de los españoles. El beylerbey de Argel, además, ejercía soberanía en nombre del sultán otomano sobre los pachás de Túnez y Trípoli y como tal era la máxima autoridad otomana en el Mediterráneo occidental.

La prosperidad y el prestigio de la Regencia de Argel dependía en gran parte de las hazañas de los corsarios y del buen éxito de la guerra mantenida contra España. Además de concentrar un número elevadísimo de cautivos procedentes de todos los países del Mediterráneo, Argel se convirtió en el centro de atracción de aventureros, desesperados y emigrantes de las zonas más pobres del Mediterráneo, como Sicilia, Calabria y Córcega, que en calidad de «renegados» se incorporaron a

[8] H. Inalcik, «Ottoman methods of conquest», *Studia Islamica,* 2, 1954, p. 103.

la sociedad corsaria de Argel. Tanto los cautivos, como los que habían llegado voluntariamente, podían hacerse aceptar mediante conversión al Islam y en virtud de la utilidad que suponía su buen conocimiento de las islas y costas del norte del Mediterráneo.

Bajo el gobierno turco, Argel se convirtió, de una ciudad provinciana y relativamente poco importante, en una capital cosmopolita, abigarrada, rica y en perpetua ebullición. Su población compuesta de turcos, emigrados andalusíes y moriscos, judíos, renegados cristianos de toda procedencia imaginable, y población autóctona árabe y beréber, parece haber ascendido hasta las 60.000 almas en época de los beylerbeys. Los renegados constituían el grupo más numeroso de todos los mencionados [9]. La lengua oficial de la ciudad era el turco, aunque se podían oír todas las lenguas o una hecha de la mezcla de varias. Cervantes, que pasó allí 5 años, decía: «en toda la Berbería y aun en Constantinopla, se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas» [10]. Las fortunas se hacían rápidamente y muchas eran las ocasiones de ascensión social. Los viajeros europeos que visitaron la ciudad a mediados del siglo XVI la describen como una ciudad próspera, agradable y bella, llena de casas magníficas, de baños públicos, donde los alimentos nunca escaseaban [11]. Se complacen también las fuentes en el relato de los más audaces golpes de mano, en los regresos triunfantes, los banquetes fastuosos de los corsarios, su vida de lujo y despilfarro. Es la Argel de renegados y corsarios que encontramos ya en Cervantes, ya en Diego de Haedo: Las «Indias y el Perú» del Mediterráneo. La ciudad que Lope admiraba y deseaba ver bajo soberanía española:

son doce mil y docientas
sus casas...
un paraíso en la tierra...

[9] B. y L. Bennassar, *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid, 1989.

[10] *El Quijote*, ed. Rodríguez Marín, III, p. 210. Otra imagen suya de Argel muy vívida es la expresada en los siguientes versos, procedentes de *Los baños de Argel:* «Argel es, según barrunto/ arca de Noé abreviada:/ aquí están de todas suertes,/ oficios y habilidade,/ disfraçadas calidades».

[11] La información más completa es la que proporciona Diego de Haedo, *Topographia e historia general de Argel*, Valladolid, 1612, reed. I. Bauer Landauer, Madrid, 1927.

Es la más rica ciudad
que ven los mares salados
sólo falta que sea tuya,
valeroso, invicto Carlos... [12]

Aunque la piratería y el negocio de los cautivos suponía la más importante fuente de ingresos, también existían industrias locales. Los turcos habían incrementado y cuidado la actividad agrícola del territorio circundante a la ciudad. El comercio estaba en manos exclusivamente de europeos, y en particular de franceses que abrieron un consulado en Argel en el año 1564, cuando ya hacía tiempo que diversas firmas, marsellesas en su mayoría, se habían instalado allí.

Sin embargo, y cara a la opinión pública europea, y muy en particular española, lo que importaba de Argel era la producción constante de aquellas pequeñas naves, que se movían solamente a remo para no delatarse de lejos por el velamen, que asolaban y devastaban continua, infatigablemente, las costas españolas del Mediterráneo. A partir de 1509, hubo en Argel hospitales españoles dirigidos por religiosos trinitarios (eran cinco en 1690). Estos «hospitales reales» dependían de limosnas privadas y de subsidios del estado español. Los trinitarios llevaban la administración del hospital y organizaban también el rescate de cautivos en coordinación con otras organizaciones y en especial los mercedarios. Es decir, que había además en Argel una presencia «pacífica» europea que se mantuvo por encima de las luchas perennes.

Túnez y la frontera en el Mediterráneo oriental

Una nueva fase en la historia de la frontera iba a comenzar en 1532 cuando Carlos V ordenó el asalto al puerto otomano de Koron en la Morea. La campaña había sido emprendida con el fin de aliviar la presión que las campañas de Suleimán el Magnífico habían impuesto sobre los territorios austríacos de los Habsburgo, y con el objetivo de suscitar la rebelión de los súbditos griegos ortodoxos de los territo-

[12] *Apud,* A. Mas, *Les Turcs dans la Littérature espagnole...*, vol. II, p. 426.

rios otomanos en contra de sus señores turcos. Este segundo objetivo fracasó totalmente, y los griegos no respondieron a las expectativas que sobre ellos se había forjado el emperador. Sin embargo, la armada otomana fue derrotada, y los españoles quedaban en una posición desde la cual podían controlar las rutas comerciales del Adriático en detrimento de los turcos. Suleimán el Magnífico reaccionó llamando en 1533 a Hayreddin Barbarroja. Este abandonó Argel dejándolo en manos de su lugarteniente, Hadim Hasan Aga, y partió a la metrópoli donde fue nombrado almirante de la armada turca con la misión de emprender una reorganización de ésta. En 1534, la armada otomana encabezada por Barbarroja desembarcó en Bizerta, en la costa tunecina y unos días más tarde ocupaba Túnez, la capital del estado Ḥafṣí. Muley Ḥasan, el sultán reinante, huyó de la ciudad y se retiró a Qayrawan, donde reunió tropas de entre la tribus aliadas que los otomanos no iban a tener dificultad en derrotar de nuevo. La conquista de la zona nororiental de Túnez daba a los otomanos el control de uno de los lados del estrecho de Mesina y facilitaba enormemente el paso turco de una a otra de las cuencas del Mediterráneo.

Carlos V comenzó por establecer contactos con Muley Ḥasan, el sultán ḥafṣí derrocado por los turcos, que respondió favorablemente a las propuestas españolas. Una vez asegurado un cierto apoyo en el interior del país, Carlos V reunió una armada de enormes proporciones: 400 barcos embarcaron a unos 26.000 hombres y a unos 2.000 caballos. El tamaño de la fuerza cristiana y la dudosa lealtad de las poblaciones locales llevaron a Hayreddin a regresar a Argel en el verano de 1535 abandonando Túnez sin entablar batalla. El saco de la ciudad por las tropas españolas alcanzó unas proporciones de destrucción y crueldad notorias incluso para la época y en todas las fuentes (incluidas las españolas) se encuentran relatos verdaderamente espeluznantes y aún más si se tiene en cuenta que la ciudad se tomó prácticamente sin resistencia. En agosto de 1535 se firmó un pacto con Muley Ḥasan que restauraba al sultán ḥafṣí al trono de Túnez como vasallo y tributario de la Corona española y relegaba a las fuerzas armadas de ésta a una guarnición en La Goleta.

Hay que señalar que la expedición de Carlos V a Túnez coincide con una situación europea excepcional de calma temporal en todos los frentes de lucha. El papa y los príncipes italianos habían apoyado la expedición contra estos corsarios enemigos de la Cristiandad, terror de

las costas italianas y ahora instalados a las puertas de la Península. En Alemania, el odio y el temor al turco sobrenadaba a las querellas de la Reforma. Francisco I prometió que Francia se abstendría a todo ataque contra el emperador mientras durara la expedición.

La expedición contra Argel

Seis años más tarde, en 1541, Carlos V gozaba todavía de un apaciguamiento de las querellas europeas que le permitió organizar la expedición contra Argel. La tregua de Niza de 1538 seguida de la famosa entrevista de Aigues-Mortes y el viaje del emperador a través de Francia en 1539, permitían pensar que se había llegado a algún tipo de entendimiento. La amenaza de la invasión turca, tras la batalla de Buda que había librado casi toda Hungría al sultán de Estambul, mantenía vivo en Alemania el odio al infiel y hacía imposible que los franceses encontraran alianza en la Reforma en un momento en que Carlos V luchaba contra el temido turco. Carlos V decidió su ataque contra Argel en la primavera de 1541. Dado el sistema de guerra naval en el Mediterráneo, los españoles supusieron que si emprendían la expedición en octubre sería lo suficientemente avanzado en la estación como para evitar la respuesta turca en el caso de tomar Argel (como así daban por hecho) [13] y lo suficientemente pronto como para evitar el mal tiempo de los meses de invierno. Las tropas se reunieron en Baleares desde donde partió, a finales de octubre, una fuerza compuesta de 65 galeras con 450 barcos que transportaban 12.000 marinos y unos 24.000 soldados de infantería. El número de soldados al mando de Hadim Hasan Aga en Argel probablemente no superaba los 6.000, con lo cual parecía que la historia otomana de Argel estaba a punto de terminar. El tiempo estuvo en contra. Una tormenta y una lluvia torrencial empaparon a las tropas asaltantes y dejaron la pólvora fuera de uso. Unos 140 barcos naufragaron impulsados por la tormenta contra las rocas. Bajo las órdenes de Andrea Doria el resto de la armada española se retiró hacia el este. Hernán Cortés, que tomaba parte de la

[13] Carlos V llevaba en su expedición pintores y dibujantes de tapices para que inmortalizaran la gesta. *Vid.* Epalza-Vilar, *Planos y mapas hispánicos de Argelia*.

expedición, y el conde de Alcaudete, gobernador de Orán, quisieron reemprender el ataque, pero Carlos V ordenó a su armada que se retirara. El desastre había costado 150 barcos, 12.000 hombres y una considerable cantidad de equipamiento militar. La noticia de la catástrofe se extendió rápidamente por todo el Mediterráneo y los enemigos de Carlos V decidieron aprovechar la coyuntura. Los franceses reanudaron las guerras Habsburgo-Valois en 1542 y en abril de 1543 el ejército de Suleimán marchaba sobre Hungría. Durante este mismo año, el sultán envió a Hayreddin a la cuenca occidental del Mediterráneo, donde no sólo ayudó a los franceses en un ataque sobre Niza, sino que tuvo la audacia de atracar su flotilla en el puerto de Toulon para pasar el invierno. La alianza franco-otomana será a partir de ahora el gran factor en cuanto a la guerra en el Mediterráneo se refiere.

En cuanto al Magreb central, la catástrofe española frente a Argel dio a los otomanos la posibilidad de reforzar sus posiciones en el interior del territorio. Argel redujo a vasallaje al sultán del Cuco en 1542 e intensificó el bloqueo sobre Orán. Ante el temor de un total derrumbamiento del sistema de plazas en el Magreb, el estado español dio prioridad a las plazas del Oranesado, de importancia vital por su proximidad a la Península. En Orán, el primer gobernador, don Diego Fernández de Córdoba había cedido el puesto a su hijo Luis de Córdoba, en 1512. Al final de un largo mandato de 22 años, éste fue reemplazado por don Martín de Córdoba y Velasco, conde de Alcaudete. El nuevo gobernador pertenecía a una de las grandes familias andaluzas enriquecidas por nuevas posesiones en territorio granadino después de la conquista. Tenía pues, una tradición familiar de experiencia de frontera y comenzó por mezclarse en asuntos internos de la ciudad-estado de Tremecén con el objetivo de establecer un «protectorado» sobre ella. Igualmente, había intentado desde el comienzo de su mandato, el defender las llanuras al oeste de Orán contra los avances turcos. La política española en cuanto a esta zona había consistido en intentar mantener en Tremecén un sultán vasallo de la Corona, a lo que los turcos habían contestado apoyando a su propio candidato, sin resultados claramente decantados en favor de uno u otro lado. Igualmente, Alcaudete había intentado cerrar a los turcos de Argel las rutas marítimas hacia el oeste. Los turcos transportaban bagages y artillería que desembarcaban en Mostaganem, cuya ocupación se propuso Alcaudete. Por tres veces, en 1541, 1547 y 1558 había de intentar, en

vano, la toma de esta plaza. En 1555, los turcos tomarían Tremecén derrotando de paso al sultán sa'dí de Marruecos que a su vez intentaba poner coto a la expansión turca por el oeste.

En cuanto al este, la acción otomana en Túnez supone la caída de Trípoli. En 1510, Pedro Navarro había dejado en este puerto una pequeña guarnición bajo la administración del virrey de Sicilia. Como en otras partes del Magreb, también aquí los notables y señores locales habían intentado expulsar la presencia cristiana recurriendo a la ayuda turca, en este caso representada por Turgut Reis, un corsario musulmán cliente de Hayreddin Barbarroja. A imitación de éste, Turgut se hizo con unas bases en la costa oriental de Túnez desde donde empezó a hacer expediciones en contra de las costas cristianas con éxito suficiente como para atraer a una extensa banda de corsarios. Se hizo tan peligroso que Andrea Doria organizó un asalto a los puertos de Turgut en el verano de 1551. Turgut solicitó la ayuda de la armada otomana y convenció a su almirante, Sinan Pasha, para que pusiera sitio a Trípoli, que cayó en manos otomanas en agosto de ese mismo año. De resultas, los Caballeros de San Juan, que tenían tropas en Mahdiya, en la costa tunecina, decidieron abandonarla, con lo cual la costa oriental de Túnez quedó totalmente en manos otomanas.

La conquista otomana ya no era solamente una ofensiva limitada a los territorios costeros sino que comenzó a extenderse crecientemente en el interior del Magreb. En 1552, llegó a Argel un nuevo gobernador, también perteneciente a la tropa personal de Hayreddin Barbarroja, llamado Salih Pasha, una de cuyas primeras acciones de gobierno consistió en enviar un ejército de infantería con armas de fuego hacia el interior del Sahara. Las tropas otomanas llegaron hasta los oasis de Touggourt y Ouargla, dos importantes localidades a las que abocaban las rutas caravaneras que traían oro y esclavos del Sudán, y las sometieron al régimen fiscal otomano. Dos años más tarde, Salah Pasha dirigía sus tropas contra el sultán sa'dí de Marruecos.

Franceses y otomanos

Una de las amenazas más reales y más presentes de los reinados de Carlos V y de Felipe II fue, como hemos ido viendo, la armada

otomana que por estas fechas ya había quedado inseparablemente unida al poder de Francia en el Mediterráneo.

Los contactos entre los franceses y los otomanos se remontan a 1525, después de la cautividad de Francisco I en Pavía y se intensificaron cuando los genoveses se pasaron a Carlos V en 1528. Los franceses no tenían otra alternativa que buscar la alianza otomana en un intento de contrapesar las fuerzas navales del Mediterráneo en su favor. En 1536, el rey francés y el sultán otomano firmaron un acuerdo comercial y emprendieron la primera de sus grandes expediciones conjuntas en el Mediterráneo, en esta ocasión contra las islas Baleares, y cuatro años más tarde Francisco I había de permitir a Barbarroja y a su flota que pasaran el invierno en Toulon, un acontecimiento que escandalizó y desconcertó a la Cristiandad. En 1551, Enrique II propuso a Suleimán otro ataque conjunto a Mallorca con la idea esta vez de ocupar la isla que, utilizada como base, les permitiría invadir a España [14]. Este proyecto, como tantos otros, no llegó a materializarse pues las relaciones entre franceses y turcos fueron siempre tensas y conflictivas; sin embargo, su alianza había de gozar de notoria vitalidad que se manifestó en una serie de expediciones espectaculares contra las costas italianas. En el ataque franco-otomano contra Veste en 1554, por ejemplo, 3.000 italianos fueron capturados. La alianza permitió también a los otomanos ganar confianza e intensificar su propia acción contra Italia. En 1555, sus barcos saquearon Calabria, Mesina, Porto Santo Stefano, Piombino y las islas Stromboli. Incluso el papa reconoció que los otomanos «conocen nuestras costas mejor que nosotros mismos». En 1557, Juan de Vega, virrey de Sicilia, afirmaba que los otomanos eran omnipresentes y que sabían mejor y con más rapidez lo que sucedía en las costas mediterráneas de España o Italia que la propia Corona. Aunque la mayor parte de los ataques franco-otomanos fueron dirigidos contra las posesiones italianas, la impresión que prevaleció en España fue la de que se trataba de movimientos preparatorios para el verdadero objetivo: la invasión de la Península [15].

[14] Hess, «The evolution of the Ottoman seaborne empire, 1453-1525», *American Historical Review*, 75, 1970, pp. 1892-1919.

[15] M. Rodríguez Salgado, *The Changing face of Empire*, Cambridge, 1988, pp. 260-263.

Bugía y Orán[16]

Salah Pasha o Salah Rais (que es como aparece indistintamente llamado en la fuentes) es uno de los beylerbeys más notorios del siglo XVI, extraordinariamente emprendedor y agresivo, empeñado en el *ŷihād*, consiguió alianzas entre las tribus magrebíes con que sus antecesores no habían contado. Pronto comenzó a someter a las costas de la Península Ibérica a los más devastadores ataques y los gobernadores de las plazas españolas en el Norte de África comenzaroan a enviar a la metrópoli angustiosas llamadas de ayuda en el convencimiento, cada una de ellas, de que serían el próximo objetivo. Ninguna de las bases españolas estaba en situación de resistir un asalto de ciertas proporciones. Hacía años que la falta de fondos había imposibilitado reparar las fortificaciones; los soldados, enfermos y a menudo hambrientos, hacía años (cuatro, en el caso de Bugía) que no recibían la paga. Las deserciones eran frecuentes y la moral muy baja. El esfuerzo de intentar que las plazas pudieran autoabastecerse, al menos en cuanto a alimentos se refiere, había fracasado en todos los casos, las guarniciones se encontraban encerradas dentro de las murallas de la fortificación y rodeadas de población hostil. Las salidas de saqueo y en busca de botín habían arrasado los territorios circundantes, con lo cual las incursiones en busca de ganado o de productos agrícolas llevaban cada vez más lejos de las plazas y eran crecientemente peligrosas. En el caso de Bugía, la guarnición, impulsada por el hambre, se había aventurado a atacar las tribus vecinas y en 1552 la mayor parte de la guarnición había sido muerta o capturada. Salah Rais sabía todo esto. Alcaudete, mientras, escribía a la corte asegurándole que se murmuraba que Salah Rais se preparaba para atacar Bugía, pero que sólo era una artimaña pues su objetivo real era Orán, que necesitaba urgentemente suministros y ayuda. Esta vez se equivocaba, y en 1555 Salah Rais puso sitio a Bugía por tierra y por mar. Los españoles no pudieron encontrar más que cuatro galeras pertenecientes a la Orden de Santiago que, de todas maneras, no llegaron a tiempo: Bugía capituló, la guarnición sencillamente se negó a entablar combate en semejantes circunstancias. El choque

[16] Para los acontecimientos del Magreb medio, véase Ch. de la Véronne, *Oran et Tlemcen dans la première moitié du XVI siècle*, París, 1983.

que la noticia produjo en España fue enorme; quedaba de manifiesto la debilidad de las defensas españolas y la ausencia de una flota española. La discusión se extendió acerca de la conveniencia de mantener las plazas en el Magreb o de intervenir en esta región. La amargura y la ira que produjo este acontecimiento fue enorme, además del miedo en determinadas regiones, en especial en Valencia y Cataluña y la convicción de que un ataque sobre la Península era inminente. Salah Rais cautivó a todos los soldados y habitantes de Bugía pero envió a la Península a los oficiales. Muestra del tremendo impacto del acontecimiento es el juicio sumarísimo de Peralta, el gobernador de la plaza, que fue ejecutado acusado de cobardía y traición por haber capitulado. Se hizo también mucho ruido en torno a una expedición de revancha que recuperara Bugía y Argel, expedición que se haría bajo el mando del conde de Tendilla. El arzobispo de Toledo, Silíceo, «en imitación de sus predecesores», se ofreció a sufragar en parte la expedición. Pero el gobierno español, al borde de la bancarrota, no podía emprender nuevas acciones en el Mediterráneo cuando apenas podía costear las campañas de Flandes y de Italia.

Inmediatamente después de la toma de Bugía, Salah Rais hizo pública su intención de emprender una campaña contra Orán. El pánico atenazó a todas las guarniciones de las plazas costeras que empezaron a solicitar agónicamente ayuda a la Península. El Duque de Medina Sidonia decidió abandonar Melilla, en caso de que Orán fuera tomado, antes que sufrir él también la vergüenza de una derrota. Alcaudete en particular reclamó sin éxito el socorro de España que seguía sin llegar una vez asediada la plaza. La muerte de Salah Rais y el que las galeras otomanas fueran llamadas a Oriente decidieron la leva del asedio sin que el mérito recayera para nada en el gobierno español. Tampoco fue más activo en 1558 el papel del gobierno en la aventura de Mostaganem, iniciativa desdichada del conde de Alcaudete que acabó en rotundo fracaso y en la muerte de éste.

Las campañas de Salah Rais habían ido acompañadas de una decidida política de expansión territorial en el Magreb y, en particular, de un intento de intervención en Marruecos, a cuyos acontecimientos internos es necesario prestar ahora atención.

El surgimiento y la expansión Sa'dí

Desde 1509, el premier jerife sa'dí, Abū 'Abd Allāh Muḥammad al-Qā'im, cuya influencia había quedado ya sólidamente establecida en las regiones del Dra' y del Sūs en virtud de la ayuda prestada por miembros de la hermadad religiosa seguidora de al-Ŷazūlī, presentaba como candidatos a la jefatura de la comunidad a sus dos hijos, Aḥmad y Muḥammad al-Šayj. Su calidad de jerife o *šarīf*, es decir, descendiente del Profeta, era su mayor cualidad en legitimación de su capacidad para ejercer el liderazgo. En el sur de Marruecos, su aspiración a tomar el poder entraba en rivalidad con la de otros dos poderes locales representados por Ibn Ta'fuft, cabeza de los «moros de paz» aliados de los portugueses establecidos en las zonas costeras que en virtud de este personaje ejercían un virtual «protectorado» sobre buena parte de los territorios en torno a Safi y a Santa Cruz de Cabo Aguer o Agadir, y el emir Hintata que dominaba la ciudad de Marrakech y su comarca circundante. Ibn Ta'fuft fue asesinado en 1517 y en 1524 los sa'díes tomaron Marrakech y asesinaron al Hintata. Por medio de una hábil combinación de diplomacia, propaganda religiosa y fuerza armada habían sido capaces de derrotar a aquellos que les disputaban el control del sur y estaban en disposición de dirigir sus fuerzas contra los waṭṭāsíes que gobernaban la región de Fez.

Se tiende a menudo a ignorar el largo período de tiempo que emplearon los sa'díes en conseguir la unificación del país bajo su gobierno. Si en la zona meridional su poder está consolidado desde 1524, no fue hasta 1549, o mejor hasta 1554, en que la conquista de Fez quedó definitivamente afianzada, cuando se puede decir que controlan todo el territorio. Un intervalo pues de 30 años, buena parte de los cuales empleados en luchas contra los waṭṭāsíes lo cual muestra que el apoyo popular está lejos de parecer tan unánime como lo quiere una cierta interpretación que ve en el surgimiento de la dinastía sa'dí una reacción nacionalista provocada por los ataques españoles y portugueses. De hecho, las primeras batallas importantes contra los waṭṭāsíes, una vez controlado el sur, comienzan en 1529. Santa Cruz de Cabo Aguer, la plaza portuguesa del Sus, no sería sin embargo tomada hasta 1541. Los enclaves cristianos no parecen en ningún momento haber sido el objetivo principal aunque se hayan revelado un instrumento ideológico y de propaganda política de primera importancia. Pero al igual que su-

cedía en el caso portugués y el español, el espíritu de Cruzada, de gran arraigo popular, es capitalizado en diversas ocasiones por el poder político para provocar la adhesión emocional de potenciales súbditos, pero está lejos de ser el móvil único, ni tan siquiera el principal. El control de las rutas de caravanas con el Sudán, el desvío del tráfico comercial tradicional del que vivían las poblaciones del sur de Marruecos, por causa de la intervención portuguesa, había producido una verdadera asfixia y una serie de desequilibrios y trastornos entre las poblaciones del sur marroquí de los que los sa'díes supieron hacer uso [17].

En enero de 1549, el sultán sa'dí, Muḥammad al-Šayj, entró por primera vez en Fez donde acabó con todos los miembros de la familia waṭṭāsí con la excepción de aquel que había dirigido la defensa de la ciudad, Abū Ḥassūn, que consiguió huir. El año siguiente, el sa'dí tomaba Tremecén. Toda la documentación contemporánea refleja el miedo que estas dos conquistas produjeron en España, donde cundió la convicción de que Muḥammad al-Šayj se proponía emprender la invasión de la Península. De nuevo cundieron las fobias y los pánicos ancestrales y desproporcionados (o así es fácil verlos *a posteriori*) ante la posibilidad de un nuevo ataque musulmán. Además, el ataque a Tremecén ponía fin al «protectorado» español sobre esta zona, llevado desde Orán, y a las alianzas con las tribus locales que Alcaudete había cuidadosamente establecido. Por último, ponía en verdadero peligro a la plaza.

Abū Ḥassūn, que se llamaba a sí mismo (y así aparece en los documentos españoles contemporáneos) rey de Fez, de Vélez y del Debdu, se refugió en España y solicitó ayuda del regente, Maximiliano, en ausencia del emperador. Como no consiguió nada, viajó hasta Alemania en busca de Carlos V, siempre en vano. Por último, pasó a Portugal donde consiguió cinco navíos para apoyar una acción a partir del puerto de Vélez. Cuando se dirigía desde la Península a la costa marroquí con esta fuerza cristiana, Abū Ḥassūn fue capturado por Salah Rais, que regresaba de una de sus incursiones en la costa española, y conducido a Argel [18]. Cualquiera que haya sido la reacción inicial de am-

[17] M. García-Arenal, «Mahdī, murābiṭ, sharīf: l'avènement de la dynastie sa'dienne», *Studia Islamica*, LXXXI, 1990, pp. 77-114.

[18] J. Oliver Asín, *Vida de Don Felipe de África, príncipe de Fez y de Marruecos*, Madrid, 1955.

bos protagonistas de este encuentro, pronto establecieron una alianza de lucha contra el jerife. Abū Ḥassūn abandonó su compromiso con Portugal y Salah Rais decidió propiciar su propia expansión por el oeste y acabar con este nuevo y agresivo poder que acababa de hacerse con Fez y Tremecén, ciudad ésta que Argel consideraba dentro de su propia esfera de influencia. A finales de 1553, un extraordinario ejército compuesto de árabes y beréberes, otomanos, corsarios y andalusíes había hecho suya buena parte de las regiones de Tremecén y Fez, de donde expulsaron al jerife sa'dí, que se refugió en Marrakech.

Los sa'díes reemprendieron la conquista de Fez un año más tarde. En 1554 entraron en la ciudad, mataron a Abū Ḥassūn y expulsaron a los pocos otomanos que habían quedado con éste. Sólo el Peñón de Vélez permaneció en manos argelinas que lo usaron hasta 1564 para lanzar devastadores ataques sobre las cercanas costas peninsulares.

Cuando Muḥammad al-Šayj recuperó Fez, estableció rápidamente contactos con España con el fin de diseñar una alianza hispano-sa'dí cuyo objetivo era expulsar a los otomanos del Magreb. Las negociaciones se condujeron en secreto [19] siempre con el temor de que Salah Rais, tan temido de ambas partes, se enterara. Los siguientes acontecimientos son, como hemos visto, el ataque sobre Bugía y sobre Orán, poco antes del cual (1556) moría de enfermedad el propio Salah Rais. Agentes otomanos enviados por el nuevo beylerbey, un hijo de Hayreddin Barbarroja llamado Hasan, asesinaron al sultán sa'dí Muḥammad al-Šayj en octubre de 1557. El beylerbey envió su cabeza a Estambul y lanzó un ataque contra Marruecos que fue detenido por el hijo y sucesor, 'Abd Allāh B. Muḥammad al-Šayj. Hasan se retiró del frente con Marruecos para atender al ataque que en 1558 lanzara Alcaudete contra Mostaganem.

Mostaganem

El ataque contra Mostaganem organizado por la regente Juana y el propio Alcaudete sin contar con la autorización de Felipe II tuvo

[19] D. Yahya, *Morocco in the XVth century. Problems and patterns in African foreign policy*, Londres, 1981, p. 15; M. Rodríguez Salgado, *The changing face of Empire*, pp. 281 y ss.

lugar en agosto de 1558 y se saldó en una de esas tremendas catástrofes para el lado español de que está salpicada la historia de la frontera en el Norte de África, producto de la desorganización, de la falta de una flota, del estado lamentable de los presidios y sus tropas de, en última instancia, la falta de apoyo y el desinterés de la Corona. Los españoles murieron a miles, incluyendo a Alcaudete, y otros miles fueron capturados, incluyendo a don Martín, su hijo. Alrededor de unos 10.000 hombres, entre muertos y cautivos, parece haber sido la cifra de pérdidas. La victoria fortaleció a las fuerzas corsario-otomanas, no sólo en cuanto a reputación, sino en cuanto al dinero de los rescates, la artillería capturada, la de voluntarios que acudieron a Argel en busca de fama, gloria y riquezas. Orán quedaba en una situación desesperada.

Para apreciar plenamente el impacto del desastre de Mostaganem hay que colocarlo en su contexto. No sólo por las muchas esperanzas y expectativas que se habían puesto en la expedición, sino por las propias características del año 1558. Durante todo ese año, los habitantes de la costa de Cádiz a Gibraltar vivieron bajo el terror de perpetuos ataques corsarios. La flota otomana había atacado Sorrento y tomado Ciudadela, en la isla de Menorca. Los catalanes estaban convencidos de que Barcelona era el siguiente punto de mira. La cercanía de la ofensiva musulmana había suscitado esperanzas entre todas las comunidades moriscas del interior de la Península y aumentado las suspicacias a su respecto de sus convecinos cristianos viejos, sobre todo en Aragón y Valencia, donde se sospechaba una rebelión de la población morisca en connivencia con el turco. Para minimizar las posibilidades de rebelión el gobierno decidió suspender las actividades de la Inquisición por un año [20]. A finales de año, un edicto prohibía en Aragón el uso de armas por parte de los moriscos, y restringía su libertad de movimientos y de instalación de un pueblo a otro. Hay que tener en cuenta que si el miedo al turco, o al musulmán en general, es muy grande en los niveles populares, muchas de estas medidas, y en particular el edicto de desarme de los moriscos, era una manera de restringir el poder de la nobleza aragonesa [21].

[20] L. Cardaillac, *Moriscos y cristianos, un enfrentamiento polémico*, Madrid, 1980, p. 117.

[21] S. Carrasco Urgoiti, *Los moriscos de Aragón en tiempos de Felipe II*, Valencia, 1969.

El miedo atávico a los musulmanes, el enemigo por antonomasia desde hacía siglos; las incursiones devastadoras de corsarios turcos y norteafricanos en las costas del sur y del Levante de la Península; el problema morisco (que volverá a adquirir una importancia de primera magnitud con la Guerra de las Alpujarras de 1570-72); las campañas, de gran impacto popular, de las Órdenes Redentoristas que, con el fin de recaudar fondos para los rescates de cautivos, hicieron una enorme propaganda sobre los sufrimientos y los horrores que éstos tenían que padecer; todos ellos son factores que contribuían a hacer de las cuestiones relacionadas con las plazas de África temas de receptividad e interés popular, acentuando su importancia para la población española contemporánea. Otra muy diferente fue la actitud de la Corona que nunca tuvo una política decidida ni coherente, ya que para ella nunca dejó de ser una cuestión de importancia secundaria siempre frente a los asuntos de Europa y a la que sólo se le prestó atención en momentos en los que las guerras europeas dejaban un respiro, o en que la presión turca se hacía particularmente acuciante.

Todo ello se manifiesta en la situación de los presidios, siempre en precario. Las quejas acerca del estado de las fortificaciones, de la falta de abastecimiento incluso de agua potable, son continuas en la documentación procedente de las plazas. Bernardino de Mendoza, gobernador de la plaza de La Goleta, anotaba, como acontecimiento importante, que Andrea Doria había cedido 80 barricas de agua a la guarnición [22]. Falta de ropas, de médico e incluso de cura, de armas. Paga insuficiente (mucho más baja que la de los soldados españoles en otros lugares incluso cercanos, como Sicilia) que se retrasaba durante años, todo ello contribuía a hacer alto el número de deserciones. Alcaudete se quejaba en 1535 de que le costaba más defender sus plazas, Orán y Mars al-Kabir, contra el hambre que contra los moros. La ausencia de una flota española regular en esta zona del Mediterráneo contribuía a hacer la situación casi imposible. Pero el estado de los presidios no es sino consecuencia del sistema de ocupación limitada a puntos muy exiguos del litoral. Incluso inmediatamente después de una victoria notable, los españoles nunca intentaron capitalizarla con ex-

[22] Braudel, «Les espagnols...», p. 374.

tensión territorial, como es el caso de Carlos V en 1535 abandonando Túnez en manos de un protegido y vasallo que no le merecía ninguna confianza y que le constaba no contaba con el menor arraigo popular. La experiencia de Túnez es muy semejante a la que se producía ocho años más tarde cuando Alcaudete entró en Tremecén (1543) instalando a un reyezuelo vasallo ʻAbd Allāh y abandonando la ciudad unos cuantos días más tarde. España no tuvo la menor influencia lingüística, cultural, económica ni, por supuesto, religiosa pese a toda la propaganda, pese a todas las ideas de Cruzada y de misión, sobre el Norte de África. En sus intentos de transacción y de pacto con las poblaciones locales del entorno de las plazas hicieron gala los españoles de un desconocimiento y torpeza llamativos. Este comportamiento era la consecuencia, entre otras cosas, de su desconocimiento absoluto de la lengua, de la mentalidad, religión y sistema político de la región, y del conjunto de unos prejuicios atávicos que al español le habían hecho volver la espalda, culturalmente hablando, a un «enemigo» por antonomasia con el que antaño había vivido profundamente imbricado. Si en el Norte de África hubo una sociedad fronteriza y una mezcla de civilizaciones, ésta se hizo por medio de los exiliados andalusíes y moriscos, los renegados y los cautivos, pero nunca fue consecuencia directa de la política ni de la ocupación española.

En 1550-51, el protectorado establecido sobre Tremecén y disputado por los turcos cayó bajo la ocupación marroquí que un año más tarde fue desplazada por las tropas de Ḥassan Corso. Los turcos se guardaron bien de abandonar la ciudad de nuevo o, al modo español, de dejar un rey vasallo, sino que establecieron una guarnición permanente que dio a la instalación turca un carácter definitivo.

En cuanto a Túnez, las dificultades surgieron en el momento en el que se marchó Carlos V y dejó a Muley Ḥasan con su autoridad vacilante enfrentado a los levantamientos en el sur tunecino y a la rebelión de su hijo. En el sur del país los esfuerzos de los españoles fueron vanos: en 1535, fracasaron ante Mahdiya, en 1537, atacaron Susa sin éxito. En 1540, Andrea Doria consiguió que Sfax, Susa y Monastir capitularan y dejó una guarnición española en este último lugar, que tuvo que ser evacuada un año más tarde ante el levantamiento generalizado del sur contra Muley Ḥasan. En 1542, éste partió hacia Europa con la esperanza de obtener socorro, pero en su ausencia se rebeló su hijo, y a su vuelta Muley Ḥasan fue puesto en prisión y cegado. Su

hijo, Muley Hamida, intentó reunir bajo su mando el viejo reino ḥafṣí, unas veces pidiendo ayuda a los turcos, otras negociando con los españoles. Éstos, encerrados en La Goleta, vigilan, negocian, intrigan e intentan sobrevivir por medio de algunas cabalgadas. En febrero de 1559, Alonso de la Cueva escribía desde la plaza «... esta gente está en muy gran necessidad porque aun la paga no es venida ni tenemos nueva della y devese a los soldados tres años y a los gastadores y maestranças y gente de mar quatro, y si no fuera por una cabalgada que se ha hecho de los Alarabes buena con que se han vestido y remediado algo, no se yo que fuera de todos»[23]. Los esfuerzos por reconstituir un fantasma de protectorado en estas condiciones no conducen a nada. El sur tunecino, por otra parte, sigue escapando a la autoridad del sultán y, por supuesto, de los españoles. En esta región, el corsario Turgut o Dragut va a comenzar ahora una aventura semejante a la de los Barbarroja en Argel convirtiéndose, bajo soberanía otomana, en un nuevo poder en el Mediterráneo. Entre 1551, en que toma Trípoli, hasta 1558 en que ocupa Qayrawan, su dominio sobre esta zona había de quedar absolutamente consolidado.

Tercera etapa: la intervención en África de 1559 a 1580

La situación española en África aparece ya, en 1559, seriamente comprometida. En 1577 la ruina es un hecho consumado. La característica del período contenido entre estas fechas consiste en el deslizamiento del centro de atención hacia la zona tunecina, la más cercana al teatro del gran enfrentamiento a los turcos que tiene lugar en el Mediterráneo, el límite entre las cuencas occidental y oriental del mar que constituyen el dominio de españoles por un lado y de turcos por otro. Djerba en 1560, Malta en 1565, Lepanto en 1571, Túnez en 1573 y 1574, son estos los lugares donde se encuentra la frontera militar de España durante este período. Pero ya no se trata de la guerra de frontera con los musulmanes proveniente de tiempos medievales, hecha de entradas, cabalgadas y operaciones de saqueo seguidas de retiradas dentro de una fortificación, sino el choque frontal con un imperio musul-

[23] Braudel, «Les espagnols...», p. 383.

mán que estaba cuando menos en igualdad de condiciones en lo que se refiere a tecnología militar y naval.

En 1558-59, Felipe II había iniciado negociaciones de paz con los otomanos en un clima de desconfianza y suspicacia mutuas [24] unido, por parte de Felipe II, al temor por la pérdida de reputación. El tratado de Cateau-Cambrésis en abril de 1559 había supuesto la paz con Francia, y ello dejaba al rey con las manos libres para emprender acciones en el Mediterráneo. Estaba pendiente la recuperación, de que tantas veces se había hablado, de Argel y Bugía. La coyuntura parecía favorable, no sólo por la paz con Francia, sino porque en mayo de 1559 había estallado en Anatolia una guerra entre los hijos de Suleimán, Bayezit y Selim, que se disputaban el trono. Andrea Doria planteó la estrategia de que, ya que las fuerzas otomanas estaban dedicadas a los asuntos internos, se podía aprovechar para cortar el Norte de África del centro del Imperio Otomano por medio de la eliminación de las bases en la costa oriental de Túnez. El rey, aconsejado por el duque de Medinaceli, parecía inclinarse por Trípoli. El gran Maestre de la Orden de San Juan, a quien antes había pertenecido la ciudad, el papa y las ciudades italianas que sufrían los ataques de Dragut, parecen haber sido los que presionaron al rey para que emprendieran la campaña. Tropas sicilianas y genovesas se unieron bajo el mando del duque de Medinaceli, que consideró que la isla de Djerba o de los Gelves (como la llama la documentación contemporánea) sería una excelente base contra Trípoli. La expedición salió, como siempre, muy retrasada. Se componía de unos 50 navíos y 30 barcos de apoyo y suministro llevando de 10 a 15.000 hombres. Poco después de abandonar Siracusa, fueron dispersados por una violenta tormenta del mes de diciembre. Se perdieron algunos barcos y varios miles de hombres murieron de enfermedad y del mal estado de los alimentos, pero la flota volvió a partir desde Malta en febrero de 1560. El desastre es bien conocido. Dragut llamó en su auxilio a los otomanos cuya flota llegó en un tiempo inesperadamente breve gracias a los vientos favorables. Medinaceli sabía de su llegada, pero prefirió defender el prestigio de España y su propio honor fortificándose en las islas. La derrota fue espectacular y pocos españoles escaparon con vida.

[24] Rodríguez Salgado, *The Changing face of Empire*, pp. 298 y ss.

El desastre de Djerba pone de manifiesto alguna característica del enfrentamiento en el Mediterráneo a mediados del siglo XVI. En primer lugar, el enfrentamiento entre ambos imperios ahora envolvía a dos armadas que, como ha demostrado Guilmartin [25], utilizaban galeras cada vez más grandes y más caras. En segundo lugar, que los españoles continuaban creyendo que la distancia entre la metrópoli otomana y el Norte de África había de limitar la efectividad de la armada otomana en esta zona. El retorno de la armada victoriosa a Estambul en septiembre de 1560 se convirtió en una demostración espectacular que tuvo gran repercusión. Sirvió entre otras cosas para estrechar lazos entre Dragut y los otomanos, y les quitó, tanto a sa'díes como a españoles, todo deseo de intervenir de nuevo en Tremecén. En 1563, los otomanos pusieron de nuevo sitio a Orán, cosa que los españoles fueron capaces de rechazar. Felipe II decidió sacar partido a esta victoria y, en agosto de 1564, una armada de 150 barcos y 16.000 hombres tomó el Peñón de Vélez defendido por una guarnición de unos 200 hombres que prefirieron huir. Al año siguiente, los españoles bloqueaban la desembocadura del río de Tetuán (Wādī Martil), en un esfuerzo por neutralizar a los piratas al que contribuyó el hecho de que ese mismo año los sa'dies absorbieron el emirato de Chefchaouen o Xauen, también de fundación andalusí. Todo esto no parecen sino escaramuzas fronterizas, pero contribuyeron a un mejor control español de la zona del Estrecho. Sevilla y las rutas del Atlántico estaban en juego.

Malta y Lepanto

En 1565, los otomanos atacaron Malta y obligaron a Felipe II a enfrentarse de nuevo a ellos.

Desde finales de octubre de 1564 y hasta diciembre de ese mismo año, Suleimán había estado enviando órdenes a sus gobernadores en el Norte de África con el fin de que se prepararan para una campaña contra la isla de Malta. Las razones explícitas para la expedición eran eliminar los ataques cristianos sobre las costas musulmanas y sobre el comercio musulmán así como proteger a los peregrinos musulmanes

[25] J.F. Guilmartin, *Gunpowder and Galleys*, Londres, 1974.

en su camino anual hacia los lugares santos de La Meca. Estratégicamente se buscaba incrementar la posición turca sobre el Norte de África, donde las ambiciones otomanas incluían Marruecos. El sitio comenzó en mayo de 1565. En última instancia, los españoles tenían razón pensando que la lejanía de las bases era un serio obstáculo para la armada otomana. La desorganización, la muerte de Dragut, las defensas de la propia isla tanto o más que la respuesta de Felipe II, obligaron a los otomanos a retirarse. El rey español había actuado también esta vez de manera particularmente dubitativa y sólo presionado por las circunstancias. En la corte española volvía a discutirse sobre la oportunidad de invertir hombres y recursos en la frontera norte-africana. Los grupos en rivalidad encabezados por el príncipe de Éboli uno y el otro por el duque de Alba tenían diferentes puntos de vista acerca de esta cuestión. El duque de Alba favorecía los asuntos relacionados con los Países Bajos sobre los mediterráneos y éste fue el punto de vista que prevaleció y que había de preparar el terreno para una suspensión del conflicto con los otomanos [26].

En mayo de 1570, una flotilla otomana invadió la isla de Chipre con la intención de utilizarla como base para un mayor control de las rutas comerciales y de las costas del Mediterráneo oriental. La invasión de la isla también actuó como catalizador de un conflicto de mucha más envergadura porque coincidió con problemas en la cuenca occidental del Mediterráneo que arrastraron a España muy en contra de su voluntad. Estos fueron de índole bien diferente: por un lado, la Guerra de las Alpujarras (1568-1570), y por otro los esfuerzos continuados por parte de los otomanos por establecer su soberanía sobre Marruecos por un lado, y sobre el sultanato ḥafṣí de Túnez, vasallo de la Corona española, por otro.

La rebelión morisca de 1568 obedece a causas diferentes y de carácter interno, como la crisis en la industria de la seda a la que buena parte de la población morisca granadina vivía dedicada, y a la promulgación de la Pragmática del año anterior que prohibía a los moriscos el uso de la lengua árabe, de trajes propios, baños y un largo etcétera de rasgos culturales que se asociaban con la religión islámica. Como es sabido, la rebelión dio lugar a una verdadera guerra civil particular-

[26] G. Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road*, Cambridge, 1972.

mente larga y cruenta de la que no podemos ocuparnos aquí. Pero interesa poner de relieve que el estallido de la rebelión en Granada fue visto por Felipe II, y por no pocos de sus contemporáneos como integrante de un ataque a mucha mayor escala. Ni el sultán otomano Selim II ni los poderes del Norte de África tuvieron la menor responsabilidad en el estallido de la revuelta, pero pronto se vio que los moriscos ponían sus esperanzas y sus alianzas en el turco y que éste estaba dispuesto a utilizar los problemas internos de España en su propio provecho [27]. En la primavera de 1570, Selim II respondió a una petición de ayuda de los moriscos ordenando un envío de hombres y de armas desde Argel y Uluç Ali Pasha, el gobernador de esta provincia, abiertamente manifestó su interés en la rebelión recogiendo armas y munición para los rebeldes y permitiendo que se reclutaran hombres en su ayuda. El caudillo de la rebelión morisca, Aben Humeya, envió a su hermano a Argel para conseguir mayor ayuda turca y para anunciar la voluntad de los moriscos de colocarse bajo soberanía otomana.

Actitud mucho más cauta en cuanto a ayuda a la rebelión morisca fue la del sultán sa'dí de Marruecos, 'Abd Allāh al-Gālib (1557-1576), que había establecido paces con los españoles y tenía interés en mantenerlas como instrumento que le ayudara a contrapesar los intentos de intervención turca [28]. 'Abd Allāh, hijo de Muḥammad al-Šayj, había ascendido al trono de Marruecos a raíz de que su padre fuera asesinado por los turcos, pero el trono le era disputado por dos hermanos de su padre que se habían refugiado en Argel e intentaban conseguir ayuda de Estambul. En cualquier caso, conviene insistir en la tremenda repercusión interna que tuvo en España la Guerra de las Alpujarras desde el punto de vista de reanimar las pasiones hispanas contra los musulmanes y en hacer más preciso y más tangible todavía el inmenso peligro del Islam.

En cuanto a Túnez, el gobernador de Argel esperó a que la coyuntura creada por la Guerra de las Alpujarras le fuera favorable y en 1569, cuando don Juan de Austria y sus tropas italianas estaban ocupadas en aquélla, envió un ejército al mando de Mami Corso que derrotó al sultán ḥafṣí cerca de Beja: entre Trípoli y Tremecén sólo que-

[27] A.C. Hess, «The Moriscos: an Ottoman Fifth column in Sixteenth century Spain». *American Historical Review*, 74, 1968, pp. 1-25.

[28] D. Yahya, *Morocco in the Sixteenth Century*, pp. 25 y ss.

daba ahora el fuerte de La Goleta que no estuviera en manos turcas. Los otomanos habían consolidado su imperio sobre el Mediterráneo oriental tanto en el aspecto político como en el económico.

La toma turca de Túnez (1569) y de Chipre (1570) coincide casi con la terminación de la Guerra de las Alpujarras en España y el establecimiento de una paz temporal en los Países Bajos. España, Venecia y el nuevo papa, Pío V (1566), decidieron superar sus diferencias y enfrentarse a los otomanos con una nueva Santa Liga. El resultado de esta alianza fue la famosa batalla de Lepanto (1571) que infligió una importante derrota a los otomanos y destruyó dos tercios de su armada. La batalla, sin embargo, no fue dramática en sus consecuencias, ni alteró el panorama mediterráneo de manera sobresaliente. Los turcos reconstruyeron su armada con pasmosa celeridad, y para 1573 la Santa Liga se había disuelto.

A raíz de Lepanto, los miembros de la Santa Liga se enzarzaron en consideraciones contradictorias, sin llegar a un acuerdo acerca de la conveniencia de continuar las campañas en Levante o en África del norte. La curia romana y Venecia arrastraron a los españoles a aventuras orientales (como el sitio de Modon en 1572) en que la Monarquía española desperdició hombres y navíos y gastó sin fruto enormes sumas de dinero. Pero ese mismo año murió el papa Pío y los mercaderes de Venecia comenzaron a comprobar el costo de su lucha contra los otomanos, que no les resultaba en absoluto conveniente. Ragusa, la república rival, había aprovechado para su propia penetración comercial en el Imperio Otomano a costa de Venecia, el Adriático estaba bloqueado por corsarios turcos... los venecianos firmaron un tratado de paz con la Sublime Puerta en marzo de 1573 abandonando la Santa Liga.

En otoño de ese mismo año de 1573, cuando en la Italia meridional se anunciaba la llegada de la armada turca, don Juan de Austria preparaba sus galeras en Favignana, en Sicilia y, a pesar de los gritos de protesta ante el rey de los altos funcionarios de Nápoles y de Sicilia, puso proa hacia Túnez abandonando Italia a su suerte. Don Juan dirigió sobre la ciudad una armada de 100 galeras con unos 20.000 hombres ante la cual la guarnición otomana prefirió retirarse y no entablar combate. Don Juan tomó pues Túnez y puso empeño en restaurar el viejo protectorado ḥafṣí y en fortificar, de nuevo y de manera más segura, el puerto de Túnez. Poco después de la conquista, escribía

a Felipe II «que dejen vivir a los Moros en su ley, que les dejen conservar sus hábitos como bajo los reyes moros sin que la Inquisición les moleste, que Vuestra Magestad les permita elegir gobernadores de entre los naturales del país...»[29]. Don Juan de Austria, dentro del estado Habsburgo, representaba la facción mediterránea, o aquella que deseaba potenciar los asuntos mediterráneos. Pero Felipe II no podía costearse las guerras en los Países Bajos al mismo tiempo que en el Mediterráneo ni permitirse el gasto de una fortificación y una guarnición para Túnez como la que planteaba don Juan. El proyecto quedó reducido a reconstruir la fortificación de La Goleta.

Mientras tanto, y a partir de Lepanto, los turcos desplegaron una actividad intensa, determinados a recuperar su prestigio imperial. No sólo movilizando grandes cantidades de dinero, hombres y barcos, sino cultivando a todos los enemigos de España. Por supuesto los franceses, a los que concedieron los derechos sobre las pesquerías de coral del Norte de África. Aprovechando la información y las conexiones de la comunidad marrana de Estambul, cuyo jefe, don José Nassí, era asesor del sultán Selim II, éste entabló contactos diplomáticos para crear una coalición con los protestantes de los Países Bajos y con las comunidades moriscas de la Península. En julio de 1574, una armada otomana dirigida por Sinan Pasha puso sitio a Túnez y a la Goleta, que se rindieron en agosto. El prestigio perdido en Lepanto había sido recuperado. La derrota demostró a Felipe II la imposibilidad de mantener dos fronteras: entre 1571 y 1576 la represión de los Países Bajos costó al Tesoro 10 millones de escudos, y durante el mismo período, el mantenimiento de la armada en el Mediterráneo, 8,6 millones de escudos. Durante esos cinco años, los gastos de Felipe II habían superado sus ingresos en más de un 200 % y en 1575 se produjo una bancarrota de enormes proporciones que dejó al rey sin recursos y sin crédito durante varios años. La conquista otomana de Túnez y La Goleta fue, pues, irreversible y dejó todo el Norte de África, con la excepción de Marruecos y unas pocas plazas en el oeste de Argelia, definitivamente en manos turcas.

Desde 1573, por otra parte, se señala en Estambul la presencia de enviados españoles. La primera tregua se concluyó en 1578 y se haría

[29] *Apud*, Braudel, art. cit., p. 399.

permanente en 1580: el tratado de paz incluía cláusulas por las que los turcos se comprometían a no intervenir en el problema morisco y los españoles a no establecer paces con Marruecos que supusieran una ayuda para contrarrestar una posible penetración turca.

A partir de 1580, los imperios Habsburgo y Otomano, ocupados ambos en sus otras fronteras, se darán definitivamente la espalda: Hess sitúa en esta fecha el proceso de desconexión emocional e intelectual que según él se produce en España, a partir de ahora y por primera vez desde la Alta Edad Media, respecto al Islam. Es el fin de la frontera. En Melilla, Orán y Mars al-Kebir, la ocupación española sobrevive malamente, residualmente, sin la menor importancia ni repercusión. Pero la frontera ibero-africana aún había de proporcionar una última gran catástrofe, esta vez protagonizada por los portugueses, que merece atención aparte.

Portugal y Marruecos

A partir de la segunda década del siglo XVI, la situación de las plazas portuguesas en Marruecos había ido en franco deterioro. Se puede considerar fecha significativa el año de 1517 en que murió Yaḥyà ibn Ta'fūft, el caudillo de las tribus árabes aliadas a los portugueses de la zona de Safi, y gracias al cual éstos habían construido una especie de protectorado. Todo se deshizo a la muerte de Ibn Ta'fūft y los portugueses quedaron limitados a sus plazas costeras, cuyos gastos de mantenimiento y avituallamiento eran cada vez más pesados, ahora que los tributarios habían dejado de serlo. Las plazas estaban además sometidas a los ataques de los primeros sa'díes por tierra, y a la creciente piratería por mar. En la costa atlántica, los piratas no sólo eran marroquíes o granadinos exiliados sino también franceses y normandos.

Las causas del declinar de estas plazas son variadas. Influye la prohibición canónica, reinstaurada por el creciente *ŷihād,* que impedía a los portugueses comprar trigo o caballos, a la cual vinieron a unirse los años calamitosos de 1521 y 1522 en que Marruecos se vio arrasado por el hambre y la enfermedad. Por otra parte, el tesoro portugués estaba en dificultades. Por parte de las plazas portuguesas, como hemos visto de las españolas, se multiplican las quejas por la falta o los retrasos continuos en el envío de fondos, hombres, avituallamiento. La des-

moralización cunde. Los soldados, sin paga y reducidos a la miseria, se entregan al bandidaje o desertan. Desde 1529, el duque de Braganza empieza a aconsejar al rey un repliegue en Marruecos. Pero de nuevo, la fecha clave es el año de 1541 en que los sa'díes tomaron por asalto la plaza de Santa Cruz de Cabo Aguer o Agadir ante los ojos de la flota de socorro que no pudo intervenir.

El efecto psicológico y político de la caída de Santa Cruz fue considerable. De resultas, los portugueses decidieron evacuar Safi y Azamor y no conservar sino Mazagán, cuyas defensas fueron reforzadas. Mazagán se mantendría en manos portuguesas (y españolas, en tiempo de la unión de las dos Coronas) hasta 1769, fecha en que su posesión fue considerada inútil y se procedió a la evacuación. El rey hizo también examinar y reparar las fortificaciones de las cuatro plazas del norte, pero en 1550 evacuó Alcacer y Arcila, no conservando sino Tánger y Ceuta que tenían una función vital para la guarda del Estrecho. Los portugueses, pues, practicaron un realismo que redujo sus pérdidas en el Norte de África, empresa que para los españoles se convirtió en un tremendo sumidero de hombres y de dinero. Los sueños de cruzada y de conquista habían de verse funestamente restablecidos en la persona de don Sebastián. Pero pasemos ahora revista a los acontecimientos políticos en el interior de Marruecos que dieron pie a una nueva intervención portuguesa.

En 1557, subió al trono de Marruecos el sultán 'Abd Allāh al-Gālib, hijo del sultán Muḥammad al-Šayj, el primer sultán de la dinastía sa'dí en unificar todo el territorio marroquí bajo gobierno de la dinastía. Como habíamos visto, este sultán intentó la expansión a Tremecén y murió asesinado por enviados otomanos. Uno de los primeros actos de 'Abd Allāh como sultán fue ordenar la ejecución de hermanos y sobrinos que pudieran ser rivales en la ostentación del trono. No pudo, sin embargo, acabar con todos. En Argel se refugiaron sus hermanos 'Abd al-Malik y Aḥmad, que pasaron entre esta ciudad y Estambul todo el reinado de 'Abd Allāh buscando la ayuda turca para acceder al trono de Marruecos.

A la muerte de 'Abd Allāh (1574), subió al trono su hijo Muḥammad al-Mutawakkil. Poco después, a finales de 1575, sus tíos 'Abd al-Malik y Aḥmad a la cabeza de un ejército turco, partían de Argel para reivindicar los derechos sucesorios del primero de los dos hermanos. 'Abd al-Malik, un personaje sumamente interesante, no sólo había con-

seguido el apoyo turco, y el ser considerado por éstos como el candidato idóneo para el gobierno de una región del Magreb en la que no habían conseguido penetrar, sino que había establecido una serie de contactos y relaciones diplomáticas encaminadas a apoyar su candidatura, en particular con España, con quien se hallaba en muy buenos términos [30]. También había establecido contactos y agrupado partidarios en el interior de Marruecos y, en particular, entre la población andalusí. Ésta le era propicia puesto que se presentaba como el candidato de los turcos y también por enemistad hacia el sultán 'Abd Allāh cuya actitud de no intervención durante la Guerra de las Alpujarras, resentían. 'Abd al-Malik se enfrentó a su sobrino Muḥammad en marzo de 1576: toda la artillería del ejército de Muḥammad, integrada por andalusíes, se pasó al bando de 'Abd al-Malik, que consiguió una resonante victoria. 'Abd al-Malik tomó Fez inmediatamente y volvió a derrotar al ejército reorganizado de Muḥammad en el verano de ese mismo año, en que tomó también Marrakech. El sultán destronado consiguió huir hasta Vélez de la Gomera y desde allí a la península con la intención de mover a españoles o portugueses a intervenir en su favor, pensando que el apoyo manifiesto de los turcos a 'Abd al-Malik podía disponerles en contra suya. No recibió apoyo diplomático en España, pero sí en Portugal.

En Portugal reinaba un joven monarca, don Sebastián, soltero y único heredero de la corona portuguesa. Su educación, su temperamento y su entorno político eran más propios de épocas de la Reconquista bajo-medieval que de finales del siglo XVI, y no le preparaban para ser cabeza de un imperio comercial. Visionario, imbuido de ideales de Cruzada y lleno de ansias de hazañas personales, don Sebastián, en contra de todo su entorno y muy en particular en contra de los consejos de su primo, Felipe II, decidió dar apoyo al candidato destronado de Marruecos. No sólo 'Abd al-Malik había establecido buenas relaciones con España y con Estambul, sino que en la primavera de 1577, había llegado a esta ciudad Martín Diego de Acuña como embajador de Felipe II enviado para establecer términos de paz con el Gran Turco: no era el momento, en cualquier caso, para apoyar can-

[30] M. García-Arenal, «Textos españoles sobre Marruecos en el siglo XVI: Fr. Juan Bautista y su crónica de Muley Abdelmelech», *Al-Qantara*, 2, 1981, pp. 167-192.

didatos en Marruecos distintos al propuesto por la Puerta. Felipe II estaba decidiendo abandonar la lucha contra el Islam en el momento en que Portugal, en contra de toda su trayectoria anterior, y por voluntad exclusiva de su joven rey, decidía retomarla.

Don Sebastián organizó una expedición cuya asistencia hizo obligatoria para toda la nobleza portuguesa, y cuyo fin último era la invasión de Marruecos. Las fuentes, probablemente exagerando, hablan de un contingente de 125.000 hombres, que se enfrentó al ejército marroquí de 'Abd al-Malik cerca de Alcazarquivir el día 4 de agosto de 1578 en una batalla extraordinaria en que las tropas marroquíes, gracias a nuevas tácticas aprendidas de los turcos y gracias a la eficacia y empuje de la arcabucería andalusí, aniquilaron al ejército portugués [31]. Los tres contendientes murieron en el campo de batalla (y por eso ésta es conocida también como Batalla de los Tres Reyes): 'Abd al-Malik, la víspera, de enfermedad, don Sebastián y Muḥammad al-Mutawakkil, en el campo de batalla. Aḥmad al-Manṣūr (el victorioso), hermano y compañero de 'Abd al-Malik, ascendió al trono de Marruecos.

La batalla fue una catástrofe sin precedentes para Portugal, que quedó sin rey ni heredero al trono, y toda su aristocracia, o bien muerta, o bien cautiva y por la que había que pagar desorbitados rescates. El oro que Aḥmad recibió por éstos, más la resonancia que en toda Europa tuvo la batalla, dio a Marruecos un nuevo papel y una nueva consideración a escala internacional.

En 1580, Portugal quedó bajo soberanía española, siendo Felipe II hijo de una princesa portuguesa, y a la corona española pasaron a pertenecer las únicas plazas portuguesas restantes: Mazagán, Tánger y Ceuta. El año 1580 es también aquel en el que se firma la tregua definitiva entre España y los otomanos. Es una buena fecha, pues, para dar por terminado el estudio de la frontera. A partir de aquí, lo que queda es el estancamiento y la pervivencia de unos cuantos enclaves que subsistirán en estado de abandono.

[31] E.W. Bovill, *The Battle of Alcazar*, Londres, 1952; P. Berthier, *La bataille de l'Oued El-Makhazen, dite bataille des Trois Rois*, París, 1985.

El reflejo en las fuentes literarias de la frontera norteafricana

Las acciones de los españoles en el Mediterráneo y el enfrentamiento con el Islam tienen una repercusión de enorme amplitud en las fuentes escritas. En este apartado, intentaremos presentar una rápida panorámica, que necesariamente tiene que ser incompleta, del reflejo de la frontera y su evolución en la literatura española de los primeros siglos de la Edad Moderna. Haremos referencia a dos géneros: a la literatura de creación o de imaginación, pero también a las fuentes escritas de carácter histórico o geográfico. Hay veces que resulta difícil separar entre ambas. Porque la literatura de ficción incorpora y utiliza elementos históricos y gira a menudo en torno a acontecimientos concretos de gran impacto contemporáneo, y porque escritores como Cervantes (aunque también otros) incluyen en sus obras no sólo personajes de existencia real, sino descripciones de ciudades, modos de vida, etc., de los que a menudo fueron testigos presenciales. Y porque la literatura que pudiéramos llamar «científica» no siempre separa lo real de lo imaginario, y siente predilección por los temas que habrían de convertirse en tópicos literarios.

Pero el género que pudiéramos llamar de no «ficción», las fuentes históricas, es el menos conocido. Durante los tres primeros tercios del siglo XVI soldados, rescatadores, embajadores, escribieron obras sobre el Magreb de rico contenido documental no sólo desde el punto de vista histórico y geográfico, sino también desde el etnográfico y sociológico que las hace semejantes a sus contemporáneas, las crónicas de Indias [32]. La mayoría de estas obras se escribieron para propiciar y justificar la expansión por África, para proporcionar los conocimientos que facilitaran la empresa y para proporcionar los argumentos justificativos. También, y principalmente a comienzos del siglo XVI, para narrar las empresas militares y enaltecer las hazañas de los protagonistas de éstas. A partir de finales de siglo, cuando la frontera con el Islam había sido ya abandonada por la política española, y según fue adquiriendo éxito y popularidad la literatura de ficción acerca de aquélla, este género cayó

[32] Véase principalmente M.A. de Bunes, *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad*, Madrid, 1988; y *Repertorio bibliográfico de las relaciones entre la Península Ibérica y el Norte de África.* «Fuentes», Madrid, 1989, pp. 15-72.

totalmente en el olvido, del que no ha salido sino parcialmente y en tiempos muy recientes. Curiosamente, las más importantes de estas obras fueron traducidas al francés y adquirieron mucha popularidad en Francia en el siglo XVII, cuando ésta iniciaba su propia expansión colonial sobre el Magreb [33].

Comenzaremos por hablar de las crónicas y relatos que surgen al calor de los acontecimientos. Entre ellos, se cuentan los relatos en primera persona de participantes en los aspectos más duros, en las miserias producidas por las empresas de África. Un ejemplo representativo lo constituye el bello libro de Pedro Aguilar, que es la crónica de los padecimientos de un antiguo soldado de la guarnición de La Goleta, pero que incluye además preciosos datos sobre aspectos tales como las rutas de navegación [34]. Los episodios más catastróficos, los que dejaron una huella más imborrable en la conciencia de sus contemporáneos, son aquellos que tienen que ver con los repetidos desastres de la isla de los Gelves o Djerba, que encarnan la demostración y el peso del fracaso, la deshonra que hay que justificar, como intenta hacer Diego del Castillo [35].

También hay que contar con el relato de los triunfos, las conquistas y las descripciones de ciudades, como es la excelente y documentadísima crónica de un soldado de Orán, Diego Suárez Montañés [36]. El entusiasmo por los triunfos conseguidos, el prestigio ganado por los protagonistas, el deseo de incitar a los reyes a continuar la expansión por el Magreb son propios del primer cuarto del siglo XVI y producen un sin número de obras de muy diferente extensión y calidad.

El género es demasiado rico como para que pasemos aquí revista sistemática, pero debemos hacer mención a parte de los tres autores más importantes y originales, Luis del Mármol Carvajal, Diego de Torres y Diego de Haedo.

[33] *Vid.* G. Turbet-Delof, *Bibliographie critique du Maghreb*, Argel, 1976; R. Ricard, «Textes espagnols sur la Bérberie (XV, XVI et XVII siècles)», en *Etudes hispano-africaines*, Tetuán, 1956.

[34] *Memorias del cautivo de la Goleta de Túnez*, ed. P. Gayangos, Madrid, 1985.

[35] *Historia de la presa de los Gelves...*, Madrid, 1988.

[36] *Historia del maestre de Montesa.. y la manera como gobernó Orán y Mazalquivir...*, Madrid, 1989.

Mármol fue hecho prisionero en 1535 con ocasión de la expedición de Carlos V a Túnez, como cautivo vino a estar al servicio del sultán sa'dí de Marruecos y con él pasó más de siete años, recorriendo buena parte del Magreb occidental. El resultado de su cautividad fue una *Descripción de África*[37] fundamental en lo que al conocimiento de las zonas que él visitó personalmente o recogió información de primera mano. Del resto, es tributario del famoso libro del mismo título obra de León el Africano.

Diego de Torres estuvo en la corte sa'dí de Marruecos entre 1546 y 1554 ocupado del rescate de cautivos a sueldo de la corona portuguesa. Su originalísima obra proporciona información sobre Marruecos en la primera mitad del siglo XVI de primera importancia; la obra fue escrita para el rey don Sebastián con el fin de animarle a la conquista del país, y para proporcionarle cuanta información pudiera serle útil. No es de extrañar pues, que tras el desastre de 1578, su libro cayera en el olvido[38].

De quien tenemos menos información es de Diego de Haedo, cuya *Topographia e Historia general de Argel*[39] es la fuente más importante que existe acerca de la regencia argelina, y había de alimentar todo un género literario al que nos referiremos más abajo, al del cautiverio: historia, filosofía moral, relatos de cautivos, diálogos, etc., todo se encuentra ya en Haedo, que había de tener influencia directa sobre el propio Lope.

A partir de comienzos del siglo XVII, las obras histórico-geográficas van decreciendo en número y calidad de información para dar paso a un creciente gusto por las obras de ficción sobre el mismo tema. Ya no hay conquistas ni acontecimientos militares, ya está claro desde hace tiempo que no habrá empresa colonial en favor de la cual se pueda escribir. El tono común de las obras (en general de extensión muy breve y monográfica) de esta segunda fase, es la amargura por el abandono en que se deja aquello que ha costado tantos hombres, tanto esfuerzo y dinero. La consternación por la desatención política absoluta

[37] Primera parte publicada en Granada, 1573 y reed. facsímil, Madrid, 1953. Segunda parte, Málaga, 1599.

[38] *Relación del origen y suceso de los Xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante*, ed. anotada y estudio de M. García-Arenal, Madrid, 1980.

[39] Valladolid, 1602, reed. I. Bauer Landauer, Madrid, 1927.

a los asuntos mediterráneos [40], que se sienten como más próximos que otras quiméricas empresas imperiales. En general y desde tiempos de Felipe II cuando tiene lugar lo que Braudel llamara «giro al Norte», los cronistas del Magreb deploran la creciente atención y costo subsiguiente de los asuntos de Flandes o incluso de las lejanas Indias, en detrimento de la frontera más cercana a la península. Son reflejo del sector de la población e incluso de la clase política española que consideró lamentable el abandono del Mediterráneo.

Mientras el género a que nos hemos referido iba en recesión, florecía, sin embargo, el gusto por la literatura de imaginación acerca de la frontera en el Norte de África. Ésta tiene sus antecedentes y es continuación inseparable de la que se produjo en los siglos XV y XVI en torno a la frontera de Granada cuando tiene lugar un movimiento que se ha dado en llamar de «maurofilia» literaria [41]. El tipo de «moro galante» y caballeresco ofrecía las mayores posibilidades poéticas como símbolo de una vida distinta, exótica y lejana aunque próxima geográficamente, representante de una civilización brillante y refinada y al mismo tiempo encarnación de una raza derrotada en quien el poeta podía infundir un lirismo melancólico. El moro, vencido y enemigo, se presenta como espejo de caballeros enamorados [42]. Pero es sobre todo en el romancero fronterizo [43] y en las crónicas donde se crea un poso de imágenes colectivas tocantes al Islam que tomarían la mayor importancia durante los siglos posteriores. Imágenes donde lo maravilloso y lo milagroso tienen su lugar junto a lo cotidiano y lo real, donde toman forma los temas que serán los favoritos del género dos siglos más tarde: la frontera y los padecimientos del cautiverio; misión y sobre todo convicción y persistencia en la fe, martirio; argumentos de ficción caballeresca y cruzada [44]. El género literario sobre los turcos y el Norte de África nunca llegará a desgajarse totalmente de la literatura

[40] De ello es buen ejemplo la obrita de Jorge Mendoza, publicada por M.A. de Bunes, *Al-Qantara*, IX, 1988, pp. 297-322.

[41] Según término acuñado por G. Cirot, «La maurophilie littéraire en Espagne au XVI siècle», *Bulletin Hispanique*, XLI, 1938 a XLVI, 1944.

[42] S. Carrasco Urgoiti. *El moro de Granada en la literatura*, Madrid, 1956, reed. Granada, 1989; *The Moorish novel*, Boston, 1976.

[43] M. Alvar, *Granada y el romancero*, Granada, 1956.

[44] M.A. Ladero Quesada. «El Islam, realidad e imaginación en la Baja Edad Media castellana», *Coloquio sobre las utopías*, Madrid, 1990, pp. 215-240.

de tema morisco [45], aunque, por supuesto, presenta su propia evolución. Y una diferencia fundamental es que la visión idealizada renacentista es sustituida, durante todo el siglo XVI, por un mayor realismo.

Las obras literarias de tema turco o norteafricano son mucho más numerosas a finales del siglo XVI y principios del XVII. Antes hemos visto que el Turco, como musulmán por antonomasia, era una preocupación política más que literaria. Comienzan a aparecer en el romancero, en poemas destinados a destacar el valor de los cristianos que los combaten o la gloria de los soberanos que obstaculizan su marcha hacia su hegemonía universal, pero todavía causan demasiado temor para que puedan convertirse en personajes de ficción. Tales romances, según Menéndez Pidal [46], desechan la brillantez y colorido de los romances moriscos para tomar un tono realista y sobrio. Muchos de ellos hablan de los grandes corsarios (personajes históricos) y de sus ataques a las costas españolas. No todos son anónimos, algunos salieron de plumas tan renombradas como la de Góngora.

Romances sobre el cautiverio y los ataques corsarios, largos poemas épicos sobre Carlos V o sobre las victorias de Lepanto y Malta dan, hasta 1580, la impresión de reproducir la realidad.

Pero es a Cervantes a quien corresponde el mérito de haber convertido el cautiverio y su escena en un mundo complejo de creación artística, en uno de los grandes hallazgos literarios de su tiempo. Es bien sabido que Cervantes permaneció durante cinco años cautivo en Argel, y el cautiverio es una constante que se manifiesta a lo largo de su producción literaria, no sólo en *Los tratos, Los baños, La Gran Sultana, El amante liberal,* y el Capitán cautivo del *Quijote,* sino en *La española inglesa,* el *Persiles, El gallardo español* y otras obras. Y lejos de las idealizaciones de la literatura morisca, Cervantes retrata la escena turca con gran fidelidad a la realidad por él personalmente observada, sobre todo en sus primeras composiciones sobre los baños de Argel. En éstas, se hace apóstol de una causa social, política y religiosa que defiende con fervor mediante vibrantes llamadas a su rey y a sus compatriotas. Por medio del teatro y en apoyo de esa causa, intenta conmover

[45] Es una de las conclusiones de la monumental obra de A. Mas, *Les Turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, 2 vols., París, 1967.

[46] *Romancero hispánico,* vol. II, Madrid, 1953, p. 135.

al mayor número posible de aquéllos. Con todas las obras mencionadas juntas forma, con sus escenas de aguda observación de la realidad circundante, un inmenso y abigarrado retablo del cautiverio de su tiempo y del escenario en que se desarrolla. Sus obras fueron llenando las tablas españolas de un mundo ambivalente de suplicios y crueldad, generosidad, entrega y buenos tratos; de amor lascivo y amor puro y a la larga triunfante, de fe inquebrantable y de fe titubeante, de apostasía y martirio [47]. Por otra parte, *El cautivo* es la primera manifestación al tiempo que probablemente el modelo más perfecto de una novela moderna que hace del cautiverio y de las ansias de liberarse de sus penalidades un tipo novelístico de gran belleza llamado a suscitar innumerables seguidores. Es, al mismo tiempo, una novela histórica [48].

La influencia de *El cautivo* se deja ver en el *Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, en el cual la peripecia argelina sirve para acentuar la idea de la vida como cautiverio.

Lope de Vega captó muy bien la fuerza dramática de tales temas tanto en los romances como en la obra de Cervantes y de Haedo, y contribuyó como nadie a difundir e imponer el género. En *La desdicha por la honra*, encontramos la exaltación del martirio del héroe, en la novela *Guzmán el Bravo* encontramos una típica peripecia de cautivos dentro de un historia amorosa que empieza y termina en España y sigue un modelo que se repetiría incansablemente a lo largo del siglo XVII: el cautiverio es separación y dura prueba para los amantes que acaban por reunirse en un final feliz. Este es el modelo que siguió María de Zayas en *El juez de su causa*, que incorpora la diferencia del carácter femenino de la protagonista del cautiverio.

En cuanto a las comedias, A. Mas reseña más de 35 obras de Lope en que el tema de los turcos o los musulmanes norteafricanos es primordial [49]. Entre ellas, *Argel fingido y renegado de amor, La Santa Liga, El perro del hortelano, Virtud, pobreza y mujer..., La doncella Teodor...* y un largo etcétera. La primera de ellas, estrenada en 1599, *Argel fingido...* marca un punto de inflexión en la psicología del público español: a

[47] G. Camamis. *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, 1977, pp. 54 y siguientes.

[48] E. González López, «Cervantes, maestro de la novela histórica contemporánea: la Historia del cautivo», *Homenaje a Casalduero*, Madrid, 1972.

[49] A. Mas, *op. cit.*, vol. I, p. 388.

partir de esta fecha, los turcos ya son héroes posibles de intrigas románticas y de galanteos idealizados y abandonan los papeles más o menos históricos a que están confiados en las obras literarias anteriores a esta fecha. También en la novela Lope marca el cambio. Si *El cautivo* es la obra maestra del tema de la cautividad turco-berberisca, *La desdicha por la honra*, es la obra maestra de la fantasía pura en cuanto a tema turco se refiere. La obrita se complace en la vida del serrallo en Constantinopla, otro tema que había de hacer fortuna.

A partir de los grandes ejemplos mencionados, durante el siglo XVII proliferan novelistas y dramaturgos que probarán fortuna con el género turco-berberisco que se hizo extraordinariamente popular. El tema comenzará a declinar a patir del último cuarto del siglo XVII, aunque todavía se encuentran ejemplos numerosos en el siglo XVIII que incluyen la aportación española en el movimiento europeo, donde los turcos habían de constituir un verdadero movimiento literario muy diferente, bien es verdad, del surgido en la España del siglo XVI basado y alimentado por toda una larga y dura experiencia directa.

III

ESTANCAMIENTO Y ABANDONO: DESDE LA UNIFICACIÓN DE REINOS (1580) HASTA LA PÉRDIDA DE ORÁN

Los últimos años del reinado de Felipe II

En la década de 1580 se comienzan a perfilar los motivos por los que los españoles abandonan la activa política practicada en el Norte de África. En estos mismos años se verifica plenamente el «giro al norte» de la historia del Viejo Mundo, por lo que el Mediterráneo se transforma en un área secundaria en el devenir europeo [1]. La explicación de la historiografía tradicional para dar sentido a ambos procesos, que aunque aquí se han expuesto como independientes van obligatoriamente unidos y cohesionados, es el agotamiento económico, político y poblacional de los dos imperios que durante todo el siglo marcaron los ritmos y los acontecimientos más importantes del mismo. La Monarquía Hispánica y el Imperio Otomano entran en esta década en un proceso de recesión, tanto por problemas internos como por la aparición de otros estados que pugnan por adquirir importancia dentro de las zonas antiguamente controladas por los dos colosos, por lo que se dejan a un lado los planes de la expansión marítima y terrestre por el *Mare Nostrum*.

En el caso español, además de la recesión económica en la que se ve inmerso, de la que son buenas muestras las continuas bancarrotas de los últimos años de la vida del «Rey Prudente», influye decisivamente el balance que hace de la política africana de la Corona desde

[1] F. Braudel, *La Mediterranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949.

la época de los Reyes Católicos. Los escasos resultados tangibles de la batalla de Lepanto y los cambios políticos producidos en la frontera sur de la Península son razones suficientes para que se produzca esta reflexión. En las postreras décadas del siglo XVI, comienzan a ser frecuentes las peticiones y los memoriales en los que se recomienda el abandono de alguno de los presidios conquistados en el Magreb y que se deje de enviar recursos y hombres para mantener enclaves dispersos, aislados y continuamente desabastecidos a lo largo de la costa africana [2]. La unificación de reinos, con la llegada a las manos de un solo monarca de todo el legado lusitano, también disperso por África y el Índico, supone que la Hacienda Real tenga que hacer frente a un imperio aún más amplio, lo que afectará negativamente a los intereses africanos. Las mayores exigencias de la acción en América y el recrudecimiento de las guerras en Europa, en especial el enfrentamiento con Inglaterra y la sublevación de los Países Bajos, van relegando la política africana a un lugar residual.

Lepanto, el gran esfuerzo de la Cristiandad para intentar detener el avance turco, se queda sólo en una batalla gloriosa al reconstruir la Sublime Puerta en sólo un año toda su flota y cuando los berberiscos comandados por Sinan Pasha y Eulj 'Ali reconquistan Túnez y el fuerte de La Goleta. La *gran batalla naval* sólo ha supuesto la pérdida del sentimiento de inferioridad ante las huestes del sultán de Estambul y el agotamiento de ambos contendientes. La rápida desmembración de la Liga Católica y la tardanza en realizar las acciones que traía consigo la superioridad lograda convierten a este enorme esfuerzo bélico y monetario en un episodio sin continuidad en el tiempo. En Lepanto, lo que sí se establece definitivamente son las fronteras de las zonas máximas de dominio de ambos contendientes [3]. Desde el Mármara hasta las aguas que bordean Túnez, será un mar controlado por los turcos en el que los venecianos vuelven a restaurar algunos de sus privilegios comerciales. Desde Túnez hasta el Estrecho de Gibraltar, será un mar

[2] Memoria *A su Magestad sobre la conveniencia de que cesen las guerras de Flandes y África, razonando los motivos y proponiendo las soluciones*, S.l., s.a. Muchos de los memoriales sobre esta cuestión han sido recogidos por C. Rodríguez Joulia Saint-Cyr, *Bibliografía menor hispano-musulmana*, Madrid, 1970.

[3] A.C. Hess, «The Battle of Lepanto and its place in Mediterranean History», *Past and Present*, 57, 1972, pp. 53-73.

español, donde las rutas comerciales y las costas de los países ribereños son amenazadas constantemente por las incursiones corsarias. La desaparición de las grandes armadas, demostración de la pérdida de importancia del Mediterráneo como centro de la historia, posibilita el desarrollo y fortalecimiento de una actividad endémica de este espacio geográfico, como es el corso. Los aliados de los turcos, los berberiscos argelinos y los súbditos de la regencia tunecina [4], a los que hay que añadir la actividad de las ciudades marroquíes, pondrán en peligro todo el tráfico comercial de la parte occidental del mar [5]. Este mismo papel lo desempeñarán las naves de la Orden de Malta y las flotas de los estados cristianos en Oriente, por lo que el «robo con patente» tiene su época dorada en los últimos años del siglo XVI y los dos primeros tercios del siglo XVII. Lepanto es la demostración más fehaciente del enfrentamiento entre los otomanos y los españoles, a la vez que su última manifestación. Los acontecimientos posteriores a la batalla y el cambio de la coyuntura internacional a esta empresa en un «canto de cisne» de la vida que se desarrolla en el Mediterráneo hasta fines del siglo XVI.

En las postrimerías del reinado de Felipe II, el Mediterráneo se convierte en un espacio donde también se litiga por la soberanía en el Viejo Continente. Las escuadras inglesas y holandesas llegarán a pactos con los gobernantes marroquíes y apoyarán técnicamente a los corsarios para debilitar a la Monarquía Hispánica. En realidad, estamos relatando la articulación de este espacio a la política continental como consecuencia del enfrentamiento por la preeminencia en el comercio y la asunción de la soberanía en Europa. La unificación de reinos, la colonización americana, la sublevación de los Países Bajos y la lucha contra Inglaterra suponen una excesiva diversificación de los esfuerzos de la Corona, por lo que se tenderá a prescindir de lo superfluo o de lo menos productivo, que en este caso es la expansión por el Norte de África. El miedo de los argelinos cuando se preparaba la Armada Invencible en Cádiz era completamente injustificado, como consecuencia de que los intereses del Rey Prudente habían cambiado completamente de orientación. El Magreb ya no será un objetivo en sí mismo, sino

[4] G. Fisher, *Barbary Legend. War, trade and Piracy in North Africa, 1415-1830*, Oxford, 1957.

[5] A. Sola, *Un Mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos*. Madrid, 1989,

que estará relacionado con la salvaguarda del comercio americano, la seguridad del tráfico comercial o la creación de un muro defensivo para impedir el progreso de las armas otomanas.

En el Imperio Otomano se aprecian también unos claros síntomas tras la muerte de Suleimán el Magnífico. Las repetidas campañas de conquista realizadas por el décimo sultán de la casa otomana habían supuesto un gran esfuerzo económico y demográfico para el país. Los nuevos territorios se encontraban tan alejados de la capital del Bósforo que sólo poner en marcha una expedición representaba unos costos económicos difíciles de sostener. En el interior del país, en la llanura de Anatolia, se estaba fraguando una crisis hacendística que iba a impedir cualquier intento de expansión, ya sea marítima o terrestre [6]. A la organización económica y hacendística del Imperio, verdadero talón de Aquiles de la Sublime Puerta, hay que añadir la calidad humana y política de los sucesores de Suleimán, cada vez más entregados a los placeres del serrallo, dejando los asuntos de gobierno y política a visires de muy divergente valía y facultades. La marina otomana, aunque reconstruida rápidamente tras Lepanto, comienza a entrar en decadencia como consecuencia de la falta de adecuación a los progresos náuticos del momento y a la desaparición de los navegantes que la habían llevado a ser una de las más temibles del Mediterráneo [7]. Al igual que la Monarquía Hispánica, el Imperio Otomano tiene que hacer frente a problemas domésticos y exteriores que debilitan sus posibilidades de acción. En primer lugar, Estambul tendrá que solventar varias sublevaciones interiores, sofocar los intentos independentistas de los príncipes húngaros y balcánicos, y controlar las levantiscas incursiones de los kurdos en sus fronteras asiáticas. El gran problema de la casa otomana no va a venir en esta época de Occidente, sino de Oriente. La dinastía Şafawí persa logrará que la actividad bélica de los jenízaros se desplace de Europa a Asia, agotando demográfica y económicamente a las po-

[6] M. Akdag, «Osmanli imparatorulugunun kurulus ve inkisafi devrinde Turkiye'nin iktisadi vaziyeti [La situación económica de Turquía en la época de la fundación y expansión del Imperio Otomano]», *Belleten*, 13, 1949, pp. 497-571 y 14, 1950, pp. 319-418; N. Beldiceanu, «La crise monétaire ottomane au XVI siècle et son influence sur les principautés roumaines», *Südost-Forschungen*, 15, 1957, pp. 70-86.

[7] VV.AA., *Les Ottomans en Méditerranée*, número especial de la *Revue de l'Occident musulman et de la Mediterranée*, 39, 1985.

sesiones de Murat III y Mehmed III. Si los españoles tenían en el Atlántico otro frente militar, como consecuencia de los repetidos ataques corsarios a las armadas y las costas americanas, los turcos tuvieron que solventar un problema parecido en el Mar Rojo y en el Índico, por lo que parte de los efectivos náuticos mediterráneos se trasladan a estas zonas.

El resultado final de ambos procesos es que el Imperio Español y el Otomano limitan aún más sus zonas de acción en el Mediterráneo. Felipe II se olvidará completamente de Túnez, uno de los ejes esenciales de la política africana de Carlos V, para concentrar sus esfuerzos en mantener su imperio ultramarino. La firma de las primeras treguas con la Sublime Puerta en la década de 1580 supone la aceptación de la situación y la renuncia definitiva de la política expansiva en el Mediterráneo [8]. La segunda pérdida del fuerte de La Goleta supone aceptar que las costas italianas ya no están amenazadas por las escuadras que salen de los puertos del Mármara, como consecuencia de que se ha terminado la guerra de conquista de territorios alejados de las bases de dominio. La tensión del Mediterráneo se fracciona en los espacios en los que se divide. El peligro para Italia, como para España, viene de las acciones de los corsarios, acciones que pretenden agotar monetariamente y humanamente al adversario, pero nunca conquistar sus dominios y territorios. Para Estambul, la amenaza procede de la Orden de Malta y de los cientos de barcos corsarios y piratas que salen de las costas italianas, balcánicas y de las islas griegas, simbolizados en los navegantes uscoques. El *Mare Nostrum* ya ha dejado de ser el lugar de las grandes batallas y de las acciones honorables de los hombres de armas, para convertirse en una espacio marcado por una guerra sucia y destructiva donde el honor ha sido sustituido por el interés económico, y donde la épica ha sido vencida por la rapiña.

Los dos Imperios, una vez firmados los preacuerdos de paz, instigarán la creación de ciudades dedicadas al ejercicio del corso en las aguas de sus antagonistas. Esto supone que la actividad bélica de este mar es incesante, en alguna medida mucho más abundante que en épocas anteriores, aunque la importancia de las acciones son de menor

[8] S. Skilliter, «The Hispano-Ottoman armistice of 1581», *R. Iran and Islam*, Edimburgo, 1971.

trascendencia. Hasta 1580 la historia de este espacio geográfico se puede explicar por los personajes que están luchando por su control; Carlos V-Suleimán el Magnífico, Felipe II-Selim II, Alvaro de Bazán-Pialí Pasha, Juan de Austria-Eulj 'Ali, etc. Después de la fecha aludida, nos encontramos ante un relato casi acéfalo, donde sabemos mucho más de los sucesos que de las personas que los realizan. Las grandes figuras que se asocian con los acontecimientos más nombrados de la centuria han muerto, siendo los hombres que forjan los nuevos casi anónimos para la gran historia. De otra parte, a partir de estos mismos años el mundo mediterráneo se traslada paulatinamente al Atlántico y las nuevas potencias del norte atraviesan el Estrecho de Gibraltar. El agotamiento económico de este mar mueve a los corsarios a salirse de sus fronteras naturales para buscar presas que robar. Esta libertad de acción lo que también pone de manifiesto es la sustitución de una política mediterránea, agresiva y con finalidades concretas, por una simple acción exterior en África, inspirada en unos intereses puramente defensivos, como es la que se practicará en los últimos años del mandato de Felipe II y de los reinados de sus sucesores hasta el cambio dinástico en España.

A finales del siglo XVI, el alejamiento hacia el este de los intereses de la Monarquía Hispánica y hacia el oeste del Imperio Otomano, junto al inicio de la decadencia de las repúblicas comerciales italianas, crea un vacío de poder en las aguas que se extienden tras el Estrecho de Gibraltar. Esta situación permite que la evolución de los entes menores de este espacio geográfico se vea favorecida, amén de la entrada en el ámbito comercial a otros estados que hasta el momento presente estaban completamente excluidos. Si después de 1580 se puede hablar con propiedad de la pérdida de protagonismo del Mediterráneo en la historia europea, también se puede afirmar que Argelia y Túnez se empiezan a forjar como entes nacionales diferenciados del Imperio en el que se integran políticamente. Cada una de estas zonas va a llegar a esta situación de una forma diferente, tanto en sus métodos como en sus realizaciones. Esta evolución de la situación política del Mediterráneo magrebí se ve favorecida por su alejamiento, y en caso de Marruecos por su independencia, de la cabeza rectora del Islam en estas centurias, por las menores injerencias cristianas en su suelo y por la aparición de unas figuras políticas que organizan sus instituciones y sus habitantes de una manera diferente a la de los lustros anteriores.

Los historiadores norteafricanos afirman que a finales de la década del Quinientos toca fondo la crisis de los entes públicos de allende el Estrecho de Gibraltar. Esta crisis la hacen coincidir, para el caso de Marruecos, con la conquista y el dominio de las ciudades costeras por parte de los portugueses y los españoles [9]. La entrada de los cristianos se había visto favorecida, según esta visión de los acontecimientos, por la fragmentación de las estructuras de poder en el Atlas, situación que se perpetúa con el intervencionismo cristiano en el Magreb [10]. La línea de costa, como las zonas alejadas de las grandes ciudades, llevaban una existencia casi autónoma, acatando sus respectivos poderes centrales, aunque nunca uniéndose a ellos en los casos de necesidad. Cuando aparecen las armadas cristianas, tienen que hacerlas frente con los limitados recursos humanos y técnicos existentes entre sus moradores, ya que su independencia de sus respectivos sultanes, y la propia debilidad de los mismos, imposibilitaban que se pueda hablar de reinos perfectamente constituidos [11]. Los rápidos progresos cristianos en esta área se explican, según este esquema, no tomando en consideración las necesidades de expansión, tanto por motivos económicos como ideológicos y de presión demográfica, de los reinos hispánicos. El Magreb durante todo el siglo XVI se ve atacado desde el Occidente por los europeos, y desde Oriente por los otomanos [12]. Cuando ambas amenazas se conjuran, por el abandono de las pretensiones de ambos Imperios como consecuencia de su recesión política y económica, los gobernantes del Magreb pueden unificar sus estados bajo su único dominio y limitar el peligro de las injerencias políticas de sus enemigos exteriores. En la década de 1580, se logra aglutinar a los diversos grupos bajo la autoridad del sultán y limar, con una complicada política y una ampliación de sus relaciones diplomáticas, los peligros anexionistas de españoles y otomanos, por lo que adquiere más protagonismo el reino como una estructura estable. Recurriendo nuevamente a la tesis de los

[9] VV.AA., *Histoire du Maroc*, Casablanca, 1987.

[10] A. Busarb, «Les conséquences socio-culturelles de la conquête ibérique du littoral marocain», *Actas del Coloquio Relaciones de la Península Ibérica con el Megreb (siglos XIII-XVI)*, Madrid, 1988, pp. 487-537.

[11] F. Braudel, «Les espagnols et l'Afrique du Nord, de 1492 à 1577», *Revue Africaine*, 69, 1928, pp. 184-233; 351-410.

[12] A. Cour, *L'Etablissement des dynasties des Cherifs au Maroc et leur rivalité avec les Turcs de la Régence d'Alger (1509-1830)*, París, 1904.

historiadores marroquíes, la menor presión de los españoles en las fachadas atlántica y mediterránea de África permite un mayor desarrollo de la agricultura, el aumento de la población, el auge del comercio, tanto en manos foráneas como por la entrada de los holandeses y los ingleses y la intensificación de la vida urbana.

La entrada de los dominios lusitanos de África en la Monarquía hispánica

En los últimos años del reinado de Felipe II, no se producen ni campañas armadas ni nuevas expediciones de conquista en las tierras del otro lado del Estrecho de Gibraltar. El Rey Prudente da comienzo a una política claramente defensiva, en la que quiere vincular a los miembros de la dinastía Sa'dí para que los turcos no aumenten sus zonas de dominio hasta las proximidades de la Península Ibérica. Las posesiones hispánicas en el Magreb después de la «unificación de reinos» estaban compuestas por Melilla, el Peñón de Vélez de la Gomera, Ceuta, Tánger, Arcila y Mazagán en Marruecos, y Orán y Mazalquivir en las tierras de la actual república de Argelia. Del legado portugués se había escindido recientemente Tetuán como parte de la dote que aporta la princesa portuguesa Catalina en su matrimonio con el futuro Carlos II de Inglaterra. La reunión de los dos reinos peninsulares en una sola Corona en vez de instar a Felipe II a retomar la política africana, le convence de la necesidad de mantener las posesiones establecidas después de Lepanto. El nuevo sultán marroquí, Aḥmad al-Manṣūr, está creando un reino poderoso al agrupar en torno a su persona los diferentes sectores del fraccionado mapa político de estas tierras, así como está controlando por medio de una compleja política exterior los intentos expansionistas de la Regencia berberisca de Argel. El legado lusitano es otro de los factores que explican el abandono del Mediterráneo por los españoles, ya que su imperio ultramarino se hace ahora más extenso y costoso de mantener, por lo que es necesario acabar con las guerras poco productivas, como a la postre son las norteafricanas.

Los territorios que entran a depender de la Monarquía son sólo los restos del antiguo imperio portugués en el Magreb. El descubrimiento de nuevas tierras y rutas de navegación habían ido concentrando los esfuerzos lusos en las posesiones más alejadas de sus costas en

detrimento de las plazas de dominio más cercanas. Unos pocos años antes, se habían perdido o abandonado las ciudades de Azemmur, Safi, Alcazarseguer y Asilah [13], concentrándose sus antiguas guarniciones en Mazagán [14] y Tánger. A finales del siglo XVI, sólo quedaban ruinas de la presencia de los portugueses en el Magreb, como atestiguan las fortalezas abandonadas de Mogador, que en 1580 servían de refugio a corsarios y piratas, tanto musulmanes como cristianos, en sus ataques contra las armadas españolas. Esta ciudad será un punto de fondeadero habitual en las incursiones atlánticas de Drake.

La pérdida del protagonismo portugués en la fachada Atlántica había sido consecuente a la situación del comercio en esta zona. Desde mediados del siglo, el tráfico comercial se había desplazado de la costa al interior, por lo que los presidios habían perdido su importancia dentro del sistema de factorías. La precaria situación en la que vivían y el desfase entre lo que costaban al erario público y lo que ofrecían, junto a la dificultad de su mantenimiento, fueron las razones por las que se abandonaron. Esta situación se hace más patente con la llegada al poder de Aḥmad al-Manṣūr. El sultán triunfante de la batalla de Alcazarquivir logra, al crear por primera vez en este siglo una aglutinación del país en torno a su persona, dar el golpe de gracia a la presencia portuguesa en África. Tras la conquista del Sudán, las caravanas que transportan el oro del «país de los negros» cambian sus rutas tradicionales, encaminándose casi exclusivamente a la ciudad de Marrakech. El propio gobierno marroquí se empieza a interesar por las prácticas comerciales, por lo que las ciudades cristianas de la fachada atlántica pierden los caracteres que las definían anteriormente. Mientras que a principios de siglo eran lugares donde se realizaban transacciones económicas, transportando oro, sal, azúcar, cueros y esclavos a la Península, en el momento en el que se integran en el Imperio Español son sólo enclaves militares que se defienden del acoso de los habitantes del país, y que dependen casi exclusivamente de los envíos de pertrechos y armas de los puertos de Andalucía y el Algarve. El transporte de las mercancías marroquíes a Europa ahora lo realizarán los ingleses y los holandeses, concentrándose los portugueses en sus posesiones ultramarinas.

[13] R. Ricard, «L'évacuation des places portugaises du Maroc sous Jean III», *Sources Inédits de l'Histoire du Maroc, Portugal*, IV, París, 1951, pp. 357-381.

[14] A. Días Farinha, *História de mazagao durante o período filipino*, Lisboa, 1970.

En Tetuán se constituye la Barbary Company, en la que se agrupan comerciantes londinenses independientes que son ahora los que dan salida a los excedentes marroquíes hacia Europa. El devenir de esta agrupación comercial fue bastante lánguido por las presiones del sultán marroquí para obtener parte de los beneficios logrados y por las disputas entre los comerciantes y Londres, por lo que a fines del siglo XVI está casi extinguida. Aunque efímera, esta primera compañía de navegación y comercio nos pone de manifiesto que mientras que la Monarquía Hispánica sigue manteniendo unas posturas estrictamente militares, otros estados se planteaban una política más productiva en su presencia en el Norte de África.

El legado portugués, en vez de cambiar los presupuestos de la Monarquía con respecto a las posesiones mediterráneas y atlánticas, lo que produce es que se intensifique la política defensiva y el simple mantenimiento de un *statu quo* en este espacio. La entrada de Ceuta a los dominios de la Corona podría hacer pensar que se contaba con una atalaya segura para hacer impermeable la frontera del Mediterráneo a las acciones exteriores, pero los continuos ataques berberiscos al otro lado del Estrecho de Gibraltar y el nacimiento de la ciudad corsaria de Salé [15] dejan sin contenido a esta frontera. La destrucción de la «Armada Invencible» en las aguas del mar del norte inicia una fase de recesión en la marina española, por lo que el control marítimo tampoco podía ser ejercido de una manera fehaciente por falta de recursos y por la supremacía en el mar de las potencias de Europa.

En los últimos años del reinado de Felipe II, también se aprecia un desfase entre los comportamientos de la Corona y la situación real donde se ponen en práctica. En Marruecos resulta difícil intervenir como en décadas anteriores por la existencia de un único sultán que ha unificado el país. La política de apoyar a los bandos divergentes de la autoridad de Marrakech resulta, a finales del siglo XVI, poco productiva por el carácter duro, y en ocasiones vengativo, de Aḥmad al-Manṣūr. Marruecos ya no es un estado aislado, sino que ha sabido ganarse un puesto dentro de la política internacional, por lo que los soldados españoles tienen que medir sus acciones en función del propio panorama europeo. Argel y Túnez también entran en una situación di-

[15] R. Coindreau, *Les corsaires de Salé*, París, 1948.

vergente a la de los lustros anteriores. Aunque pertenecen al Imperio Otomano, su especialización en la práctica del corso hace que sus intereses no coincidan plenamente con los de la Sublime Puerta. Las regencias berberiscas cada vez más se forjan su propio destino, por lo que están comenzando su largo proceso de emancipación e independencia de Estambul. La presencia hispana en sus territorios, representada por Orán y Mazalquivir, les resulta ofensiva, por lo que intentarán cercar las plazas y axfisiarlas económicamente, con lo que irán preparando su extinción. Para entender estos comportamientos de los berberiscos no se puede olvidar que Argel no es sólo una potencia marítima, sino también un estado terrestre. En el siglo XVI realizó una activa expansión por las tierras cercanas, inspirada en el deseo de Estambul de dominar todo el mundo islámico y en las necesidades económicas de la Regencia. La dinastía Sa'dí estuvo amenazada a lo largo de toda su existencia por los movimientos de tropas en la frontera argelina y por las presiones políticas para que fuera aceptada la soberanía y la potestad otomana en todo el Atlas.

Marruecos durante el gobierno de Aḥmad al-Manṣūr. La política de Isabel I de Inglaterra en el Magreb en su lucha contra la Monarquía hispánica

El primero de los peligros que tuvo que afrontar el sultán que es nombrado en el propio campo de batalla de Alcazarquivir es evitar las amenazas sobre su territorio que vienen del exterior, que afectan tanto a su deseo de unificación territorial como a la planificación de su política interior. La amenaza ibérica había quedado conjurada en la llanura en la que yacía el cuerpo de don Sebastián, no volviendo a suponer nunca más una amenaza directa sobre las aspiraciones marroquíes. Aḥmad al-Manṣūr solventará su posición entre sus dos poderosos enemigos entreteniéndolos con promesas, sin decantarse nunca abiertamente por ninguno de los dos. Aunque en su corte se aprecia una clara influencia de los modos y formas otomanas, tanto de gobierno como en la milicia, ello no es más que la asunción de los sistemas del estado musulmán más poderoso de la época, nunca del espíritu ni del reconocimiento de la potestad de la Sublime Puerta. Su primera labor es coordinar en torno a su persona a los grupos disidentes, por lo que no

renunciará al uso de la violencia ante cualquier conato de sublevación o de desviación de sus designios.

Tras los primeros años de gobierno, y después de haber logrado una relativa cohesión interior, se planteará una expansión territorial. Las opciones que tenía en los últimos años del siglo XVI y principios del siglo XVII eran el dominio de las tierras que se extendían al otro lado del Sahara, el enfrentamiento con los otomanos y la Regencia berberisca de Argel para recuperar territorios perdidos en la frontera con la actual república de Argelia o acabar con la presencia de los españoles en la zona de costa. También se relatan entre los consejos que recibió, el del paso del Estrecho de Gibraltar para restaurar la presencia de los musulmanes en la Península Ibérica, pero esto es más un anhelo que un plan real. Cada una de las tres opciones primeras contaba con ventajas e inconvenientes. Conquistar el Sudán, y por lo tanto asumir todo el control del comercio del oro transahariano, podía reportar grandes beneficios a la persona del sultán, pero tenía el inconveniente de romper una frontera natural, como es el desierto, sin conocer demasiado bien los territorios que se extendían al otro lado y con las dificultades que suponía tener abierta una vía de comunicación tan difícil y extensa. La dinastía Sa'dí tampoco podía enfrentarse abiertamente con la Regencia de Argel por el miedo que tenían al potencial bélico de la Sublime Puerta. Si declaraban la guerra al Imperio era muy probable que la perdieran, entrando a depender política y administrativamente de Estambul. La presencia española era cada vez menos importante para el desarrollo marroquí, además de ser un enemigo menos temible, por lo que resultaba más lógico y conveniente enfrentarse con los españoles que con los otomanos. Mientras que en Alcazarquivir se había demostrado que la penetración en las tierras del Atlas por parte de la Monarquía Hispánica y portuguesa era casi imposible, los continuos planes que se hacían en Argel para conquistar Fez eran un elemento de tensión y miedo entre ambos estados islámicos.

Aḥmad al-Manṣūr opta por la expansión hacia el sur, reduciendo el enfrentamiento con las dos potencias que rodean a los territorios marroquíes a una simple acción diplomática. El sometimiento del Sudán se logra con cierta facilidad por un ejército formado en su mayor parte por andalusíes, y comandado por el granadino Ben Yusuf. En los primeros años de dominio se logra un enriquecimiento muy rápido, lo que le vale al sultán el sobrenombre de «el Dorado». Esta conquista a

la larga fue uno de los elementos de la ruina del gobierno de Aḥmad al-Manṣūr. El Sudán era una zona de redistribución del oro del África negra, pero no el lugar de producción, por lo que los marroquíes no controlan las minas. El gobierno de la nueva provincia rápidamente se vio asolado por sublevaciones internas y por la lucha con las poblaciones circunvecinas, por lo que fue necesario enviar varias expediciones más para restaurar la situación primigenia. El tiempo que se tardaba en llegar a Tombuctú y las dificultades del camino provocaron que estas misiones fueran muy costosas para el erario público, por lo que el mantenimiento de la nueva conquista se fue demostrando a la larga como no rentable. El mayor aporte de oro americano y las navegaciones de los europeos a otras partes de África fueron restando importancia al oro del Sudán dentro de la economía del Viejo Mundo. La expedición que elevó a la fama al sultán Sa'dí fue, a la postre, una de las acciones más calamitosas de su reinado, por lo que se llegó a abandonar a los contingentes militares allí instalados. Con el paso de los años, y como consecuencia de su aislamiento, se fueron integrando en la sociedad de sus conquistados, aunque conservándose sus orígenes y procedencias, constituyéndose como clase rectora y de prestigio. La «conquista del reino de Gao», como titula una crónica anónima escrita por un cautivo español presente en la primera expedición, ha quedado como uno de los episodios más románticos del período, tanto por las personas que forman la expedición como por atravesar los intereses marroquíes una frontera natural que hasta ese momento era completamente insalvable.

La conquista del Sudán tuvo otras dos consecuencias para el sultán Sa'dí. La primera de ellas fue la tensión entre el jerife y el *Gran Turco,* por la primacía del Islam. La casa otomana, como continuadora del califato después de la conquista de la ciudad de Bagdad, veía con malos ojos este excesivo protagonismo de un príncipe que no estaba sometido a su obediencia. Las repetidas peticiones turcas para que los marroquíes aceptaran la primacía moral y política de la Sublime Puerta habían sido desoídas continuamente en los decenios anteriores, y ahora se consideraba un desafuero esta forma de iniciativa del sultán marroquí. De otra parte, los sa'díes, al igual que los turcos, se consideraban los continuadores directos del Profeta y, por lo tanto, cabezas rectoras del Islam. Esta disputa por la primacía religiosa esconde el deseo otomano de controlar todos los países islámicos, lo que serviría

para explicar y matizar la ayuda de las armadas berberiscas a los moriscos sublevados en las Alpujarras granadinas. Después de las conquistas de Selim II y Suleimán el Magnífico, Marruecos es la única zona libre de su influencia en la orilla sur del Mediterráneo, por lo que intentará ser conquistada. Además del enfrentamiento abierto entre los ejércitos sa'díes y los de la Regencia de Argel, los otomanos intentarán realizar sus deseos en esta zona por medio de su intromisión en las guerras por la sucesión entre los diversos príncipes de la dinastía. Españoles y otomanos, por lo tanto, practican una política semejante, logrando ambas potencias un mismo resultado, como es entrar en el caprichoso juego diplomático de los jerifes. En la década de 1580, estos elementos de tensión desaparecen, o se van haciendo menos evidentes. En el caso español, ello es consecuencia del abandono de la política africana, y en la de la regencia berberisca de Argel, por un cambio dentro de su cúpula directiva y una nueva orientación en su proyección internacional [16]. La muerte de Eulj 'Ali, y con su desaparición la extinción de la figura del *beylerbey,* supone el final de los agresivos intentos de expansión terrestre de Argel. Aḥmad al-Manṣūr ha conseguido, tanto por sus esfuerzos como por la coyuntura del relevo generacional, que sus fronteras no sean amenazadas por las dos potencias que le asedian geográficamente, por lo que tiene las manos libres para la reconstrucción efectiva de sus dominios.

La segunda de las consecuencias de la expansión hacia el sur del sultán marroquí, junto a los éxitos en su pendencia con otomanos e ibéricos, es el prestigio internacional que adquiere su estado. En ello también influye decisivamente el convertirse en un país con una acumulación de metales fuerte y ser un mercado potencial bastante desarrollado. Además de acuerdos comerciales con los mercaderes del norte de Europa, el prestigio del sultán Sa'dí se traduce en su conversión en un aliado deseable para dirimir el problema de la hegemonía continental. Para Felipe II, por el contrario, es un enemigo potencial, bien sea por su alianza con los turcos o con los ingleses. Los comerciantes londinenses se habían empezado a instalar en la fachada atlántica marroquí hascia 1551 en busca de oro, cuero, azúcar y sal, vendiendo a los

[16] D. Yahya, *Morocco in the Sixteenth Century. Problems and patterns in African foreing policy*, Londres, 1981.

magrebíes sus productos manufacturados y las denominadas «materias prohibidas» (armas de fuego, clavazón, pez, pólvora...). La cada día más pujante clase comercial de la *city* encuentra en este país un lugar de expansión que rápidamente es favorecido por la Corona al facilitar la constitución de la Barbary Company. El fracaso de esta experiencia comercial, que es completo hacia 1585, no es obstáculo para que en la mente de Isabel I comience a tomar cuerpo la utilización del sultán marroquí para aislar territorialmente a Felipe II [17]. El primero de los planes que pone en práctica es un intento de acuerdo entre Marrakech y Estambul, que en estos años es imposible por los deseos expansionistas de la Sublime Puerta. Lo que sí logra es la firma de un acuerdo de ayuda mutua en su lucha contra la Monarquía Hispánica. Las verdaderas intenciones y la fiabilidad del musulmán se van a poner de manifiesto en la crisis abierta por la anexión de Portugal y por la Armada Invencible. La Reina Virgen pide a Aḥmad al-Manṣūr que provea de víveres y de municiones, así como que complete las tripulaciones, a las embarcaciones que llevan a don Antonio Prior de Crato en su intento de recuperar el reino lusitano. El jerife no puede oponerse a las peticiones inglesas, pero tampoco puede satisfacerlas por el miedo a la reacción del monarca peninsular. Felipe II tiene bajo su protección al hermano del sultán marroquí, M. al-Mutawakkil, príncipe con derechos legítimos al trono marroquí y que puede contar con el apoyo del amplio sector de marginados y descontentos por la acción de gobierno de Aḥmad al-Manṣūr. El Rey Prudente, haciendo honor a su fama, poseía el arma más fructífera en los tratos políticos con los magrebíes, como es la fuerza suficiente para desestabilizar el complejo sistema político del otro lado del Estrecho.

A Felipe II no le preocupaban demasiado los tratos del musulmán con la anglicana, al poseer el resorte para atajar una posible amenaza real por una de las partes. Incluso después del desastre de *La Invencible*, acontecimiento que es celebrado con algarabía en la ciudad de Marrakech, el monarca hispano continuó mostrando una posición defensiva fuerte ante el nuevo sultán. El único miedo que tenía es que se produjera un ataque de las plazas de dominio español en el Norte de África, en especial las que guardaban el paso de Gibraltar, y que se exten-

[17] M. Fernández Álvarez, *Felipe II, Isabel de Inglaterra y Marruecos*, Madrid, 1951.

diera el corso musulmán a lo largo de toda la fachada Atlántica. En 1589, como consecuencia de la recesión marítima de la Monarquía por la derrota ante la escuadra inglesa, Felipe II hace entrega al sultán marroquí de la plaza de Arcila, en un intento de ganarse su neutralidad y fidelidad. Con ello, se da por concluida la tensión entre los dos países, siendo este momento en el que comienzan a notarse los negativos efectos económicos de la conquista del Sudán y la pérdida del preeminente papel que hasta ese momento ocupaba Marruecos en el panorama europeo.

A finales del siglo XVI y principios del XVII, la situación política y económica del Viejo Mundo establece que la mayor parte de las potencias europeas abandonen sus intereses y sus preocupaciones sobre las tierras del actual Reino de Marruecos. Francia estaba embarcada en las guerras de religión, por lo que se despreocupa de su política exterior. Holanda ya ha empezado a consolidar su papel de intermediario marítimo, sin entrar en las disputas políticas y militares por el dominio del *mar hispánico,* según la terminología utilizada por Braudel. Felipe II ha levantado un muro defensivo por el que queda asegurada su posición en el flanco sur de sus dominios peninsulares. Inglaterra, después del fracaso de la Barbary Company y de los difíciles términos en los que se han tenido que mover sus diplomáticos en la cuestión marroquí, cada vez se aleja más de las directrices marcadas en la época recién descrita. De otro lado, Isabel I se da cuenta que le resulta más rentable comerciar y practicar la piratería en las Indias que en el Magreb, por lo que se vuelca en las zonas donde logran una mayor productividad con un menor coste.

El siglo XVII, la puesta en práctica de la política defensiva y de contención por la Monarquía hispánica en el Mediterráneo

En los primeros años del siglo XVII, una vez que han desaparecido los tres monarcas de los países en litigio en el decenio anterior, las nuevas autoridades hispanas hacen suyas las últimas directrices africanas de Felipe II, como son la lucha contra el corso y el intento de no ceder el dominio de los presidios a los argelinos y marroquíes. El balance que se puede hacer *a posteriori* del éxito de la defensa de los dos postulados es bastante negativo. La ventura o desventura de estos prin-

cipios estuvo en relación más a la evolución política del Magreb que a los esfuerzos de la Monarquía Hispánica por ponerlos en la práctica. Mientras que la lucha contra el corso se saldó con un rotundo fracaso, ya que las embarcaciones berberiscas se hicieron dueñas absolutas del Mediterráneo occidental, el mantenimiento de los presidios tuvo otra suerte muy diferente. Que incluso se ampliaran los enclaves cristianos en el Atlántico africano se debió, en gran medida, a la inestabilidad política que se inaugura a la muerte de Aḥmad al-Manṣūr. Desde 1603 hasta 1610 las tierras marroquíes se ven asoladas por repetidas razzias y algaradas, algunas de ellas instigadas o financiadas con dinero hispano, que vuelven a extender el caos dinástico por este territorio. Los últimos sa'díes no tienen la autoridad suficiente, ni los recursos económicos necesarios, para mover a los habitantes del Atlas y, con ello, sitiar las mal provistas plazas de dominio. Cuando este panorama desaparece, como consecuencia de la llegada al poder de una nueva dinastía, la presencia cristiana sufrirá una fuerte recesión en las partes más alejadas del estrecho de Gibraltar. Todo ello es una clara demostración del cambio de comportamiento de los últimos Austrias en el Mediterráneo, así como del decaimiento de la Monarquía Hispánica en el ámbito político internacional. Ambas cuestiones ya se detectaban perfectamente durante la época del gobierno de Aḥmad al-Manṣūr, que siempre consideró más peligrosas para sus dominios las pretensiones turcas que las españolas. El sultán marroquí exclusivamente se valió del sentimiento religioso anticristiano para aglutinar a las facciones disidentes de sus reinos, pero nunca lo utilizó para organizar la «guerra santa» contra los presidios.

Durante los primeros años de mandato de Felipe III, el Mediterráneo vuelve a ser el centro de la política española. Como casi todos los monarcas que acceden al trono durante el siglo XVII, el hijo de «el Rey Prudente» manda que se confeccionen memoriales e informes para encabezar una empresa loable para la Cristiandad, tal como la conquista de Argel o la de Constantinopla [18], proyectos y planes que pasarán a integrar la amplísima documentación sobre el Magreb de los archivos españoles. El mantenimiento de la idea de que la nación hispana es la

[18] M.A. de Bunes Ibarra, *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, Madrid, 1989.

defensora de la Europa cristiana ante el África musulmana puede ser interpretada, además de por la pugna abierta entre cristianos y musulmanes por el dominio del Mediterráneo, por la pervivencia del legado del testamento de Isabel la Católica en la casa de Austria. La «nación española» se había forjado luchando contra el infiel, por lo que el mantenimiento de esta empresa era lógico y consubstancial a la idiosincrasia del país. En algunos de los postulados mantenidos en el Magreb también se puede rastrear en esta centuria la pervivencia de un arcaísmo en los comportamientos y actitudes de las clases rectoras de la política exterior de Felipe III. La propia confección de un sistema defensivo al otro lado del Mediterráneo que recuerda la sociedad de *limes* o de «marcas medievales» es una buena demostración del medievalismo con que se plantea el paso del Estrecho. La lucha contra el musulmán se mantiene, según esta visión esquemática de la centuria, en unos parámetros semejantes a los de siglos anteriores. Los medios, las ideas básicas y los móviles de soldados y gobernantes son semejantes a los de Carlos V o Felipe II, variando sólo la intensidad con la que se llevan a la práctica las medidas propugnadas y previstas.

Durante el reinado de Felipe III aún se sienten las consecuencias de la victoria lograda en Lepanto. El prestigio adquirido por el monarca español llevará al sultán ṣafawí persa y a los príncipes y déspotas griegos sometidos por la Sublime Puerta a pensar en los españoles como unos aliados para acabar con el poder turco. El prestigio no se ve acompañado durante estos años con las fuerzas, el dinero y la voluntad suficientes para emprender acciones bélicas contra los «ancestrales» enemigos de los españoles. El duque de Lerma y el soberano presiden un gobierno en el que el pacifismo es su elemento más significativo, política que se pondrá en práctica tanto en Europa como en África. Los contactos con griegos y persas se dirimen en los estrechos límites de la diplomacia, sin alcanzar nunca acciones concretas. En el caso específico de los príncipes albaneses y de las islas del Egeo no se realizan porque en la Corte se pensaba que prestar apoyo material y de contingentes militares a estos hombres traía consigo reiniciar las hostilidades con el Imperio Otomano de una manera abierta, y tampoco se contaba con las suficientes garantías de que una de estas pequeñas sublevaciones pudiera hacer daño a la estructura y a las bases del antagonista.

Mientras que los asuntos griegos fueron llevados por los virreyes de la Monarquía, en especial el de Nápoles, las negociaciones con Per-

sia fueron un asunto personal de la Corona. Los intercambios diplomáticos se inician, del lado español, por la misión de dos religiosos que se trasladan al Oriente Medio para coordinar las fuerzas de los dos enemigos de la Sublime Puerta. Si se lograba atacar al unísono al sultán de la antigua Constantinopla se le cortarían todas sus vías de expansión, diversificando sus fuerzas en dos frentes muy extensos y alejados entre sí, por lo que sería más fácil de vencer o de controlar. Cuando estas ideas adquieren toda su dimensión es en las embajadas de Diego de Silva y Figueroa [19] y de Juan de Persia [20]. De ambas misiones conservamos los pareceres de sus protagonistas, por lo que contamos con descripciones amplias sobre los objetivos y recursos de ambos estados. Más difícil de analizar es el testimonio de los hermanos Sherley, figuras que esconden sus verdaderos objetivos entre la nebulosa de sus intereses personales. Anthony Sherley era un caballero inglés que viajó entre Persia y España, pasando por otros estados europeos, como emisario de Felipe III, proponiendo la amistad entre los dos soberanos. Su papel en esta situación se encuentra a mitad de camino entre la intriga, el espionaje y la crónica de un hombre de acción o un aventurero. La cooperación de Persia y la Monarquía Hispánica estuvo cercana a ser una realidad tangible por la situación que atraviesa el Imperio Otomano durantes estos años. La recesión económica y hacendística que se anunciaba durante el reinado de Suleimán se hace patente durante los primeros años del siglo. De otra parte, los persas logran crear un sistema de combate y se ganan la amistad de los grupos disidentes dentro del extenso espacio asiático controlado por los turcos, con lo que logran recuperar algunos de los territorios perdidos a finales del siglo XVI. Una guerra de desgaste, como la que impone el sultán ṣafawí Sha ᶜAbbas, era lo que menos interesaba a la Sublime Puerta para solventar sus cada día más acuciantes problemas monetarios. Felipe III había logrado la paz con sus enemigos europeos, por lo que tenía las manos libres para realizar los proyectos propuestos al sultán persa.

[19] G. de Silva y Figueroa. *Comentarios de ... la Embajada que de parte del rey de España D. Felipe III hizo al Rey Xa 'Abas de Persia*, edición de Manuel Serrano y Sanz, Madrid, 1905.

[20] J. de Persia. *Relaciones ... dirigidas a la Magestad Catholica de Don Philippe III, Rey de las Españas y señor nuestro...*, Valladolid, 1604; edición de Narciso Alonso Cortés, Madrid, 1946.

También existía una justificación para iniciar la guerra con el turco, como era el problema de la sucesión en varios estados centroeuropeos (Polonia y Hungría). La Sublime Puerta estaba molesta con los repetidos ataques del marqués de Osuna, cuando ostentaba el cargo de virrey de Nápoles, a sus flotas y los de sus aliados, por lo que también podía retomar las hostilidades [21].

La situación favorable y los esfuerzos diplomáticos sólo se tradujeron, a efectos prácticos, en el envío de embajadores y de pequeños lotes de armamento a griegos y persas. De alguna manera, la política internacional en el Mediterráneo se volvió a supeditar a las cuestiones internas, como era la expulsión de los moriscos. Aunque es imposible saber cuáles hubieran sido las consecuencias de la unión de ambos príncipes, lo que no resulta arriesgado afirmar es la pérdida de una de las mejores oportunidades para haber cambiado los sistemas de reparto de poder y de dominio en el Mediterráneo. La política en el *Mare Nostrum* del nuevo monarca sólo se materializó en dos acciones concretas: la lucha contra el corso y el enfrentamiento con Venecia.

La Señoría, después de la batalla de Lepanto, vuelve a ocupar su papel tradicional en el mar, como es la defensa de sus cada día más maltrechos intereses comerciales y rutas de navegación y el de la vigilancia del tráfico marítimo de las aguas de Oriente. En los primeros años del siglo XVII, esta parte del Mediterráneo vuelve a sufrir un aumento de la tensión por la aparición de elementos que desestabilizan la situación descrita anteriormente. Las escuadras cristianas, bien sean de la Orden de Malta como las flotas italianas y españolas, atacan repetidamente los intereses turcos, en justa réplica al aumento de tensión en la zona, sin que los venecianos puedan hacerles frente. El verdadero peligro para la navegación en el Adriático y el Egeo viene motivado por la aparición de los piratas uscoques (o Uskok). Con esta denominación se conocen a los habitantes de Bosnia y Herzegovina que se refugian en Dalmacia y Croacia de la agresiva expansión otomana. Desde la capital de sus dominios, Klis, comenzaron a armar embarcaciones en corso asaltando todos los navíos que podían abordar, bien sean cristianos o musulmanes, refugiándose luego en los puertos de Segna y Fiu-

[21] J.M. Floristán Imizcoz, *Fuentes para la política oriental de los Austrias: la documentación griega del Archivo de Simancas (1571-1621)*, León, 1988.

me. A principios del siglo XVII, llegaron a poner contra las cuerdas a las naves de la Señoría, que decide declarar la guerra al archiduque Fernando de Estiria, la cabeza visible del incipiente estado croata. Todo el mar Adriático, desde Venecia hasta el estrecho de los Dardanelos, estaba amenazado por sus sanguinarios ataques. Los intenso de Ragusa y Venecia por acabar con sus tropelías resultan inútiles al no poder capturar a sus pequeñas embarcaciones en aguas demasiado poco profundas para el calado de las galeras. La Sublime Puerta, por su parte, acusa a los venecianos por el poco celo que ponen en cumplir la misión encargada, amenazándoles con la pérdida de sus privilegios comerciales. En los mismos años, la ciudad-estado italiana también se ve amenazada por el intento español de controlar sus directrices políticas. El duque de Osuna, después de la «conjura de Venecia», instiga con su flota a los navíos de la Señoría, llegándose a reseñar momentos de verdadera situación prebélica. Entre 1611 y 1620, todos estos conflictos van desapareciendo sin que se produzcan batallas de consideración, salvo el apresamiento de alguna embarcación veneciana por los piratas y las armadas españolas. Los únicos perjudicados del final de este conflicto son los uscoques, que son controlados en sus intentos de expansión terrestre y marítima contra turcos y venecianos, conjurándose el peligro cuando nuevamente las galeras de la Señoría retomen su función de transportistas y policías de esta parte del mar.

La lucha de Felipe III contra el corso, la entrega de Larache y la conquista de La Mamora

Después de la batalla de Lepanto, la «gran guerra» había desaparecido del Mediterráneo, según la terminología empleada por Fernand Braudel. La extinción del enfrentamiento abierto entre cristianos y musulmanes y el traslado de las acciones bélicas a otros frentes lo que provoca es el desarrollo de la actividad corsaria. Los corsarios son los encargados de mantener el antagonismo de los dos poderes y religiones monoteístas del Mediterráneo. Estamos ante una guerra de guerrillas que no pretende conquistar espacios nuevos, sino debilitar y agotar a los adversarios. Como consecuencia de este panorama, Argel, y las otras ciudades dedicadas a esta actividad, viven entre 1580 hasta 1620-1630 su segundo momento de expansión. En ello contribuye decisivamente

el alejamiento de las grandes flotas a otros mares y la llegada de una tecnología náutica novedosa, aportada por los navegantes del Mar del Norte. Las galeras y las galeazas van dejando paso a embarcaciones nuevas, de mucho menor calado, aunque más rápidas y ágiles, que hacen que la guerra entre flotas oficiales y corsarias sea casi siempre favorable a las segundas. El auge de la actividad corsaria también se debe al antagonismo de la mayor parte de la Cristiandad con el Imperior Otomano, aunque no hay que olvidar que en su desarrollo también contribuye el pujante tráfico comercial que soporta el Mediterráneo hasta la mitad del siglo XVII. La búsqueda del botín, ya sea de hombres como de mercancías, hace que esta actividad cada vez esté más encaminada a la consecución de un beneficio, obviándose un poco los motivos políticos y religiosos. Al mismo tiempo que esto se verifica, también se aprecia una internacionalización de la actividad, al introducirse dentro de las flotas corsarias barcos que no son estrictamente musulmanes o cristianos, y una mayor especialización de las ciudades dedicadas a esta práctica. Si el siglo XVII es el «Siglo de Oro» de Argel, también es el principio de la decadencia de Trípoli y Túnez, ciudades que en 1620 sólo contaban con una docena de embarcaciones aparejadas para el ejercicio de este oficio. Argel se va transformando en la imagen de la ciudad especializada en el robo con patente, tanto por las personas que habitan entre sus infranqueables murallas como por los barcos que fondean en su mejor puerto. En 1580, se puede estimar que su flota estaba compuesta por 25 galeras, 25 fragatas y un número mayor de pequeños galeones y galeotas. En 1618, varios testigos hablan de 100 velas, elevándose su potencial en 1623 a 75 veleros y varios cientos de barcos pequeños.

El corso argelino afectaba a todo el Mediterráneo y a las partes más cercanas del Atlántico, especializándose en el ataque de los intereses de las costas españolas. Los asaltos a naves y los desembarcos en Cataluña, Baleares, Valencia y las costas andaluzas son de una periodicidad constante, que se hace absolutamente cotidiana después de la expulsión de los moriscos. Un número bastante elevado de los cristianos nuevos de moros desterrados de la Península se enrolan en las embarcaciones corsarias, haciendo más efectivas y fructíferas las empresas de los berberiscos. El despoblamiento de las zonas costeras de las regiones mencionadas anteriormente resulta ahora completamente patente por la expulsión de la minoría y los ataques marítimos, haciendo

peligrar actividades tradicionales de la economía del sur peninsular, como puede ser la pesca del atún por la captura de todos los hombres que trabajan en las almadrabas en 1617. La llegada de navegantes del norte de Europa al Magreb produce que el corso mediterráneo también se convierta en Atlántico, al conocer los medios necesarios para atravesar el Estrecho de Gibraltar. Los ataques al otro lado de la desembocadura del Guadalquivir se hacen frecuentes a partir de 1609, año en el que llega a la capital argelina Simón Danser.

La reacción de Felipe III ante la inseguridad de la navegación y por el despoblamiento costero va a ser contundente y rápida, aunque de una efectividad puramente testimonial. En el primer año del siglo se piensa nuevamente en conquistar la ciudad corsaria. El genovés Juan Andrea Doria dirige una expedición de 70 galeras y 10.000 hombres para esta misión, que asaltaría la ciudad amparándose en la escasa vigilancia que sus moradores hacían de sus murallas. La falta de visión militar del nuevo almirante genovés, la deficiente información sobre los sistemas defensivos de Argel y un cambio repentino de la climatología transformaron la empresa en una simple navegación hasta las proximidades de la ciudad, para volver sin haber hecho nada reseñable a Palma de Mallorca. El excesivo optimismo con el que se organizaba la armada pone de manifiesto la falta de visión militar y de la realidad de los encargados de realizar el plan. El Mediterráneo no era un mar donde los secretos se pudieran mantener ocultos por mucho tiempo, por lo que las noticias de la formación y aprovisionamiento de escuadras navales armadas, tanto corsarias como militares, eran conocidas rápidamente en sus principales puertos. El miedo a las escruadras era compartido tanto por cristianos como por musulmanes, como pone de manifiesto la prevención de venecianos y franceses cuando don Sebastián prepara su paso a África o el de los argelinos y tunecinos cuando Felipe II organiza la Armada Invencible en la bahía de Cádiz. De otra parte, los argelinos siempre tuvieron muy presentes los posibles ataques que les pudieran venir de la Península Ibérica desde la fallida expedición de Carlos V, por lo que fueron mejorando su sistema de defensas a lo largo del siglo XVI.

La armada de Juan Andrea Doria contaba entre sus órdenes la conquista de Bugía si la empresa de Argel era improcedente, o el ataque a las naves de Morato Raez que esperaban apostadas en el cabo de San Vicente la inminente llegada de la flota de Indias. Todas estas

órdenes fueron incumplidas por el italiano, por lo que el corso argelino saldó con bien este esfuerzo bélico del nuevo monarca. Toda la política mediterránea de Felipe III tuvo como único fin el intentar poner coto a los progresos de las actividades corsarias. Así hay que entender el ataque realizado por el marqúes de Santa Cruz a las islas de Longo, Zante y Durazzo en 1603, la batalla de la escuadra argelina con la del marqués de Villafranca en el Estrecho de Gibraltar en 1605 y el saqueo del puerto de Túnez, con la destrucción de las naves en él fondeadas, realizado por Luis de Fajardo en 1609 y, repetido, por el marqués de Santa Cruz en 1612. Sin duda alguna, el personaje que tuvo una acción más decidida contra el corso fue el duque de Osuna cuando detenta el cargo de virrey de Nápoles. Tanto sus capitanes como él en persona asestan algunas capturas a las naves berberiscas, aunque sus esfuerzos no pueden remediar el auge de esta actividad en las aguas que tiene que custodiar por el cargo que ocupa. Tampoco tuvo un éxito completo la «armada del Cantábrico», comandada por Miguel de Vidazábal, en su defensa del Estrecho de Gibraltar, que, aunque capturó un gran número de fustas corsarias, no logró impermeabilizar el Estrecho, y por lo tanto a las flotas de Indias, de las rapiñas norteafricanas.

Algunos de los acontecimientos que se han reseñado en el párrafo anterior como acciones militares contra los practicantes del robo con patente también deben de ser incluidas entre la nómina de los ataques corsarios. En el siglo XVII, los métodos de guerra en el Mediterráneo asumen las formas corsarias para luchar contra sus enemigos. La frontera entre los enfrentamientos corsarios y los militares es franqueada tanto por unas embarcaciones como por otras, resultando muy difícil situarlas a uno u otro lado de la frontera. La definición de robo o de episodio militar se establece más por el bando de la persona que lo realiza que por el objetivo de su empresa.

Todos los acontecimientos referidos, sin entrar a discernir su intencionalidad, forman parte de la más estricta formulación de una política de corte defensivo. La única acción que podría titularse como política africana es el intento de conquista de Argel, pero al no materializarse pasa a integrarse en la definición general del período propuesta en páginas anteriores. Los dos ataques a Túnez, además de para atajar las empresas corsarias, son acciones que tienden más a lograr una propaganda y fama a los hombres que las realizan que medidas reales

contra el poder otomano en el Mediterráneo. El peligro para las costas españolas no proviene tanto de Trípoli o de la antigua Cartago sino de la ciudad de Argel. Estos episodios no traen consigo la desaparición del problema, ya que, en los mismos años en los que se realizan, algunas poblaciones valencianas son atacadas por contingentes argelinos que desembarcan de sus galeras y fustas.

Felipe III y el duque de Lerma van a intentar atacar a los argelinos por un sistema indirecto. Las relaciones entre la Corte de Madrid y el Rey del Cuco [22] son, por lo tanto, semejantes a los contactos con el sultán persa o con los príncipes griegos. Realizar esta política suponía que la Monarquía no se implicaba abiertamente en la guerra y lograba unos fines semejantes a los del corso, desviar parte de los efectivos militares del adversario en la defensa de sus limes y agotarlo económica y demográficamente. Estamos nuevamente ante la puesta en práctica de las premisas de una formulación defensiva de la acción en África y el Mediterráneo. La colaboración con el príncipe norteafricano lograba además de un nuevo objetivo: garantizar la tranquilidad de las plazas de dominio hispano cercanas a la ciudad corsaria.

El reino del Cuco estaba integrado por las tierras que dominaban una agrupación de tribus beréberes que habitaban en las proximidades del mazico montañoso del Gran Kabilia. Existía una posibilidad de contacto con los mercaderes y diplomáticos españoles al controlar los beréberes el corredor que une el puerto de Azeffun con las montañas. La enemistad entre los señores de este reino y los argelinos procede de la época en que el mayor de los hermanos Barbarroja conquista la ciudad magrebí. El asesinato del príncipe de Argel por el corsario otomano para evitar sublevaciones y proclamarse regente del reino supone la enemistad con todos los confederados del antiguo gobernante, entre los que se encontraba Aḥmad ben al-Qādī. El enfrentamiento entre las dos autoridades musulmanas se traduce en choques armados entre los jenízaros argelinos y los beréberes y una estrecha colaboración de estos últimos con los españoles. Diego de Haedo [23] reseña que 2.000 arcabuceros del Rey del Cuco ayudaron a las tropas del emperador cuando desembarca en la ciudad africana. La posible materialización de una

[22] C. Rodríguez Joulia y Saynt-Cyr, *Felipe III y el Rey de Cuco*, Madrid, 1954.

[23] D. de Haedo, *Topografía e historia general de Argel...*, Valladolid, 1612, reedición de Ignacio Bauer y Landauer, Madrid, 1927.

alianza entre Felipe III y el nuevo Rey del Cuco, 'Amar ben 'Amar, se hicieron más frecuentes después del envío de varias embajadas en los primeros años del siglo XVI. El gobierno español pretendía tener un aliado que hostigase constantemente las fronteras terrestres de la Regencia berberisca. Para lograr este objetivo, se promete el envío de material bélico y de hombres para facilitar la lucha contra su común enemigo. Algunos de los emisarios españoles fueron capturados por tropas turcas, por lo que se descubrió el plan establecido por el hijo del «Rey Prudente». La reacción argelina consistió en conquistar el puerto Azeffun, aislando al reino beréber de sus peligrosos aliados e impidiendo la salida de sus productos agrícolas. El Rey del Cuco veía seriamente amenazada la independencia de sus estados, y a la Regencia Berberisca no le interesaba en absoluto contar con un enemigo tan próximo a sus fronteras, por lo que en 1606 se firma un tratado de amistad entre los dos estados que solventa la tensión.

Los intentos de Felipe III para aislar y crear nuevos frentes bélicos a su máximo enemigo del Mediterráneo se habían visto colmados nuevamente por el fracaso. En el caso concreto del Magreb, había influido la rápida reacción de los berberiscos, mientras que en Persia se habían visto impedidos por la excesiva distancia geográfica que separaba a los dos enemigos de los otomanos. Después de 1606 se continuaron confeccionando memoriales y planes para recuperar Argel o para atacar a los otomanos, pero la Corona no los tuvo en demasiada consideración. La Monarquía Hispánica no se encontraba con las fuerzas suficientes para emprender aisladamente ambas empresas y la pérdida de sus aliados quitaba bastante viabilidad a los proyectos fijados. De otra parte, Argel había entrado en un proceso histórico que suponía el principio de la emancipación de los planes propuestos por la Sublime Puerta, por lo que el corso era una cuestión ajena a la propia relación entre los dos Imperios, como se pondrá completamente de manifisto en el siglo XVIII.

Durante los últimos años el siglo XVI y los primeros del siglo XVII, en la costa Atlántica africana habían aparecido nuevos centros dedicados al corso, detentados tanto por magrebíes como por europeos. Este era el caso de la ciudad de Larache, donde los marinos holandeses e ingleses amenazaban todas las vías de transporte y comunicación de los españoles y portugueses en sus dominios ultramarinos. Hasta el momento en que esta ciudad pasa a dominio español, se habían con-

feccionado diferentes planes para conquistarla, que no se habían realizado por la situación política en Marruecos y por los problemas internos de la Monarquía. Este panorama cambia a la muerte de Aḥmad al-Manṣūr. Felipe III ha firmado una tregua con sus enemigos europeos, y las tierras marroquíes viven un período de anarquía por la sucesión al trono de los diferentes descendientes del sultán muerto. La dinastía Sa'dí había entrado en un período de recesión y decadencia, de la que se ven favorecidos las potencias europeas que logran reivindicar sus intereses territoriales o instalar sus factorías o zonas de comercio de una manera estable. En 1610, cuando se da por oficialmente concluidas las guerras civiles marroquíes, el resultado es el fraccionamiento político de las tierras del otro lado del Estrecho en dos reinos independientes que comparten su poder con las amplias zonas de influencias de las zāwiyas y los marabout.

Felipe III, a lo largo de este contencioso, va a prestar apoyo material y monetario a uno de los aspirantes al trono, al príncipe Muḥ ammad al-Mamūn. Cuando muere su padre, se encontraba recluido en prisión, lo que no fue obstáculo para que los ciudadanos de Fez le entronicen como sultán. Tiene que huir a Portugal porque su reino es ocupado por su hermano, Abū-Farīs, por lo que pacta la entrega de Larache a Felipe III si le da 200.000 ducados y 6.000 arcabuceros para recuperar sus dominios [24]. La cesión de la ciudad de Larache [25] es uno de los mayores éxitos diplomáticos del monarca español, tanto por lo que supone acabar con uno de los enclaves corsarios más florecientes del Atlántico como porque su ocupación tan sólo consiste en un desembarco de las tropas del marqués de San Germán. La muerte del sultán marroquí, a manos de Abū al-Līf, sobrino de Abū-Farīs, pocos meses después de la entrega de la ciudad, libera al monarca del envío del dinero y los hombres pactados, lo que acrecienta la sensación de éxito de la empresa.

[24] En la época se piensa que la entrega de Larache es un justo premio a la expulsión de la minoría morisca de España, J.L. de Rojas, *Relación de algunos sucesos postreros de Berbería, salida de los moriscos de España y entrega de Larache, dirigida a D. Fernando de Mascarenhas*, Lisboa, 1613; T. García Figueras y C. Loulya de Saint-Cyr, *Larache, datos para su historia en el siglo XVII*, Madrid, 1973.

[25] J. M. Gandín, «La remise de Larache aux Espagnols en 1610», *Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée*, 7-8, 1970, pp. 72-93.

La entrega de Larache no supone la extinción del corso Atlántico, sino su traslado a localidades situadas más al sur, como son La Mamora (la antigua San Miguel de Ultramar portuguesa) y el eje Rabat-Salé. El establecimiento corsario en La Mamora fue potenciado por el sultán de Marrakech, Muley Cidán, para dañar a los aliados europeos de otros pretendientes al trono en la pugna dinástica y para lograr introducirse en los beneficios de esta actividad. Un primer intento de acabar con este enclave lo realiza el marqués de Villafranca en 1610 al hundir varias barcazas repletas de piedras para cerrar la desembocadura del río Sebú. Esta acción se muestra completamente inútil por la fuerza de las mareas y las crecidas del río que desplazan las embarcaciones hundidas. La noticia de que Muley Cidán está negociando con los holandeses su instalación en la ciudad es la causa por la que los miembros del Consejo de Estado aprueban la dotación de fondos para su conquista. Luis Fajardo es el encargado de sitiar la fortaleza y de rendir los barcos holandeses que esperan la firma del tratado con el sultán marroquí. Los corsarios abandonan la ciudad el 4 de agosto de 1614, refugiándose en la cercana plaza de Salé.

La expulsión de los moriscos y la formación del eje corsario Rabat-Salé

Los dos episodios reseñados coinciden en el tiempo con una medida de política interior que también produce un cambio cuantitativo en la presencia española en el Magreb. Entre 1609 a 1614, es decir, entre que se está negociando la entrega de Larache y la conquista de la ciudad de La Mamora, se culmina el proceso de expulsión de la minoría morisca del suelo peninsular. Una de las justificaciones de la expatriación de este elevado contingente de población, fue la consecución de una estabilidad interior al desterrar de la Península a unos colaboradores de los turcos y los berberiscos, aunque a la luz de los acontecimientos esta idea se mostró inadecuada. La mayor parte de los desterrados se establecieron en Marruecos, Argelia y Túnez, integrándose algunos de ellos dentro de las armadas corsarias como navegantes o como pilotos que dirigían a los bajeles a las costas donde antaño residieron. El corso cada vez es más antiespañol, ya que cuenta entre sus filas un mayor número de hombres especializados en los ataques con-

tra los intereses de la Monarquía. La llegada de los moriscos al Magreb va a suponer, como antes lo hicieron los andalusíes emigrados, una modernización de las sociedades donde se integran. Su impronta se deja sentir en la agricultura, en el comercio, en la industria y, por supuesto, en el corso. Sus ansias de venganza contra sus recientes vecinos se aprecian claramente en los relatos que narran la vida de los cautivos vendidos en almoneda en las ciudades norteafricanas y en la mayor crudeza que adquieren las acciones de los navegantes musulmanes. El mejor ejemplo para demostrar estos juicios es la pujanza que adquiere el eje corsario formado por las dos ciudades que se asientan en la desembocadura del río Bou-Regerg. Antes de la llegada de los cristianos nuevos de moros expelidos de Hornachos [26], las localidades de Rabat y Salé no tenían ninguna importancia dentro de la nómina de las ciudades corsarias, siendo, por el contrario, después de 1610, el centro principal de esta actividad en el Atlántico.

En el desarrollo de Salé, fueron un factor importante las facilidades que dio Muley Cidán al avecindamiento de estos desterrados. El comportamiento del sultán marroquí no estuvo inspirado por la compasión o por la solidaridad islámica, como sería el caso de Túnez, sino por la necesidad de contar con soldados diestros en las nuevas formas y armas de guerra y por los beneficios que podría reportar al estado las acciones de los corsarios. La sorprendente capacidad de organización de los antiguos pobladores de Hornachos y su ya conocida laboriosidad convirtieron a Salé en uno de los arquetipos de ciudad corsaria del siglo XVII. Salé incluso crea un nuevo modelo, como consecuencia de la independencia con respecto al poder central. Desde 1614 es uno de los lugares elegidos para el avecindamiento de renegados de los países del norte de europa, en especial ingleses y holandeses. Las campañas de las armadas hispanas más al norte también potencian la zona de Bou-Regreg al ser el único enclave costero en manos musulmanas con un puerto bien defendido y muy difícil de asaltar desde el mar. Todas estas razones, a las que hay que añadir el continuo flujo de llegada de moriscos, se traducen en el aumento de la flota de la ciudad hasta 1650 y la ampliación de las navegaciones de la misma hasta las aguas del

[26] González Bustos, *La república andaluza de Rabat en el siglo XVII*, Tetuán, s.a.; A. Sánchez Pérez, *Los moriscos de Hornachos, corsarios de Salé*, Badajoz, 1964.

Mediterráneo supuestamente controladas por las embarcaciones españolas.

Salé es el arquetipo de la ciudad dedicada al ejercicio de una actividad que supone un enriquecimiento rápido y que lucha por mantenerse independiente de cualquier tipo de autoridad. Si la política de Muley Cidán había permitido la transformación de una olvidada ciudad en un enclave dedicado al robo con patente, las excesivas prerrogativas que pretende imponer el sultán a sus moradores y la influencia de las predicaciones del murabit el-'Ayachi convencen a los arraeces de la obligatoriedad imperiosa de romper todos los vínculos que les atan con Marrakech. El corso no puede ser constreñido por una excesiva legislación, como tampoco puede ser utilizado exclusivamente como un arma de la política exterior, sino que es una actividad que crea cada día sus propias normas e intereses, por lo que está abocado irremisiblemente a la independencia.

La vida de Salé estuvo marcada por la consolidación de su *status* de república independiente basada en un sistema oligárquico. Hasta 1641, año en el que es sometida a la autoridad de los marabout de Dila, se vio amenazada por las presiones de Muley Cidán por controlarla y a luchas internas entre las diferentes facciones que existían dentro de sus murallas. La preponderancia de los moriscos de Hornachos, en detrimento de los otros grupos expulsados de la baja Andalucía que desembarcan en sus costas con posterioridad, marcó negativamente la estabilidad del sistema de gobierno.

El episodio más sorprendente en la corta historia de la urbe es la petición de ayuda a la Monarquía Hispánica para liberarse del cerco impuesto por Muley Cidán. Que los descendientes de los expulsados vean en los españoles, sus principales víctimas en el corso, unos aliados es una de las múltiples paradojas de la historia magrebí. A Felipe IV y al conde-duque de Olivares les interesa que en Marruecos no se constituya un poder fuerte que amenace la presencia hispana en este territorio. El duque de Medina Sidonia, capitán general de las costas de Andalucía, mantendrá negociaciones y enviará armas y dinero para sostener la independencia de la ciudad de Marrakech. El poder en las tierras del Atlas estaba fraccionado entre los sultanes de Fez, al norte, Muley Cidán en Marrakech y los marabout de Dila al este. Salé se encontraba en la zona de influencia de Marrakech y muy próximo a los intereses de los marabout de Dila, por lo que su independencia deses-

tabiliza a dos de los tres poderes del territorio. Financiar a la república berberisca, a la ciudad que está amenazando la navegación y a las costas peninsulares, era más barato para la Monarquía Hispánica que invertir en amurallar los presidios y enviar guarniciones más numerosas a África. Estas negociaciones y embajadas se extienden de 1630 a 1640, los años más difíciles de la vida de Salé. Como la ayuda española no se materializa en lo que los descendientes de los moriscos aspiran, amplían su espectro de relaciones internacionales en busca de una potencia que también colabore en la financiación de su independencia, por lo que entran en contacto con Inglaterra. Las relaciones con la Monarquía Hispánica siempre se mantuvieron en secreto por el desprestigio que suponía para la Corte de Madrid el pactar con sus enemigos en vez de conquistarlos. Esta medida se adecua perfectamente a las coordenadas de política defensiva y de abandono de los intereses en el Magreb de España desde el reinado de Felipe II.

Estos contactos con países cristianos son el pretexto para que los marabout de Dila invadan la ciudad, tras dar muerte a el-'Ayachi y derrotar a sus habitantes militarmente. Después de la pérdida del *status* de república independiente, Salé continúa practicando el corso. La definitiva desaparición de Salé-Rabat es imputable a la intervención de las flotas holandesas. Los comerciantes y las armadas holandesas se entienden mejor con Muley Cidán que con los nuevos dueños de la ciudad y con los moriscos, por lo que no les interesa que mantenga la práctica del corso. Si hasta 1640 la preponderancia de los renegados de origen holandés había favorecido la instauración de las compañías comerciales de la nueva potencia marítima en el Atlántico, la pérdida de la independencia había acabado con su favorable situación respecto a otros estados europeos. Desde 1650, se repiten los bloqueos en la desembocadura del Bou-Regerg para hacer respetar los pabellones holandeses de los ataques corsarios. Ante la escasa eficacia de estas acciones, se organiza una expedición de castigo comandada por los capitanes Tromp y Ruyter que culmina con el incendio de las naves corsarias ancladas en el puerto y con el bombardeo de la ciudad. Después de 1654, la nómina de las acciones de los corsarios de Salé va siendo sensiblemente inferior a los momentos precedentes, por lo que se puede considerar que en esta fecha la ciudad desaparezca de la lista de las ciudades corsarias más importantes del Magreb.

Para terminar el relato de los enfrentamientos entre Muley Cidán y la Monarquía Hispánica, hay que referir el episodio de la captura de la biblioteca personal del sultán marroquí. Un acontecimiento de carácter nimio, como es éste, sin embargo, va a enturbiar las relaciones internacionales entre Marruecos, España y Francia durante una década. Un barco francés mandado por Philippe Castelane es apresado por las naves españolas del puerto de La Mamora. Al hacerse el inventario de la captura se descubren efectos personales y la biblioteca íntegra del gobernante de Marrakech, que fueron remitidos a la Península, depositándose los libros en los estantes del monasterio de El Escorial. Los diplomáticos franceses y Muley Cidán intentaron por todos los medios posibles la recuperación de las mercancías, negándose siempre las autoridades españolas por considerar que era una conquista legítima al haberse producido dentro de la normativa de los botines de guerra. El sultán refiere la posibilidad de romper las relaciones políticas con Francia, por la acusación de que el gobierno de París no ha mostrado el celo necesario en cumplir los pactos firmados. Al monarca español, le amenaza con la conquista de algunos de los presidios africanos y con la muerte de los religiosos que tenía retenidos en Marrakech si no se devolvían sus libros y efectos personales. Los gobernantes españoles no cedieron nunca a los chantajes y presiones del marroquí y tampoco temieron un ataque contra los presidios por la difícil situación interna que tenía que soportar el Sa'dí. A la muerte del sultán, se olvidó este asunto, por lo que los manuscritos se integraron definitivamente en la sección de fondos árabes del monasterio madrileño [27].

La independencia de Portugal y el nacimiento de la dinastía 'Alawí en Marruecos

Nuevamente, la política interior peninsular va a tener una incidencia directa en la posición española en el Magreb. La independencia de Portugal supone la pérdida de Tánger y Mazagán de los domi-

[27] M. Ibn Azuz, «La biblioteca de Muley Ziaydan en El Escorial», *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, 18, 1978, pp. 117-154; B. Justel Calabozo, *La Real Biblioteca de El Escorial y sus manuscritos árabes*, Madrid, 1978.

nios de la Monarquía Hispánica. Ceuta, la ciudad africana que representa y simboliza la expansión exterior portuguesa, tanto por ser el primer enclave conquistado como por los esfuerzos lusitanos para su control, va a seguir dependiendo de Felipe IV. Ello se debe a la voluntad expresa de los habitantes y regentes de la ciudad. Los ceutís son los que piden la destitución del gobernador portugués para ser mandados por los castellanos. Durante toda la guerra de secesión portuguesa, Ceuta defenderá los intereses españoles, situación que se consolida definitivamente cuando en 1663 se produce la restitución efectiva del imperio ultramarino lusitano a sus legítimos dueños. La permanencia de Ceuta en los dominios de la Corona pone de manifiesto el intento de control del Estrecho de Gibraltar por parte de Felipe IV y que los intereses portugueses se habían desplazado geográficamente.

La restitución de sus antiguos dominios por los portugueses no supone la recuperación del comercio y las demás actividades que traía aparejada su presencia en el Atlántico africano. Su lugar es ocupado por los comerciantes ingleses asentados en la ciudad de Tánger y por los holandeses. El control británico de la ciudad se vio impedido por las pretensiones territoriales del nuevo sultán 'Alawí, Muley Ismā'īl, que deseaba la salida de los europeos de los límites de su estado. Francia, por el contrario, tendrá más éxito en sus deseos de implantar sus intereses comerciales en el Magreb. Su primer intento serio de acaparar el comercio magrebí lo realiza con la constitución de la *Compañía de Alhucemas,* que luego será sustituida por la *Compañía de Levante.* Mientras que la presencia inglesa en Marruecos era estrictamente comercial, en la francesa se mezclan los intereses mercantiles con los políticos y diplomáticos, lo que es un antecedente claro del colonialismo galo en esta zona. La inestabilidad política en el Rif, cuando aparece la nueva dinastía marroquí, es el factor que explica la fácil penetración europea en este espacio. Mientras que las posesiones cristianas en el Atlántico se ven amenazadas por la proximidad de Meknes, la nueva capital política de Marruecos, los territorios del reino de Fez, están inmersos en un vacío de poder de caracteres patentes. Ello explica que Alhucemas se integre dentro de los dominios españoles en 1673 por medio de una expedición compuesta sólo por dos embarcaciones. De esta manera, se logra expulsar a los comerciantes franceses de un territorio tan cercano a la Península, pensándose luego en crear un nuevo presidio cuando se fortalece el peñón.

La subida al trono de Muley Ismā'īl, después de aglutinar bajo su mando a la mayor parte de las tierras del Atlas, supone que la presencia española en el Magreb tenga que pasar un duro examen. La política de «ocupación restringida del espacio» [28], por medio de enclaves militares, se había demostrado como un fracaso. La Corona no podía hacer frente a los cuantiosos gastos que deparaba mantener en pie de guerra unas fortalezas demasiado alejadas de sus costas y aisladas del medio que las circunda. Sólo aquellas que se encontraban cerca de la Península y que contaban con fondeaderos adecuados para desembarcar los hombres y los pertrechos necesarios para su aprovisionamiento, estaban en capacidad de sobrevivir dentro de los dominios hispanos [29]. Aunque en el reinado de Felipe III se han narrado empresas de conquista, como es el caso de Larache y La Mamora, la situación en la que se encontraban sus defensas y guarniciones era realmente dramática. El estado de los presidios es fiel reflejo de la política española en este espacio. Mientras que las ciudades que controlan el Estrecho de Gibraltar poseen la suficiente fortaleza, tanto en hombres como en murallas, para defenderse, las que se encuentran alejadas del Mediterráneo tienen sus días contados ante expediciones de conquista. La frase con la que definió Francisco de Quevedo a la ciudad de Orán «...una vieja alcahueta que vivía de cabalgadas», es aplicable a todos los presidios. Orán, Alhucemas, Melilla y Ceuta contaban con unos sistemas de defensa moderadamente fuertes para aguantar un asedio, mientras que Larache y La Mamora sólo disponían de trincheras y empalizadas para oponerse a las huestes marroquíes. Muley Ismā'īl mantiene los mismos enemigos que el otro gran sultán de la Edad Moderna marroquí, Aḥmad al-Manṣūr, por lo que pretenderá realizar unas acciones similares. El inicio de la decadencia y el agotamiento del Imperio Otomano conlleva que tiene que hacer frente a un enemigo musulmán de menos consideración que el de su antecesor. Argel ha dejado de ser la avanzadilla turca en el Magreb para convertirse en una ciudad corsaria

[28] R. Ricard, «Les établissements européens en Afrique du Nord du XV[e] au XVIII[e] siècles et la politique d'occupation restreinte», *Revue Africaine*, 79, 1936, pp. 687-688.

[29] H. Sancho de Sopranis y T. García Figueras, *Documentos para el estudio del abastecimiento de las plazas portuguesas desde el sur de España. Dos expediciones de abastecimiento de Mazagán, Tánger y Ceuta, por factores portugueses del Puerto de Santa María (1563-1567)*, Tánger, 1939.

que vive más por sus propios intereses que para guardar las pretensiones territoriales del Imperio Otomano.

La política de Muley Ismā'īl está orientada a crear unas fronteras estables en su reino. Para ello, se tendrá que enfrentar a los berberiscos por el este y a los europeos en el norte y el oeste. El gran problema de la guerra con Argel era contrarrestar la abrumadora superioridad técnica, en especial en el uso de las armas de fuego, de las escuadras jenízaras sobre las tribus confederadas marroquíes. Sus fieles y disciplinados soldados sudaneses no son capaces de vencer la poderosa artillería turca, por lo que resulta casi imposible ampliar sus dominios en la frontera con Argel. La firma del tratado de amistad y cooperación con los beys tunecinos para atacar conjuntamente a los argelinos por dos frentes al unísono no se puede llevar a la práctica. La idea del sultán 'alawí era aprovecharse de las sublevaciones y el descontento de las poblaciones y las tribus que se asientan en los territorios berberiscos más alejados de la capital corsaria, acontecimientos que se desarrollan en las postrimerías del gobierno del sultán marroquí (1710-1713), para extender sus dominios en este espacio. Los problemas internos y las carencias monetarias impiden llevar a la práctica sus planes en la frontera este de Marruecos.

Muley Ismā'īl va a tener un balance más positivo de la «guerra santa» predicada contra los ocupantes cristianos de las ciudades costeras de su reino. La Mamora, completamente desasistida de la ayuda peninsular y muy mal fortificada, es conquistada en 1681. En los años siguientes se rodea la ciudad inglesa de Tánger, que es abandonada por los comerciantes y soldados que la pueblan en 1684. Los «voluntarios de la fe» someten Larache en 1689 y Arcila en 1691, quedando sólo en la costa Atlántica marroquí la fortaleza portuguesa de Mazagán.

La recuperación de Tánger supuso acabar con el único impedimento para entrar a conquistar las plazas de dominio español en el Mediterráneo. En los últimos años del mandato de Muley Ismā'īl, se produjeron los asedios a las ciudades de Ceuta y Melilla. La acción más importante fue el cerco de Ceuta, realizado por Ali B. 'Abd Allāh, que se extiende desde 1694 a 1727, año de la muerte del sultán 'Alawí. Los 40.000 hombres del ejército marroquí no fueron capaces de acabar con la resistencia de la plaza por el continuo socorro que llegó a los sitiados desde el mar. La carencia de una marina marroquí moderna y desarrollada imposibilitaba que estas acciones acabaran con la recupe-

ración de los presidios. Ceuta y, en menor medida, Melilla contaban con puertos seguros por los que entraban víveres, hombres y municiones. Mientras que los presidios del Atlántico encararon aislados los asaltos de los marroquíes, los mediterráneos contaron con todo el apoyo de la metrópoli.

Las pérdidas españolas en el Magreb pueden ser explicadas porque el sultán marroquí aprovecha uno de los momentos más difíciles de la Monarquía Hispánica. Felipe IV y Carlos II tuvieron que hacer frente a una ofensiva europea y a una crisis hacendística que imposibilitaba la defensa de los presidios más alejados de las costas andaluzas. Esta situación se pone aún más de manifiesto durante los años de la Guerra de Sucesión, época que intenta ser aprovechada por Muley Ismā'īl para lanzar sus mayores ofensivas contra Ceuta y Melilla.

La pérdida del Peñón de Gibraltar genera nuevamente inestabilidad para los presidios norteafricanos. Los ingleses sentían recelo y miedo por la gran concentración de tropas acuarteladas al otro lado del Estrecho. La expedición dirigida en 1720 por José Patiño para auxiliar a los mermados efectivos ceutís del duque de Lede es vista con terror por los ocupantes del promontorio europeo, lo que provoca una reacción diplomática del embajador británico en la Corte de Madrid. Ceuta también se encuadraba dentro de las miras expansionistas de los monarcas ingleses. Su control suponía el dominio absoluto del Estrecho de Gibraltar, por lo que se establecerán planes para su conquista. En 1727, el mismo año en que Ali B. 'Abd Allāh levanta el sitio del presidio, una escuadra inglesa sale de Gibraltar para intentar conquistar la otra ciudad que domina el paso del Mediterráneo, armada que es rechazada por la guarnición ceutí.

El resto de los presidios españoles del Mediterráneo también sufren los embites de las autoridades musulmanas. Melilla, además del cerco impuesto por Muley Ismā'īl, es sitiada en 1728 por el gobernador de Tetuán y, en 1732, la máxima autoridad de la ciudad, Antonio Manso, logra soportar el acoso de un ejércitro de más de 35.000 hombres.

Muley Ismā'īl lo que hace es poner en evidencia la falta de unas directrices constantes en al política africana por parte de la Monarquía Hispánica. Felipe III había ampliado la nómina de presidios con el único fin de preservar la navegación oceánica, pero no había pretendido en ningún momento dominar un territorio. La facilidad de su conquista,

en un momento de desintegración de Marruecos como un estado centralizado por un poder fuerte, era una premonición de su fácil pérdida cuando esta situación desapareciese. La enemistad de las guarniciones con las poblaciones vecinas y la enorme distancia que las separaba entre sí y la Península, hacía muy difícil su auxilio en caso de un ataque bien dirigido por los marroquíes. De otra parte, aunque eran ciudades costeras, algunas no contaban con buenos fondeaderos, por lo que resultaba costoso y peligroso acercarse a ellas en los momentos de marea baja o en la época de crecidas de los ríos donde se establecen sus puertos. Mientras que Francia había emprendido en el siglo XVII acciones que estaban destinadas a crear zonas de dominio en las tierras del Magreb, España mantenía un abierto retroceso en cuanto a sus prerrogativas en el territorio. La vinculación de la Monarquía Hispánica con el otro lado del Mediterráneo era el de la confección de una línea de frontera, tanto marítima como terrestre, que no reportaba ni beneficios económicos ni una superioridad militar ante una época de conflicto. Los presidios eran simplemente plazas de dominio incrustadas en un continente que les era ajeno en todas sus manifestaciones, tanto políticas como religiosas y culturales, por lo que sólo pervivirán amparándose en la fortaleza de sus muros y en la muchedumbre de sus defensores.

La pérdida de Orán y las directrices africanas de los primeros borbones

Los problemas europeos e interiores que tuvieron que hacer frente los dos últimos miembros de la casa de Austria suponen, como una de sus consecuencias, el abandono de las posesiones españolas del Norte de África. Esta situación se agrava después de 1650, y sobre todo en la Guerra de Sucesión, por la completa ruina de las guarniciones allí destinadas. Los dos mejores presidios de la Monarquía, Orán y Mazalquivir, caen en manos de las tropas argelinas en 1708 [30]. El gobernador de los mismos, el marqués de Valdecañas, decide abandonarlos ante la fal-

[30] J. Cazennave, «Les Présides espagnols d'Afrique, leur organisation au XVIIIe siècle», *Revue Africaine*, 63, 1922, pp. 225-269, 457-488.

ta absoluta de víveres para alimentar a los soldados y a la población civil guarnecida dentro de las murallas por el cerco impuesto por las tropas argelinas. La orden es desobedecida por una parte de la guarnición que decide quedarse a defender los fuertes exteriores del presidio de Orán y las imponentes murallas de Mazalquivir. Los ejércitos de la Regencia irán sometiendo uno por uno estos bastiones hasta que todo el complejo defensivo español esté en su poder. Los heroicos defensores serán cautivados, engrosando la amplia nómina de habitantes de la Península que residen en los baños de la ciudad norteafricana [31].

La pérdida de los presidios hispanos en tierras argelinas y los repetidos ataques de las ciudades fortificadas en el Mediterráneo marroquí nos están indicando que entramos en otro momento histórico de las relaciones de ambos lados del Estrecho. Hasta esa época, los ejércitos musulmanes no se habían atrevido a realizar una ofensiva generalizada contra las plazas fuertes de la Monarquía. La presencia española en el Magreb sólo estaba garantizada para el caso ceutí, como consecuencia de su proximidad a las costas andaluzas y sus poderosas murallas. Melilla y las fortalezas de los presidios menores eran muy difíciles de defender si se producía una ofensiva generalizada, como la que soportan Orán y Mazalquivir. El cambio dinástico en la Corona hispana supuso la casi completa extinción de la presencia española en el Magreb, resultado lógico de las directrices políticas y militares en este espacio practicadas por Felipe IV y Carlos II.

La nueva dinastía va a seguir, en líneas generales, con los mismos objetivos y pretensiones de los Habsburgo. Ello supone poner en práctica unos comportamientos y actuaciones que no se corresponden con las realizadas por otros estados europeos. En vez de plantearse la viabilidad del sistema de presidios, intentarán volver a la situación anterior a la Guerra de Sucesión al reconquistar Orán y Mazalquivir. Una parte considerable del erario público se destinará a fortificar las pocas plazas de dominio que aún perduran en manos cristianas, al ser el único elemento que conocen para asegurar su posesión. En Ceuta, Melilla y Orán se levantarán sistemas de defensa exteriores que pueden ser estudiados como arquetipos de los conocimientos poliorcéticos de los

[31] M. Epalza y J.B. Vilar, *Planos y Mapas hispánicos de Argelia, siglos XVI-XVIII*, Madrid, 1988.

ilustrados. En el caso concreto de la lucha contra el corso, actividad que ha entrado en decadencia en el último cuarto del siglo XVII, los resultados que lograron fueron los contrarios a los previstos cuando se propusieron.

Algunos historiadores han interpretado las directrices de los borbones en África como un desesperado intento de seguir encuadrándose entre las nóminas de las grandes potencias del momento. La acción exterior al otro lado del Mediterráneo serviría para compensar las pérdidas territoriales que supone la Guerra de Sucesión y para acrecentar el prestigio de las armas hispanas, tanto en Europa como en el mundo islámico. Una demostración del arcaísmo de los comportamientos de los ilustrados es la continua referencia a la lucha contra el Islam. Mantener el concepto de «cruzada contra el infiel» en un momento en el que este tipo de ideas han quedado obsoletas dentro de las justificaciones para realizar una campaña bélica sólo es explicable por la asunción de la tradición española que emana del testamento de Isabel la Católica y de la época medieval.

La «reconquista» de Orán se plantea desde una doble visión, la de continuar la guerra contra el musulmán y como una empresa para recuperar parte del prestigio perdido en el tratado de Utrecht [32]. En 1732, sale de Alicante una gran armada sin que las potencias europeas conozcan sus intenciones. La artillería y los soldados desembarcan cerca de las murallas de Orán, para no tener que hacer frente a las inexpugnables defensas de Mazalquivir, y ponen sitio al antiguo presidio español. El dey argelino pretende romper el cerco repetidas veces y, ante la inutilidad de sus esfuerzos, se apresta a la defensa de los baluartes y el perímetro urbano. Los generales españoles desean recuperar la fortaleza sin dañar demasiado sus murallas, por lo que el asedio tiene como fin conseguir una rápida rendición y la cesión de los enclaves por parte de los argelinos. Estos objetivos se logran hacia junio de 1732. Una vez recuperadas Orán y Mazalquivir, los gobernadores de ambas plazas y el gobierno central confeccionan unos ambiciosos proyectos de ampliación de las murallas y de fuertes exteriores que aseguren la permanencia de estos enclaves dentro de la Corona. Nuevamente, se recurri-

[32] M. Epalza, «Un cas d'opinion publique maghrébine: la prise espagnole d'Oran en 1732 vue de Tunis», *Sharq Al-Andalus, Estudios Árabes*, Alicante, 1986.

rá a un sistema de dominio que se había mostrado como inadecuado y excesivamente costoso para la hacienda real, como es el de la ocupación restringida del espacio.

La muerte de Muley Ismā'īl representa que Marruecos entra nuevamente en una época de relativa inestabilidad. Gracias a la tensión por la sucesión al sultanato los presidios mediterráneos se liberan de nuevos cercos, por lo que los intereses españoles no son amenazados en esta parte del Magreb. Inglaterra y Holanda continúan ganando la batalla comercial por acaparar el comercio magrebí a Francia y la ciudad corsaria de Salé es estrechamente vigilada por las potencias marítimas europeas, lo que supone su definitiva ruina, como muestra el escaso número de embarcaciones que existen en sus muelles. Sólo durante los primeros años del gobierno de Sīdī Muḥammad B. 'Adb Allāh recuperará su importancia por el deseo del sultán de contar con una marina poderosa. El fortalecimiento de las escuadras corsarias de Salé hacia 1760, fortalecimiento que no deparó los mismos resultados que durante los primeros años del siglo XVII, tenía como fin que Marruecos tuviera un papel más relevante dentro de la política internacional. El corso era un peligro para todas las marinas europeas, más preocupadas en el desarrollo del comercio que en asegurar áreas de dominio político, por lo que se pretende combatir con medios militares o llegar a acuerdos con los gobernantes que lo propician para que sean respetados los pabellones. La intromisión del sultán dentro de los planes de los corsarios también traía aparejado un menor progreso de esta actividad. Los arraeces se sentían incómodos dentro de un sistema que limitaba sus beneficios por los derechos que tenían que entregar a Marrakech y por dirigir sus ataques sólo a las escuadras que no firmaban pactos con el sultán.

El planteamiento de Felipe V y sus consejeros sobre los asuntos marroquíes mantiene los mismos arcaísmos que se detectan en el caso argelino. Entre los gobernantes ilustrados se insiste en la necesidad de vigilar, y si es posible controlar, a los sultanes 'alawíes para que no pasen a conquistar territorios de la Península. Durante los primeros años del siglo XVIII, se creía que los marroquíes tenían los recursos humanos y bélicos suficientes para asaltar algunas de las islas bajo dominio español, en especial las Baleares: «...porque en el estado presente de la isla, hallándose sola, está más expuesta a la invasión de los moros de África, y por este motivo es necesario mantener en ella el mayor

número de tropas». Este tipo de juicios suponía un desconocimiento de las características de la potencia bélica de los musulmanes. Los ejércitos marroquíes siempre fueron deficitarios en recursos técnicos, tanto de artillería como de barcos, para ser un peligro de consideración a las armadas y guarniciones cristianas de la Península.

La mejor manera de acabar con los problemas del Magreb era firmar una tregua con el sultán marroquí, procedimiento que estaban realizando otras potencias europeas. Esta idea se comienza a esbozar entre los consejeros del monarca después de la conquista de Orán, llegándose a una situación de preacuerdo hacia 1736. Con Fernando VI, la firma de un pacto con el estado 'alawí era cada vez una necesidad más imperiosa. El marqués de la Ensenada deseaba una modernización de la marina para poder contrarrestar el empuje de las potencias europeas y asegurar las posesiones hispanas ultramarinas. Aunque el corso era una actividad en declive, la Corona debía enviar parte de sus barcos para vigilar las principales rutas de comercio y contrarrestar los ataques corsarios. Acabar con la guerra y la tensión en África suponía liberar una gran cantidad de recursos para dedicarlos a las reformas interiores y a la transformación de los navíos de las flotas mediterráneas. Las galeras eran unas embarcaciones que ya no se adecuaban a los nuevos sistemas económicos ilustrados, siendo más convenientes los jabeques y otras embarcaciones de vela por su rapidez y su capacidad de carga.

El gran escollo de la política exterior africana de los ilustrados fue la divergente manera de entender los tratados por parte de los cristianos y los musulmanes [33]. A los sultanes marroquíes también les interesaba llegar a pactos con las autoridades peninsulares, pero sin que los mismos afectaran a sus deseos de crear un país sin plazas de dominio extranjero. La dinastía 'alawí deseaba la creación de un estado unificado que no tuviera dentro de sus límites territorios controlados por potencias extranjeras, bien sean cristianas o musulmanas. Esta idea traía aparejada obligatoriamente el enfrentamiento con la Regencia berberisca y la conquista de Ceuta, Melilla y los presidios menores. La paz con España suponía aceptar la libertad de comercio y de navegación, pero incluía el reconocimiento de la soberanía cristiana de las plazas

[33] V. Rodríguez Casado, *Jorge Juan en la corte de Marruecos*, Madrid, 1946.

de dominio. Los sectores más religiosos de la sociedad marroquí tampoco veían con buenos ojos la fundación de conventos de órdenes religiosas en algunas ciudades magrebíes, lo que provocará tensiones a lo largo de toda la centuria. Aunque las relaciones entre los dos países en el siglo XVIII fueron más sencillas que en centurias anteriores, como consecuencia del olvido de las ideas conquistadoras y expansionistas por parte de los españoles, no estuvieron exentas de momentos de tensión por el asedio a los presidios mediterráneos o las algaradas en los conventos regentados por religiosos peninsulares.

El marqués de la Ensenada deseaba que la tregua firmada en 1736 se convirtiera en una paz definitiva. Los borbones napolitanos habían alcanzado este objetivo en 1740, por lo que podían desarrollar el comercio y la navegación en los puertos y las aguas ʻalawíes sin ningún temor a los asaltos de los barcos corsarios de esta nacionalidad. El político ilustrado deseaba crear un frente europeo que luchara conjuntamente contra las repúblicas corsarias. Las acciones aisladas de las Monarquías europeas, como son los repetidos bombardeos a la ciudad de Argel o la vigilancia del puerto de Salé, se habían mostrado demasiado restrictivas y limitadas en sus resultados. Una vez que las escuadras continentales cesaban el castigo de los enclaves corsarios y regresaban a sus puertos, los navíos corsarios volvían a surcar las aguas mediterráneas en busca de presas, lo que dificultaba y encarecía el comercio marítimo.

Los planes del marqués de la Ensenada, que suponían un cambio definitivo en las directrices políticas de la Monarquía Hispánica con respecto a África, nunca se llevaron a la práctica por el difícil equilibrio de poder de España en Europa. De otra parte, la promulgación de estas medidas era dificultosa en una sociedad que seguía viendo al practicante de la religión como el enemigo de la nación española. La paz con los marroquíes, con las cesiones que traía aparejadas, era una medida que sería contestada por la opinión pública y que reportaría un desprestigio de la persona que la instigara, riesgos que eran difíciles de asumir por un político que cada vez contaba con más enemistades en la Corte.

La política marroquí de Carlos III; la consecución de un marco de relaciones estables entre ambos lados del estrecho de Gibraltar [34]

El reinado de Carlos III coincide con el del sultán ʿalawí Sīdī Muḥammad B. ʾAbd Allāh (1757-1790) [35], por lo que en la segunda mitad del siglo XVIII existen dos únicos interlocutores en ambos lados del Mediterráneo. Esta es una de las razones por la que algunos historiadores españoles han definido al monarca ilustrado como el primer gobernante que fija una política estable con el vecino del sur. Durante todo su mandato existen unas relaciones diplomáticas continuas, con el envío de repetidas embajadas por los dos príncipes, que permiten hablar de unas directrices continuas en las relaciones con los musulmanes. El mérito de esta situación no es exclusivamente atribuible al monarca español, sino que debe de ser compartido con el sultán marroquí, hombre deseoso de crear unas bases económicas y políticas estables en sus dominios, ideas que eran antagónicas con una tensión armada continuada con las potencias europeas. Los objetivos esenciales de la política de Carlos III con Marruecos eran la regulación del tráfico comercial entre los dos estados, la liberación de los cautivos, la consecución del permiso de pesca en aguas africanas para los barcos canarios, la entrada en el comercio de productos marroquíes, el permiso de importación de cereales y la seguridad para los presidios de las costas mediterráneas [36].

Las primeras negociaciones entre ambos países las realizan el gobernante de Ceuta, Diego María Orovio, y uno de los consejeros del sultán, el judío Samuel Sumbel, en 1765. Fruto de estas conversaciones fue la regulación del tráfico comercial entre Ceuta y las costas andaluzas y la promesa de crear una factoría en la costa africana más cercana a las islas Canarias para facilitar las pesquerías. Estos buenos inicios movieron a enviar al franciscano José Boltas con la intención de liberar a todos los cautivos españoles en manos del sultán y lograr la compra de trigo y cebada. Sīdī Muḥammad se negó rotundamente a la se-

[34] V. Rodríguez Casado, *Política marroquí de Carlos III*, Madrid, 1946.

[35] R. Le Tourneau, «Le Maroc sous le règne de Sīdī Mohammed B. Abdallah (1757-1790)», *Revue de l'Occiden musulman et de la Méditerranée*, I, 1961, pp. 113-133.

[36] Girad, «Le commerce de la crie et les relations hispano-marocaines jusqu'à la fin du XVIII[e] siècle», *Bulletin de la Societé d'Histoire Moderne*, 1913.

gunda de las pretensiones aduciendo motivos económicos y religiosos por no permitir la salida de cereales de su reino. Las negociaciones las continuó el Padre Bartolomé Girón en los siguientes años [37]. Las pretensiones españolas se iban ampliando, insistiendo en la creación de la factoría en las costas atlánticas para favorecer los intereses canarios e intentar desbancar a los ingleses como intermediarios de los productos marroquíes en Europa.

En 1767, cuando el embajador marroquí Aḥamad al-Gazzāl [38] firma en el palacio de La Granja los preliminares del tratado de paz, los intereses de ambas cortes eran completamente diferentes. Carlos III pretendía ensanchar las zonas de influencia de los presidios, política tendente a que fueran capaces de autoabastecerse de productos alimenticios. Si se lograba este propósito se aseguraba el control de estas fortificaciones al existir una zona neutral entre las murallas y las huestes enemigas y se liberaba a la Corona de los costosos envíos de vituallas para proveer a los presidios. El sultán 'alawí pretendía, por su parte, influir en las directrices políticas de los borbones en el Mediterráneo al desear que la Monarquía Hispánica firmara la paz con Argel y Trípoli, a semejanza de lo realizado por otros países [39].

La firma del tratado de paz por Jorge Juan en mayo de 1767 no solventa los diferentes puntos de vista de las dos autoridades. El boato con que se rodea el acto y las comisiones que se crean para estudiar las zonas de dominio de los presidios y la instauración de una factoría en el Atlántico no pueden esconder el relativo fracaso de esta embajada. El célebre marino no consigue el permiso para sacar trigo del país marroquí y, sobre todo, no sabe adivinar las verdaderas intenciones de Sīdī Muḥammad B. 'Abd Allāh. Al igual que Inglaterra y Francia [40], España logra contar con representantes oficiales en la corte 'alawí, un

[37] V. Rodríguez Casado, «Política marroquí de Carlos III: Las misiones diplomáticas de Boltas y Girón», *Hispania*, 2, 1942, pp. 101-122.

[38] M. Arribas Palau, «Algunos datos sobre el viaje por España del embajador marroquí Aḥmad al-Gazzāl (1766)», *II Jornadas de Cultura Árabe e Islámica*, Madrid, 1985, pp. 41-63. Este historiador ha dedicado parte de su labor científica al estudio de las embajadas marroquíes en la época de Carlos III, por lo que se pueden reseñar múltiples artículos que nos ilustran esta cuestión.

[39] R. Lourido Díaz, *Marruecos y el mundo exterior en la segunda mitad del siglo* XVIII, Madrid, 1990.

[40] J. Caille, *La répresentation diplomatique de la France au Maroc*, París, 1951.

cónsul en Larache y dos vicecónsules en Tánger y Tetuán. Por medio de sus misivas, conocemos que el sultán desea organizar un ejército en 1769 para expulsar a los portugueses de la plaza de Mazagán. La firma del tratado de paz no había logrado acabar con los deseos de conseguir la unificación territorial [41], ni la tendencia del sultán de aliarse con los franceses e ingleses. Estas dos potencias se mostraban muy complacientes ante los deseos de Sīdī Muḥammad B. 'Abd Allāh para preservar sus intereses comerciales en este territorio, por lo que vieron con beneplácito la cada día más agresiva posición que tomaba contra los intereses españoles. Fruto de esta situación fue la guerra hispano-marroquí de 1774-1775, que se reduce a varios ataques de pequeña importancia a Melilla, y al cerco de Ceuta y el Peñón de Alhucemas [42].

Esta guerra, conflicto de segundo orden dentro de la política exterior de Carlos III, crea dos bandos dentro de los consejeros del monarca. El primero de ellos estaba encabezado por el conde de Aranda, partidario de hacer una demostración de fuerza para que los marroquíes cumplan las cláusulas pactadas. El mantenimiento de esta postura nos pone de manifiesto que los ilustrados nunca entendieron que el sultán estaba dispuesto a respetar su firma en todo lo que se refiriera a cuestiones de comercio y navegación, pero nunca cedería en sus pretensiones de conseguir la unificación territorial de sus dominios. El segundo de los bandos estaba encabezado por Grimaldi, y propugnaba la organización de una fuerte armada para ir a castigar a Argel. Este proyecto se justificaba en que el asalto a la ciudad de Melilla, el episodio más sangriento de la citada guerra, había sido promovido y financiado por el dey argelino, por lo que se debía castigar antes la injerencia berberisca en Marruecos que al sultán 'alawí. El gobernante marroquí había logrado crear una alianza con los argelinos para atacar al mismo tiempo a todos los enclaves hispanos en el Magreb. El dey de Argel se retractó de su acuerdo en los mismos días que el ejército 'alawí marchaba hacia las murallas de la ciudad del Mar de Alborán, por lo que la temida cooperación entre los dos estados musulmanes no

[41] A. Loroui, *Les origenes sociales et culturelles du nationalisme marocaine, 1830-1912*, París, 1977.

[42] R. Lourido Díaz, *Marruecos en la segunda mitad del siglo* XVIII.—*Vida interna: Política, social y religiosa, durante el sultanato de Sīdī Muḥammad B. 'Abd Allāh, 1757-1790*, Madrid, 1978.

se llevó a la práctica. El acuerdo entre los gobernantes islámicos era conocido por Grimaldi, lo que explica su postura de atacar a la Regencia como la instigadora de los planes de Sīdī Muḥammad B. 'Abd Allāh. Esta segunda tesis será la que triunfe, como se expondrá en las páginas siguientes.

Los últimos episodios de la política marroquí de Carlos III y Sīdī Muḥammad B. 'Abd Allāh son las embajadas de Sīdī Muḥammad Ben Otomán y del Padre Boltas. En ellas, además de seguir intentando la liberalización del comercio del trigo y la creación de la factoría atlántica, los españoles desean la neutralidad del sultán marroquí ante la inminente guerra con Inglaterra por la independencia de Estados Unidos y la recuperación de la amistad existente entre los dos monarcas con anterioridad al ataque de Melilla. A lo largo de estos años, se había logrado que algunos cargamentos de cereales magrebíes se embarcaran en navíos hispanos, ya sea por el canje de cautivos españoles y marroquíes, ya por las demostraciones de buena voluntad del musulmán para acabar con las hostilidades con Carlos III.

Las relaciones entre los dos estados vuelven a ser conflictivas cuando llega al poder el nuevo sultán, Muley al-Yazīd. En el mismo acto de su entronización proclama la guerra a todos los estados cristianos, con la excepción de Inglaterra y Ragusa. Exige el pago de todos los derechos de comercio en un plazo muy reducido de tiempo bajo la amenaza de sitiar la ciudad de Ceuta. Además de esta acción, la situación se complica por el arbitrario encarcelamiento de los religiosos españoles instalados en Tánger y de los cónsules de Larache y Mogador. El cónsul español en Tánger, J. M. González Salmón, es desposeído de su casa por orden del sultán, instalando en la misma a dos familias judías para afrentar al monarca español. Para solventar el conflicto y acabar con el asedio de Ceuta, el conde de Floridablanca decide financiar las pretensiones al trono de uno de los hermanos del sultán. La sublevación de Muley Hišām en Marrakech obliga al 'alawí a ir a combatir al rebelde. El 4 de noviembre de 1791, recoge a su ejército de las murallas ceutís y se encamina hacia Marrakech para enfrentarse con su hermano, batalla en la que muere Muley al-Yazīd.

Durante el mandato de Carlos IV, la cuestión marroquí no tiene la importancia que tuvo en el reinado anterior. Aunque en los primeros años de gobierno se vuelven a realizar planes para emprender una acción contra los musulmanes, como venía siendo tradicional en todos

los relevos de poder en el trono español, los acontecimientos europeos desaconsejan este tipo de aventuras. La situación vuelve a ser similar a la de los años de Carlos III cuando se firma el 1 de marzo de 1799 un nuevo tratado de paz, comercio y navegación. La inestabilidad política en Marruecos favorece que no se produzcan sobresaltos en los presidios, siendo frecuente que los diferentes pretendientes al sultanato se acerquen a las autoridades españolas pidiendo apoyo para hacer prevalecer sus derechos dinásticos frente a sus familiares, peticiones que no son atendidas por la Corte de Madrid. La inestabilidad política en las tierras del Atlas evita cualquier tipo de tensión, por lo que el conde de Aranda se desentenderá completamente de Marruecos.

Además del mantenimiento de los presidios, los borbones desearon el asentamiento de los intereses comerciales de sus súbditos. Estos planes siempre fueron mal vistos por Francia e Inglaterra por el miedo a que España les usurpara su privilegiada posición comercial. Por eso, la mayor parte de los acuerdos fueron vigilados estrechamente por estas dos potencias, boicoteando en lo posible los pactos a los que se llegaba. La marina marroquí era escasa y mal pertrechada, aunque los ataques de las flotas saletinas podían impedir el buen desarrollo del comercio americano, cuestión que se soluciona con poseer derechos estables en los puertos africanos. Marruecos no era un problema exclusivo español, como en siglos pasados, sino que en este territorio también se dirimen las tensiones europeas entre las diferentes potencias del momento. La posesión de los presidios estaba condicionando a la política exterior de los monarcas españoles. Aunque resultaba excesivamente caro su mantenimiento, sin embargo reportaba prestigio en el concierto internacional. Durante el reinado de Carlos III se intentó racionalizar la presencia hispana en el Magreb, bien intentando ampliar las zonas del dominio de las plazas fuertes para que fueran autosuficientes, bien abandonando los que resultaban más costosos de mantener. Melilla, con un fondeadero pequeño y difícil, era el enclave más inseguro y menos importante de las ciudades españolas en el Norte de África, mientras que los presidios menores y las islas Chafarinas se desean potenciar para crear bases navales. La política borbónica en Marruecos estaba condenada a generar tensión con los sultanes 'alawíes por el deseo de unificación territorial, tensión que se mitigó gracias al acertado juicio de los consejeros de los monarcas y la buena calidad de varios de los cónsules de la ciudad de Tánger.

La política borbónica en Argelia; la lucha contra el corso mediterráneo

Todos los borbones del siglo XVIII quisieron mantener la paz con Marruecos; con Argelia y las otras repúblicas dedicadas al ejercicio del corso se practicó una política agresiva, en la que no importaba abrir conflictos bélicos. Este comportamiento resulta sorprendente si lo comparamos con las medidas tomadas por el resto de los estados europeos [43]. La falta de adecuación a las nuevas circunstancias se aprecia desde el momento en el que se decide recuperar las fortalezas de Orán y Mazalquivir, desatendiendo la conveniencia de una paz exterior para fortalecer el país por una simple operación de prestigio. El mantenimiento de los presidios suponía chocar abiertamente con las autoridades argelinas que, al igual que las marroquíes, desean alcanzar la unificación territorial de sus estados y que veían con malos ojos la presencia española en sus dominios.

Del análisis de la política española con la ciudad berberisca se podría pensar que nos encontramos con una república corsaria que tiene los mismos caracteres que en los siglos XVI y XVII. El corso había entrado en un proceso de recesión, como pone de manifiesto la reducción de las embarcaciones dedicadas a estos menesteres y el número de acciones que realizan. Los corsarios eran un colectivo en extinción en las ciudades de Túnez y Trípoli, cuestión que no está demasiado clara en las directrices políticas de los gobernantes españoles. Argel seguía siendo un enclave incómodo para la mayor parte de los navíos que surcaban el Mediterráneo. La primera reacción de las armadas occidentales y de las embarcaciones de la Orden de Malta era llevar a la práctica acciones punitivas para impedir el desarrollo del robo con patente. El poco fruto que se logra con ella llevó a plantear la unión de todas las armadas de los estados afectados por el corso para zanjar su incómoda existencia. Esta idea, también expuesta por el marqués de la Ensenada, nunca se realizó, por lo que la lucha contra los «rapiñadores del mar» se circunscribió a cada estado individualmente. La Monarquía Hispánica decidió realizar una serie de campañas bélicas para acabar con el problema, mientras que otras potencias europeas se decantaron por la

[43] F. Charles-Roux, *France et Afrique du Nord avant 1830*, París, 1932.

vía diplomática. Este proceso se aprecia claramente en las acciones de Portugal, Suecia, Holanda o los Estados Unidos de América, que prefieren pagar un pequeño tributo, bien satisfaciendo un canon o enviando regalos a los deys argelinos, para que sean respetados sus pabellones. La Corte de Madrid tampoco sabe discernir demasiado entre la Sublime Puerta y sus vasallos argelinos a la hora de interpretar los ataques corsarios. El antagonismo con el Imperio Otomano era más una cuestión del pasado que de la época de los ilustrados, pero sólo se accederá a firmar una paz estable con el decadente imperio turco al final de la centuria.

El primer gobernador de Orán y Mazalquivir, el marqués de Santa Cruz del Mercenado, era uno de los militares más reputados de la Europa del momento. Durante su mandato se realiza un proyecto de fortificaciones que convierten a su presidio en un lugar inexpugnable e intenta llevar los sistemas bélicos del nuevo siglo a las tierras africanas. Mientras que el primero de sus objetivos se vio colmado por el éxito, aunque la magnitud del plan previsto supondrá que se tarde 50 años e ingentes cantidades de dinero para realizarlo, el segundo se tradujo en el fracaso, del que él mismo fue su primera víctima. La guerra en campo abierto en un país hostil era casi incompatible con los sistemas tradicionales implantados en el Magreb. El dominio de los enclaves costeros en el Norte de África suponía aceptar el concepto de frontera. Los presidios traían aparejados una guerra de sitios, más parecida a la medieval que a la de los militares ilustrados. En 1732, año en el que muere en combate el marqués de Santa Cruz del Mercenado y un décimo de la guarnición (unos 1.500 soldados) en una batalla convencional en campo abierto, se pone completamente en evidencia que los presidios eran enclaves aislados, sometidos a continuos ataques y en la que la única posibilidad de sobrevivir era condenarse a habitar dentro de las murallas que se levantaban. Las repetidas ofensivas del bey Buchlagam convencieron al marqués de Villadarias de que su mejor aliado no era la muchedumbre de sus soldados ni su superioridad en medios técnicos, sino la fortaleza de unas fortificaciones que debían terminar en el menor tiempo posible. Orán sobrevivirá gracias a los envíos de la Península y a la realización de «rebatos» y «cabalgadas», lo que a la larga también suponía su aislamiento del medio donde se asienta. El mejor de los gobernadores del presidio en el siglo XVII, José Vallejo, se fue dando cuenta de la inutilidad de su dominio por parte

de la Monarquía. En su famosa *Memoria sobre el estado y valor de las plazas de Orán y Mazalquivir*, recomienda el abandono de las mismas por los elevados gastos monetarios y humanos que suponen, lo que resulta una lacra innecesaria para la Corona. Por el contrario, en Madrid existe el convencimiento de que Orán debe ser el mejor punto para controlar las acciones de los corsarios argelinos. Esta idea, también defendida en los siglos XVI y XVII, se había mostrado siempre como errónea, por lo que no era lógico que perviviera en la mente racionalista de los ilustrados. La propia vida interna de los dos presidios se fue acomodando a las especiales circunstancias en las que se tenía que desarrollar. La definición de Orán como *la Corte Chica* se debe tanto a las formas de vida de sus 10.000 habitantes como a los elevados gastos que se debía hacer para su mantenimiento. Los diferentes ingenieros militares y gobernadores de las plazas las fueron engalanando con buenos edificios y mejores murallas, hasta hacer de ellas las más afamadas fortalezas y presidios de la Monarquía, título que con los años se mostró inadecuado por el poco beneficio que se logró con su posesión [44].

La tensión entre España y Argel fue continua a lo largo del siglo XVIII como consecuencia de la pervivencia de los ataques corsarios. Durante todo el siglo, se tomaron las medidas defensivas propias de la lucha contra los asaltos argelinos, pero cuando éstas se materializaron de una manera más tangible fue durante el reinado de Carlos III. El ataque de Sīdī Muḥammad B. ʿAbd Allāh a Melilla en 1732 y el supuesto acuerdo firmado entre el sultán y el dey de Argel movieron a Grimaldi a organizar una expedición para acabar con las injerencias argelinas en los intereses españoles. El general O'Reilly es el encargado de comandar la armada de 25.000 hombres que tiene que desembarcar en las proximidades de la ciudad y conquistar sus murallas. El plan se basaba, además de la gran cantidad de efectivos humanos y técnicos con los que se disponía, en el desconocimiento de sus objetivos por parte de los argelinos. La poca celeridad en organizar la expedición y la red de espionaje de los berberiscos hace que cuando la flota sale de Alicante, el dey sabe perfectamente el número de efectivos y sus pre-

[44] J. Cazenave, «Mémoire sur l'état et la valeur des places d'Oran et de Mers-el-Kébir», *Revue Africaine d'Alger*, 1925, pp. 323-368.

tensiones. El resultado final del paso a la conquista de la ciudad berberisca es el de absoluto fracaso. Un décimo de los integrantes de la expedición son capturados o muertos en tierras africanas, con el consiguiente desprestigio de las armas españolas en Europa y el aumento de la fama de Argel como enclave inconquistable desde el mar.

El fracaso de O'Reilly intensificó más los ataques del corso contra intereses españoles, tanto a las embarcaciones como a las poblaciones asentadas en la costa. En Madrid cada día estaba más difundida la idea de que acabar con la amenaza argelina pasaba obligatoriamente por un acuerdo diplomático con el Imperio Otomano. Esta decisión de los consejeros de Carlos III suponía que se rompieran algunas de las condiciones establecidas en los *pactos de familia* realizados con las otras dinastías borbónicas europeas. El conde de Floridablanca [45] decide enviar su embajada en uno de los momentos de recesión más fuertes de la Sublime Puerta, como consecuencia del agotamiento económico y territorial por la desastrosa guerra con Rusia. Los embajadores españoles llegan a Estambul en 1778 para firmar la paz, pero sus negociaciones se dilatan en el tiempo por las presiones de Nápoles y Francia que veían con cierta prevención la independencia diplomática española. En 1782, se produce la firma del *Tratado de paz, amistad y comercio con Turquía* [46], que recoge entre sus cláusulas la libertad de comercio con Levante. El artículo XVII del tratado compromete al sultán turco, 'Abd al-Ḥāmid I, a comunicar esta paz a sus súbditos de Trípoli, Túnez y Argel, para que a su vez negocien la paz con España. El dey 'Ali Pasha de Trípoli se apresuró a cumplir lo pactado en el acuerdo, enviando un embajador a Madrid y comisionando Carlos III a varios miembros de la familia de comerciantes mallorquines Soler para que actúen en su nombre ante el musulmán, llegándose al cese de hostilidades en septiembre de 1784.

La reacción de Túnez y Argel ante la petición del sultán otomano fue completamente divergente. La mayor importancia que tenía la práctica del corso en estas ciudades y su mayor independencia de Es-

[45] M. Conrotte, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, Madrid, 1909.

[46] E. Garrigues, *Un desliz diplomático; la paz Hispano-Turca de 1782*, Madrid, 1962. En cuanto a las relaciones entre España y el Imperio Otomano en el siglo XVIII véase H. Sánchez Ortega, «Las relaciones Hispano-Turcas en el siglo XVIII», *Hispania*, XLIX, 1989.

tambul hacía difícil llegar a un acuerdo. Los gobernantes de ambos estados se niegan a firmar la paz con España aduciendo que el tratado de paz afectaba a la guerra por tierra, pero nunca a las acciones marítimas. El conde de Cifuentes vuelve hacer uso de algunos de los miembros de la familia Soler, comerciantes que tenían bastantes intereses en estas dos urbes magrebíes, para que gestionen un acuerdo con los tunecinos. El sultán de la dinastía Ḥuṣayní pide una fuerte indemnización para terminar con las hostilidades, condición que no es aceptada por Madrid. El problema se solventa en 1786 con una simple tregua entre el musulmán y el comerciante Basellini, tregua que supondrá el cese definitivo del corso tunecino y que se ratifica en el tratado de paz de 1791.

El dey de Argel se negó rotundamente a firmar un acuerdo con España, negativa en la que influye la presión de los comerciantes marselleses asentados en la ciudad que ven peligrar sus intereses comerciales si se alcanza la paz. Carlos III intentó, por medio de la mediación del 'alawí Sīdī Muḥammad 'Adb Allāh y por el envío de algunos cautivos argelinos, suavizar la posición de su interlocutor, sin lograr ningún resultado con sus gestos de buena voluntad. En estos años, el antiguo corsario mallorquín Antonio Barceló era el encargado de la lucha contra los corsarios musulmanes, persona a la que se encomendó la dirección de dos expediciones de castigo contra la ciudad. En 1783 y 1784, las armadas españolas, ayudadas por los soldados oraneses, bombardean la ciudad [47], pero no logran intimidar a los gobernantes de la ciudad. En 1785 se organiza otra nueva expedición de castigo, dirigida por José Mazarredo, con los mismos objetivos. El dey, al ver llegar a la escuadra, se compromete a cesar el corso contra España por un tratado provisional semejante al establecido con Francia [48]. Con este documento se da por terminado el enfrentamiento oficial entre Argel y la Monarquía Hispánica que se había iniciado cuando el mayor de los hermanos Barbarroja conquista la ciudad en 1516. El fin de las hostilidades no supone la liberación de todos los cautivos españoles de los baños de la ciudad argelina, siendo algunos de ellos libera-

[47] Y. Hassan, *Los bombardeos de Argel de 1783-1784, y sus repercusiones literarias*, Argel, 1974.

[48] M. Epalza, «Algunas consecuencias del Tratado de Paz hispano-argelino de 1786», *Homenaje a Guillermo Guastavino*, Madrid, 1974, pp. 443-459.

dos cuando las tropas francesas se hagan dueñas de Argel pocos años después.

La firma del tratado provisional vuelve a poner de manifiesto la inutilidad de mantener los presidios españoles en las tierras argelinas. Durante estos años se elevaron al monarca diferentes memoriales e informes sobre el futuro de Orán, Mazalquivir, Ceuta, Melilla y los presidios menores. Arámburu proponía la cesión de los dos enclaves a los argelinos para lograr la paz, mientras que otros sectores aconsejaban su trueque a los ingleses por Gibraltar o la venta, ya en el reinado de Carlos IV, a los Estados Unidos, país que deseaba poseer un enclave estable para sus comerciantes en el Mediterráneo.

La Corona deseaba liberarse de la pesada carga que suponía mantener bajo su dominio ambas fortalezas, pero tenía miedo de lo que podía pensar la opinión pública sobre esta medida. Orán y Mazalquivir eran dos símbolos de la lucha contra los musulmanes. Su abandono también representaba un desprestigio internacional, la culminación de una empresa exterior que contaba con más de dos siglos de antigüedad, por lo que no se sabía cómo terminar con el problema. Los acontecimientos se precipitan en octubre de 1790 cuando un terremoto destruye casi completamente la ciudad de Orán. En los meses siguientes, la guarnición tiene que hacer frente al sitio de las tropas de la Regencia, por lo que ya resulta imposible posponer indefinidamente una resolución. El dey Muḥammad pide la entrega de las fortalezas sin dar ningún tipo de compensación por su cesión, a lo que se niegan los consejeros de Carlos IV. Gravina, Larrea y Salcedo serán los negociadores con el nuevo dey, Ḥassan Pasha, que se muestra más partidario de una solución negociada. El 12 de septiembre de 1791 se acuerda la transferencia de soberanía de Orán y Mazalquivir al dey de Argel dando en compensación ciertos privilegios comerciales [49] y estableciendo un tratado de paz definitivo entre ambos estados. Después de esta fecha, España sólo estará presente en el Magreb por medio de sus presidios en el Mediterráneo marroquí, dejando Argelia y Túnez en la mira exclusiva de los intereses expansionistas y colonialistas franceses.

[49] J.B. Vilar, «Relaciones diplomáticas y comerciales hispano-argelinas en las postrimerías de la Argelia otomana (1814-1830)», *Hispania*, XXXVI, 1976, pp. 623-638.

SEGUNDA PARTE

LA NUEVA FRONTERA CON EL ISLAM Y LA VIDA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

I

CORSO Y PIRATERÍA

Las nuevas formas de guerra entre la Cristiandad y el Islam

En los dos primeros siglos de la Edad Moderna, la expansión territorial del Imperio Otomano y de la Monarquía Hispánica convierte a la cuenca del Mediterráneo en un frente bélico permanente. La unificación territorial de la Península Ibérica y la vocación europea de los primeros sultanes turcos trae consigo un enfrentamiento generalizado en ambas orillas del *Mare Nostrum*, que se traduce en el desarrollo de todas las formas de guerra. El corso y la piratería, actividades endémicas de este mar, van a adquirir un gran protagonismo por el alejamiento geográfico de las dos grandes potencias en litigio. En los primeros años del siglo XVI, el corso tenía unas características similares a las de la época medieval [1]. Las costas andaluzas y del Algarve eran asaltadas con regularidad por las pequeñas embarcaciones de los puertos mediterráneos y atlánticos del Magreb, de la misma manera que el otro lado del Estrecho de Gibraltar era el principal objetivo de los navegantes canarios, baleares, valencianos y andaluces. Esta molesta actividad se amparaba, aunque escondían cuestiones puramente económicas y mercantiles, en postulados religiosos para justificar sus ataques, ideas que se ven ratificadas por las medidas dictadas por los gobernantes católi-

[1] A. Unali, *Mariners, pirates y corsaris catalans a l'época medieval*, Barcelona, 1986; J. Soler, «El corso en el Mediterráneo en los siglos XIV y XV», *Archivos de Investigaciones Históricas*, 1911, pp. 140-179; M.T. Ferrer Mallol, «Els corsaris castellans i la campanya de Pero Niño al Mediterrani (1404)», *Anuario de Estudios Medievales*, V, 1968, pp. 265-338.

cos sobre la población islámica peninsular. En el otro lado de la cuenca, la expansión territorial turca crea las bases idóneas para que los descontentos, exiliados, desposeídos y los hombres con ganas de enriquecerse rápidamente entren a formar parte de la nómina de practicantes de esta actividad. El considerable comercio mediterráneo se ve aumentado por la llegada de metales y productos americanos, por lo que las acciones de los corsarios y piratas se veían favorecidas por los beneficios que reportaban sus ataques.

El ambiente mediterráneo comienza a variar completamente en los primeros años del siglo XVI [2]. Españoles y portugueses deciden poner coto a los continuos ataques que soportan sus embarcaciones y costas conquistando los enclaves corsarios del Magreb. El paso del cardenal Cisneros a Orán, las expediciones del conde Pedro Navarro y los asedios a las ciudades corsarias atlánticas por parte de las armadas lusitanas tienen como conclusión el control de la mayor parte de los núcleos musulmanes dedicados a esta actividad. Cuando parece que se ha logrado dejar la parte occidental del mar exenta de este peligro, hacen su aparición las embarcaciones de los navegantes renegados que luego se harán vasallos del Gran Turco. La firma del tratado de amistad entre Francisco I y Suleimán el Magnífico amplía las posibilidades de los arraeces súbditos de Estambul en sus ataques a los intereses hispanos e italianos.

La creación de una sociedad de frontera, dividida entre el credo religioso y la pertenencia a una de las dos unidades políticas de los hombres que habitan las riberas mediterráneas, se hace más evidente cuando las tropas de Suleimán el Magnífico pasan las orillas del Danubio y sitian la ciudad de Viena. La guerra entre la Sublime Puerta y la Monarquía Hispánica era inevitable porque en sus respectivas expansiones terrioriales se estaban aproximando demasiado. Venecia y Génova, las dos repúblicas italianas con unos intereses mercantiles y territoriales más claros en Levante, son constreñidas por las rápidas conquistas turcas. La última guerra veneciana-turca se salda con una derrota de la Señoría, como pone de manifiesto la onerosa paz que firma en 1540. Ante el peligro que viene de Oriente, la mayor parte

[2] J.E. López de Coca Castañer, «Esclavos, alfaqueques y mercaderes en la frontera del mar de Alborán (1490-1516)», *Hispania*, 38, 1978, pp. 275-300.

de la Península Italiana se alía con los españoles, quedando sólo Venecia y Ragusa que intentan mantener a duras penas una posición semineutral entre los dos imperios para salvaguardar sus intereses comerciales en el Adriático y el Egeo. El Mediterráneo ha quedado dividido en dos zonas de influencia perfectamente definidas que se pueden trazar atendiendo a la religión que practican los habitantes de las riberas. De un lado, el bando cristiano, encabezado por los españoles y que aglutina a todos los territorios de la cuenca no sometidos a las armas otomanas con la excepción de Francia y de la independiente Venecia. De otro, el turco, que controla todo el espacio comprendido entre los Dardanelos hasta los Estrechos italianos, salvo las pocas posesiones venecianas y genovesas. Quedan exentas de este reparto las riberas del actual Reino de Marruecos, que casi no puede practicar el corso por haber perdido todos sus puertos por las conquistas españolas, pero que cuando se encuadre dentro de la actividad corsaria se dedicará al ataque sistemático de los intereses de la Europa cristiana [3].

El paso de Túnez y Argel a los territorios controlados por los turcos supuso que la guerra entre los dos imperios de esta parte del Viejo Mundo se extendiera a todo el Mediterráneo. Los caballeros San Juan de Jerusalén desde la isla de Rodas y, posteriormente, la orden de Malta realizaron la misma misión en las aguas de Levante [4]. La conquista de la isla de Rodas por Suleimán el Magnífico desequilibraba la balanza a favor de los turcos, situación que es remediada rápidamente por Felipe II al conceder a los soldados-monjes expulsados el pequeño enclave maltés. Tanto Rodas como Malta, Túnez o Argel se encontraban demasiado alejadas de los centros de poder como para poder realizar desde ellos una guerra convencional. Las pequeñas guarniciones allí acantonadas y los escasos recursos técnicos limitan sus posibilidades de conquistar y sostener territorios, por lo que era lógico que se opusieran a sus adversarios con otra forma de combate, como es el corso. Además de estos centros, antiguas urbes corsarias revitalizadas ahora o de nueva creación, en los albores de la Edad Moderna ya existían ciuda-

[3] A.C. Hess, *The forgotten frontier*, Chicago-Londres, 1978.

[4] J. Salva y Riera, *La orden de Malta y las acciones navales españolas contra los turcos y berberiscos, siglos XVI y XVII*, Madrid, 1944.

des que eran conocidas por su dedicación al robo con patente [5]. En los últimos siglos de la Edad Media, el corso era una forma de hacer daño al enemigo en un enfrentamiento armado, cuestión que se aprecia perfectamente en las pugnas entre los diferentes estados cristianos del Mediterráneo occidental, al mismo tiempo que una forma de vida y de acumulación monetaria. El corso, por lo tanto, era consubstancial a la propia vida del Mediterráneo hasta los albores de la modernidad, aunque su utilización por los países que lo permiten era ocasional. Junto a esta actividad, encontramos lo que se ha denominado como «pequeño corso», como es el practicado por las pequeñas embarcaciones que siempre están dispuestas a llegar a territorio enemigo para capturar algún agricultor que sale a realizar sus faenas agrícolas o apresar una embarcación de menor tonelaje o que se encuentra en apuros. La distinción de estas acciones de los hechos protagonizados por los piratas era muy difícil de establecer, ya que tanto unos como otros se amparaban en la impunidad de sus ataques y estaban protegidos por las autoridades de las ciudades donde fondeaban sus barcos. En la crónica de la Península Ibérica, suele ser muy frecuente encontrar estudios sobre los daños que algunas ciudades magrebíes hacen a las costas del Reino de Granada y Valencia, sobre todo después de la conquista del antiguo dominio nazarí, siendo menos usuales los relatos de la nefasta influencia que tienen los marinos de las Baleares, de Cartagena, Valencia o las ciudades andaluzas del Atlántico en las posesiones y territorios musulmanes [6]. De otra parte, tampoco se puede dividir el mundo comercial y mercantil mediterráneo por religiones y orillas. Los estados magrebíes nunca tuvieron unas marinas mercantes desarrolladas, por lo que el transporte de sus mercancías, y en general el comercio musulmán, lo realizaron en su mayor parte transportistas cristianos [7].

La generalización del enfrentamiento entre el Imperio Español y el Otomano tras la conquista de Constantinopla trastoca completa-

[5] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949.

[6] Sobre las formas de organización del corso en la fachada mediterránea de la Península Ibérica, y en general la vida de una ciudad volcada a la vida marítima, resulta muy instructivo el libro de J. Guiral, *Valencia, puerto mediterráneo en el siglo xv*, Valencia, 1990.

[7] N. Coll Juliá, «Aspectos del corso catalán y del comercio internacional en el siglo xv», *Estudios de Historia Moderna*, 4, 1954, pp. 159-181.

mente la situación descrita, tradicional y asumida como normal por todos los navegantes de estas aguas desde la Edad Antigua.

En este momento, los diversos estados mediterráneos entrarán de lleno en una dinámica bélica por la que el corso es un arma más para la lucha contra el «infiel». El corso se profesionaliza, tanto desde el punto de vista militar como desde el económico, siendo los sultanes y reyes los que favorecen e instan a que algunas de sus ciudades se especialicen en la práctica de esta actividad. En su extensión influye decisivamente el mayor número de embarcaciones dedicado a este menester y los avances técnicos en la construcción naval y los sistemas de navegación que permiten que sus resultados sean más elevados. Pero para explicar el auge de esta actividad también hay que reseñar el aumento del tráfico comercial por el Mediterráneo y la perpetuación de unos sistemas económicos y de organización del trabajo en los que la mano de obra barata, como eran los cautivos, era imprescindible para el desarrollo de algunas de las sociedades implicadas en este proceso histórico. La herramienta principal de los navegantes mediterráneos, los diversos tipos de nave de la familia de las galeras, son movidas por los brazos de estos hombres, por lo que cada día era más necesario contar con tripulaciones abundantes y preparadas. Los navíos comerciales y de guerra habían aumentado sus calados y esloras y habían sustituido a los bogadores contratados por un sueldo por «forzados» que eran capturados en acciones corsarias o comprados en almoneda en ciudades que redistribuían por todo el Mediterráneo los botines humanos alcanzados por los practicantes del robo con patente. Toda esta evolución se muestra perfectamente en el análisis de los sistemas de navegación y la tipología de las embarcaciones venecianas desde mediados del siglo XIV [8]. De alguna manera, la propia guerra entre los diversos estados mediterráneos necesita de los corsarios para poner en marcha los medios técnicos para poderla realizar, ya que requiere contar con un mercado humano superior al de la época medieval. La marina otomana dependerá de sus propios corsarios para su desarrollo, ya que la mayor parte de sus mejores *arraeces* y *pashas* se han formado en estas lides, por lo que resulta muy difícil discernir entre ellas durante buena

[8] C. Fernández Duro, *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, Madrid, 1901.

parte del siglo XVI [9]. De la misma manera, las marinas cristianas recurrirán a hombres formados en esta actividad para enfrentarse a los corsarios, como ejemplifica el conde Pedro Navarro a principios del siglo XVI y Barceló a finales del siglo XVIII. El corso genera sus propios objetivos y formas de enfrentamiento militar, por lo que la mejor manera de contrarrestarlo es utilizar las mismas técnicas bélicas y náuticas.

En el tránsito de la Edad Media a la Moderna, se han ido produciendo todos los factores para que el corso se convierta en uno de los fenómenos que mejor identifican y definen al Mediterráneo durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Cuando la guerra directa y declarada entre la Monarquía Hispánica y el Imperio Otomano, tras la batalla de Lepanto y la conquista de la isla de Chipre, y las grandes armadas organizadas dejen estas aguas para trasladarse al Atlántico y el Índico, los corsarios serán los dominadores casi absolutos del Mediterráneo. En los años finales del siglo XVI y durante toda la centuria siguiente, el corso vive su «Siglo de Oro», transformando algunas de las características vitales y poblacionales de la cuenca mediterránea.

Diferencia entre el corso y la piratería en el Mediterráneo en la Edad Moderna

Las condiciones meteorológicas y geográficas de la cuenca mediterránea siempre habían favorecido la existencia de hombres que tenían en el robo su forma usual de sustento, o el sistema de completar la economía familiar en las ocasiones que les parecen propicias. Los términos «pirata» y «corsario» se suelen emplear por los historiadores con unas connotaciones semejantes. Para aumentar el confusionismo entre ambas palabras, en la historia española se suele identificar como corsarios a los navegantes musulmanes de las ciudades magrebíes del Mediterráneo, dejando la denominación de pirata a los súbditos de las monarquías del norte europeo que asaltan los intereses españoles y portugueses en las aguas cercanas a las costas americanas. En la documentación hispana de la Edad Moderna sólo se recurrirá a la defini-

[9] P. Boyer, «Les renégats et la marine de la Régence d'Alger», *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, 39, 1985, pp. 93-107.

ción de piratas para referirse a los musulmanes después de la conquista y la expulsión de los navegantes de la ciudad de La Mamora que se trasladan a Argel y a Salé en 1614. Esta división de la terminología por el espacio geográfico donde se producen los ataques a las naves de la Monarquía Hispánica se deben a la forma de definición de la guerra. Mientras que el enfrentamiento con los musulmanes se encuadra dentro de las cláusulas recogidas en la clasificación de «guerra justa», como consecuencia de que son enemigos de la religión y de la cultura cristiana [10], el enfrentamiento entre bautizados se debe fundamentar en bases jurídicas más complicadas. Los ataques a las flotas de Indias y a los puertos americanos no se argumentaban en unas justificaciones legítimas, ya que el papado había concedido los derechos exclusivos de dominio y comercialización de las tierras nuevamente descubiertas a los españoles. Los ingleses y los holandeses estaban transgrediendo las normas de este primitivo derecho internacional, por lo que sus acciones no podían ser amparadas a través de una patente concedida por una autoridad que no respeta la legalidad. La ruptura del sistema que regula las relaciones entre las repúblicas, que emanaba de la tradición medieval, ya no se adecua a los nuevos intereses económicos de la época, caracterizados por evidentes procesos de expansión territorial y económica, por lo que es necesaria una nueva formulación basada en otras bases jurídicas.

En el corso y la piratería, por las mismas características que tienen estas profesiones, resulta muy difícil realizar una división clara, ni atendiendo a zonas geográficas ni a la religión de sus practicantes. La frontera que divide a un marino convencional, a un corsario o a un pirata en las aguas mediterráneas es absolutamente quebradiza y cambiante. Los intereses de cada una de las personas y de los estados implicados en la dinámica del *Mare Nostrum* en estas centurias es tan flexible y laxa como requieren los acontecimientos. Cualquier capitán de una embarcación mercante se puede transformar en un pirata cuando navega al lado de una barca, de la misma manera que un militar profesional puede realizar acciones de corso y un corsario se convierte en marino profesional cuando navega como arraez junto a la flota otomana o como capitán de galeras cuando lo hace al lado de una cristiana.

[10] F. de Carranza, *La guerra santa por mar y los corsarios berberiscos*, Ceuta, s.a.

Independientemente de la enorme casuística que existe en estas aguas durante estas dos centurias, la diferencia esencial entre un pirata y un corsario es que el segundo es una figura reconocida por un gobernante o un estado. Es decir, un navegante para realizar el corso necesita contar con una «patente de corso», cédulas que son concedidas por el maestre de una Orden Militar, un capitán General de la Armada, como es el caso del duque de Medina Sidonia, el beylerbey de una ciudad otomana, o los regidores de un presidio o de una urbe costera. La patente, además de ser un título legal, obliga a su poseedor a respetar los mandatos de la autoridad que se la concede. Ello supone que tiene que rendir cuentas de sus acciones ante ella, entregar parte de los botines en concepto de quinto real y respetar los pabellones de las embarcaciones confederadas al bando que pertenece, como sería la promesa de no atacar barcos franceses en el caso de los corsarios argelinos, lo que se conoce según la terminología de la época como «navegar con bandera». Los asaltos sólo se pueden realizar a los enemigos de su señor natural, por lo que nos encontramos ante una forma de oposición militar y bélica contra los adversarios, lo que resulta una de las manifestaciones de la guerra entre cristianos y musulmanes. El corsario se compromete a respetar los pabellones, pero nunca a las mercancías y a los pasajeros de otra nación que se encuentren en ellas. El «derecho de visita» permite secuestrar las mercancías y apresar a los hombres que viajan en estos navíos, dejando luego en libertad al barco que los transporta. El pirata, por su parte, no reconoce a ninguna autoridad por encima de su propia voluntad, por lo que no respeta ni la confesión religiosa ni la adscripción política de sus víctimas [11]. Actos de piratería son también el ataque a los pasajeros que transportan las naves, como sería el caso de varios navegantes franceses cuando roban a los moriscos que llevan como flete en el obligado destierro de la minoría entre 1609-1614.

Aunque en las líneas anteriores se centra la cuestión en las consideraciones en boga de la Edad Moderna, tampoco se puede afirmar que su aplicación sea inmutable. En un mar tan complejo y dilatado como el Mediterráneo, cualquier intento de definición de las actividades que en él se desarrollan es, en alguna medida, trivial. Las armadas

[11] S. Bono, *I corsari barbareschi*, Turín, 1964.

cristianas, que como tales tienen que hacer una guerra legal al no poseer patentes de corso, cuando no tienen objetivos militares concretos que realizar zarpan en busca de barcos que capturar y hombres que apresar. Esta forma de comportamiento se encuadra más en la dinámica de los corsarios que en la de los marinos profesionales, pero, sin embargo, son usuales durante estos siglos, como se aprecia perfectamente en varias de las expediciones de Andrea Doria y el marqués de Santa Cruz, o el apresamiento de varias galeras venecianas por parte del duque de Osuna en el reinado de Felipe III. Cuando las escuadras salen a patrullar el mar tienen como misión la de controlar las acciones de los corsarios, aunque, en ocasiones, para lograr este objetivo se conviertan sus integrantes en corsarios y, en ocasiones, piratas, según las definiciones expuestas anteriormente. Pero estas referencias nos permiten introducir un elemento más en la vida del Mediterráneo en la Edad Moderna, como es el de las consecuencias en hombres, mercancías, barcos y dinero del enfrentamiento entre el Imperio Español y el Otomano. La guerra marítima en este espacio geográfico no sólo consiste en hundir barcos, sino en agotar económica y poblacionalmente al adversario, a la vez que enriquecerse personalmente al lograr una buena presa. Desde esta perspectiva, cualquier tipo de acción protagonizada por una armada es completamente legal y justificable en aras del enfrentamiento contra el infiel, sin que se pudieran realizar reclamaciones y recusaciones a sus comportamientos. Pero este tipo de acciones sólo puede inducirnos a pensar que la consecución del botín mueve más las acciones de los hombres que algunas ideas religiosas o acontecimientos políticos.

Cuando se forman los grandes enclaves mediterráneos, tanto de lado musulmán como del cristiano, la piratería queda reservada casi exclusivamente a las fechorías de las pequeñas embarcaciones que merodean en torno a las costas en busca de un navío menor al que robar y matar a sus ocupantes para que sus felonías no sean puestas en conocimiento de la justicia. Los daños y males causados por los piratas medi terráneos fueron menores que los realizados por los corsarios, por lo que este tipo de comportamientos son aislados y sistemáticamente silenciados por la documentación. La calificación de piratas sólo se emplea para definir los ataques de los navegantes uscoques, que asaltan tanto a barcos turcos como de la señoría de Venecia y otras repúblicas italianas, acciones que son reprimidas tanto por el Imperio Otomano como

por los estados cristianos de la zona. Los uscoques no son unos piratas arquetípicos, ya que están perfectamente organizados, realizan sus acciones mancomunadamente y se encuadran dentro de una estructura política consolidada que les defiende y aglutina. Este grupo de navegantes es el resultado del especial ambiente político que se vive en algunos territorios periféricos del mundo cristiano y del otomano en el Mediterráneo en los primeros siglos de la Edad Moderna. El problema es que en muchas ocasiones los arraeces corsarios también se comportan como piratas, y de esta manera son definidos, como por ejemplo cuando las naves argelinas apresan a las galeras marsellesas en el siglo XVII. Las quejas del cónsul francés suelen ser atendidas en algunas ocasiones, liberando a los cautivos, pertrechos y barcos, aunque no se castiga a los culpables de las acciones, como ocurre en Europa con los piratas.

Otra de las diferencias entre corsarios y piratas es el grado de profesionalismo de sus practicantes. El corso y el corsario no son ni una actividad esporádica ni la realizan neófitos. Según avanza el siglo XVI, cada vez tiene una organización más desarrollada, lo que implica unos años de aprendizaje y estar en posesión de unas mínimas cualidades para que le sean otorgadas las patentes. El corsario, por lo tanto, necesita la confianza y el respaldo económico de unos socios capitalistas y depende de una ciudad dedicada al cultivo de esta actividad en la que cuenta con un mercado o almoneda para vender sus botines, un centro de aprovisionamiento y toda la infraestructura necesaria para reparar sus embarcaciones y lograr completar las tripulaciones. El pago del quinto real y de impuestos a sus autoridades permite que la ciudad corsaria mantenga sus formas de organización y se vaya convirtiendo en un enclave seguro para fondear sus embarcaciones. Recurriendo nuevamente el caso argelino, según se fue desarrollando el corso la ciudad fue ampliando su puerto y mejorando sus fortificaciones exteriores para repeler cualquier ataque de sus enemigos. La Regencia crea «baños públicos» para vigilar a los cautivos, atarazanas para construir y reparar barcos y almacenes destinados a guardar los remos de las embarcaciones para impedir las fugas de los bogadores retenidos [12].

[12] G. Fisher, *Barbary legend. War, trade and piracy in North Africa, 1415-1830*, Oxford, 1957.

El desarrollo y progreso del corso se producen por igual en ambas orillas del Mediterráneo, aunque tradicionalmente se ha relacionado esta actividad con los navegantes norteafricanos. A las viejas ciudades con vocación corsaria durante toda la Edad Media, tales como Pisa, Nápoles, Mesina, Palermo, Palma de Mallorca, Almería, Valencia, Túnez, Bizerta, Vélez de la Gomera, Tetuán, Larache, Argel o Salé, hay que añadir en el siglo de enfrentamiento directo entre españoles y otomanos las de La Valeta y Liorna. Estas dos últimas, desde el lado cristiano, y Túnez, Argel y Salé, desde el musulmán, se convierten en los arquetipos y la representación misma del corso durante toda la Edad Moderna.

Todas las ciudades corsarias dependen siempre de una autoridad central, que puede ser un rey católico o el sultán de Estambul, con la excepción de Salé que después de la llegada de los moriscos expulsados de Hornachos y la baja Andalucía se proclama república independiente. La dependencia de una autoridad superior no debe ni puede estar reñida con una autonomía y una libertad de movimientos casi total por parte de los corsarios. La excesiva fiscalización por parte del poder central, bien sea regulando sus actividades o entrando a fiscalizar los beneficios de estos navegantes, trae consigo la decadencia de estos enclaves, como se pone de manifiesto en las tierras de Marruecos por las injerencias de los sultanes sa'díes y alawíes. Según avanzan los años de la Edad Moderna, las ciudades corsarias musulmanas se van convirtiendo en ciudades autónomas que sólo reconocen nominalmente la autoridad del sultán. Su independencia de Estambul, y en menor medida de Marrakech, es absoluta, lo que permite la evolución de sus estructuras políticas y de sus órganos de gobierno hasta transformarse en completamente diferentes a los de las metrópolis de las cuales dependen. Durante algunos lustros, sólo hizo falta una declaración formal de independencia para que se hubieran transformado en estados soberanos de pleno derecho. En el caso cristiano esta situación no es tan clara como en el caso magrebí. El diverso grado de especialización en el ejercicio de esta actividad y la divergente evolución política de la organización del poder central desde el Renacimiento en Europa son los elementos que marcan las diferencias entre ambos lados del Mediterráneo. El único paralelo que se puede establecer con Argel o Túnez es el caso de la isla de Malta, pero este pequeño asentamiento de monjes-guerreros se había creado con el único objetivo de capitalizar el en-

frentamiento con los musulmanes por medio del ejercicio del corso contra los intereses otomanos y marroquíes. El maestre de la Orden es completamente autónomo del resto de las autoridades católicas al estar sometido exclusivamente por su obediencia con el papa. La Valeta se transforma a lo largo de los siglos XVI y XVII en el reflejo cristiano de las ciudades corsarias africanas, y a su puerto llegan navegantes en busca de un golpe de fortuna por un buen botín, aventureros o personas que desean mantener la lucha contra los seguidores de las predicaciones de Mahoma. Como Argel, Malta colaborará con las diversas autoridades cristianas en su lucha contra los otomanos y berberiscos cuando se concierten armadas y coaliciones [13], como es el caso de Lepanto. Salvo estas ocasiones, los navegantes que se acogen a su pabellón serán independientes en la mayor parte de sus empresas.

Para el caso español, el mejor ejemplo de zona dedicada al corso son las Baleares. Los marinos mallorquines e ibicencos en la Edad Moderna continuaron con su tradición de corsarios, adquiriendo fama de marinos intrépidos y arriesgados. Palma de Mallorca mantuvo el prestigio de ser una de las mejores almonedas para comprar bogadores musulmanes para las galeras, aunque las capitales de las islas nunca gozaron con una autonomía semejante a la de las urbes magrebíes [14]. El corso se practicó en Baleares hasta finales del siglo XVIII, fecha en la que esta actividad desaparece de las aguas mediterráneas. Algunos de sus capitanes fueron los encargados de oponerse a los corsarios magrebíes utilizando sus mismas tácticas, siendo reconvertidos algunos de ellos a la carrera militar profesional, como es el caso de Barceló. La práctica del corso en las tierras mallorquinas ha sido explicada por al-

[13] J. Godechot, «La course maltaise le long des côtes barbaresques à la fin du XVIII[e] siècle», *Revue Africaine*, 96, 1952, pp. 105-113.

[14] Algunos autores han interpretado la existencia de corsarios en la Edad Moderna como una falta de adecuación de estos territorios a los nuevos sistemas económicos. Esta cuestión es completamente evidente desde la segunda mitad del siglo XVII, en la que el corso es cada vez una actividad más residual. La existencia del robo con patente impide el normal desarrollo de la economía de las zonas donde se asienta, por lo que es lógico que cuando el comercio y la navegación se hagan más estables y regidos por unas normas más fijas, el corso desaparezca o se quede reducido a una actividad practicada por grupos marginados. El caso concreto de las islas Baleares, según este planteamiento, ha sido estudiado por G. López Nadal, *El corsarisme mallorquí a la mediterranea occidental, 1652-1658: un começ forçat*, Palma de Mallorca, 1986.

gunos historiadores, siguiendo el esquema general propuesto por Fernand Braudel, por la falta de adecuación de las islas a las nuevas estructuras económicas mediterráneas.

Como actividades económicas la diferencia entre la piratería y el corso es que la primera se encuadra dentro de un ámbito de marginalidad y subsistencia, mientras que el corso es capaz de generar un complejo sistema económico. Además de los botines que son capturados, que se emplean para el consumo local y para la venta a los adversarios o a intermediarios, las ciudades corsarias reciben una gran cantidad de mano de obra barata, y en muchas ocasiones bastante especializada, que impulsa sus actividades productivas. Los cautivos, que en un principio son sólo la fuerza bruta que mueve las embarcaciones y el objeto para lograr la liberación de sus compañeros prisioneros o de suculentas sumas de dinero, cada vez serán más necesarios para la organización de los estados musulmanes. Muchos de los sultanes marroquíes cuando llegan a acuerdos con la Monarquía Hispánica no desean desprenderse de los cautivos españoles por el miedo a la ruina de algunos de sus sectores económicos y productivos. Las ciudades corsarias, sobre todo las musulmanas, se convierten en buenos centros de intercambio en los que se redistribuyen muchos de los productos apresados. Como son lugares donde se produce una acumulación monetaria rápida, se transforman en excelentes mercados para colocar los productos suntuarios y de alta calidad que se producen en las urbes industriales de Europa. A su vez, son ciudades que dependen de las importaciones de materiales relacionados con la construcción naval y pertrechos de guerra de todo tipo, negocio bastante lucrativo para los mercaderes dispuestos a incumplir las prohibiciones de comercio de materias vedadas con los musulmanes [15]. La especialización en las actividades marineras conlleva que las zonas rurales cercanas logren entrar en los sistemas económicos modernos al llevar a vender sus excedentes a las ciudades corsarias. Con estos breves apuntes, lo que estamos reseñando es la constitución de un sistema económico que se organiza según unas normas propias y específicas.

[15] C. González Gravioto, «Andalucía y el contrabando de armas con Marruecos en el siglo XVI», *Archivo Hispalense*, 192, 1980, pp. 177-189.

La posibilidad que ofrece el corso de lograr un rápido enriquecimiento si se produce un golpe de suerte y la necesidad de las ciudades corsarias de contar con el mayor número de arraeces crea sociedades abiertas donde el ascenso social se logra por el dinero, y no por el origen, pasado o procedencia. A las dársenas de Argel, de Salé o de La Valeta arriban navegantes de todas las nacionalidades que están dispuestos a renunciar a sus escrúpulos de conciencia por una vida difícil y arriesgada, aunque con visos de ser provechosa. Algunos cronistas españoles de esta época se dan cuenta de estas especiales cualidades de las urbes corsarias, tal es el caso de Diego de Haedo, definiendo a los rais (arraeces) renegados argelinos sólo en función de la actividad que practican, obviando las cuestiones religiosas y políticas.

Las ciudades corsarias musulmanas van creando su propio sistema político en las relaciones internacionales, que se alejan de las directrices dictadas por los gobernantes de las entidades nacionales de las que dependen. Cuando Felipe II firma una tregua con la Sublime Puerta al final del siglo XVI, los argelinos no consideran que la guerra marítima, como es el corso, se integre dentro de las cláusulas pactadas. Un fenómeno aún más evidente se produce durante los reinados de Carlos III y Carlos IV cuando se tiene que negociar, en alguna ocasión por medio de la intimidación armada, la paz con Trípoli, Túnez y Argelia después de haberlo realizado con Estambul, territorios que continúan dependiendo nominalmente del Imperio Otomano. El auge del corso no sólo favorece su mayor desarrollo sino que también acrecienta la independencia de sus practicantes. Esta cuestión nos sirve para matizar la identificación que se produce en la Península Ibérica entre berberiscos y turcos. Aunque los primeros dependen administrativa y políticamente del sultán, sus acciones y directrices no se pueden atribuir a la voluntad del mismo. El término «turco» para definir a los magrebíes dependientes de Estambul es más una simplificación descriptiva de la documentación y de la literatura del Siglo de Oro que una plasmación de la realidad mediterránea del período. El corso no puede aceptar de buen grado las limitaciones impuestas por el derecho internacional, por lo que interpreta a su manera los pactos y acuerdos firmados por las autoridades cristianas y musulmanas. Este alejamiento de un marco político estable aumenta la peligrosidad para las personas que se aventuran a embarcarse en un navío, creando un ambiente peculiar entre los habitantes de las dos riberas del mar. Los buques de guerra, como pue-

de ser el caso de las galeras pontificias, y los transportes de tropas, como ejemplifica el apresamiento de la galera *Sol*, no están exentas del peligro de caer en las manos de las flotillas corsarias.

La transformación de la vida mediterránea por el desarrollo del corso

La literatura de cautivos y las crónicas sobre las ciudades corsarias describen el ambiente del Mediterráneo en los siglos XVI y XVII como muy peligroso para todos los hombres que lo surcaban [16]. Si aceptamos estos testimonios como fuente principal para reconstruir la historia de este mar en las centurias referidas, como lo ha utilizado una buena parte de la bibliografía tradicional, tendríamos que adelantar en varios decenios el principio de la decadencia y la recesión del Mediterráneo [17]. El corso se muestra muy activo cuando desaparecen las grandes flotas de sus aguas, por lo que sólo se podría aplicar este factor en la historia mediterránea en el siglo XVI. De cualquier manera, esta visión catastrofista del Mediterráneo no se adecua demasiado a la realidad. Sin poder negar el aumento de los apresamientos de hombres y mercancías, el *Mare Nostrum* siguió siendo un espacio vivo y con un fuerte flujo económico. La pérdida de su importancia no se debe tanto al corso ni a la guerra entre la Cristiandad y el Islam, sino al traslado de los centros de decisión política y económica al norte del continente europeo. Cuando esto se produce, los corsarios tendrán que ampliar sus zonas de actuación, por lo que abandonan sus lugares tradicionales para trasladarse a las aguas donde sus robos fueran más fructíferos.

El corso musulmán y cristiano está regulado por una serie de normas que son aceptadas por todos los implicados en esta dinámica y

[16] G. Camamis, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, 1977.

[17] Las mejores crónicas sobre la vida de los cautivos son las de D. de Haedo, *Topografía e Historia general de Argel,...*, Valladolid, 1612, edición de I. Bauer y Landauer, Madrid, 1927; P. Dan, *Histoire de Barbarie et de ses corsaires divisée en six livres, où il est traité de leur gouvernement, de leurs moeurs, de leurs cruantés, de leurs brigandages, de leurs sortilèges et de plusiers autres particularités remarquables...*, París, 1637; y E. de Aranda, *Relation de la captivité et liberté du sieur —, mené esclave à Alger en l'an 1640 et mis en liberté l'an 1642*, Bruselas, 1656.

que, en sus caracteres generales, son respetadas. Su actividad estaba marcada por las condiciones climatológicas, siendo completamente estacional, y se realiza en unas zonas muy específicas. No suelen ser frecuentes los ataques a las navegaciones invernales ni tampoco a zonas demasiado alejadas de sus centros de actuación. La Península Ibérica, en especial las costas levantinas, andaluzas, las islas Baleares y el sur de Italia fueron las comarcas más castigadas por el corso magrebí, territorios a los que hay que añadir las islas Canarias y las costas de la fachada Atlántica en los primeros 50 años del siglo XVII [18]. La preponderancia de las acciones corsarias contra los intereses y los puntos de costa españoles y el antagonismo de los Austrias con la Sublime Puerta han ratificado la opinión de la antiespañolidad de los argelinos y tunecinos. Algunos embajadores británicos del siglo XVII referían en sus informes a Londres lo arriesgado que era residir o embarcarse en los puertos levantinos por el gran número de corsarios que navegan en sus cercanías. El corsario tenía, al igual que los comerciantes, sus rutas perfectamente establecidas, y le resulta muy difícil realizar sus ataques cuando el comercio se realiza en convoyes o está protegido por buques de guerra. Los corsarios magrebíes también sufrían los embites con los barcos europeos, y temían las escuadras de vigilancia fletadas por las autoridades locales y centrales. Todas las costas europeas fueron llenándose de puestos de vigilancia para controlar los desembarcos y las navegaciones norteafricanas y en sus ciudades se refuerzan los castillos y las guarniciones para defenderse o salir a contrarrestar la llegada de velas corsarias [19].

Según las acciones corsarias fueron en aumento, también se fueron ampliando las medidas preventivas para impedirlas. Los arraeces cada día encontraban más dificultades para realizar sus robos, por lo que los beneficios que se lograban de los mismos se fueron reduciendo paulatinamente. La visión romántica de los corsarios, como hombres que llevaban una vida fácil, y de las ciudades dedicadas a patrocinarles, como enclaves donde el dinero abundaba y todos sus habitantes llevaban una vida repleta de lujo, hace quiebra cuando revisamos los ba-

[18] M. Lobo Cabrera, «Rescates canarios en la costa de Berbería», *Actas del Coloquio Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XII-XVI)*, Madrid, 1988, pp. 591-620.

[19] A. Gamir Sandoval, *Organización de la defensa de la costa del reino de Granada desde su reconquista hasta finales del siglo XVI*, Granada, 1943.

lances económicos. El «robo con patente» crea un sistema económico en el que se logran grandes resultados, pero también tiene unos costos muy altos, costos que van siendo mayores según pasan los años. Los barcos mercantes se van artillando y aumentando su calado, por lo que las embarcaciones corsarias tienen que hacerse mayores o navegar en escuadras para que sus ataques sean fructíferos. Al igual que el poblamiento costero se amolda a las nuevas circunstancias, el corso también tiene que ir parejo a la evolución de la navegación y de las técnicas militares.

En esta carrera figurada, las repúblicas berberiscas cogieron la delantera en un primer momento, pero hacia mediados del siglo XVII comenzaron a ser desbancadas por sus enemigos. Ello traerá consigo la decadencia de las ciudades corsarias por el cambio de actitud de los países europeos sobre el comercio y la vida en el mar. Los dos grandes imperios mediterráneos de los primeros decenios de la Edad Moderna se han quedado reducidos a simples naciones que aún controlan posesiones en el exterior, posesiones que ya han comenzado su largo camino hacia la independencia. La existencia del corso, como una actividad propiamente económica que ha dejado de reivindicar la lucha por la hegemonía política y religiosa en este espacio, era una realidad incómoda para unos gobiernos que ven en el desarrollo del comercio una cuestión de política de estado. Los mercaderes están más interesados en crear rutas de comercio y navegación estables que en mantener el trasvase de mercancías por canales prohibidos con las urbes corsarias. Según la economía va adquiriendo unos caracteres más globales, las formas de vida que han nacido como parásitas al sistema están abocadas a su extinción. El corso musulmán, en concreto el berberisco, mantiene los esquemas básicos que le dieron forma, por lo que se está quedando desfasado con respecto a las nuevas estructuras de poder y de organización de la economía. La velocidad de un barco ya no se logra por la cantidad de remeros de un navío, sino por el número de mástiles y los metros cuadrados de velas que lleva, por lo que el apresamiento de hombres comienza a ser menos rentable y provechoso. Las potencias comerciales europeas no se plantean la conquista de las ciudades corsarias, como realizaron los españoles y portugueses a principios del siglo XVI, ya que son empresas muy costosas, de una efectividad muy limitada y que suponen un gran esfuerzo económico y bélico por su aislamiento en un territorio enemigo. Franceses y holandeses

optaron por bloquear y bombardear las ciudades corsarias para intentar poner coto a los ataques a sus pabellones. Estas acciones también fueron a la larga infructuosas ya que los corsarios seguían ejerciendo su oficio después de que las armadas levanten el bloqueo. En los repetidos bombardeos de Argel o de Salé no se logró acabar con los ágiles y rápidos barcos corsarios, verdadero motor de esta actividad, que huían al avistar las velas enemigas, aunque sí dañaron sus estructuras económicas.

En el siglo XVIII las potencias europeas y los Estados Unidos prefieren pactar con las repúblicas corsarias la libertad de movimientos de sus buques mercantes que arriesgarse a perder tripulaciones, fletes y navíos. La aparición de los galeones fuertemente artillados y de gran tonelaje, rompe el esquema de los combates navales de la época de los Austrias. En el Mediterráneo se van arrinconando los combates cuerpo a cuerpo por los duelos artilleros, lo que también desencadena una recesión de las acciones corsarias. Sólo España mantiene su duelo particular con Trípoli, Túnez y Argel hasta finales de siglo, urbes que ya han entrado en un proceso de decadencia manifiesta. La manera de acabar con el corso no era en este momento la lucha armada sino la destrucción de sus bases económicas. En el siglo XVIII, el Mediterráneo tiene unas características completamente diferentes a las de la época de los Austrias, por lo que los procesos iniciados y desarrollados en las dos primeras centurias de la Edad Moderna se amoldan muy mal a estos cambios. El corso es, a la postre, la gran víctima de estos cambios, por lo que su desaparición era completamente inevitable.

La conquista de Argel por los hermanos Barbarroja y el inicio del corso organizado en el Mediterráneo

La llegada de los navegantes corsarios dependientes del sultán de Estambul al Mediterráneo occidental va a suponer la introducción de un cambio cualitativo en la organización del corso. Hasta este momento esta actividad era una parte más de las bases económicas de las urbes costeras de los musulmanes y de los cristianos. La conquista de Argel supone la variación de los modelos organizativos, apareciendo ciudades que viven por y para la realización del «robo con patente» en las aguas que dominan. Mientras que en los puertos españoles, franceses e

italianos el corso siguió siendo una parte más de la estructura económica, en las norteafricanas se convirtió en el eje central de su existencia. La comparación entre, y por poner sólo dos ejemplos, Valencia y Argel ilustra perfectamente este diferente ambiente entre ambas orillas del mar. Durante la segunda mitad del siglo XV, la ciudad levantina se convierte en uno de los centros más importantes del comercio de la fachada sur de la Monarquía Hispánica, independientemente de que en sus muelles atracasen embarcaciones que existían exclusivamente para practicar asaltos a las costas y las naves islámicas [20]. Argel, hacia 1530, era ya una localidad con evidente vocación corsaria, lugar en el que el comercio se articula al propio desarrollo del corso. Los navegantes dejarán de ser controlados por la autoridad del beylerbey para convertirse en los propios directores de sus destinos. La especialización y adecuación de estas urbes en el desempeño de esta función, que en realidad es una forma de vida, necesariamente obliga a que existan grupos de poder que velen por sus intereses, fomentando el nacimiento de estructuras que a la vez potencian aún más el desarrollo del corso. Este es el esquema que se agota con la Ilustración como consecuencia del cambio de los sistemas de poder en el Mediterráneo, por lo que los que se habían especializado en una única función están condenados a extinguirse.

Una vez lograda la unificación de los territorios peninsulares, los Reyes Católicos inician una expansión por el Mediterráneo para crear un estado que se extienda por ambos lados del Estrecho de Gibraltar [21]. Estas ideas iniciales se quedaron reducidas a la conquista de algunos presidios, por las cuales se acaba con las empresas corsarias que desde ellos se organizaban y se vigila esta actividad desde la otra vertiente de la cuenca mediterránea [22]. El cardenal Cisneros pasa a conquistar la ciudad de Orán movido por su ideario religioso [23], aunque también

[20] J. Guiral, «Les gens de mar à Valence à fin du XVe et début XVIe siècles», *I Colloque sur le Pays Valencien à l'époque moderne*, Pau, 1980, pp. 35-41.

[21] J.M. Doussinague, *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid, 1944; L. Suárez Fernández, *Política internacional de Isabel la Católica. Estudio y documentos*, Valladolid, 1971.

[22] J. Masia Vilanova, «Una política defensiva mediterránea en la España del siglo XVI», *Fernando el Católico. Pensamiento político. Política internacional y religiosa*, Zaragoza, 1956.

[23] Así lo pone de manifiesto el trabajo de M. Bataillon, *Erasmo y España*, Madrid-

para castigar a los corsarios de Mazalquivir que en la primavera de 1505 habían asaltado Elche y Alicante. Hacia 1510, todos los puertos musulmanes del Mediterráneo occidental eran vigilados por guarniciones españolas, con lo que se reducen considerablemente los daños que recibe la Monarquía de las acciones del corso tradicional de esta área geográfica.

En Argel se había conquistado un pequeño promontorio rocoso enclavado a unos 300 metros de la costa, en el que se había levantado un fuerte que controlaba todo el tráfico portuario. Argel había sido uno de los lugares donde se asentaron los nazaríes que huyen de la Guerra de Granada, lo que había supuesto un aumento de las acciones corsarias a finales del siglo XV y primeros años del siglo XVI. El establecimiento español logrado por Pedro Navarro limitaba completamente las perspectivas económicas de la ciudad, por lo que sus autoridades toleraban de mala gana esta incómoda presencia. La muerte de Fernando el Católico fue aprovechada por el gobernante de la urbe para romper el compromiso con la corona española, pretendiendo apoderarse de la fortaleza del peñón. Dados los escasos recursos que tenían los argelinos, decidieron recurrir a unos navegantes levantinos que ya habían logrado algunos éxitos en su enfrentamiento con los españoles en aguas tunecinas. Ante la petición de ayuda, Horuç Barbarroja y su pequeña flota de diez embarcaciones desambarcan en la vecina localidad de Cherchell (Sargel), lugar habitado íntegramente por población islámica de origen español, y es recibido en Argel como un libertador. Se inicia el asedio de la fortaleza, aunque el corsario está más preocupado en hacerse con el control político de Argel que en expulsar a los españoles de su pequeño dominio. Una revuelta interior dentro de la ciudad islámica posibilita que el mayor de los Barbarroja acabe con la vida del sultán y haga matar a los ciudadanos que se podían oponer a sus planes, siendo nombrado sultán por sus soldados en 1516.

El interregno por la muerte de Fernando el Católico y el aumento de tensión en Italia impiden que se produzca una reacción española rápida y contundente. Diego de Vera es mandado a finales de este año

México, 1966, cuando refiere las repercusiones del mantenimiento de la lucha contra los musulmanes por los humanistas y erasmistas, como se prueba en la correspondencia entre Cisneros y Charles de Bovelles, documentos que han sido recogidos en el primero de los capítulos del presente volumen.

para restaurar la situación, aunque su expedición es un fracaso, iniciándose así los infructuosos intentos de conquista de la ciudad por parte de las armas hispanas que se extenderán durante toda la Edad Moderna.

En la mente de Horuç comienza a tomar fuerza la idea de crear un estado musulmán fuerte en el Magreb con el que acabar con la anarquía y fragmentación política a la que está sometida esta parte del Islam. Se olvida de la guarnición española del Peñón y comienza a establecer pactos con las autoridades locales cercanas. En 1518, pasa a la ciudad de Tremecén para liberar a sus ciudadanos del contrato de vasallaje firmado con el gobernador de la ciudad de Orán. La expedición berberisca es conocida por los soldados oraneses que, ayudados por un fuerte contingente de «moros de paz», les dan batalla, muriendo en la misma el corsario [24].

Hayreddin, el hermano del conquistador, se había quedado como gobernador de la ciudad durante la expedición de Tremecén. Al conocerse el fallecimiento del Horuç, es proclamado sultán por los corsarios musulmanes. Esta noticia se tradujo en la rápida ruptura de todos los tratados firmados por su antecesor con las tribus de Tenes, Cherchell, Argel y el Cuco. Hayreddin también tiene miedo de una sublevación interna de los argelinos de la ciudad, movimiento que está siendo promovido y financiado por la guarnición española del Peñón. Ante estos acontecimientos y la precaria situación en la que se encuentran los corsarios, Barbarroja decide llegar a un acuerdo con el estado islámico más poderoso de este momento, como es el Imperio Otomano, por lo que se desplaza a Estambul para declararse vasallo de Selim I. La petición del corsario es recogida por el sultán con beneplácito, nombrándole beylerbey (gobernador) de Argel y del territorio que pueda someter, además de la entrega de una gran cantidad de piezas de artillería, 2.000 soldados y 4.000 voluntarios turcos a los que se les dan los privilegios y estatutos de los *yeni şeri* (jenízaros) de la Sublime Puerta.

[24] Ch. de la Vronne, «Política de España, de Marruecos y de los turcos en los reinos de Fez y Tremecén a mediados del siglo XVI», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, III, 1954. Para establecer el relato de la expedición del conde de Alcaudete contra Tremecén continúa siendo útil el libro de P. Ruff, *La domination espagnole à Oran sous le gouvernement du Comte de Alcaudete*, París, 1909.

Cuando Barbarroja regresa de Estambul con su título, quedan todos los problemas por solucionar, aunque ahora está respaldado por un estado que le suministra el dinero y los medios necesarios para hacer efectivo el control de su gobernación. De un lado, tiene que someter a todas las tribus de los territorios cercanos y, de otro, hacer frente a los ataques españoles que provienen tanto de la fortaleza del Peñón como de expediciones organizadas con este fin desde la Península, como es la fracasada intentona de conquista de la ciudad dirigida por Hugo de Moncada en 1519. El asedio al Peñón se culmina en 1529 cuando Martín de Vargas, después de una resistencia tan heroica como inútil, rinde la fortaleza por la muerte de la casi totalidad de sus defensores. Barbarroja va a solucionar uno de los problemas de Argel como puerto, como es el de no contar con un fondeadero seguro, demoliendo los muros del castillo recién conquistado y uniendo el desolado islote con la ciudad. En la década de 1530, la ciudad magrebí es el punto de atraque más occidental del Imperio Otomano, lo que representa llevar la guerra contra la Monarquía Hispánica hasta sus mismos dominios. La Regencia berberisca será la mejor escuela náutica del sultán de Estambul, donde se forman sus más aventajados navegantes y pilotos, además de un punto estratégico que domina y controla buena parte de las rutas de comunicación del Mediterráneo occidental.

El destronamiento de la dinastía Ḥafsí de Túnez, con la expulsión de los soldados españoles del fuerte de La Goleta, y la recuperación de Trípoli y Bugía pocos años más tarde por los navegantes berberiscos crean un frente corsario que amenaza directamente a toda la Cristiandad no sometida por el Gran Señor. La proximidad de Túnez a las posesiones españolas del sur de Italia trastoca completamente la navegación por la zona de los estrechos italianos, lo que pone en peligro buena parte de las vías de comunicación del Imperio español en el Mediterráneo. Durante los primeros años del siglo XVI, la Sublime Puerta recuperará para el Islam todos los puertos africanos sometidos por las armas cristianas hasta Tremecén, por lo que va a monopolizar casi en exclusiva el corso islámico en el Mediterráneo. La expansión territorial de Selim I y Suleimán el Magnífico había conseguido aglutinar nuevamente a todos los territorios musulmanes, con la excepción de las tierras controladas por la dinastía Sa'dí, por lo que se le considera la cabeza y protector de los creyentes, lo que explica los intentos argelinos para someter y conquistar los dominios de los jerifes.

Francia, después de la constitución de la Regencia Berberisca, queda completamente aislada y rodeada de enemigos. De una parte, los corsarios de la Sublime Puerta y, de otra, los dominios de la Monarquía Hispánica. La única salida que tiene es aliarse con el Imperio Otomano para crear un frente único para oponerse al expansionismo de Carlos V en Italia y Europa [25]. La petición de alianza de Francisco I es recogida rápidamente por Suleimán el Magnífico, que acaba de encontrar un colaborador inesperado en su particular pendencia con los miembros de la casa de Habsburgo. Los corsarios argelinos introducen, por lo tanto, un nuevo elemento de presión en el Mediterráneo al extender las posesiones de los otomanos a zonas que se consideraban seguras y alejadas de sus influencias y de sus posibilidades militares. En 1533, año en el que Hayreddin es llamado por Suleimán para que se haga cargo de la marina del imperio, en el Mediterráneo ya se han configurado la mayor parte de los caracteres que van a pervivir durante la Edad Moderna. Los hermanos Barbarroja han ensanchado considerablemente los límites de las posesiones turcas, extendiendo la frontera del Islam hasta las mismas puertas de los dominios de la Monarquía Hispánica [26].

La evolución de las formas políticas de las ciudades corsarias magrebíes durante la Edad Moderna [27]

El alejamiento geográfico de la Sublime Puerta y, sobre todo, las especiales condiciones políticas, económicas y vitales que trae consigo

[25] I. Macabich, «Sobre la ofensiva franco-turca en la tercera guerra entre Carlos V y Francisco I», *Hispania*, IX, 37, 1949, pp. 156-187; H. Hantsch, «Le problème de la lutte contre l'invasion turque dans l'idée politique genérale de Charles-Quint», en *Charles-Quint en son temps*, París, 1959.

[26] Las conquistas de los hermanos Barbarroja coinciden cronológicamente con la época de mayor extensión del Imperio Otomano en Europa y el Mediterráneo.

[27] La obra más general sobre la forma de organización política del imperio Otomano, y en general para la historia de la Sublime Puerta, es la de S.J. Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, vol. I, *Empire of the Gazis. The Rise and Decline of the Ottoman Empire, 1208-1808*, Cambridge, 1976. Sobre las formas de organización política y militar de los territorios conquistados resulta de gran ayuda el trabajo de H. Inalcic, «Ottoman methods of conquest», *Studia Islamica*, 2, 1954, pp. 94-131, y H.C. Hess, «The evolution of the Ottoman seaborne empire, 1453-1525», *American Historical Review*, 75, 1970, pp. 1892-1919; Y. Halacoglu, *XIV-XVII yüzyillarda Osmanlilar'da devlet*

la práctica del corso son los motivos por los cuales se van configurando unos sistemas políticos de las urbes corsarias divergentes de los de la metrópoli de la cual dependen. El corso acepta muy mal las injerencias excesivas por parte del poder central, como ya referimos anteriormente, tanto en sus formas de gobierno como en los beneficios que reporta, como se pone de manifiesto en el caso marroquí. La importancia que tienen los arraeces en las ciudades corsarias del Imperio Otomano va a limitar considerablemente los intentos de fiscalización de los gobernadores y de las autoridades centrales. El inicio de la decadencia de la Sublime Puerta tras la muerte de Suleimán el Magnífico también va a permitir que los cambios políticos que en ella se desarrollan no sean atajados desde la sede del Imperio Otomano. Los corsarios, de alguna manera, están realizando su propia guerra contra los estados europeos, por lo que necesitan rodearse de unas estructuras propias para tal fin.

La Regencia Berberisca se puede definir, en cuanto a su inicial organización política, como un sistema monárquico electivo, lo que explicaría la denominación de Diego de Haedo a los gobernantes de la ciudad como *Reyes de Argel.* En el ejercicio del poder, el beylerbey es auxiliado por el estamento militar, el *odjak,* que fiscaliza algunas de las funciones del mandatario. La traducción literal de la palabra turca *odjak* es la de fuego e identifica a una pequeña unidad de jenízaros, pero en Argel con este término se conoce a la asamblea de la comunidad turca. Cuando los súbditos del sultán otomano llegan a la ciudad magrebí, se incluyen dentro del registro de los turcos, lo que va a condicionar los oficios que pueden detentar dentro de la Regencia Berberisca. La estructura inicial es la propia de un territorio de frontera del Imperio Otomano, un gobernador elegido por Estambul que es ayudado por la asamblea militar integrada exclusivamente por los jenízaros y asesorado en asuntos de gobierno y de la guerra por un consejo *(diván).* Estos soldados, una de las estructuras más novedosas y específicas de la organización militar osmanlí, eran reclutados entre los súbditos

teskilat ve sosyal yapi (La composición social y administrativa del Imperio Otomano entre los siglos XIV-XVII), Ankara, 1991. Sobre la organización de la Regencia Berberisca es imprescindible la consulta del libro de G. Fisher, *Barbary legend. War, trade and piracy in North Africa, 1415-1830,* Oxford, 1957, y el de M. Gaid, *L'Algérie sous les turcs*, Túnez, 1975.

cristianos de la Sublime Puerta como pago de un impuesto religioso *(devşirme)* y después son adoctrinados en el Islam y enseñados en el ejercicio de las armas o de la administración. Estos milites recibían una serie de privilegios, entre los que se encontraban un fuero especial que les diferenciaba del resto de los ciudadanos del Imperio, ya sean cristianos o turcos, y de los habitantes originarios de la ciudad de Argel. El cuerpo de los jenízaros estaba formado por la tropa *(yoldach)*, divididas en diferentes compañías *(orta)*, dirigidas por un capitán *(aga)*, que a su vez se supeditan el capitán general de toda la guarnición de los *yeni şeri*. Este estamento militar estaba separado del resto de la sociedad no sólo por un estatuto propio, sino también por sus lugares de habitación, ya que la guarnición jenízara vivía recogida en cuarteles sin posibilidad de casarse durante el ejercicio de su condición de soldado.

Las especiales condiciones y formas de vida de Argel trastocan esta organización, propia de cualquier otra gobernación administrativa de un territorio de frontera del Imperio Otomano, por la importancia que tienen los corsarios y navegantes berberiscos. La corporación de los capitanes de las embarcaciones argelinas *(taifa de los rais)* pide un puesto en la dirección de la Regencia, iniciándose una lucha entre los soldados de infantería y los navegantes por ocupar un puesto en el gobierno. Con el término de *taifa de los rais* se engloban todas las personas que habitan en Argel y que tienen sus intereses y sus formas de vida dependientes de la navegación. En ella se integran los arraeces corsarios *(rais)*, patrones de barcos, los dueños de las embarcaciones, los marineros y los pilotos, carpinteros de ribera y calafates. A su vez, los jenízaros reclaman un lugar en los beneficios que reporta el corso, queriendo integrarse dentro de los contingentes armados de los navíos corsarios, petición que verán satisfecha en 1568. Los corsarios, grupo integrado mayoritariamente por renegados, se consideran los artífices de la prosperidad argelina, por lo que no aceptan ser gobernados por personas ajenas a su actividad. Después de los primeros años de vida de este territorio de frontera, aparece un nuevo foco de tensión. Los hijos de los matrimonios entre turcos y habitantes no otomanos de la ciudad o de renegados *(Kulughi)* quieren entrar a forma parte de las estructuras de poder, lo que creará tensiones constantes en el gobierno de la república, con momentos de profunda inestabilidad. Al no estar incluidos dentro del odjak (la comunidad turca), no pueden ejercer al-

gunos empleos en la administración, en el gobierno y el ejército; por ejemplo no pueden ser nombrados jenízaros, lo que provocará su descontento y continuos enfrentamientos entre los diferentes grupos y facciones que habitan la ciudad.

El beylerbey de Argel tiene autoridad sobre los pashas de Túnez y Trípoli durante la mayor parte del siglo XVI. Dado que este cargo era nombrado directamente por el sultán de Estambul, la aceptación de los nuevos candidatos por los pashas de las otras dos ciudades corsarias y por los diversos grupos de poder argelinos fue muy conflictiva durante buena parte de la centuria. El auge del corso otomano, con el fortalecimiento de todas las ciudades dedicadas específicamente a esta actividad, y las continuas disputas entre sus gobernantes de las urbes magrebíes convencen a Estambul de la necesidad de dividir las posesiones del Mediterráneo occidental en tres provincias independientes gobernadas cada una por un pasha elegido cada tres años. Este proceso coincide con la firma de la tregua con la Monarquía Hispánica, la muerte del último gran beylerbey (Eulj Ali) y el gran desarrollo del corso berberisco en el Mediterráneo. Jenízaros y rais se niegan a obedecer las órdenes de simples funcionarios temporales ajenos a la dinámica militar y naval de las repúblicas berberiscas, lo que complica enormemente los posibles resultados de la reforma propuesta por la Sublime Puerta. Esta situación se complica aún más por la decadencia y la corrupción de la administración otomana en el siglo XVII. El cargo de pasha para las ciudades corsarias se suele vender entre los cortesanos, lo que genera que sean recibidos con recelos por los súbditos magrebíes del sultán de Estambul y que se cometan abusos en la gestión administrativa. La necesidad de recuperar el dinero invertido introduce una fiscalidad excesiva en las regencias berberiscas que conlleva el descontento y algunos incidentes sangrientos en la cúpula del poder. Los jenízaros y los rais propician que se pueda hablar de verdaderas repúblicas militares al no acatar las disposiciones del poder civil, representado por el pasha, por lo que se produce una independencia casi completa de la Sublime Puerta. Esta situación se pone de manifiesto en Argel en 1659 cuando el aga de los jenízaros recibe la presidencia del diván, privando de todas las prerrogativas de gobierno al pasha. La difícil situación y las tensiones políticas de la república berberisca tampoco se solventan con esta nueva figura, el aga de los jenízaros como cabeza del diván, que está sometida a las tensiones entre los divergen-

tes intereses de los jenízaros y los navegantes. El pasha sigue existiendo, aunque sea una figura vaciada de contenido efectivo, lo que también desencadena tensiones en Argel.

El sistema imperante desde 1659 se muestra inoperante, por lo que la inestabilidad se adueña del gobierno de la ciudad corsaria. En 1671, son elegidos y depuestos seis aga en sólo tres meses en la cabeza del diván. La milicia vuelve a adquirir el protagonismo en el diván cuando se crea una nueva figura, el dey, designada por los jenízaros para que controle el diván. El principio de la independencia casi absoluta de Argel, aunque la ciudad siga dependiendo nominalmente de Estambul, la consigue el décimo dey, 'Ali Tchāvūch, cuando impide la entrada al puerto de la ciudad de Ibrāhīm Charkām, pasha nombrado por el sultán otomano. Desde este momento, la Sublime Puerta se limitará al simple formulismo de investir formalmente al nuevo hombre fuerte, dey, de Argel en sus funciones de jefe del diván. Desde 1711 a 1798 el gobierno argelino está presidido por una gran estabilidad, pudiéndose hablar de una tendencia sucesoria entre las familias de los deys.

El sistema argelino puede inducir a definir a la ciudad como un enclave con una organización administrativa propia, uno de los atributos de un estado soberano, que se relaciona con la metrópoli como si fuera una república independiente. Argel reconoce la supremacía de Estambul, aunque no paga ningún tributo al sultán, y sólo entrega con cierta periodicidad, aunque de manera voluntaria, algún presente de consideración. Durante la mayor parte del siglo XVIII, Túnez vuelve a entrar dentro del área de poder de Argel, por lo que sus autoridades son fiscalizadas, y en alguna manera controladas, por los deys argelinos. Se les reconoce como potestad suprema, comportamiento que se constata perfectamente después de que en 1756 comiencen a remitir tributos a esta ciudad. Durante esta centuria, Argel vuelve a detentar una gran prosperidad, prosperidad que no está basada exclusivamente en la práctica del corso sino también al constituirse como un reino con una explotación efectiva de sus riquezas agrícolas e industriales.

En los primeros años del siglo XIX, Argel ha logrado un sistema político estable en el que los rais ya no tienen ninguna importancia por la desaparición de las prácticas corsarias dentro de la economía de la república. En las primeras décadas del siglo, la vida de la ciudad es sacudida por revueltas populares auspiciadas por movimientos de tipo religioso. La desaparición del robo con patente había debilitado la po-

sición internacional de Argel, por lo que tanto la ciudad como el territorio que controla se encontraban en las miras de los intereses colonialistas franceses. Estambul no podía ayudar a su hipotético dominio por la difícil coyuntura que atravesaba en los primeros años del siglo pasado y por la tendencia independentista casi absoluta de sus posesiones magrebíes. Cuando en 1833 las tropas francesas se adueñan de las murallas de la ciudad, Argel ya no representaba ningún peligro para los intereses europeos al abandonar la actividad que la transformó en uno de los enclaves más dinámicos e interesantes de la historia del Mediterráneo en la Edad Moderna.

La evolución de Túnez, el otro gran centro corsario del Norte de África en estos siglos, va a seguir unos esquemas diferentes. Mientras que Argel es una ciudad que se hace así misma, transformándose sus calles en un crisol donde se podían ver hombres de todas las nacionales del Viejo Mundo, Túnez mantuvo la mayor parte de las estructuras de la época anterior a la definitiva conquista de los berberiscos comandados por Sinan Pasha y Eulj Ali después de la batalla de Lepanto. Túnez no tuvo que hacer frente a las sublevaciones de los grupos beréberes y norteafricanos cercanos a los límites de su medina, ni existían diferencias apreciables entre las formas de vida y la lengua empleada por los habitantes de la ciudad y de las tribus circundantes. En Argel se había creado una sociedad de frontera integrada por un gran número de hombres de procedencia y educación diferentes que crearon una nueva sociedad, en la que se comunicaban con una lengua en la que se mezclan todos los idiomas mediterráneos, la *lingua franca.*

Túnez en los primeros años de su dominio por los otomanos dependió del beylerbey de Argel, que manda una guarnición de 3.000 a 4.000 jenízaros. El gobierno, por lo tanto, está en las manos de los integrantes del diván, institución que controla las cuestiones militares, presidido por el aga de los jenízaros. La importancia que va adquiriendo el corso conlleva que la *taifa de los rais* cada día tenga un protagonismo mayor en la vida de la urbe, por lo que esta comunidad comienza a reclamar una participación en el poder. Tras la división de las posesiones otomanas en el Magreb en tres provincias diferentes, el gobierno de Túnez lo tiene un pasha nombrado por Estambul. En esta época, el diván estaba formado por el dey de cada una de las secciones del cuerpo de jenízaros. Las revueltas dentro de la milicia de la ciudad en 1591 y las disputas entre los diversos integrantes del poder mues-

tran que la división de la dirección de los asuntos militares en cuatro responsables es completamente inoperante, nombrándose un único dey para esta función. La ascensión de esta figura deja sin contenido al pasha, como también acaece en Argel, por lo que queda simplemente como un símbolo de la dependencia de la república berberisca con la Sublime Puerta. Este proceso se aprecia perfectamente durante el mandato de Utmān Dey (1598-1610), que se convierte en la cabeza del estado corsario.

El siglo XVII, época dorada del corso magrebí, trae consigo la prosperidad de este enclave corsario y sus tierras limítrofes. A ello también contribuye decisivamente la llegada de una gran cantidad de los moriscos expulsados por Felipe III que son bien acogidos por las autoridades de la Regencia. Los deportados revitalizan la agricultura y la industria del país, prosperidad a la que contribuyen también los más de 25.000 cautivos capturados durante el gobierno de 'Ustā Murat. Los propios deys de los jenízaros van a ser los que potencien el poder de una nueva figura, el *bey* (comandante de campo encargado de someter y gobernar las poblaciones del interior tunecino), que acabará siendo la cabeza del estado. En la evolución política de Túnez, lo que se produce es el enfrentamiento entre los habitantes de la ciudad, dedicados al corso y al ejercicio de actividades industriales, representados por los deys, y el resto del país, dedicado a la agricultura y altamente coexionado, que está encabezado por el bey. El antagonismo entre ambas autoridades, que a su vez representaban las divergentes formas de vida que existen en la Regencia Tunecina, era completamente inevitable. El segundo bey, Murat Kursu, logra que Estambul le conceda el título de pasha, quien lo entrega en herencia a su hijo Hammuda. Desde 1613 hasta 1702 el gobierno de Túnez lo detentarán los sucesores de Hammuda, por lo que se puede hablar de una especie de dinastía hereditaria que es conocida por el nombre de su fundador. En los primeros años del siglo XVIII, el nombramiento de bey recae en la figura de Ḥuṣayn B. 'Ali, hijo de un jenízaro turco y de una mujer indígena, que es ratificado rápidamente por las autoridades civiles, religiosas y militares de la república berberisca. Este hombre es el inicio de lo que se ha denominado dinastía Ḥuṣayní, que logra el reconocimiento de la Sublime Puerta y el sometimiento de todas las autoridades del país. La economía del reino cada vez depende más de las producciones agrícolas e industriales que del corso, actividad que a finales del siglo XVIII es ya

casi un oficio para el recuerdo dentro de los muelles de la ciudad magrebí.

Trípoli tiene una evolución similar a la de Túnez, conformándose la dinastía Karamanlí en 1711, después del gobierno de los deys, que dura hasta 1832.

El corso berberisco en el Mediterráneo en el siglo xvi

La conquista de Argel por los hermanos Barbarroja supone que en el Mediterráneo occidental ha nacido un nuevo poder, o si se quiere, que el Imperio Otomano se ha asentado en las puertas mismas de los dominios de la Cristiandad [28]. Las hazañas de Dragut, Sinan, Aydin o Ḥassan Corso ensombrecen las acciones del pequeño corso tradicional, introduciendo una dinámica bélica que va a cambiar la situación que se extendía por estas aguas hasta 1516. Hasta que Hayreddin no se reconozca vasallo del Imperio Otomano, la llegada de estos navegantes sólo suponía un aumento de los robos y el terror en este espacio geográfico. El corso que practican los berberiscos cuando arriban a Túnez y a Argel era simplemente una ampliación del corso de subsistencia, sin tener ningún objetivo político en concreto. Sólo cuando Argel pasa a depender de Estambul se puede hablar de la extensión de la guerra entre la Cristiandad y el Islam a la zona de poniente. El antagonismo con las guarniciones del Peñón del Argel y las plazas de Orán y Mazalquivir, la alianza de Francisco I con Suleimán y las repetidas expediciones de conquista de la ciudad por las armadas españolas, amén de la muerte de Horuç Barbarroja por los soldados oraneses, son las cuestiones por las que el corso berberisco se hace eminentemente antiespañol. Los dominios de la Monarquía Hispánica, ya sea en España como en Italia, son sistemáticamente asaltados por embarcaciones corsarias, bien sea en flotas formadas exclusivamente por navíos norteafricanos o aliados con buques de pabellón francés. Hasta la batalla de Lepanto, los corsarios argelinos van a realizar una verdadera guerra

[28] La llegada de los otomanos a Argel y el nacimiento de la dinastía Sa'dí va a condicionar la presencia española en el Norte de África, como ha puesto de manifiesto en su artículo F. Braudel, «Les espagnols et l'Afrique du Nord, de 1492 à 1577», *Revue Africaine*, 69, 1928, pp. 184-233; 351-410.

contra la Monarquía Hispánica. Estos hombres colaboran en las expediciones que asolan todo el reino de Nápoles, atacan Gibraltar, cautivan a una buena parte de la población de Mahón, conquistan Túnez, ayudan a la expulsión de los soldados cristianos de algunas de las posesiones hispanas del otro lado del antiguo emplazamiento de Cartago y están presentes en las filas otomanas de la «gran batalla naval». Buena parte de los arraeces corsarios se especializan en las rutas de navegación y las costas españolas como puede ser el caso, y sólo por citar un ejemplo, de Aydin Corso que en 1529 captura siete galeras y nueve transportes de tropas hispanas, por lo que recibe el título de «el terror de los españoles». El papel jugado por Francia aclara más los objetivos e intereses de los corsarios de principios del siglo XVI en el Mediterráneo occidental. Entre el Imperio Otomano y el español se declara una guerra abierta cuyo objetivo esencial es, además de reconquistar alguna plaza, como es el caso de Tremecén, Bugía o Castilnovo, el desgaste del adversario. Carlos V reaccionará contra la situación promovida por Suleimán el Magnífico y su almirante, Hayreddin Barbarroja, intentando expulsar a los corsarios de Argel, ya que amenazan la comunicación con sus posesiones italianas. Los esfuerzos del emperador son baldíos, y cada una de sus demostraciones de fuerza son respondidas con acciones de igual intensidad, como puede ser el saqueo de Mahón o el de Gibraltar [29].

Al contrario de lo que se puede pensar en un primer momento, el auge de Argel como centro corsario no coincide con esta época de tensión sino con el período comprendido entre 1560-1580. F. Braudel, siguiendo el trabajo de Fisher, establece que el corso necesita una gran libertad para alcanzar sus mayores cotas de eficacia, libertad que resulta muy difícil de lograr cuando sus embarcaciones son utilizadas para realizar más una guerra convencional que el robo con patente por el Mediterráneo. Argel, el prototipo de ciudad corsaria, va evolucionando durante los 50 primeros años del siglo hasta convertirse en un mito y

[29] Hayreddin Barbarroja se plantea el hacer el mayor daño posible a los intereses y a las posesiones españolas, idea que está perfectamente clara después del tratado de amistad y colaboración entre Francisco I y Suleimán el Magnífico, y como él mismo expone en sus memorias, texto que por desgracia aún no ha sido traducido al castellano. Barbaros Hayreddin, ...*Pasa'nin Hatiraler*, edición, traducción al turco y notas de Yilmaz Öztuna, Estambul, 1980.

un símbolo de una actividad tan vieja como el mar donde se desarrolla. Uno de los síntomas de esta evolución en la propia fisonomía de la urbe es que se va nutriendo con un mayor número de murallas y fuertes exteriores defensivos, sin olvidar la transformación de sus habitantes. Bartolomé Bennassar define a Argel entre 1516 a 1538, años en la que es gobernada por los hermanos Barbarroja y sus lugartenientes inmediatos, como una ciudad andalusí [30]. En ella se ha refugiado una buena parte de los musulmanes que huyen de la Guerra de Granada o que no aceptan la mayor presión que de día en día los cristianos viejos someten a sus vecinos de diferente religión [31]. Después de 1540, los pobladores de la urbe son más variados, aumentando el número de cautivos y el de renegados que llegan a acaparar la mayor parte de los puestos de responsabilidad del corso y algunos resortes del gobierno. Diego de Haedo afirma que a principios del siglo XVII, 6.000 de las 12.200 casas de Argel estaban habitadas por turcos de profesión, nombre con que este autor identifica a los renegados. Hasta finales del siglo XVI, época en la que comienzan a ser frecuentes los navegantes renegados del norte de Europa, la mayor parte de los corsarios son antiguos cristianos de Italia, España y las islas del Mediterráneo, tanto oriental como occidental. Argel se especializa, por consiguiente, en el ataque de las Penínsulas Ibérica e Italiana, dejando para Túnez y Trípoli el Adriático, Nápoles y Sicilia, además de las posesiones cristianas del Egeo. Esta tendencia a la especialización de las zonas de influencia de los corsarios también se detecta en los enclaves cristianos dedicados a esta actividad. En Mallorca o Valencia son más frecuentes los cautivos musulmanes de las tierras marroquíes y argelinas que los tunecinos, mientras que en Venecia, Liorna y Cagliari son mayoritarios los de esta última procedencia.

El agotamiento económico del Mediterráneo conllevará una ampliación de las zonas de actuación de los corsarios, por lo que también variarán los lugares de procedencia de sus practicantes y habitantes de la urbe magrebí. En la época del gobierno del último beylerbey, Eulj

[30] B. y L. Bennassar, *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid, 1989.

[31] J.E. López de Coca Castañer, «Granada y el Magreb: la emigración andalusí (1485-1516)», *Actas del Coloquio sobre las Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, Madrid, 1988, pp. 409-451.

Ali, los ataques al otro lado del Estrecho de Gibraltar se hacen más frecuentes y sistemáticos, por lo que son capturados navíos portugueses, ingleses y de otros estados marítimos europeos, además de hombres que provienen de las Canarias [32], Azores y pasajeros de la ruta de las Indias. La pérdida del monopolio comercial del Mediterráneo por sus habitantes favorece que en estas aguas entren a comerciar otros barcos europeos, por lo que los corsarios ampliarán el espectro de sus capturas.

La evolución de la ciudad era pareja a la de la actividad que la propicia, y resulta altamente significativa la constatación de las cifras. De los diez barcos que lleva el mayor de los Barbarroja a Argel se pasa en 1580 a 35 galeras, 25 fragatas y más de un centenar de galeotas y barcas de diferentes tamaños. En los primeros años del siglo XVII, Diego de Haedo establece que en la urbe berberisca residían 25.000 cristianos cautivos, 10.000 renegados, 12.500 argelinos de origen *(baldis)*, 6.000 moriscos y andalusíes, 5.000 judíos y 3.500 árabes y beréberes. La ciudad se llena de palacios, mezquitas y obras públicas, tanto para la defensa de la ciudad como para su embellecimiento, lo que muestra que nos encontramos ante un centro de acumulación de riqueza, como consecuencia de los beneficios que reporta el robo con patente por el Mediterráneo. Los progresos económicos de las urbes corsarias es una de las razones que explica el proceso de independencia y de evolución política definido con anterioridad, al mismo tiempo que su mayor amenaza, al intentar ser compartidos y controlados por los poderes centrales.

Uno de los tópicos que se asocian con el corso es el de la riqueza y prosperidad de sus practicantes. Sin negar en ningún momento encontrarnos ante una actividad lucrativa, los beneficios del corso se han puesto en cuestión cuando se han realizado estudios sobre los gastos del corso argelino. Recurriendo nuevamente a uno de los testigos presenciales de la época dorada de Argel, Diego de Haedo, este eclesiástico nos informa que Argel era una ciudad asolada periódicamente por la peste, enfermedad que suele coincidir con años de malas cosechas y de hambrunas. Entre la acciones de los arraeces corsarios, como es el caso de Dragut, suele ser frecuente que en los períodos de recogida del

[32] A. Rumeu de Armas, *Piratería y ataques contra las Islas Canarias*, Madrid, 1950.

trigo siciliano, los barcos corsarios merodeen por el Mediterráneo para capturar las embarcaciones que trasladan el cereal al levante español. La propia estacionalidad de las acciones corsarias, como consecuencia de las malas condiciones meteorológicas para realizar sus navegaciones, somete a las urbes magrebíes a períodos de carestía de apresamientos y, por lo tanto, de beneficios. El objetivo de los navíos en corso no era sólo la captura de hombres para convertirlos en cautivos, sino también el apresamiento de mercancías. Dado que por el Mediterráneo se producía la redistribución de los excedentes agrícolas e industriales europeos, es lógico pensar que la mayor parte de las capturas tuvieran como resultado este tipo de productos, que iban desde los cereales y otras materias primas hasta los artículos suntuarios. El corso se relaciona inmediatamente con el cautiverio, pero esta asociación no puede hacernos olvidar que el apresamiento de mercancías se traducía en una capitalización más rápida del propio corso. Mientras que la liberación de las personas capturadas suponía un período dilatado de tiempo, el de los fletes y mercancías se producía nada más fondear los jabeques en los puertos magrebíes.

En los años que preceden a la batalla de Lepanto, las aguas del Mediterráneo se convirtieron en un lugar bastante peligroso para los navegantes y los hombres que habitaban en sus riberas. Además de que la expansión otomana amenaza a buena parte de los territorios cristianos del Adriático, los corsarios berberiscos realizan el corso en escuadras muy numerosas, que pueden llegar a estar formadas por 40 velas, por lo que son casi invencibles. Los desembarcos de los corsarios en las costas de Levante y del antiguo Reino de Granada se repiten en estas centurias, como puede demostrar la captura de la mayor parte de la población de la localidad de Gibraltar. Las escuadras corsarias navegan insistentemente por el perímetro peninsular, desde Barcelona hasta Huelva, infringiendo duros golpes al comercio y la navegación, como demuestra el apresamiento en 1566 de 28 embarcaciones de la flota de Vizcaya frente a Málaga. La sublevación morisca de las Alpujarras concentra más la actividad corsaria en la costas peninsulares. Naves argelinas desembarcan armas y municiones para ayudar a los musulmanes granadinos, y, en los últimos días del conflicto, se acercan para recoger a todos aquellos que prefieren exiliarse que sufrir la deportación for-

zosa a Castilla [33]. Esta emigración también acrecentará la antiespañolidad de las acciones berberiscas. Algunos de los moriscos se enrolan en los navíos en corso, aportando a sus nuevos compañeros un buen conocimiento de costa y de las prácticas vitales y comerciales de los españoles, lo que se traduce en una mayor efectividad y productividad de los ataques. La batalla de Lepanto no trastoca el buen momento que atraviesa el corso musulmán, sino que lo potencia. La mayor parte de los navíos argelinos de la escuadra turca que se enfrenta a la de Juan de Austria logran escapar sin daños de la batalla, por lo que el corso se mantiene intacto. El alejamiento de las armadas militares les deja el Mediterráneo completamente libre para practicar sus correrías, por lo que se intensifican sus acciones.

La reacción española e italiana es la de aparejar flotas de vigilancia para impedir el fácil acceso de los navíos corsarios a sus rutas de comercio. La defensa de costa la realizarán las autoridades locales por medio de la construcción de torres atalayas por todo el litoral. Algunos de estos proyectos son propiciados por el propio monarca, al aprobar las instrucciones para la «guarda de costas», y por los planes defensivos encargados a los diferentes miembros de la familia de ingenieros militares de origen italiano Antonelli. El perímetro peninsular se llena de torres de vigilancia que por medio de hombres a caballo o encendiendo hogueras anuncian a las poblaciones cercanas la presencia de velas enemigas para que se escondan en las fortalezas o huyan al interior [34].

La segunda época dorada del corso berberisco y el fortalecimiento de los enclaves corsarios del Atlántico marroquí [35]

El final de la guerra abierta y declarada entre las dos potencias del Mediterráneo libera al corso de las servidumbres que debe a las mari-

[33] J. Regla, «La cuestión morisca y la coyuntura internacional en tiempos de Felipe II», *Estudios de Historia Moderna*, III, 1953, pp. 217-234.

[34] La reacción de los españoles e italianos sobre los frecuentes ataques corsarios ha sido establecida por S. Bono, *I corsari barbareschi*, Turín, 1964.

[35] El establecimiento de los moriscos en Salé, y la instauración de una república corsaria, es una de las cuestiones mejor conocidas de la diáspora de los miembros de la minoría expulsados en 1609. A. Sánchez Palencia, *Los moriscos de Hornachos, corsarios de*

nas militares y le permite expansionarse. Los corsarios van a mantener en este mar la tensión armada entre la Cristiandad y el Islam ante la imposibilidad de los poderes centrales de llevar la guerra fuera de sus máximos límites de expansión, alcanzados hacia mediados del siglo XVI. La reacción cristiana ante los progresos marítimos del Islam turco se queda sólo en una gran batalla naval y la recuperación de la ciudad de Túnez, victorias efímeras y nada definitorias del panorama Mediterráneo. Los otomanos construyen nuevos barcos entre 1571 y 1572, por lo que su potencial bélico es igual de temible que con anterioridad a Lepanto. Túnez es reconquistada por los berberiscos y la Señoría de Venecia vuelve a firmar una paz en la que cede sus pretensiones territoriales por la libertad de ejercicio del comercio en el Adriático y el Egeo. Venecia suele ganar los enfrentamientos armados con la Sublime Puerta, aunque siempre pierde las ventajas adquiridas en el campo de batalla cuando sus emisarios se sientan a negociar la paz con los otomanos. Las galeras venecianas se dedicarán a vigilar las acciones de los piratas balcánicos y griegos contra los intereses turcos, lo que libera a la Sublime Puerta de esta labor, pudiendo pasar al Mar Rojo y al Estrecho de Ormuz a combatir a otros de sus antagonistas. Lepanto y, sobre todo, los problemas internos y externos de la Sublime Puerta hacen olvidar a sus dignatarios la expansión por Europa y el Mediterráneo. El centro político y militar de Europa se traslada a la parte norte del continente, por lo que las armadas también se encaminan hacia los mares de estas latitudes. Todo este cúmulo de factores, siendo el de menos importancia de todos la batalla de Lepanto, van estabilizando las posiciones de ambos contendientes en el *Mare Nostrum*. Lo que no logra la Liga Católica es terminar con los focos de tensión del Mediterráneo occidental, como son las regencias berberiscas, en especial con Argel.

El Mediterráneo cada vez es un área más periférica de la gran historia, según la terminología de Fernand Braudel, por lo que los corsarios tendrán que salir de él para lograr que su actividad sea beneficiosa. El mundo Atlántico continúa su proceso ascendente, tanto económica como políticamente, por lo que resulta lógico, y en gran medida ine-

Salé, Badajoz, 1964; R. Coindreau, *Les corsaires de Salé*, París, 1948; y A. González Bustos, *La república andaluza de Rabat en el siglo XVII*, Tetuán, s.a.

vitable, que los arraeces siguieran a sus presas más suculentas a sus nuevos destinos y que nacieran nuevos centros dedicados a esta actividad, como es el caso de Salé. Al referirnos al corso musulmán en el siglo XVI, no se han mencionado las ciudades marroquíes dedicadas a este menester por su exigua importancia. Las conquistas españolas de Larache y La Mamora, además de la expulsión de los moriscos, y el mayor tráfico comercial por el Atlántico [36], concentran a los detentadores de patentes a un enclave lo suficientemente alejado para encontrarse a salvo de los intentos de conquista de las armas españolas. Salé es el resultado de esta serie de acontecimientos, así como de la pervivencia de razones para el enfrentamiento entre la Cristiandad y el Islam. Recurriendo nuevamente a las palabras de Fernand Braudel, lo que se produce en la frontera entre la Cristiandad y el Islam en los últimos decenios del siglo XVI y durante todo el siglo XVII es la sustitución de la «gran guerra», costosa, difícil y de eficacia muy limitada, por la «pequeña guerra», o el corso como degradación de la guerra marítima.

Pero el corso, en el tránsito de los dos siglos, también sufre unas transformaciones que lo condicionan para afrontar con garantía de éxito la nueva centuria. De un lado, se produce una modernización de las embarcaciones corsarias, olvidándose los arraeces de las grandes galeras para navegar preferentemente en jabeques, galeazas y fragatas, barcos un poco más pequeños pero más rápidos y manejables. La navegación atlántica era un reto para los corsarios mediterráneos, prueba que no son capaces de solventar con sus propios medios. La aparición en las urbes magrebíes de renegados y protestantes curtidos en las navegaciones oceánicas es el revulsivo que necesitan para traspasar el Estrecho de Gibraltar con garantías de éxito. La historiografía atribuye

[36] La presencia española en el Atlántico marroquí también viene forzada por la necesidad de realizar pesquerías para proveer de alimentos para los habitantes de las islas Canarias. Durante la época de los ilustrados, la necesidad de contar con permisos para que los buques canarios puedan pescar en las proximidades de los territorios marroquíes es una constante, como se prueba por la reiteración de los embajadores para que Sīdī Muḥammad B. ʻAbd Allāh la conceda. A. Rumeu de Armas, *España en el África Atlántica (textos y documentos)*, Madrid, 1956-1957; «Las pesquerías españolas en la costa de África (siglos XV-XVI)», *Hispania*, XXXV, 130, 1975, pp. 295-319; M. Lobo Cabrera, «Los vecinos de las Palmas y sus viajes de pesquería a lo largo del siglo XVI. Otros datos para su estudio», *III Coloquio de Historia Canario-Americana*, II, 1980, pp. 401-430.

este logro al corsario Simón Danser (o Dansa), que entre 1600 a 1601 enseña a los argelinos los secretos de la navegación por este espacio. Esto mismo hará en Túnez John Ward en las misma fechas, por lo que las dos regencias berberiscas están prestas al unísono para salvar el Estrecho de Gibraltar con todas las garantía del éxito. Los holandeses también van a ser uno de los colaboradores habituales de los saletinos, siendo mayoritarios los renegados procedentes de esta nacionalidad que navegan junto a los moriscos de Hornachos o de la baja Andalucía.

La entrada de los holandeses, bien sea como renegados o como navegantes que ayudan a los berberiscos y los corsarios de Salé, no puede ser explicable en ningún momento como una casualidad. Otomanos y holandeses tendrán unas excelentes relaciones por su mutuo antagonismo con la Monarquía Hispánica. Las relaciones comerciales entre los dos estados se intensifican desde 1573, y los contactos diplomáticos quedan pefectamente fijados a partir de que en 1612 sea nombrado el primer cónsul permanente holandés en Estambul. La guerra por la emancipación de los designios de la Monarquía de Madrid, junto a cuestiones de tipo económico y religioso, explican esta alianza entre holandeses y turcos, como un siglo antes se produjo entre Francisco I de Francia y Suleimán el Magnífico. La consigna más repetida por los marineros holandeses, frecuentemente asociados con los corsarios musulmanes, *mejor turcos que papistas*, refleja adecuadamente la nueva situación que se está viviendo en el Mediterráneo.

El corso del siglo XVII se internacionaliza tanto en sus áreas de actuación como en sus integrantes. Además de que se amplía el espectro de la procedencia de los renegados, también es frecuente hallar corsarios que no son musulmanes comandando las naves. La internacionalización también viene de la mano de la utilización de las repúblicas corsarias por las potencias europeas implicadas en la lucha por la hegemonía en el continente. El corso musulmán es un arma más de los ingleses y los holandeses para que la Monarquía Hispánica divida sus efectivos militares y se agote económicamente. Esta relativa permisibilidad por parte de los antagonistas de los españoles a la larga se volverá contra ellos mismos cuando los corsarios no respeten sus pabellones. Holandeses e ingleses bombardearán repetidas veces Rabat y Salé en la segunda mitad del siglo XVII para impedir que se corten las vías de comercio con sus posesiones americanas y asiáticas. El corso creó sus

propias normas y no aceptaba pactos parciales con sus hipotéticas víctimas, como se pone de manifiesto cuando los argelinos comiencen a capturar algunas embarcaciones francesas. Por ser más frecuentes los ataques y el aumento de las capturas, los estados europeos decidirán actuar abiertamente contra estos ladrones del mar. El final de la «época dorada del corso» hay que situarlo cuando las escuadras francesas y holandesas bombardeen repetidamente Argel y Salé, bloqueando la salida de las fragatas y jabeques para realizar sus correrías.

El desarrollo del corso también creó un foco de inestabilidad en los propios asuntos internos españoles. La aparición de Salé y la expansión de los holandeses por los territorios de ultramar se tradujeron en una quiebra del imperio colonial portugués. Los lusitanos se quejan a Madrid de poco celo en la defensa de sus intereses dentro de la Monarquía, completamente cercados por los ataques de berberiscos y marroquíes y constreñido por la beligerancia y expansión de las compañías de comercio de los países del norte de Europa. La guerra contra el corso era una empresa continuada y constante, por lo que resulta excesivamente cara para los estados y sus ciudadanos. El establecimiento del impueto del *consulado*, que grava con un tres por ciento todo el comercio exterior portugués, para montar la vigilancia de costa y de los barcos mercantes sólo sirve para increpar más los ánimos de los habitantes del país vecino. Además de tener que hacer frente a las pérdidas de las capturas realizadas por los corsarios, los portugueses tienen que renunciar a los beneficios de su comercio internacional, por lo que consideran al *consulado* como un impuesto inspirado por el diablo. El auge del corso en el siglo XVII no sólo perjudica económicamente a la Monarquía Hispánica, sino que también se pueden encontrar sus consecuencias en la inestabilidad política entre los dos reinos que conviven en la Península Ibérica.

Las quejas portuguesas, como los bombardeos realizados por los holandeses, franceses e ingleses a mediados de siglo a las ciudades corsarias, no sólo están inspiradas por el aumento de las capturas sino también por el lugar donde se realizan. El corso ha dejado de ser una actividad local para expandirse territorialmente. Al aprender los calafates musulmanes a construir naves redondas, enseñanzas que se deben a los referidos Simón Danser y John Ward, y los arraeces a navegar utilizando los instrumentos náuticos, ningún mar estaba exento de no ser surcado por los detentadores de una patente. Del centenar de na-

víos que fondeaban en Argel a mediados del siglo XVII, según las noticias dadas por el religioso cautivo francés padre Dan, 13 eran barcos largos (galeras y bergantines) y más de 70 redondos (tartanas, fragatas, grandes barcas...). Al poseer la herramienta necesaria para navegar por el Atlántico, los corsarios no se van a limitar al ataque de las costas peninsulares. En 1617, una armada argelina llega a las costas de Islandia y arrasa las costas de la isla de Madeira. En 1624, una escuadra combinada de barcos de Argel y Salé captura a los pescadores de bacalao en las aguas de Terranova y Nueva Escocia y en 1631, por referir sólo un ejemplo más, las naves berberiscas patrullan durante días las aguas del canal de San Jorge, impidiendo la comunicación entre Inglaterra e Irlanda [37].

El comercio era una actividad que cada día recibía más protección por parte de los estados, por lo que la existencia de los corsarios suponía la aparición de un problema cada vez mayor para los europeos. Inglaterra, Holanda y Francia estaban adquiriendo la preeminencia en Europa por contar, entre otras cuestiones, con una mejor organización económica, en parte basada en los esfuerzos de sus mercaderes. Las primeras medidas por las que van a decantarse son por la protección armada a sus navíos mercantes y por destinar parte de sus flotas militares en la prevención de los ataques de los arraeces musulmanes [38]. Este tipo de medidas, que no siempre lograban los resultados apetecidos, resultaban enormemente costosas al aumentar el precio de los fletes y desviar una porción considerable de la fuerza marítima a simples funciones de vigilancia. Como los corsarios suelen reunir sus naves en escuadras para realizar sus robos, algunas de las flotas mercantes cristianas protegidas por buques militares (navegación en conserva) son apresadas por los musulmanes, como acaece con algunas de las flotas de Indias en los primeros años del siglo XVII. La Europa comercial tendrá que recurrir a otros métodos para acabar con el corso, ya que la simple protección de sus intereses por el envío de barcos artillados no era suficiente.

El corso crea un sistema económico que necesita de los cristianos tanto al principio como al final de su proceso. Las capturas se recon-

[37] M. Belhamissi, *Histoire de la marine algérienne (1516-1830)*, Argel, 1985.

[38] L. Ben Rejeb, «Barbary's "character" in European letters, 1514-1830: an ideological prelude to colonization», *Dialectical Antropology*, 6, 1981-1982, pp. 345-355.

vierten en dinero por la venta de las mercancías y por el rescate de los cautivos por sus compatriotas. Dejando a un lado el tema de los rescates, que se analizará en el capítulo siguiente, la gran cantidad de mercancías y dinero que llega a estas urbes es un reclamo para los propios comerciantes europeos. Todas las repúblicas corsarias dependían de los aportes técnicos continentales, tanto náuticos como armamentísticos para seguir desempeñando sus acciones. El dinero de los rescates vuelve a recalar en Europa por medio de las transacciones de los mercaderes sin escrúpulos que se saltan las ordenanzas de comerciar con materias prohibidas con los musulmanes. Los objetos suntuarios fabricados en Holanda, la pólvora y las armas de Inglaterra, los vidrios de Venecia, las velas, herrajes y las piezas de artillería de Francia, los paños, la lana y la pez de España encuentran un excelente mercado en el otro lado del Estrecho de Gibraltar. Los suculentos beneficios recompensan sobradamente los peligros que reportan estas acciones. De otra parte, en el Magreb se podían comprar a muy buen precio productos necesarios para el desarrollo europeo, tales como granos, tintes, cera, azúcar, cueros y ganados, lo que también es un reclamo nada despreciable para los comerciantes. El corso en su conjunto vive por y para la Cristiandad, ya que ésta logra sus presas, los productos para poder ejercer su propio oficio y el dinero para continuar con esta actividad.

La acumulación monetaria de las urbes corsarias en el siglo XVII proviene directamente del rescate de los cautivos y de las mercancías. Las repúblicas corsarias, y en general la mayor parte del Islam magrebí, también va a depender de los cautivos para el desarrollo de su economía. Los cristianos retenidos contra su voluntad en África cada vez desempeñan un papel más decisivo en algunas de las actividades productivas de los estados musulmanes. Es una fuerza de trabajo barata y relativamente especializada que contribuye decisivamente al progreso de estas sociedades. Algunos autores han mencionado que los países ribereños del Mediterráneo occidental estaban creando unos sistemas económicos que cada vez dependían más de los forzados, constituyéndose algunas de las características de los sistemas esclavistas. La presencia de más de 25.000 cautivos en Argel puede hacer pensar tal extremo, ya que la mayor parte de ellos son obligados a realizar labores para sus captores. Las ciudades corsarias en el siglo XVII se convierten en unos parásitos de los estados europeos, ya que viven de los excedentes mo-

netarios de éstos. En la España del siglo XVII, existían los suficientes recursos dinerarios para destinar una parte a la redención de las personas apresadas, lo que contribuía al desarrollo de Argel o Salé, al mismo tiempo que propiciaba que siguiera existiendo el robo con patente por el Mediterráneo.

La decadencia del corso magrebí y su desaparición del Mediterráneo

La decadencia del corso se produce cuando los propios estados europeos consideran más importante el libre ejercicio del comercio y la navegación que estar supeditados a las acciones de los navegantes musulmanes. Las pérdidas monetarias producidas por los apresamientos y la coacción que reporta a las autoridades cristianas van a ser el elemento decisivo para la toma de posición más beligerante por los franceses, ingleses, holandeses y españoles. El otro elemento que va a propiciar la pérdida de importancia de esta actividad viene de la mano de los propios problemas internos de estas urbes. La independencia *de facto* de las regencias berberiscas con la Sublime Puerta quitaba a estas ciudades de la ayuda de la metrópoli en caso de un asedio o un bombardeo. En el caso marroquí, el corso Atlántico intenta ser controlado por los sultanes 'alawies, tanto para entrar en sus beneficios como para emplearlo como arma militar de enfrentamiento con sus enemigos. Muley Ismā'īl desea la constitución de un país fuerte y centralizado, por lo que no quiere que existan ciudades que realicen su propia política y que no reconozcan su soberanía. La proyección internacional de Marruecos quedaba muy limitada por la existencia de estos corsarios en su territorio, por lo que algunas monarquías europeas supeditaban su ayuda a la desaparición de este enclave.

En el mismo momento que están fundándose y adquiriendo un mayor protagonismo las órdenes religiosas dedicadas a la redención de los cautivos (lazaristas, trinitarios, mercedarios...) [39], los poderes centrales se empiezan a preocupar por el gran número de sus súbditos que

[39] J.W. Brodman, *Ransoming captives in Crusader Spain. The Order of Merced on the Christian-Islamic Frontier*, Filadelfia, 1986; M. García Navarro, *Redenciones de cautivos en África*, Madrid, 1946.

están retenidos en el Magreb y por las pérdidas militares y comerciales que causan los corsarios. El nuevo monarca francés, Luis XIV, se convierte en la cabeza rectora de la política europea y se plantea por primera vez la necesidad de lograr una estabilidad real en el Mediterráneo para alcanzar un mayor desarrollo de su comercio exterior y el poblamiento del flanco sur de sus dominios. Algunos de estos planes eran incompatibles con la existencia de la ciudad argelina tan próxima a los puertos de Toulon y Marsella. La decadencia en la que está sumido el Imperio Otomano, completamente evidente tras el fracasado segundo intento de conquistar Viena, la necesidad de no alterar el equilibrio de poderes en Europa ante la segura muerte sin descendencia de Carlos II de España y los continuos ataques berberiscos a naves francesas son las razones que impulsan al «Rey Sol» a mandar bombardear la ciudad de Argel. Inglaterra, que ya ha puesto parte de su desarrollo en las actividades de sus comerciantes, no está dispuesta a la recesión de su comercio exterior, por lo que llega a la conclusión de que es necesario alcanzar algún tipo de solución para solventar el problema del corso. Holanda, cada vez con más territorios e intereses en Asia y en África, no puede permitir que sus rutas de comunicación sean cortadas por los asaltos de los navegantes de Salé [40].

Hacia 1660, la mayor parte de los gobiernos de Europa occidental estaban dispuestos a terminar con el peligro que representan los corsarios para sus intereses políticos y económicos. Las soluciones que van a tomar cada uno de estos países van a ser diferentes, aunque todos ellos contribuirán a la desaparición del robo con patente de las aguas del Mediterráneo. Las propias relaciones entre Europa y el Magreb cambian en estas décadas. Hasta este momento los contactos entre estados casi no existían, y los pocos que se conocen los realizan mercaderes y religiosos que tienen tratos con los corsarios. En la segunda mitad del siglo XVII, se nombrarán los primeros factores y emisarios que contarán con una representación permanente en las repúblicas berberiscas. Inglaterra queriendo preservar los intereses de sus navegantes

[40] Asimismo, la Orden de Malta mantiene su enfrentamiento con los musulmanes persiguiendo a los corsarios norteafricanos hasta el final de la Edad Moderna: J. Godechot, «La course maltaise le long des côtes barbaresques à la fin du XVIIIe siècle», *Revue Africaine*, 96, 1952, pp. 105-113.

llegará a un acuerdo con Argel para que sean respetados los pabellones de sus navíos en 1681.

Esta política de pactos políticos tenía el inconveniente de que los argelinos, y en general todos los corsarios, entendían las relaciones diplomáticas desde una óptica bastante subjetiva para la mentalidad de un europeo. El cautiverio y el corso comienzan a ser considerados como un problema de estado y no de un simple trato entre particulares. La propia evolución de las órdenes redentoras al convertirse en las únicas intermediarias reconocidas y permitidas entre los cristianos y los musulmanes pone de manifiesto este cambio de los sistemas de relación entre ambos lados del Mediterráneo.

El auge del comercio y la reconversión de las marinas europeas eran incompatibles con la existencia de corsarios en el Mediterráneo y el Atlántico, por lo que resulta imprescindible acabar con este problema. Francia es la primera potencia que pone en práctica este nuevo ideario bombardeando la ciudad de Argel en varias ocasiones entre 1661 y 1665, acciones que se repiten en 1686. Ingleses y holandeses reaccionarán igual cuando bloqueen y bombardeen a Salé en la misma época. A la larga, estos sistemas no tuvieron un éxito inmediato, aunque fueron minando las bases económicas del corso.

La decadencia del corso, además de por la excesiva reglamentación al que es sometido por alguno de los sultanes, es consecuencia directa del cambio de los sistemas económicos y de gobierno de la Ilustración. No era aceptable para la mentalidad de los nuevos dirigentes la existencia de una actividad que no reconocía la legalidad imperante, tanto en la órbita del derecho internacional como en el mercantil.

Después de 1680, el número de acciones, cautivos y embarcaciones corsarias se va reduciendo drásticamente. Los sistemas de vigilancia costera y el mayor porte de los navíos mercantes y de guerra también dificultaban las acciones de los corsarios. Desde finales del siglo XVII, los navíos tienen un valor en sí mismos, dado lo costoso que resulta construirlos, por lo que mercaderes y gobernantes no se pueden permitir la pérdida de una de sus unidades. Mientras que en la época clásica del corso magrebí los buques eran relativamente fáciles de reemplazar, como muestra la batalla de Lepanto o el episodio de la Armada Invencible, en este momento el apresamiento de un barco genera un conflicto de gran significación, como ocurre cuando los corsarios de Salé cap-

turan la nave insignia de la armada portuguesa a mediados del siglo XVII. El Mediterráneo es cada vez menos un mundo de aventureros para transformarse en un espacio económico perfectamente reglamentado. Ello se pone de manifiesto cuando se fundan consulados en estos centros magrebíes y cuando los gobiernos llegan a pactos firmes de cumplir lo establecido con los deys y beys corsarios. España entró con retraso en esta dinámica, por lo que los daños del corso se mantuvieron hasta finales del «siglo de las luces». En 1770, más de la mitad de los cautivos retenidos en los baños argelinos eran de origen español, consecuencia lógica de los desastres conquistadores de la época de Carlos III y el mantenimiento de la guerra con la república berberisca. Cuando Barceló tomó a su cargo la defensa de costa, estas cifras se reducen drásticamente al capturar algunas de las embarcaciones corsarias que asaltan la Península y bombardear la ciudad corsaria.

El corso cristiano siguió existiendo mientras que duró el magrebí. La Orden de Malta fue la encargada de vigilar las acciones de los corsarios atacándoles con sus mismas armas. En la Península Ibérica, los habitantes de las islas Baleares monopolizaron esta profesión, tanto por el asalto a navíos magrebíes como desembarcos en la costa para cautivar musulmanes. Su importancia cada día fue menor, y quedó como una actividad marginal. Carlos III empleó a los pocos corsarios españoles que quedaban para la defensa de las líneas de costa, reaprovechando a sus capitanes para la marina oficial.

La evolución de la ciudad de Argel, la cabeza del corso magrebí, es realmente significativa del cambio de situación. Después de los bombardeos franceses se comienzan a reducir drásticamente el número de capturas y embarcaciones. Entre 1701 y 1750, sólo entran a la rada corsaria 12 presas, número que se reduce en el período de 1751 a 1800 a 9 y sólo 2 desde el inicio del siglo XIX hasta que la ciudad es conquistada por los franceses. El número de navíos corsarios de Argel se fue reduciendo paulatinamente en estos años. De las más de 100 embarcaciones de mediados del siglo XVII en 1800 sólo quedaban 5 fragatas de 38 a 50 cañones, 3 corbetas de 22 a 30 cañones, 1 *brik* de 20 cañones y 30 chalupas cañoneras para la defensa del puerto. En 1825, la flota se había reducido aún más, contando los argelinos con 3 fragatas, 2 corbetas, 2 *brik*, 5 galeotas, 1 jabeque y 35 chalupas cañoneras, todas estas embarcaciones con menor poder artillero que las mencionadas con anterioridad.

El corso había que asociarlo con el momento en el que la Cristiandad y el Islam mantienen una pugna abierta y declarada. También se puede afirmar que se desarrolla desde la expansión peninsular por el Norte de África hasta la decadencia de los Austrias españoles, siendo su historia en el siglo xviii la de su lenta extinción. También se pueden poner fechas históricas en el Imperio Otomano para ejemplificar las épocas importantes de sus navegantes berberiscos. Éstas coincidirán con el inicio de la presencia definitiva turca en el Mediterráneo, tras la conquista de Egipto hasta el inicio de la larga decadencia de la Sublime Puerta, perfectamente demostrable tras el fracaso del segundo sitio de Viena en 1686. El cambio dinástico en España y el inicio de recesión territorial otomana en Europa acaban con la guerra entre los dos poderes del Mediterráneo. Esta época coincide con los cambios en las conceptiones políticas y económicas en el Viejo Continente, nuevo marco en el que no tiene sentido la existencia de una actividad marginal y parásita como es el corso.

II

CAUTIVOS Y RENEGADOS

Junto a las batallas, tanto en mar como en tierra, el corso y el cautiverio son los otros elementos definitorios del enfrentamiento entre la Cristiandad y el Islam en la Edad Moderna. Lepanto, Argel y Miguel de Cervantes [1] son nombres de lugar y de persona que se relacionan inevitablemente con el antagonismo hispano-turco de estas centurias, a los que hay que añadir el de los innumerables renegados que van configurando esta misma historia [2].

Cautivos y renegados son consecuencias inherentes a la vida de frontera que se desarrolla en el Mediterráneo durante estas centurias. Si hemos definido el corso y la piratería como actividades consubstanciales a la idiosincrasia de este mar, los cautivos, como principales víctimas del robo con patente, son parte esencial de la misma. La historiografía española ha vinculado esta actividad y a sus afectados con la Edad Moderna, obviando que ambas existían con anterioridad. La captura por parte de los argelinos de algunas de las figuras más representativas de la

[1] El tema del cautiverio de Cervantes tuvo un gran auge a finales del siglo XIX y principio del siglo al descubrir en la obra de Diego de Haedo referencias a la liberación y los intentos de huida del escritor. De esta época viene la definición de Argel y del cautiverio por la figura del autor de *El Quijote*. Gracias a Haedo también se pudo descubrir su lugar de nacimiento, al definirlo el eclesiástico como «...un hidalgo principal de Alcalá de Henares...». Las obras de Cervantes y de Diego de Haedo también han servido para acercarse al problema del cautiverio, tanto desde el punto de vista literario como histórico. G. Camamis, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, 1977; J. Oliver Asín, *La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes*, Madrid, 1948.

[2] M.A. de Bunes Ibarra, «Reflexiones sobre la conversión al Islam de los renegados en los siglos XVI y XVII», *Hispania Sacra*, XLII, 85, 1990, pp. 181-198.

cultura del Siglo de Oro español ha contribuido a perpetuar esta simplificación descriptiva. Argel y Cervantes son los símbolos y, en alguna medida, las mejores representaciones de un conflicto, aunque su excesiva utilización esconde y desvirtúa todo el ambiente mediterráneo de estas centurias. Las primeras conquistas españolas en el otro lado del Estrecho de Gibraltar se realizaron para acabar con las acciones corsarias y piráticas de los magrebíes, con anterioridad a la llegada de los hermanos Barbarroja a Argel, por lo que asociar el corso y el cautiverio a las regencias berberiscas supone retrasar el nacimiento del problema. De otra parte, los estudios españoles sobre estas cuestiones se han centrado exclusivamente en los musulmanes, olvidando los importantes centros corsarios hispanos, tales como Baleares y Cartagena. Al referirnos al corso y al cautiverio, rápidamente se piensa en naves musulmanas y víctimas cristianas, no siendo necesariamente cierta esta identificación [3].

El corso era una actividad que se vinculaba siempre con la guerra, y tenía sus momentos de esplendor cuando ésta se producía. Aragoneses y catalanes hicieron uso del corso en las guerras que tuvieron entre sí y con otras repúblicas marítimas en el siglo XV, además de seguir realizando incursiones de este tipo contra el Norte de África. El corso era lícito para ser practicado contra los musulmanes africanos y peninsulares, o por éstos contra los cristianos, ya que existía un enfrentamiento declarado entre ambas religiones. De otra parte, los cautivos eran imprescindibles para el funcionamiento de algunas sociedades mediterráneas. Desde la fuerza motriz de los barcos hasta la extracción de mineral de las minas, pasando por las labores en las plantaciones azucareras, los cautivos se hallan presentes en las actividades económicas de ambos lados del mar. El cambio de los sistemas náuticos, al aumentarse el calado de las galeras y variar los procedimientos de boga, acrecentaron las necesidades de contar con un mayor número de brazos para mover las embarcaciones, lo que propicia el desarrollo del corso y las ciudades que lo cobijan [4]. Las marinas necesitan a los forzados al

[3] A. Bustani, *El viaje del Visir para la liberalización de los cautivos, por el visir Abu Abdil Lan Mohamed b. Abdelluhab, conocido por el visir el Gazani el Andalusí*, Larache, 1940; B. Loupias, «Destin et témoignage d'un Marocain esclave en Espagne», *Hespéris Tamuda*, XVII, 1976-1977, pp. 69-85; J. Vernet Gines, *El rescate del arraez argelí Bibí, prisionero en Mallorca*, Tetuán, 1952.

[4] A. Zysberg, *Les Galériens. Vies et destins de 60.000 forçats sur les galères de France, 1680-1748*, París, 1982.

desaparecer de los mercados de contratación hombres libres que alquilaban sus músculos por un salario. En las flotas otomanas estas figuras no se extinguieron hasta fines del siglo XVI, aunque su número fue cada vez más reducido. Como cada día era más necesario disponer de tripulaciones completas para contrarrestar los ataques del enemigo, el comercio de hombres fue en aumento, tanto en la ribera europea como en la africana y asiática del mar. En la época de Luis XIV, cada galera requería como mínimo 260 remeros para poder salir a navegar, doblándose el número de bogadores si se trataba de una nave capitana [5]. La vida del Mediterráneo se basaba en el empleo sistemático de estas figuras, que aumentaba considerablemente cuando estallaba una guerra abierta, por lo que existían las condiciones óptimas para que el corso se intensificara enormemente. Recurriendo nuevamente a cifras concretas para explicar el ambiente en estas centurias, la flota turca que se Çenfrenta a la de la Liga en Lepanto estaba compuesta por 230 galeras y 60 galeazas, lo que traducido en bogadores suponía hablar de cerca de la decena de millar. Aunque los tribunales de justicia intentaban enviar el mayor número posible de delincuentes a galeras, los presos no eran capaces de llenar todos los bancos de un «navío largo», por lo que se tenía que recurrir a la compra o el apresamiento de musulmanes. El cautiverio es una manifestación de la guerra pero, como acabamos de reseñar, también es una realidad propia de las características técnicas de una época. Sólo si tenemos en cuenta este extremo se puede entender el Mediterráneo en toda su dimensión. Lo que tampoco se puede olvidar es que el corso está dentro de unos engranajes económicos, y en alguna medida crea su propio sistema, por lo que su existencia es permitida y primada por los estados [6].

Al afrontar esta cuestión, como otras muchas del enfrentamiento entre cristianos y musulmanes, no se puede caer en el reduccionismo de crear bandos perfectamente delimitados y definidos. En el Medite-

Sobre las marinas europeas de la Edad Moderna y los sistemas de navegación, además de la obra de Fernández Duro, resulta muy explicativo el volumen colectivo que lleva como título *Les Marines de guerre européennes (XVII-XVIII[e] siècles)*, París, 1985.

[5] A. Zysberg, «Les galères de France sous le règne de Louis XIV. Essai de comptabilité globale», *Les Marines de guerre européennes (XVII-XVIII[e] siècles)*, París, 1985.

[6] A. Domínguez Ortiz, *La esclavitud en Castilla durante la Edad Moderna*, Madrid, 1952.

rráneo existen unas normas y unas formas de vida, por lo que resulta demasiado simplista adscribir la brutalidad, la impiedad o las acciones de la guerra a un solo bando. Las condiciones de vida de los cautivos eran difíciles para todos aquellos que tuvieron la mala fortuna de ser apresados, independientemente del color o de los símbolos del pabellón de la nave que los apresa. El aumento del cautiverio y del corso son el producto de una época y de unas circunstancias específicas, y sólo entendiendo estos siglos y sus manifestaciones en toda su extensión se puede comprender su verdadera significación [7].

La evolución del corso mediterráneo y el aumento del número de cautivos

Establecer el número de cautivos en el Mediterráneo entre los siglos XVI y XVII es una tarea que aún no se ha realizado, y que resulta difícil por el gran número de centros corsarios que existen y por las especiales características de esta actividad bélica. Sólo se pueden dar datos fiables para algunas urbes corsarias en períodos de tiempo muy limitados. Ellen G. Friedman [8], tras la consulta de la documentación de los conventos de la Orden Trinitaria en España, afirma que los rescatadores liberaron a 10.000 españoles entre 1575 y 1769. Esta cifra se refiere sólo a los esfuerzos de las congregaciones religiosas que actuaban en ciudades muy concretas, por lo que el número de súbditos de la Monarquía cautivados y rescatados entre estas dos fechas fue bastante mayor. Durante la época en la que el corso magrebí se mostró más intenso, desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XVII, en Argel había una población cautiva que rondaba las 25.000 personas, según las informaciones de Diego de Haedo y del padre Dan, Túnez tendría unas 15.000 y Trípoli entre 4.000 y 5.000. Salvatore Bono establece que después de 1650 las cifras se reducen radicalmente, situando el número de personas retenidas contra su voluntad a 8.000 en Argelia, 6.000 en Túnez y 1.599 en Trípoli, datos que corresponden al

[7] S. Bono, «Mediterranean Corsairs», *History Today*, XXXI, 1981, pp. 36-41; L. Albitreccia, *La Corse dans l'Historia*, Lyon-París, 1939.

[8] E.G. Friedman, *Spanish captives in North Africa in the early Modern Age*, Wisconsin, 1983.

censo del año de 1671. El siglo de la Ilustración, centuria en la que el corso entró en absoluta decadencia, el número de cautivos se redujo espectacularmente. De los 7.000 retenidos en Argel en 1749 se pasa a 2.662 en 1787 y a 500 en 1797. La república berberisca mantendrá su población cautiva en esta cifra, con pequeñas oscilaciones por los éxitos de alguna acción marítima, hasta que sea conquistada por las tropas francesas. El número de los cautivos residentes en Estambul y en las ciudades resulta aún más difícil de establecer, tanto en cifras absolutas como en aproximativas, pero tiene el mismo ritmo que el descrito para las urbes corsarias.

Dentro del corso y del cautiverio español en África hay que diferenciar dos épocas perfectamente definidas. La primera iría desde la conquista de la ciudad de Ceuta por los portugueses hasta la toma de las urbes berberiscas por los corsarios de poniente. La segunda, como es lógico, se corresponde con la vida de las Regencias berberiscas. Hasta 1516, el corso mediterráneo sigue manteniendo los ritmos de la época medieval, con la sola variación de que los portugueses desde Ceuta atacan a los navíos castellanos o aragoneses en los momentos de pendencias con los reinos peninsulares [9]. Cartagena y los puertos andaluces no pertenecientes al Reino de Granada son los principales focos del corso castellano, reservándose este título para Barcelona, Valencia y Palma para la Corona de Aragón. Desde los enclaves del Atlántico peninsular, los navíos castellanos amenazan las vías de comunicación lusitanas con sus posesiones magrebíes intentando robar la cera, los esclavos o el oro con los que comercian con los magrebíes. Las tres Coronas tienen en común que pueden atacar, como lo realizan habitualmente, a los musulmanes, tanto granadinos como magrebíes, sin que sean acusados ante las justicias por practicar la piratería. El corso español era ocasional para con los cristianos, sólo propio de épocas de guerra declarada, y continuo con los territorios controlados por los musulmanes. Tetuán, Larache, Vélez de la Gomera, Tánger, Orán o Targa eran los puertos magrebíes que hacían más daño a los navegantes y costas españolas. El destino de los marineros de pequeñas embarcaciones, pescadores y labriegos capturados era servir de moneda para

[9] G. Gozalbes Busto, «Aspectos del corso en el Estrecho de Gibraltar (Primer siglo de la Ceuta portuguesa)», *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, II, Madrid, 1988, pp. 297-308.

ser trocados por otros cautivos en manos adversarias, trabajar en las plantaciones de azúcar o en el servicio doméstico, o ser vendidos en pública almoneda y ser trasladados a otras localidades, tales como Fez, Marrakech o Meknes. Todos ellos podían ser rescatados por un canje o por el envío de las cantidades pactadas por medio de religiosos o, lo que es más frecuente, por mercaderes [10].

El corso magrebí se intensifica después de la conquista del Reino de Granada por los Reyes Católicos. Las acciones de los corsarios estaban encaminadas a sus objetivos tradicionales, transportistas, pescadores y labriegos, aumentándose en estas décadas el paso a recoger a grupos de andalusíes que deseaban abandonar la Península como consecuencia del aumento de la presión a la que se ven sometidos por los nuevos gobernantes. Esta emigración reportaba un daño considerable a los detentadores de señoríos en las tierras andaluzas, que piden repetidamente que se ponga coto a las acciones de los navegantes musulmanes. La llegada de los granadinos al Magreb incrementa la efectividad de las acciones de los corsarios por suministrar información sobre las actividades de los cristianos en el mar y la localización de pedanías fáciles de ser asaltadas desde la costa. Ante el daño que sufren los intereses españoles en las Béticas, sobre todo por el despoblamiento musulmán de los señoríos recién constituidos, se va a producir una reacción doble. De una parte, se inician los planes de guarda costera, reconstruyendo las torres atalayas musulmanas o levantando nuevas en el perímetro del antiguo Reino de Granada. La segunda iniciativa es el paso a la conquista de los centros corsarios más cercanos a las costas peninsulares. La superioridad marítima y técnica de las armas hispanas y la inestabilidad política del Norte de África permitieron que estas campañas fueran rápidas y de una gran efectividad. Hasta que se logren dominar las urbes dedicadas al robo con patente, los apresamientos de súbditos cristianos de la Monarquía habían ido aumentado espectacularmente, aunque sin llegar nunca a las cifras que trae consigo el nacimiento de las Regencias berberiscas. Vélez de la Gomera y Tetuán fueron los centros corsarios más importantes, urbes que además contaban con mercados de cautivos de fama reconocida, por lo que

[10] M. Lobo Cabrera, «Rescates canarios en la costa de Berbería», *Actas del Coloquio sobre las Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, Madrid, 1988, pp. 591-620.

navegantes magrebíes de otros puertos desembarcaban allí sus capturas. En 1510, en Tetuán existían entre 2.000 a 3.000 cautivos, siendo su almoneda el lugar donde se compraban los apresados para ser llevados a las localidades marroquíes. Después de las conquistas españolas y portuguesas, Tetuán monopoliza el cautiverio hispano en el Magreb occidental. Fernando el Católico, tras llegar a un acuerdo con el rey lusitano, pretende construir una fortaleza en la desembocadura del río Martil (en la desembocadura del curso fluvial que circunda las murallas de Tetuán) para vigilar el tráfico comercial de este puerto fluvial, a semejanza de lo realizado en Vélez de la Gomera o en Argel, pero la muerte del monarca y la llegada de los corsarios de levante a Argel y Túnez cambian los planes y la dirección de los políticos españoles.

Túnez y Argel rompen completamente el ritmo tradicional del corso mediterráneo descrito hasta el momento presente. Estas ciudades no sólo son lugares de corso, sino los centros donde los otomanos coordinan sus esfuerzos militares contra los países cristianos del Mediterráneo occidental. Los berberiscos son también los que revitalizan la inclinación a la práctica del robo con patente de otras urbes musulmanas del Magreb y las mejores escuelas para aprender los secretos de esta profesión. El corso era una forma de guerra, o una actividad que se relaciona con ella, pero a partir de 1516 es la propia imagen de la guerra entre cristianos y otomanos. Los corsarios berberiscos estarán presentes en todos los ataques contra los presidios españoles, en las flotas turcas que asaltan las costas italianas e insulares españolas y en las escuadras francesas que amenazan las rutas de comunicación con Nápoles y Génova. Las urbes corsarias son algunas de las zonas preferidas para asentarse por los andalusíes y moriscos, lo cual también es una manifestación de la pugna entre la hispanidad y el Islam. El aumento del apresamiento de cristianos tiene como una de sus consecuencias el mayor número de renegados, lo que también redunda en la efectividad de las acciones corsarias y concentra los ataques en los lugares donde tuvieron su origen o donde habitaron. Los efectos del corso, en cuanto al origen de los cautivos, pueden explicar alguna de las tendencias de la economía española. Ellen G. Friedman establece, tras la consulta de la documentación trinitaria, que más de un tercio de los cautivos rescatados por los religiosos proceden de los ataques realizados por los berberiscos a localidades costeras de Andalucía y la Corona de Aragón. Entre un 30 o un 50 % de los apresados son per-

sonas que no están relacionadas con actividades mercantiles y marítimas, lo que explica el despoblamiento litoral peninsular. Los ataques a la línea de costa se realizan durante todo el año, mientras que los asaltos a los navíos que surcan el Mediterráneo y el Atlántico están en relación con la estacionalidad de las grandes navegaciones. Mientras que los apresamientos en alta mar dependen de la habilidad y la pericia de los corsarios, de la oportunidad de encontrar mercantes sin protección de barcos armados o de la suerte de un combate armado, el asalto a poblaciones desprevenidas suele ser de una mayor efectividad en víctimas.

El nacimiento de Argel y Túnez tiene un efecto psicológico entre los habitantes de la Península Ibérica:

> ...que los Turcos de quien no se halla memoria viva, ni muerta de las historias antiguas que jamás, se habían atrevido, no sólo a llegar al Estrecho, qualo y mas Pasarle, hoy día son tan señores de él que no pasa navío que no lo cautiven, y de todas las costas de África y España, Galicia, Portugal y Asturias y llegan a las de Brasil. Pues de todas estas partes rescatamos cautivos, cautivados por ellos en todas estas costas [11].

El corso medieval, por su carácter de actividad de autosubsistencia y por sus escasas recuperaciones, era un problema que afectaba a zonas muy limitadas. Sólo los navegantes y los habitantes de las zonas cercanas a Berbería estaban afectados por sus acciones [12]. Con la llegada de los berberiscos todas las costas peninsulares, tanto atlánticas como mediterráneas, están amenazadas por sus acciones. A lo largo del siglo XVI, se pueden relatar apresamientos desde Barcelona hasta San Sebastián lo que se traduce en la extensión del miedo y de una guerra que aparentemente sólo tiene connotaciones locales. Algunos puntos de la geografía canaria se despueblan por los desembarcos masivos y frecuentes de corsarios musulmanes, que convierten a las islas orientales del

[11] I. de Valcaçar, *Advertimientos del ... Fr. Ysidro de Valcaçar sobre cosas de Berbería... 1608*, ms. Real Academia de la Historia, 9-6436.

[12] El ambiente de la zona del Estrecho de Gibraltar en los siglos finales de la Edad Media es descrito por M.A. Ladero Quesada, «Castilla, Gibraltar y Berbería (1252-1516)», *Actas del Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar»*, Madrid, 1988, II, pp. 37-62.

archipiélago en uno de sus fondeaderos preferidos. Las rías gallegas, la cornisa cantábrica y los marineros y pasajeros que van a Indias tampoco están a salvo de sus ataques. Los corsarios, o si se quiere «el turco», se convierten en un problema nacional, ya que afecta a todos los habitantes de sus reinos, sin respetar profesiones ni condición social [13]. La alianza de los corsarios con los enemigos de la Monarquía Hispánica, como pueden ser los franceses o los holandeses, les transforman de ser considerados como unos simples ladrones a la de unos de los antagonistas más difíciles de reducir. El corso berberisco logra todos los objetivos que vienen impuestos por la práctica de esta actividad, que van desde el agotamiento económico de sus víctimas y el despoblamiento de las zonas costeras hasta la extensión del miedo entre la población afectada por sus acciones, que en esta ocasión es todo el perímetro de los dominios españoles. La presencia de musulmanes poblando el suelo peninsular acrecienta aún más el miedo de la población. La colaboración entre moriscos y corsarios era una sospecha que tenían los habitantes de las zonas costeras, lo que eleva el temor y los recelos entre los miembros de las dos comunidades [14]. El desarrollo del corso, al aumentar el número de embarcaciones dedicadas a esta actividad y el mayor calado de muchas de ellas, conlleva que sus acciones también se realicen sobre barcos fuertemente artillados. El corso tradicional huía de los transportes de tropas y de las armadas, mientras que los navegantes berberiscos cuando salen en escuadras no rehúyen el enfrentamiento contra buques militares, como pone de manifiesto el apresamiento de Cervantes y el resto de los soldados de los tercios que navegaban con él en la galera *Sol*. Los repetidos fracasos de las expediciones punitivas y de conquista contra las urbes berberiscas extienden el pesimismo de la lucha contra el corso en la conciencia colectiva de la nación española. Parece que el corso es un azote del mal que resulta imposible de parar, por lo que el pesimismo invade todos los

[13] P. Barrantes Maldonado, *Diálogo entre ... y un caballero extranjero en que cuenta el saco que los turcos hizieron en Gibraltar y el vencimiento que la Armada de España hizo en la de los Turcos, año 1540,* Alcalá de Henares, 1566, editado en la Colección de libros españoles raros y curiosos, vol. XIX, Madrid, 1889, pp. 1-129.

[14] T. Halperin Donghi, «Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia». *Cuadernos de Historia de España,* XXIII-XXIV, 1955, pp. 5-115; XXV-XXVI, 1957, pp. 83-250.

relatos que tienen como protagonistas a cautivos y navegantes mediterráneos.

Durante los años en los que el enfrentamiento entre españoles y turcos era una realidad, las acciones corsarias tuvieron una significación más limitada que cuando las armadas abandonan este espacio. En 1580 es el momento de gran desarrollo del corso, y por lo tanto de cautiverio. La sociedad de frontera, propia de una guerra de caracteres medievales, se perpetúa en el Mediterráneo porque los cristianos y los musulmanes siguen recurriendo a ella para mantener su antagonismo. Los saqueos, asaltos, robos y raptos, propios de la vida de una «marca», se producen en este espacio geográfico hasta el siglo XVIII, lo que muestra el arcaísmo en el que se vive. En el cautiverio se puede mantener la literatura fronteriza de la Península Ibérica de la época en la que existían reinos cristianos y musulmanes. Los hombres que se aventuran por el Mediterráneo o que residen en las proximidades de sus costas podían entonar versos semejantes a los que siguen:

> Mi padre era de Ronda
> y mi madre de Antequera;
> Captiváronme los moros
> Entre la paz y la guerra
> Y lleváronme a vender
> A Vélez de la Gomera [15].

El cautivo es el resultado de una guerra latente, aunque nunca declarada abiertamente, que no pretende conquistar las tierras del enemigo, sino hacerle el mayor daño posible. Al mismo tiempo, es el producto de una época, presidida por unos sistemas técnicos y militares muy específicos, el engranaje de un sistema económico y el resultado de un enfrentamiento entre dos religiones monoteístas. Pero para el cautivo todas estas disquisiciones se reducen a sufrir en sus carnes las penalidades de la privación de la libertad.

La propia guerra moderna, tanto en mar como en tierra, basada en el empleo de la artillería y las batallas a campo abierto, no cuaja en este espacio por razones técnicas, sociales y geográficas. El Mediterrá-

[15] Romance morisco inserto en la obra de G. Camamis, *ibidem*, p. 40.

neo, con sus grandes ensenadas, playas y abundantes islotes es el lugar ideal para la acción de estos rapiñadores de las costas y sus aguas cercanas. El propio sistema económico que se monta en torno a los cautivos se corresponde más con la economía medieval que con los nuevos sistemas que aparecen con la acumulación de metales preciosos. El trueque, el cambio de un prisionero cristiano por otro musulmán, se mantiene vivo durante todo este período de tiempo, siendo Canarias uno de los lugares donde tiene mayor fuerza, lo que nos permite mantener la idea del cierto arcaísmo que rodea a este espacio. Mientras que los prisioneros son un problema en las guerras de la Edad Moderna, los cautivos son una «bendición» para los musulmanes y cristianos del Mediterráneo. Por medio de ellos se logra capitalizar el corso, a la vez que se consigue una mano de obra barata y cuantiosa, lo que favorece el desarrollo económico de las sociedades en las que se integran. En esencia, el esquema del corso y del cautiverio estaba perfectamente establecido con anterioridad a la llegada de los Barbarroja a Argel, pero a ellos se les debe su gran desarrollo y perfección. El esquema es, como es lógico, medieval, por lo que su ampliación en el tiempo supone el mantenimiento de algunos de los caracteres de esta edad de la historia en la Época Moderna.

Los cautivos y, por supuesto, los renegados son los elementos que crean sociedades intermedias entre ambas riberas del Mediterráneo. A ellos se debe que las urbes corsarias sean lugares puente entre el mundo musulmán y cristiano [16]. Aunque sistemáticamente nos referimos al corso musulmán, esta definición viene por su adscripción política, no por la religión de nacimiento de la mayor parte de sus practicantes. Si desde el punto de vista cultural, religioso o lingüístico las ciudades corsarias se diferencian de los estados asentados en la ribera en la cual se sitúan, en relación a los sistemas de trabajo y técnicos también se pueden hacer divisiones y diferenciaciones, o incluso un epígrafe nuevo. Los cautivos, los renegados y los arraeces corsarios crean un sistema de vida que se traduce en una actividad económica y en una evolución de las instituciones políticas y sociales propias, siendo muy difícil definir cuál es el principio motriz de todo este proceso.

[16] M.A. de Bunes Ibarra, *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, Madrid, 1989, pp. 139-201.

A la hora de abordar el tema del cautiverio no hay que olvidar algunas de las ideas expuestas hasta el momento presente. Si sacamos de este contexto la historia de este colectivo humano nos quedamos con la simple crónica de los horrores de una guerra despiadada y sanguinaria, obviando un sistema de vida y de economía que tiene como fundamento el apresamiento y la venta de hombres. Pero no referir la vida y la tragedia de los cautivos también supone reducir el enfrentamiento entre cristianos y musulmanes al relato de las batallas y de las iniciativas militares y diplomáticas para alcanzar una victoria sobre el enemigo. Los cautivos y los renegados son las víctimas, a la vez que los responsables o los desencadenantes, de que la frontera entre ambos lados del Mediterráneo siga abierta durante todo el límite cronológico de la Edad Moderna. El cautiverio, como el corso, tiene su período de mayor importancia en los siglos XVI y XVII, siendo este colectivo humano después de la segunda mitad del siglo XVIII el mantenimiento de unas formas de vida y de unas formas de enfrentamiento que están próximas a su completa extinción.

Oficios de los cautivos. Los galeotes

El corso, como actividad reglamentada que se mueve por unas normas aceptadas por todos los implicados en la dinámica bélica de estos siglos, afectó a muchos más españoles de los que residieron en los baños de las urbes norteafricanas en estas décadas. El corsario busca convertir lo más rápidamente posible sus empresas y sus esfuerzos en dinero, por lo que habilitará sistemas para que esto se pueda realizar. Al leer los relatos de los ataques corsarios a las poblaciones españolas, suele ser frecuente la relación de que una embarcación corsaria después de realizar un ataque iza la bandera de rescate. Los cristianos capturados son liberados por sus familiares o por sus vecinos al entregar una cantidad pactada previamente con el jefe de la expedición corsaria, por lo que es normal que una persona pierda su libertad el mismo día que la recupera. Este sistema, que tiene una finalidad puramente mercantil, pudiendo catalogarse como un simple delito de extorsión, es el más rentable para captores y capturados, ya que los primeros logran un dinero fácil y rápido y, los segundos, les libera de todos los sufrimientos que supone residir largos años entre las murallas

de una urbe corsaria. Para los que no tienen la suerte de entrar dentro de este sistema, se inicia una época de penalidades, en las que poco valen los consejos que da a los cautivos de religión luterana Cipriano Valera:

> El señor por su gran misericordia lleva adelante la buena obra que en vosotros ha comenzado y os de gracia de cada día crezcáis en la fe, de conocimiento de sus misericordias en mayor conocimiento; os conceda que crezcáis de virtud en virtud, de tal manera que con vuestro buen ejemplo de paciencia en vuestros trabajos, y con vuestra bondad y santidad de vida vuestros propios adversarios, sean convencidos en sus conciencias, de cuando con la boca no lo quisieren pronunciar, a decir: ciertamente nosotros estamos engañados, esta es otra gente de la que pensamos, etc. Podrá ser que con vuestra buena vida, con vuestro buen ejemplo de piedad y bondad y con vuestro buen razonar de cosas de Dios, que oirán y verán en vosotros, algunos de ellos se conviertan a la verdadera religión cristiana [17].

Estas palabras no están inspiradas en el deseo de convertir musulmanes, sino para que los cautivos reformados realicen su labor evangélica dentro de los propios recintos donde conviven con los otros cautivos. Es, por lo tanto, una recomendación semejante a la que se podría hacer a cualquier bautizado que reside donde existen miembros de los otros credos religiosos cristianos, y no a personas que se introducen en un universo humano desagradable y duro.

La reacción de los recién apresados la conocemos bastante bien por el gran número de relaciones de cautivos que se encuentran en la literatura española, desde autobiografías hasta pasajes completos en textos literarios. Por lo general, el asombro y la desesperanza es la tónica general de estas obras: «Fue tan grande el alboroto que me dio y el espanto de verme cómo me había puesto la fortuna en un instante, que no sabía si llorar o reír o asombrarme, ni sabía dónde estaba; por el contrario, decían mis compañeros, que lloraban bien, que se maravillaban de que yo parecía que no lo sentía más que si estuviera li-

[17] C. de Valera, *Tratado para confirmar en la fe Cristiana a los cautivos de Berbería. Compuesto por ... y por el publicado el año 1594*, Madrid, 1872.

bre» [18]. También encontramos descripciones de un cariz contrario, aunque este tipo de relatos proceden de textos en los que se intenta exaltar a un personaje, bien sea por su bizarría o por su santidad:

> Era necesario que el Padre acudiera a consolar sus compañeros, que perdían la paciencia, a confesar algunos heridos que estaban a la muerte, consolar y acudir a otros que le pedían pan y agua llorando, que parecía como si él tuviera allí una gran dispensa, y fuera su padre o madre, y no cautivo como ellos; a reprimir algunos que blasfemaban por verse esclavos, reprehender a otros que concedían ya con los turcos en tratos nefandos, principalmente algunos mozos desbarbados, que juntamente fueron cautivos; animar a otros que estaban ya tentados y trataban ya renegar la fe, con estas y otras muchas cosas a este tono [19].

El comportamiento del confesor de Santa Teresa de Jesús es ejemplar, pero por medio de su relato apreciamos las reacciones más corrientes de los marineros y pasajeros de una galera que ha sido capturada en combate.

La vida que llevará un español recién capturado por una embarcación corsaria va a depender de factores intrínsecos y extrínsecos a la persona sometidos a tan desagradable trance. Cuando se produce la captura en un enfrentamiento entre armadas oficiales, la titularidad del cautivo será del estado, mientras que si la acción es la propia de una empresa corsaria puede convertirse en un esclavo de un particular o del gobernante de la plaza corsaria. Del botín de los corsarios, como del logrado en un enfrentamiento militar, el sultán, el beylerbey, el bey o el dey tiene derecho a recibir un quinto de todas las capturas. Este quinto puede ir a engrosar las posesiones del señor o ser convertido en dinero por venta a los particulares. El resto del botín se reparte entre los socios capitalistas de la acción corsaria, que no tienen porqué coincidir con los navegantes de las embarcaciones, aunque suele ser usual que estén implicados. Las acciones corsarias están regidas como contratos mercan-

[18] *Viaje de Turquía*, edición de F. García Salinero, Madrid, 1989, p. 132.

[19] J. Gracián de la Madre de Dios, *Excelencias, vida y trabajos del padre ..., carmelita*, Valladolid, 1619, edición de la Biblioteca de Autores Españoles, LV, Escritos de Santa Teresa, II, p. 457.

tiles entre el capitán de la embarcación, el propietario de la misma, la tripulación, los dueños de la chusma y los simples socios que capitalizan a los grupos anteriores para comprar los alimentos o los utillajes necesarios para la operación. Los beneficios del corso, por lo tanto, se redistribuyen entre amplios sectores de la población de una urbe magrebí o cristiana. Los dueños de cautivos, tanto el sultán como el beylerbey o un particular, los alquilan por una cantidad o por una participación en los beneficios. En alguna ocasión, el arraez es el dueño de la embarcación y de la chusma, por lo que los beneficios de sus robos van a parar íntegramente a su bolsillo, aunque este tipo de figuras no suelen ser demasiado usuales. El corso es una actividad muy peligrosa, por lo que los hombres con grandes recursos económicos, como pueden ser los dueños de embarcaciones y de gran número de cautivos, no se aventuran a salir al mar. La vida de los corsarios era muy dura y las posibilidades de ser hundidos o capturados bastante altas, por lo que es normal que aparezca una diversificación monetaria de los riesgos. Cuando los navíos corsarios regresan a puerto después de sus correrías, la primera labor que hacen es poner en venta los botines logrados. Ello era imprescindible para pagar los sueldos y satisfacer los fletes ocasionados por tal empresa. Rápidamente se celebra la subasta de los cautivos, previa selección de los que son de rescate y los que irán sólo a realizar trabajos domésticos o de campo, con la que se logra recuperar el dinero invertido en aparejar las naves:

> Por la mañana (como entre ellos no hay campanas, ni las usan para nada) el Guardian, que es el alcayde del baño, da voces, y despierta a los Christianos, para que cada uno se levante a trabajar: unos van a acarrear piedra, y tirarla en lugar de bueyes; otros a no menos penosos exercicios. Pero aun son estos barbaros mas crueles que los tiranos Gentiles; porque estos satisfacian su crueldad con el trabajo de los miserables, más los Moros al sumo trabajo añaden grillos, y cadenas tan pesadas, que sólo el traerlas era bastante penalidad en tierra menos ardiente y calurosa [20].

A los cautivos, cuando son apresados, se les despoja de sus pertenencias y ropa, que también son parte del botín, y se les comienza a

[20] F.A. Silvestre, *Fundación histórica de los hospitales que la religión de la Santísima Trinidad... tiene en la ciudad de Argel*, Madrid, 1690, p. 111.

clasificar. Si la embarcación está falta de remeros, bien por no haber salido del puerto con una tripulación completa o por haber muerto los bogadores en la travesía, son obligados a empuñar los remos [21]. Los cautivos recuerdan su apresamiento con repugnancia ya que nada más ser capturados son desnudados y reducidos a simples despojos además de ser tratados como animales, sin diferenciar la condición y el estado de la presa recién adquirida. El precio de los cautivos va a depender de la edad, sexo, linaje, profesión y época en la que son apresados. En los momentos de falta de cautivos, el precio de los mismos sube, como consecuencia de los movimientos especulativos que rodean esta actividad. Lo que más influye en la vida del cautivo es ser considerado persona susceptible de rescate, bien sea por sus familiares o por una institución o, simples «gentes del común». Los cautivos de rescate son mejor tratados, tanto por los corsarios como por sus dueños, ya que su muerte supone perder una suma de dinero considerable, lo que va en contra del fin monetario que persigue el robo con patente. Los corsarios y los vendedores de cautivos no atienden a las relaciones familiares existentes entre su nueva pertenencia. Los hijos son separados de sus progenitores y vendidos en lotes especiales, por los altos precios que se dan por ellos, y los matrimonios también suelen ser separados, por lo menos en los primeros siglos del corso magrebí. Esto creará a la larga situaciones vitales muy complejas, como consecuencia del largo tiempo que estas personas tienen que residir en el Norte de África, que se añadirán a la amplia casuística del cautiverio.

La calidad de vida de los cautivos va a depender de su condición. Mientras que las «gentes del común» serán empleadas para realizar los oficios necesarios en las urbes corsarias, desde la propulsión de las embarcaciones hasta el servicio doméstico, los de «rescate» serán guardados dentro de los baños para impedir que mueran o que logren escapar. Los corsarios en las embarcaciones establecerán a qué grupo pertenecen sus presas por sus formas de vestir, por la delación de los otros cautivos con el propósito de lograr condiciones favorables de pasaje o de vida o por otros procedimientos más aleatorios, como por los documentos o cartas que portan o por el estado de la piel y el cuidado

[21] I. Bauer Landauer, «Técnica y táctica de la piratería berberisca», *África*, VII, 1950, pp. 442-444.

de las manos: «...la première, pour voir à la délicatesse ou au cal s'ils sont hommes de travail; et la seconde, quie est la principale, afin que par la Chiromanie, à l'aquelle ils s'adonnet fort» [22]. Recurriendo nuevamente a Cervantes, como se le descubrieron cartas de recomendación de don Juan de Austria se pensó que era un militar de consideración, por lo que se fijó un rescate elevadísimo para su condición económica y la de su familia. Al confesor de Santa Teresa de Jesús, el carmelita Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, por la delación de otro cautivo apresado en su misma embarcación, lo consideran como un obispo que va a Roma para ser nombrado cardenal, por lo que se le somete a un trato muy duro y se le impone un rescate casi imposible de pagar. Aunque este religioso ve en el cautiverio un sistema de ascensión a Dios, por medio del relato de su vida se puede apreciar la vida de los cautivos en las galeras.

> Heme dicho que en toda su vida se vió con mayor contento, y mayor paz: el bizcocho le sabía más que almendras, el agua le satisfacía más que la malbasía, y otro día que entró en la galera, usando las mañas de los esclavos, tomó la vuelta de cabeza de una cofa o sera de un turco, dos cabezas de ajos, que conservaba para ir comiendo poco a poco con el bizcocho negro; y demás del alegría de padecer en poder de enemigos en la fe, dábales contento: vióse libre de las perplegidades de pensamientos... [23].

Los años que reside un cautivo en el Norte de África resultan casi imposible de establecer de una manera global. Los únicos sistemas de volver a su país de origen son por la liberación, por el pago de un rescate por sus allegados, por una redención, por la concesión de la libertad por su dueño o por la huida; «Estos como se vieron en el vano del invierno, comenzaron a tratar de buscar su libertad, que es cosa de esclavos nuevos el buscar novedades y trazas» [24]. En los años de per-

[22] P. Dan, *Histoire de Barbarie et de ses corsaires divisée en six livres, où il est traité de leur gouvernement, de leurs moeurs, de leurs cruántés, de leurs brigandages, de leurs sortilèges et de plusiers autres particularités remarquables...*, París, 1637, pp. 37-39. Miguel de Cervantes en los *Baños de Argel*, dice que los clasifican los mismos marineros y arraeces por el estado de conservación de la piel de las manos.

[23] J. Gracián de la Madre de Dios, *ibidem*, p. 457.

[24] J. de Pasamonte, *Vida y trabajos de...*, Biblioteca de Autores Españoles, XC, p. 16.

manencia influye decisivamente el lugar donde es vendido o trasladado. Los cautivos que residen en las urbes corsarias del Magreb pueden recuperar la libertad por las gestiones de religiosos, gobernadores o mercaderes. Para los que son confinados en las pequeñas localidades del interior del Magreb, esta vía está casi cerrada, por lo que aumentan sus años de vida entre los musulmanes hasta que logren escapar. Para el caso concreto de los españoles, el ser trasladados a Estambul u otras ciudades del Imperio Otomano supone la reclusión perpetua. En estas zonas no suelen actuar las órdenes redentoras, y tampoco son frecuentes las misiones de mercaderes peninsulares o italianos con esta parte del Mediterráneo, por lo que es casi imposible que vuelvan a ver a sus familiares. Desde la segunda mitad del siglo XVI, momento en que las órdenes redentoras son reconocidas por Felipe II para la asistencia de los cautivos, las posibilidades de ser liberados son mucho mayores que a principios del siglo, época en la que la redención la realizaban personas individuales, religiosos en tránsito o mercaderes ocasionales. Refiriendo cifras de permanencia, entre la documentación se pueden encontrar noticias de cautivos que mantienen su condición durante más de 30 años al mismo tiempo que hombres liberados en uno o dos años. Una cifra media, completamente criticable por la falta de estudios globales sobre esta materia, podría establecerse la estancia más frecuente para un español en el Magreb entre cuatro a siete años como cautivo.

El cautivo está sometido a todos los males que reporta la privación de la libertad. Además de las torturas, malos tratos, los riesgos por ejercer oficios peligrosos y que entrañan una alta mortalidad, tales como la de forzado de remo, o escasa alimentación, los cautivos están sometidos al resto de las enfermedades de las zonas donde viven. Diego de Haedo considera la peste como una enfermedad endémica en la ciudad de Argel, epidemia que suele asociarse con momentos de malas cosechas en Magreb [25]. Estas épocas de recesión se intentan paliar con el aumento de los ataques a los buques mercantes que trasladan el tri-

[25] H.P.J. Renaud, «Recherches historiques sur les épidémies du Maroc. Les "pestes" du XVe et XVIe siècles d'après les sources portugaises». *Mélanges d'études luso-marocaines dédiés à la mémoire de David Lopes et Pierra de Cenival,* Lisboa-París, 1945, pp. 363-389; B. Rosenberger y H. Triki, «Famines épidémies au Maroc aux XVIe et XVIIe siècles», *Hespéris-Tamuda,* 14, 1973, pp. 109-175; 15, 1974, pp. 5-103.

go desde Italia al levante español. Las duras condiciones de vida, las torturas, los peligros de las navegaciones, el gran número de enfermedades de los baños, los escasos alimentos y los alocados intentos de fuga diezmaron considerablemente a los cautivos en las ciudades del Magreb, aumentando bastantes puntos la mortalidad de este colectivo humano que es forzado a sufrir un paréntesis en su vida normal.

Los cautivos se recogen en los baños, bien de las autoridades centrales o de particulares, por las noches para que no se escapen. Los corsarios tienen un continuo miedo a las fugas de sus prisioneros por lo que impiden que éstas se puedan realizar, por ejemplo guardando los remos de las galeras y las galeazas en un almacén vigilado por los jenízaros, y castigando con la muerte a los que fracasan en sus intentos. Los baños son dirigidos por el «guardián baja», que en el caso de Argel suele ser un renegado o un jenízaro nombrado directamente por el aga, que cuenta con un gran número de colaboradores que vigilan a los cautivos y los distribuyen por oficios y ocupaciones. Cuando el día llega, los cautivos de los particulares vuelven a las posesiones o a la casa de su señor para realizar sus menesteres, y a los del sultán o el gobernador de la ciudad se les asigna trabajo en la reparación de los barcos, obras públicas o en las labores agrícolas. Dentro de los baños, los cautivos se suelen agrupar por naciones o regiones de origen, formándose colectividades pequeñas que preparan la comida en común con los alimentos que logran coger o formando una provisión de fondos para comprar vituallas e intentar hacer más llevadera la privación de la libertad. Los cautivos de rescate no suelen abandonar estos recintos para impedir que se escapen o que realicen trabajos físicos que pongan en peligro su integridad, en un intento de preservar con vida su inversión.

El ambiente de los baños es uno de los recuerdos más amargos que poseen los cautivos, como se desprende por las descripciones de la literatura del Siglo de Oro. Después de una jornada de duro trabajo, se tienen que recoger en un espacio lúgubre, donde viven hacinados y en continuo estado de alerta por los desmanes de sus propios compañeros y las delaciones, falsas o verdaderas, de sus hermanos de infortunio. Los continuos planes de fuga que se imaginan deben de ser mantenidos en el más absoluto de los secretos por la falta de colaboración y el espionaje que existe dentro de este recinto: «... no nos qui-

simos valer ni aun de los otros Christianos ninguno, porque algunos destos, cuando menos pensamos, suelen volverse moros, y con el pecado que cometen házense peores que los mismos Moros de nación»[26]. La comodidad de su habitación depende del lugar donde padecen su cautiverio, ya que los españoles retenidos en algunas ciudades magrebíes pasan sus noches en simples recintos excavados en el suelo con muy pocas estancias y una muy escasa ventilación. Por medio de la obra de Miguel de Cervantes, en especial *El Quijote* y *Los baños de Argel* y por las descripciones de los cautivos nos podemos aproximar a la forma que tenían estas prisiones:

> Lo que los cautivos padecen en el cuerpo, ¿quien lo contara? Tres estados debaxo de tierra tienen las mazmorras, que son a manera de silos o calaboços, con seguiles alrededor, y en lo alto una lumbrera con una rexa. Destos silos o calaboços ay algunos, y comunicanse por unos transitos angostos; no entra en ellos ayre, ni sol, ni se puede ver el cielo, y apenas la luz. La última de estas mazmorras sirve también de cárcel para los moros facinerosos (bueña compañía para alivio de sus trabajos). La inmundicia es notable, por la continua asistencia de tantos hombres; el tufo y mal olor intolerables... Esta es la habitación de aquellos pobres christianos; los seguiles, los aposentos; la cama, una esterilla; desnudos, aherrojados con cadenas, grillos, argollas y otras crueles prisiones, entre las quales ay unas barras de hierro gruesas y largas, que llaman alcantaras, asidos las extremidades a dos cadenas; en estas les obligan a poner los pies, apartando el uno del otro un vara. El verano, por ser la tierra muy cálida y haber mucha gente en tan estrecha morada, se abrasan de calor[27].

Todas las condiciones descritas facilitan los intentos de huida y la negación de la fe para escapar a la adversidad del destino. Los cautivos tienen que luchar día a día para sobrevivir, tanto para completar el escaso régimen alimenticio que les dan sus captores como para escapar

[26] Fr. M. de San Francisco, *Relación del viaje espiritual y prodigioso que hizo a Marruecos el Venerable Padre Fr. Juan del Prado*, Madrid, 1643, reedición en Tánger, 1945.

[27] D. de la Madre de Dios, *Crónica de los Descalzos de la Santísima Trinidad, redentores de Cautivos...*, Valladolid, 1652. En las crónicas de los redentores, la descripción de la vida de los cautivos suele ser bastante patética, con el fin de lograr que se reconozca su misión y que se aumenten las limosnas.

de las intrigas de sus iguales. Las únicas maneras de acabar rápidamente con sus sufrimientos y penalidades es huir o renegar, además de quitarse la vida, cuestión fácil de detectar entre las tripulaciones de una galera: «... que no se puedan llamar verdaderos males los que no son eternos; y no fuera del desconsuelo tan grande, si los destos desdichados bogadores, no pasaran a serlo en la otra vida, pues muchos de ellos desesperan, o echanse laços al cuello, de que quedan pendientes en los mesmos bancos, o se precipitan al mar» [28]. La historiografía tradicional siempre ha ponderado y relatado los casos memorables, los intentos de fuga que fueron coronados con el éxito y las muertes por preservar en la condición de cristianos. Por desgracia, en los trabajos históricos y en los relatos literarios los renegados ocupan un lugar ínfimo, que en ningún momento se corresponde con el número de personas que decidieron realizar el cambio de religión antes que seguir soportando los rigores del cautiverio.

Además del lugar donde es trasladado el cristiano apresado, su vida va a estar condicionada por la profesión que se le asigne. El ser comprado por un arraez y, por lo tanto, ser alquilado con regularidad para integrarse en la «chusma», supone ser encuadrado en el colectivo más desheredado de los cautivos [29]. Un galeote cristiano en un navío corsario musulmán suele estar en la mar de tres a cinco meses al año, siendo una dedicación a tiempo completo si se le asigna a una galera militar. Su vida y sus trabajos eran menores que sus iguales en las embarcaciones cristianas, porque: «Antes tienen por muy cierto que según traen sus galeotas tan listas, tan en orden y tan ligeras; al contrario de las galeras cristianas, tan pesadas, con tan gran confusión y embarazo, que es por demás darles caza o pensar que los pueden estorvar por el camino do quieren robar a su plazer...» [30]. Cuando desembarca, debe realizar los mismos trabajos que los cautivos estantes en los baños, por lo que alterna todas las penalidades del cautiverio: «Con el gran trabajo que traían en el mar los cautivos, parecióles ver el cielo cuando llegaron al puerto de Biserta; esperaban entrar en el baño como en el

[28] G. Gómez de Losada, *Escuela de trabajos, en cuatro libros dividida, primero del cautiverio más cruel...*, Madrid, 1670, p. 87.

[29] G. Marañón, *Vida en las galeras en tiempos de Felipe II, Historia y Vida*, Madrid, 1962.

[30] D. de Haedo, *ibidem*, p. 84.

paraíso. Pero presto se hartaron dél, porque el baño era como una caballeriza, o almacén largo debajo de la tierra; en medio estaba una atahona que traía un asnillo, con un renegado ciego, que era atahonero. Y para poder estar, hacen los cristianos a su costa unos tablados de cañizo o zarzos, a manera de donde se cria la seda, donde han de subir trepando por los palos. Es lugar hediondo, sucio y oscuro, y no hay prisión en tierra de cristianos tan áspera» [31]. La vida en las embarcaciones del siglo XVI era dura por las continuas enfermedades que se dan en alta mar (peste, cólera, escorbuto, cuartanas...) y por los peligros que reporta la guerra marítima. Si la embarcación se hunde, los herrajes con los que están sujetos al banco suponen irremisiblemente la muerte. En los propios combates las armas de los adversarios hieren a los forzados, ya que la cubierta no les defiende del fuego enemigo o amigo. Las bogas de combate y de huida suponen un enorme desgaste físico [32] para unos hombres que se alimentan con una ración de bizcocho, carne salada y unos pocos frutos secos, y que beben un agua llena de desperdicios y corrompida por las malas condiciones de almacenaje. En alguna manera, ser destinado a galeras es sinónimo de una muerte segura, tanto desde el punto de vista musulmán como, y sobre todo, del cristiano. Para justificar esta afirmación basta recoger las estadísticas confeccionadas para los galeotes de las escuadras mediterráneas de Luis XIV. Uno de cada dos galeotes muere en la travesía y dos tercios de los forzados fallecen antes de cumplir los tres primeros años de servicio [33]. Los galeotes en las embarcaciones cristianas llevaban una existencia más penosa que sus homónimos en los navíos de remos musulmanes por el superior calado de los barcos y por el mayor período de tiempo de actividad de las armadas europeas occidentales. Las fustas y fragatas corsarias son barcos más ligeros y pequeños que las galeras cristianas, lo que repercute en las condiciones de vida de los cautivos, y las acciones de los corsarios se concentran sólo en los períodos de bonanza meteorológica, por lo que se elevan los años de servicio de los galeotes. Aún existe un destino peor para los cautivos, en

[31] J. Gracián de la Madre de Dios, *ibidem*, p. 459.

[32] E. Fasano-Guaraní, «Au XVIe siècle: comment naviguent les galères», *Annales ESC*, 1961, pp. 279-296.

[33] A. Zysberg, «Les galères de France sous le règne de Louis XIV. Essai de comptabilité globale», *Les Marines de guerre européenes (XVIIe-XVIIIe siècle)*, París, 1985, p. 430.

este caso para los musulmanes, como es ser enviados a la extracción de mineral en las minas de Almadén o de carbón, ya que los índices de mortandad de estas explotaciones son mayores por la peligrosidad de sus condiciones de trabajo y la toxicidad de las materias con las que laboran [34].

La galera o la fusta son los símbolos del corsario, pero, con el baño, también lo son del cautivo. En estos navíos viven hacinados en el mismo banco en el que reman, donde soportan las vejaciones de los comitres y las insidias de sus compañeros de desgracia. La vida de los galeotes, como la del resto de los apresados, es la crónica de un esfuerzo individual por sobrevivir en unas condiciones de vida completamente desfavorables. Entre la «chusma», los intentos de negación de la fe son más frecuentes que entre otros grupos de cautivos, aunque resulta más difícil lograr este objetivo por conocer los arraeces que estas peticiones están promovidas para lograr escapar del remo. La necesidad de contar con tripulaciones completas para poder realizar el corso con todas las garantías de éxito, también induce a los arraeces a impedir el cambio de bando de sus bogadores: «... porque los han menester dexar andar solos y que no remen más, les pesa que nadie diga que quiere ser turco, y muy muchos vi yo que andando a rogar que les hiciesen turcos, y no querían, sino echabánlos con el diablo diciendo que lo hacían porque quitándoles la cadena y presión ternían mejor aparejo para huir» [35]. Los galeotes son las víctimas de una actividad, de los conocimientos técnicos y de un espacio geográfico de una época muy determinada, que necesita de la fuerza de los brazos para desplazar los navíos. El corso, como la navegación oficial, depende absolutamente de estos desgraciados, por lo que algunas expediciones se organizan con el único fin de capturar hombres para completar la dotación del navío. Los galeotes intentan sublevarse contra los habitantes de la cubierta para lograr la libertad, pero muchos de estos intentos fueron condenados al fracaso por la falta de colaboración entre todos los galeotes, por la carencia de armas o por la imposibilidad de romper

[34] E.G. Friedman, *Spanish captives in North Africa in the early Modern Age*, Wisconsin, 1983, p. 183. Para ampliar las condiciones de vida de los esclavos moros y negros en España es muy interesante el trabajo de V. Alonso Cortés, *La esclavitud en Valencia durante el reinado de los Reyes Católicos (1479-1516)*, Valencia, 1964.

[35] *Viaje de Turquía, ibidem*, p. 175.

las cadenas que les unen a los bancos y remos. En los textos redactados por cautivos que bogaron durante parte de su cautiverio es frecuente la mención a suicidios entre los remeros, así como muertos por agotamiento físico, hombres que son arrojados al mar y cubierto su puesto por un nuevo forzado.

El patetismo de los relatos de los cautivos sobre el brutal trato que reciben de los comitres y el resto de las personas encargadas de su vigilancia, como el ejemplo de los arraeces que se divierten cortando las orejas y los brazos de los bogadores [36], hay que analizarlo y ponerlo en relación con la época descrita. En la mayor parte de los relatos europeos se exagera la dureza de la vida de los galeotes cristianos. Algunos de los textos más dramáticos sobre la tragedia de estos hombres los confeccionan miembros de las órdenes redentoras para mover el ánimo y los bolsillos de sus oyentes y fieles, con lo que aumentan las limosnas dedicadas a la redención. Por lo general, los cristianos han reseñado los casos más patéticos y humillantes que les dieron los musulmanes en el cautiverio. Es innegable que existieron arraeces que cortaron brazos de galeotes para atemorizar al resto de los bogadores para que remaran, o comitres que sajaron orejas de sus tripulaciones por pura diversión, pero estos episodios son más excepcionales de lo que puede parecer por la consulta de la documentación cristiana. El cautivo, aunque abundante en estos siglos, es una mercancía cara, por lo que su dueño debe mantenerle vivo el mayor tiempo posible para amortizar su inversión. De otra parte, el corso es una actividad arriesgada que depende del buen aparejo de su medio de realización. La chusma es una parte tan esencial del corsario como la rapidez y la consistencia de su navío, por lo que debe cuidarla tanto como a él. Contar con una tripulación de galeotes entrenada y acompasada era bastante difícil de lograr, por lo que cuando se alcanzaba tal objetivo ésta es celosamente guardada. La relación de dependencia de los moradores de una galera es absoluta. Los del puente superior necesitan y sobreviven gracias a los que viven en los bancos, por lo que los exce-

[36] Diego de Haedo recoge varios de estos episodios, corroborados por la documentación incluida en el libro de L. y B. Bennassar, *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid, 1989, en la que se recogen los procesos de los tribunales inquisitoriales a los renegados que son capturados o que vuelven voluntariamente a la Cristiandad.

sos de brutalidad se suelen pagar con sublevaciones o la dejación de algunas de sus funciones. La existencia en el mar era cruel y dura para todos los hombres que se embarcan en las naves, siendo lógico que los forzados llevaran la peor parte de este sistema de vida. La chusma era la única baza de un navegante mediterráneo para escapar de una situación comprometida o para vencer a un enemigo más poderoso en un combate naval, por lo que los capitanes de las embarcaciones intentaban conservarla en el mejor estado posible.

Hemos definido al remo como el peor empleo de un cautivo, pero al mismo tiempo es una actividad por la que se puede alcanzar la libertad de una manera rápida. Si el navío corsario es apresado por una embarcación enemiga, ya sea corsaria o militar, el cautivo se podrá olvidar de los escasos 40 centímetros de banco donde tenía su morada. En la batalla de Lepanto, alcanzaron este estado cerca de 8.000 galeotes, aunque un número bastante elevado perecieron con las naves que bogaban o atravesados por las bolas de arcabuz o los venablos de las saetas. El segundo medio para alcanzar la libertad en un galeote es a través de un motín. Si los forzados cuentan con dagas, rompen sus cadenas, y además tienen la colaboración de algunos de los numerosos renegados de la tripulación, lograrán hacerse con el control de la galera. La historia del cautiverio está llena de relatos de esta índole, que culminaron con la libertad y algunas monedas para los cautivos tras la venta de sus antiguos mandos. El reciente libro de Bartolomé Bennassar sobre los renegados está lleno de «tornadizos» procesados por el Santo Oficio que han facilitado motines o que han sido capturados en el curso de ellos. También un galeote puede esperar la proximidad a las costas cristianas para saltar al mar en un momento de descuido de sus captores y buscarse un refugio en la costa hasta que la nave desista de localizarle.

La vida de los cautivos cristianos en las urbes berberiscas y marroquíes

Los cautivos después de ser vendidos en almoneda pública pasan a residir en los baños. El baño es un recinto donde se recogen, como definimos con anterioridad, los cautivos por la noche y en los días que no realizan ninguna actividad laboral. Éstos pueden ser desde barrios,

como en el caso de Marrakech, edificios semejantes a cárceles, simples corrales cercados por empalizadas u oquedades excavadas por ellos mismos en el suelo. Los baños son propiedad de la autoridad de la ciudad, como el famoso baño de la bastarda de Argel citado por Miguel de Cervantes en varias de sus obras, que se compromete a pagar el sueldo de las personas destinadas a su vigilancia. En él residen todos los cautivos que pertenecen al sultán o el beylerbey como los de particulares que no tienen recintos para tal efecto o que no desean hospedarlos en su casa. En Argel, sólo los dueños de galeras y los arraeces principales tienen baños particulares, concesión que se logra previo pago de un canon a la autoridad. En 1643, había seis baños privados en la urbe corsaria, que son conocidos por el nombre de su dueño (Colurlis, Sīdī Ḥaṣam, Ali Arabagi, Pascia, Ali Mami y Beylik). A finales del siglo XVII, los baños serán conocidos por el nombre del santo o de la virgen a la que se consagra la capilla cristiana que tienen dentro [37]. En Túnez, a mediados del siglo XVII, había nueve baños propiedad de particulares y en Trípoli tres.

Los baños van evolucionando de la misma manera que el cautiverio y las ciudades donde se asientan. De ser simples recintos donde se apiñan personas, pasan a disponer de diversas estancias, hospitales, capillas, lugares para los enfermos y tabernas. Todas estas mejoras se logran previo pago de un canon a los captores, aunque esta permisibilidad también pone de manifiesto la mayor tolerancia de los musulmanes [38]. Los cautivos van creando su propio mundo en los lugares de encierro, que se rige por unas normas particulares, acaecido por el difícil devenir diario. El permiso de la asistencia corporal y espiritual a los cautivos comienza a poner orden dentro de los lugares de encierro. Diego de Haedo nos informa que los cautivos debían de satisfacer una pequeña cantidad de dinero al guardián del baño para poder asistir a la celebración de los oficios. Cuando se comienzan a edificar hospitales y oratorios mejoran considerablemente las condiciones del cautiverio, tanto

[37] E.G. Friedman, «Trinitarian hospitals in Algeriers: An early example of health care for prisioners of war», *The Catolic Historical Review*, LXVI, 4, 1980, pp. 551-564.

[38] La creación de estas instituciones se debe al esfuerzo de los redentores a lo largo de los siglos XVI y XVII. A. de la Madre de Dios, *Chronica de los Descalzos de la Santissima Trinidad redempcion de cautivos...*, Alcalá de Henares, 1706.

física como moralmente [39]. Los apresados celebran sus fiestas religiosas dentro de los baños y asisten a los oficios cada vez en mayor número:

> La iglesia o oratorio de los cristianos, do (sea el Señor bendito) todo el año se dicen misas, y muchas veces en fiestas solemnes cantadas y solenizadas con sus vísperas y muy bien acordadas... y como nunca por la falta suya faltan cristianos devotos, hay gran concurso dellos que los domingos y fiestas suelen, los que pueden, oír allí misa, y en las Pascuas suelen ser tantos que no caben y es necesario algunas veces decir misa en el patio, fuera, y en tales días suelen los guardianes del baño, turcos y moros, no dexar entrar alguno que no pague primero un áspero, de que sacan gran ganancia [40].

Los primeros lugares de culto cristiano en Berbería se pusieron en las casas de los mercaderes y cónsules cristianos [41], para luego ser autorizados por las autoridades de las ciudades berberiscas en el interior de los baños. En 1623, las órdenes religiosas especializadas en el cautiverio (franciscanos, mercedarios y trinitarios), y las de nueva creación, en especial la constituida por San Vicente de Paul, vigilan el cumplimiento de la ortodoxia religiosa y moral entre los privados de libertad [42], que era mucho mayor de lo que suelen referir los redentores en sus tratados:

[39] Al igual que hay que olvidar los esquemas simplistas a la hora de definir la vida del Mediterráneo en la Edad Moderna, esto mismo debemos realizar en la descripción de los baños y las formas de vida de los cautivos. La imagen del cautivo que ha trascendido es la del cristiano que persevera en sus creencias y sus formas de vida, oponiéndose de esta manera a los musulmanes. La documentación de la época nos confirma esta visión, a la vez que nos da otras que la puntualizan: «... los mas dellos [de los cautivos] halle que estaban caydos en vicios abominables, y avian llegado al profundo de la maldad, obstinados en sus pecados, ensuziados con deshonestidad de toda suerte, manchados con blasphemias, odios, robos, desprecio de Sacramentos, castigo, doctrina, y buen ejemplo, y sobra de ocasiones, libertad de pecar, y tentaciones del demonio». J. Gracián de la Madre de Dios, *ibidem*, folio 324v.

[40] D. de Haedo, *ibidem*, tomo I, p. 195.

[41] «Estos empeçaron a tener Missa en sus casas, y los Turcos a tolerarlo: de la tolerancia vinieron a pedir licencia para que los Christianos, así libres, como cautivos, pudiessen assitir a oirla en sus casas». F.A. Silvestre, *ibidem*, p. 117.

[42] E.G. Friedman, «The exercies of religion by Spanish captives in North Africa», *Sixteenth Century Journal*, 6, 1975, pp. 19-34.

> ... porque en tierra de Catholicos ay buena doctrina, y no se consiente la mala, mas entre captivos hallé introducida doctrina tan perversa, que tuve mucho trabajo en desarraygar algo della. Porque publican, que ninguno está obligado a dexarse matar por evitar pecados. Tienen por justo el robar lo que pudieren a qualesquier Turcos o Moros. Dicen que no les obliga la Iglesia a abstenerse de comer carne en días prohibidos, dando por escusa la necesidad. Y assi los mas no guardan la Quaresma (que es quando comunmente salen las galeotas). Dizen que se puede salvar el renegado que en el coraçon tiene a Christo, y otros semejantes errores, que la ignorancia, y obstinación en el vicio les ha enseñado, y algunos malos Christianos captivos eclesiásticos, que alla han vivido escandalosamente [43].

La constitución de hospitales humaniza las condiciones de vida de los habitantes cristianos de las ciudades corsarias. La mejora de las condiciones de vida y la presencia frecuente de religiosos, que intentan por todos los medios las continuas deserciones morales de sus correligionarios, no liman completamente las penalidades del cautiverio. Los cautivos tienen que sufrir las continuas presiones físicas y morales de sus captores, además del duro calvario de su privación de libertad:

> ... viéndose tan desfavorecido de Dios y desechado, con sus ojos ve, por otra parte (y no dexa de verlo), que a los infieles, a los que profesan ser sus enemigos, a los que blasfeman de Dios, a los que ponen en su boca en el cielo, a los que andan vestidos de impiedad, cuyos pecados nacen y salen afuera de la gordura grande de maldad de sus entrañas, que sin vergüenza y a voces osan decir que no hay Dios en el Cielo, que no hay Cristo, que es burla la Trinidad ni que Dios tenga algún hijo; a estos tales ve que Dios, no solamente los sufre, pero que los harta, que los regala, que los favorece, que los prospera [44].

La información sobre la vida que llevan las cautivas es mucho menor que la referida a los hombres. No viven en los baños, sino que son

[43] J. Gracián de la Madre de Dios, *Tractado de la redempción de captivos, en que se cuenta las grandes miserias que padescen los Christianos que están en poder de infieles, y de la qual sancta obra sea su rescate, y de algunos medios y apuntamientos para ello*, Roma, 1597, folios 318v-318r.

[44] D. de Haedo, *ibidem*, tomo II, p. 167.

llevadas a las casas de las personas que las compran para realizar labores domésticas. Según los escritores españoles, las cautivas son muy apreciadas por los naturales de la tierra, al igual que las andalusíes y las renegadas, por ser más limpias, trabajadoras y aseadas que las originarias del Magreb. Al verse excluidas del resto de la comunidad cautiva, soportan una mayor presión de sus dueños para que abandonen la religión, amén de los continuos requerimientos sexuales de sus patrones:

> ... hizimos ocho casamientos de cautivos con cautivas Christianas, que estaban apalabrados, y se cassan assi entre estos infieles, porque si hay alguna muger moça cautiva, y de buen parecer y talle, luego la apetecen los Reyes o gente noble para sus mancebas, y para ello las buelven moras por fuerça para cohabitar con ellas, que si no son Moras, tienénlo por gran pecado el llegar a ellas, y a los hombres cautivos, que ven de buenos talles, buelvenlos Moros con esta fuerça, para hazerlos Alcaydes, y servirse el Rey dellos en sus Gobiernos y Casa, y por escusar esta persecucion y graves tormentos que para ello les suelen dar, y por no perder la Fe Christiana, huyendo estos peligros los tratos de buen parecer, luego procuran casarse, porque despues de casados los dexan, que quieren tener sucesión en ellos, y más cautivos, que no usar dellos en lo dicho [45].

Su rescate por los redentores, al igual que el de los niños, estuvo vedado durante varias décadas del siglo XVI. Las gestiones de algunos religiosos consiguen ablandar la voluntad de las autoridades musulmanas que permiten la puesta en libertad por cantidades bastante elevadas. En el siglo XVII, los niños y las mujeres van a ser uno de los objetivos prioritarios de los rescatadores. Tanto unos como otros estaban en mayor riesgo, según los religiosos españoles, al ser muy frecuente que abandonen el cristianismo y se integren en la amplia comunidad de renegados del Magreb y el Imperio Otomano. Siguiendo los relatos de los cautivos y los rescatadores, los infantes y las mujeres tienen que soportar un verdadero acoso sexual por parte de los turcos, magrebíes y los renegados, por lo que se encuentran en continuo peligro de caer en la sodomía o de renegar de su religión: «Los jenízaros... dán-

[45] Fr. M. de San Francisco, *ibidem*, pp. 71-72.

dose a la crápula y lujuria, y particularmente a la hedionda y nefanda sodomía, sirviéndose de mozos cristianos cautivos que compran para este vicio, que luego visten a la turquesca, o de hijos de judíos y de moros de la tierra y fuera de ella, tomándolos y teniéndolos a pesar de sus padres, con los cuales están días y noches emborrachándose con aguardiente y vino»[46]. La dificultad de su liberación también se debe al considerarlos como los objetos mejores para los presentes que las autoridades berberiscas mandan a los sultanes de Estambul.

El cautivo, con independencia de su condición y linaje, se mantiene vivo en la esperanza de una pronta liberación, bien sea por medio del rescate o por la huida. Después de la batalla de Lepanto, los que residen en Argel y Túnez esperan la aparición de la escuadra de la Liga para que conquiste la ciudad corsaria. Como la consecución de la libertad por la conquista de las urbes corsarias nunca llega, como consecuencia de la disminución de las acciones de conquista, sus únicas posibilidades se reducen a la redención y la fuga. La proximidad de las urbes corsarias con los presidios y las costas cristianas son suficientes acicates para que esta idea esté siempre presente en la mente de este colectivo. Esta empresa era muy dificultosa por tierra debido a la extremada codicia de las poblaciones beréberes que siempre están vigilantes a los caminantes cristianos para devolverlos, tras cobrar una recompensa, a las ciudades corsarias. El mar, aunque más peligroso, era el medio más factible por la presencia de embarcaciones cristianas, en especial mallorquinas, merodeando las costas magrebíes y por la cercanía de las plazas de dominio español a las urbes corsarias. Orán y el resto de los presidios fueron siempre los destinos predilectos de los cautivos en sus azarosas aventuras, tanto terrestres como marítimas, para acabar con su infamante estado.

El otro colectivo intermedio entre la Cristiandad y el Islam: los renegados

Si los cautivos representan la parte heroica y épica de la historia de la frontera entre la Cristiandad y el Islam en la Edad Moderna, el

[46] D. de Haedo, *ibidem*, tomo I, p. 76.

relato de aquellos hombres y mujeres que perseveraron en sus creencias hasta que murieron o lograron la libertad, los renegados han sido considerados por la historiografía tradicional la parte deshonrosa de estos siglos, la de los individuos que se dejaron tentar por el demonio, los musulmanes o sus miedos y trocaron su ideario religioso:

> yo vi por estos mis ojos dos casos desos mesmos a dos entalladores muy primos, y vinieron a tomar consejo conmigo; y yo les dixe que aunque los matasen tubiesen firmes, que vien aventurados ellos si aquel día morían: por de allí a quatro horas ya habían usado aquella maña de que por la fuerza los habían cortado. La segunda mentira es de los que se rescatan o se huyen, que dicen que resçibian allá porque renegasen muerte y pasión. No puede, como tengo dicho, hazerles más de persuadirles tres vezes, y si no quieren dezarlos, sino es que algunos los amenaçan; pero estos tales ya van contra su ley ...y el Baxá me dixo un día hablando en eso conmigo, que si quisiese abrir tienda a circuncidar todos los que quisiesen que muy pocos quedarían en las torres que no lo hiciesen para salir dellas, lo qual andando más el tiempo vi claramente ansi [47].

La asunción de estas ideas ha supuesto el desconocimiento de este colectivo humano, sobre el que existen trabajos muy limitados y escasos [48].

Las causas que llevan a un cristiano a renegar de su fe son tan variadas como las vicisitudes y circunstancias que deben padecer los hombres recién cautivados:

> La ocasión que a estos tales mueve para con tan grande perdición de sus almas dejar el verdadero camino de Dios, no es otro sino que unos pusilánimos rehusan el trabajo de la esclavitud, a otros apetece

[47] *Viaje de Turquía, ibidem*, p. 175.

[48] Con anterioridad a la aparición del trabajo de L. y B. Bennassar, ya citado en varias ocasiones, sólo podíamos entrar en contacto con este tema por el trabajo de S. Bono, *I corsari barbareschi*, Turín, 1964, en el que establece la importancia de los renegados dentro del corso magrebí, y por las pequeñas publicaciones de J.M. Murga, *Monografía de una familia próxima a extinguirse y que no fue descrita por Buffon*, Madrid, 1868, y T.G. Figueras, «La apostasía entre los cautivos cristianos en Marruecos», *Miscelánea de Estudios Históricos sobre Marruecos*, pp. 233-250.

> la vida libre y de todo vicio de carne en que viven los turcos, y a otros desde muchachos los imponen sus amos en la vellaquería de la sodomía a que se aficionan luego, y juntamente el regalo que los turcos les hacen más galas hembras sus mujeres, y desta manera, sin saber, ni hacer cuenta de lo que dejan ni de lo que toman, se hacen turcos, y los turcos también de buena gana los hacen renegados, los unos porque persuaden los que presumen de finos turcos que en esto hacen servicio a Dios y a su Mahoma [49].

Los rescatadores y los religiosos cautivos afirman que ningún bautizado dejaba su religión de corazón, sino siempre motivado por el interés o por el miedo [50]. Existe una gran cantidad de ejemplos que niegan este tipo de afirmaciones, como por ejemplo todos los gobernadores de origen renegado que rigen los destinos de las repúblicas berberiscas o los arraeces corsarios que extienden la guerra hasta las mismas aguas del Atlántico. Este tipo de argumentos queda corroborado por la misma literatura de la época, como muestra el ejemplo que sigue:

> ... no siendo casi todos los corsarios otros que renegados, y todos práticos en las tierras y marinas de la Christiandad, muy a su parecer y en mitad del día o cuando se les antoja, desembarcan y saltan en tierra y caminan sin temor ninguno por ella diez, doce, quince leguas y más, estando los pobres christianos descuidados saquean muchos pueblos, cautivan infinitos hombres, toman muchachos sin número mamando a los pechos de las madres... y aun muchos de los renegados trayendo por las manos atadas a sus propios padres, hermanos y parientes, los cuales venden o hacen volver moros y turcos, sin saber un solo que se ponga delante ni les diga una palabra [51].

La perspectiva de los padecimientos que sufrirían si mantienen su credo religioso fue sólo una de las razones que impulsaron a algunos

[49] D. de Haedo, *ibidem*, tomo I, p. 53.

[50] «... ningún christiano se torna moro en la muerte; mas en la vida, por gozar de la luxuria y de los otros vicios. Mas el moro antes se torna christiano en la muerte que en la vida». R. da Monte di Croce, *Repobración del Alcorán*, Sevilla, 1501, folio 8r.

[51] D. de Haedo, *ibidem*, tomo II, p. 87.

prisioneros a convertirse, como se aprecia en los mismos apresamientos de los navíos europeos en los que un gran número de tripulantes piden inmediatamente entrar dentro del Islam. El miedo al castigo y las malas condiciones de vida llevan a muchos de los soldados de los presidios españoles en el Magreb a pasarse al enemigo e integrarse en su religión, hastiados de las vejaciones que sufren de sus superiores y del continuo estado de peligro y de privación que soportan entre las murallas de las fortificaciones españolas. Al convertirse, son obligados a enrolarse en los ejércitos terrestres berberiscos o marroquíes, teniéndose que enfrentar en alguna ocasión con sus antiguos compatriotas [52]. Los cautivos que tienen profesiones útiles para los musulmanes (calafates, carpintero de ribera, fundidores, fabricantes de armas) fueron presionados para convertirse en «turcos de nación» o dedicieron cambiar de credo religioso ante la prohibición de los musulmanes de ser liberados o rescatados por dinero: «... fabrican las galeotas, funden artillería, labran escopetas, forjan las demás armas, hazen las emboscadas e inventan estratagemas, de donde viene el daño a la christiandad. Porque los moros, y turcos de nación, no tenían, ni tienen tanta industria» [53]. Su nueva religión les permitía alcanzar mejores condiciones vitales, tanto económicas como de trato y consideración, por lo que era lógico su comportamiento, que en muchas ocasiones supone sólo el paso oficial al otro universo cultural y no su inclusión real en el mismo. Los cautivos de rescate, sobre todo los nobles y los religiosos, eran maltratados para obligarles a que reclamasen con urgencia el dinero de su liberación. Algunos de ellos optaron por el abandono de su primitiva fe, aunque en muchas ocasiones esta decisión no fue bien vista por sus captores.

El Islam era también un buen refugio para delincuentes, tanto militares como civiles, de la Cristiandad, al no poder llegar al otro lado del Mediterráneo el brazo de la justicia ordinaria o eclesiástica. También las negaciones de la fe suelen aumentar después de la salida de

[52] «... que tanta multitud de soldados como oy ay en berberia, los más dello son renegados, y muy pocos son los Turcos de nacion, y ellos son los mas despreciados, sin industrias, ni valor, aunque menos crueles para con los christianos cautivos, y que en alguna manera les defienden...». J. Gracián de la Madre de Dios, *ibidem*, folios 333r y 333v.

[53] J. Gracián de la Madre de Dios, *ibidem*, folio 333v.

las urbes corsarias de los redentores. La privación de libertad y la dureza del cautiverio se intensifican, desde una perspectiva psicológica, cuando los redentores no son capaces, por falta de recursos económicos o por dedicarse a liberar a religiosos u otros colectivos cautivos, de devolverles a sus países de origen, por lo que desesperados abrazan voluntariamente el universo moral de sus captores. Otro factor que propicia la conversión es el deseo de escapar. Entre los cautivos estaba muy extendida la idea de que los conversos eran menos vigilados, por lo que se podían desplazar libremente por el país para alcanzar un presidio español o robar una barca y encaminarse a Orán o a las costas peninsulares. Este argumento es la exculpación más usual cuando los renegados comparecen ante los tribunales del Santo Oficio. En muchos casos, los cautivos se vuelven «tornadizos» para volver a su antiguo solar, aunque en otros casos se detecta fácilmente que este argumento es una simple excusa o un argumento para huir de un castigo seguro. De esta manera, debemos interpretar la repetida idea de que fueron obligados a renegar de su primitiva fe por las presiones y amenazas de muerte de sus dueños e, incluso, que fueron «retajados» contra su voluntad. Más frecuente, según la documentación, son las conversiones por haber encontrado a un cristiano teniendo tratos con musulmanas, delito que es castigado con la muerte o la obligación a entrar en la comunidad islámica. El resultado final es que en las ciudades corsarias, y en especial en Argel, se encuentran renegados que proceden de todas las partes de la Cristiandad, según nos expone Diego de Haedo:

> Los turcos de profesión son todos los renegados que siendo de sangre y padres cristianos, de su libre voluntad se hicieron turcos, renegando impíamente y despreciando a su Dios y Creador. Éstos y sus hijos por si solos, son más que todos los otros vecinos moros y turcos y judíos de Argel, porque no hay nación de Cristianos en el mundo de la cual no haya renegado y renegados en Argel. Y comenzando de las remotas provincias de Europa, hallan en Argel renegados Moscovitas, Roxos, Rojalanos, Valacos, Búlgaros, Polacos, Úngaros, Bohemios, Alemanes, de Dinamarca y Noruega, Escoceses, Ingleses, Flamencos, Borgoñones, Franceses, Navarros, Vizcaínos, Castellanos, Gallegos, Portugueses, Andaluces, Valencianos, Aragoneses, Catalanes, Mallorquines, Sardos, Corsos, Sicilianos, Calabreses, Napolitanos, Romanos, Toscanos, Ginoveses, Savoyanos, Piamonteses, Lombardos,

> Venezianos, Esclavones, Alvaneses, Boanos, Armantes, Griegos, Candiotas, Chipriotas, Surianos y de Egipto, y aun Abixinios del Prestejuan y Indios de las Indias de Portugal, del Brasil y de Nueva España [54].

Los renegados son un colectivo puente entre las dos riberas del Mediterráneo que va a influir decisivamente en la transformación de las sociedades corsarias y en la modernización de los estados musulmanes. Durante los siglos XVI y XVII, vamos a encontrar a muchos de ellos capitaneando las embarcaciones, guiando los navíos o sirviendo de pilotos en los ataques de los corsarios a los intereses españoles.

Algunos historiadores dedicados a la evolución náutica en el Mediterráneo atribuyen a que los pequeños y ágiles barcos corsarios eligieran el sistema de boga *a senzile* por el aporte técnico de estos europeos de origen. Esta forma de remar consistía en que cada forzado accionaba un remo, mientras que las galeras cristianas mantenían el sistema veneciano de *a scaloccio*, en la que cinco o siete hombres mueven sus brazos sobre un solo remo. El primero de los métodos permitía una mayor rapidez y maniobrabilidad del navío. El trasvase de conocimientos técnicos de Europa al Norte de África en cuanto a sistemas de navegación y de guerra es patente a lo largo de las dos primeras centurias de la Edad Moderna. Los arraeces renegados en Argel siempre fueron mayoritarios con respecto a los turcos de origen. En 1588, de los 34 arraeces corsarios argelinos 19 eran renegados o hijos de renegados. Mientras que en los primeros 50 años del siglo XVI, la mayor parte de los arraeces renegados proceden del Mediterráneo oriental, los de la segunda mitad de esta centuria y la siguiente son italianos, españoles y de los estados del norte europeo. La introducción de los buques redondos y las enseñanzas de la navegación por el Atlántico se deben a la llegada a las urbes corsarias de marinos holandeses. La «Edad de Oro» del corso argelino hay que atribuirla en gran parte a estos hombres, ya que perfeccionan una actividad que logra de 1613 a 1623 capturar 936 navíos cristianos, pudiéndose contabilizar entre 60 a 100 arraeces diferentes. En la segunda mitad del siglo XVII y en el siglo XVIII, la disminución del número de capturas afecta directamente a la reduc-

[54] D. de Haedo, *ibidem*, tomo I, pp. 52-53.

ción de cautivos y de renegados. En la época de la Ilustración, la figura del renegado comienza a ser más escasa y de una significación menor en la historia magrebí.

El renegado, al igual que el cautivo, debe su existencia y su aumento al corso. Cuando los arraeces logran apresar a un gran número de cautivos, un porcentaje elevado de ellos abandonan su religión para transformarse en musulmanes. En los momentos de mayor apogeo de los enclaves corsarios, se considera que entre un cuarto y un tercio de los cristianos retenidos contra su voluntad se convierte a la religión de sus captores. Las urbes corsarias eran lugares donde se podía llegar a lograr una fortuna personal considerable y donde la cuna no condicionaba las ambiciones de los ciudadanos. Las sociedades abiertas, como son las repúblicas corsarias, permiten un ascenso social y unas posibilidades económicas a sus miembros que resultan muy difíciles de encontrar dentro de Europa y de otros estados musulmanes. La conversión al Islam se ve normalmente propiciada por este factor, lo que explicaría la falta de escrúpulos de muchos cautivos. Aunque aceptemos que un elevado número de católicos realizaron el paso al universo moral de sus antagonistas forzados por las circunstancias o pretendiendo huir del cautiverio, las posibilidades que se les ofrecían en su nuevo país impidieron cumplir sus primitivos planes. El número de los renegados de las urbes corsarias fue aumentando en la misma proporción que la intensificación del corso. De los 6.000 que existían en Argel en 1580, según los datos de Diego de Haedo, se pasa a 8.000 hombres y 1.000 o 1.200 mujeres en 1630, 3.000 o 4.000 hombres y 600 o 700 mujeres en Túnez y varios centenares en Trípoli. Estos datos quedan corroborados por la lectura de otras fuentes, e incluso se amplían sus porcentajes sobre el número total de cautivos: «Es cosa muy averiguada, que de los muchos que cada año van captivos, más de la mitad, y aun las tres partes reniegan de su fe» [55].

Que los renegados se conviertan en corsarios rompe gran parte de los esquemas heredados de la historiografía sobre el cautiverio [56]. Por el simple hecho de cambiar de credo religioso, la víctima del corso se

[55] J. Gracián de la Madre de Dios, *ibidem*, fol. 329r.

[56] J. de Graviere, *Les corsaires barbaresques et la marine de Soliman le Grand*, París, 1887.

transforma en verdugo y principal causante del cautiverio. Si la figura del arraez de nación española o napolitana nos resulta normal por la reiteración con que nos hemos referido a ellos, se pueden poner en colación los gobernantes islámicos de origen renegado que se pueden encontrar desde la Sublime Puerta hasta el palacio de los sultanes de Marrakech para ejemplificar la implicación social y política de los miembros de este colectivo. La organización política de los países musulmanes, al igual que sus sociedades, eran más abiertas que sus contemporáneas cristianas. El Imperio Otomano empleó a figuras de origen renegado en puestos de importancia desde la misma época de su formación como principado fronterizo. En Marruecos, la entrada masiva de hombres de origen renegado se produce durante el mandato de Aḥmad al-Manṣūr, que promociona como consejeros a personas de antiguo origen judío, andalusí y cristiano, y se mantiene durante el resto de los gobiernos de los sultanes sa'díes y 'alawíes.

La visión tradicional sobre los renegados, difundida por los cautivos y los rescatadores y religiosos que se acercan a Berbería, es que la conversión sólo se produce por las presiones que tienen que padecer estos hombres y mujeres durante el cautiverio. Esta misma es la exculpación que recoge el matrimonio Bennassar sobre los tornadizos que vuelven a la Cristiandad por sus testimonios en los tribunales del Santo Oficio. Este argumento puede ser rebatible perfectamente. Salvo el caso de los militares, algunos religiosos, hidalgos y obreros especializados, los musulmanes no intentaron que sus cautivos se convirtieran a sus creencias. De hecho, la «ley islámica» mantiene que la conversión nunca puede ser forzada, sino por un acto de voluntad del neófito:

> La ceremonia y manera que usan cuando les hacen Turcos o renegados es esta: En un día cual les parece, aparejan un lecho muy adornado en una cámara, y siendo de noche (porque nunca fiestas destas hacen de día), dan una comida a que llaman sosfía, a los parientes y amigos y convidados para la fiesta y éstos son cuantos les parece a ellos; acabada la comida, en la cual el que se hace renegado y también se halla, le ponen en un asiento o está en pies y dos hombres le tienen los brazos, y si es muchacho o niño, puesto algún hombre en algún asiento le asientan sobre las rodillas del hombre, el cual le tiene asido los brazos por detrás y por debajo la horquilla, y poniéndole a los pies o un pelejo o vaso lleno de tierra en que caya la sangre, llega a él el maestro, el cual ordinariamente es algún Judío maes-

> tro deste oficio, y con unos hierros a manera de mordaza, hechos aposta para este efecto, le retaja y circuncida cortándole en redondo toda la capilla del miembro sin quedar nada y porque no se puede hacer esto sin sentir gran dolor, que son todos los convidados, al tiempo que el maestro va a cortar la carne, dan voces muy grandes llamando por Mahoma y diciendole: Ila, Ila Ala Mahamet hera curra, Ala, etc., que quiere decir: Dios es, y Dios será, y Mahamet es su mensagero; y juntamente con esto, otros echando de los corredores y barandas abajo muchas ollas y vasos de agua puestos allí antes aposta para este efecto, porque con tantas voces y ruido divierta el pensamiento el retajado y no sienta tanto el dolor de la circuncisión [57].

La crónica de cautiverio está repleta de casos en los que las conversiones promovidas por la búsqueda de una vida mejor o por los intentos de huida son prohibidos por las autoridades políticas y religiosas de las cuidades corsarias. En alguna medida, hay que reivindicar la idea de que muchas de las conversiones son motivadas por el intento de ascenso social, idea propuesta por Salvatore Bono en su trabajo sobre el corso berberisco y la influencia de los renegados italianos en su expansión.

Independientemente de las causas que llevan a un cristiano a abandonar su sistema de creencias, lo que no se puede negar es la creación de un comportamiento político y vital presidido por el sincretismo. Hemos hablado de los cautivos y de los renegados como los elementos intermedios de dos culturas y definido a las urbes corsarias como parte de una línea de frontera entre ambos lados del Mediterráneo, por lo que resulta lógico pensar en la creación de una corriente de opinión y de un grupo humano que también se puede definir dentro de estos caracteres. Renegar no sólo debe interpretarse como una acción motivada por el interés, la cobardía o la felonía, sino también como una demostración de la moral acomodaticia y la desesperanza. Si aceptamos como válidas las opiniones de los cautivos y los juicios de algunos religiosos que piensan que un renegado que se mantenga cristiano en sus sentimientos y que lleve una vida acorde a la moral cristiana puede salvar su alma cuando muera, estamos ante una formulación de una moral sincrética: «... muchos Renegados que la em-

[57] D. de Haedo, *ibidem*, tomo I, p. 54.

bian [a las capillas y oratorios del interior de los baños de cautivos] con sus Cautivos, a los sacerdotes cera, y azeyte para que alumbren al Santísimo Sacramento, que es uno de los argumentos que han hecho para entender que lo más no lo son en el coraçon, y que conocen la verdad infalible de nuestra Santa Fe Catolica» [58].

El papel que representan los renegados en las sociedades islámicas está en relación directa con las causas por las que reniegan y por su ambición personal. La mayor parte de los renegados son figuras anónimas, igual de anónimas que los cautivos. De unos como de otros sólo han trascendido los casos singulares, tanto desde el punto de vista positivo como del negativo. De la gran masa de apóstatas y de cautivos sólo podemos referir su número pero no sus desgracias ni sus éxitos. El Mediterráneo genera unos sistemas de guerra y sociales específicos porque es la plasmación de una sociedad de frontera, especificidad que está abierta a un abundante número de categorías. No se puede definir a los cautivos por un personaje, como ha sido realizado en la historia española por medio de Cervantes, de la misma manera que no se puede describir a los renegados aludiendo a Sinan Pasha. Una sociedad abierta permite que las acciones individuales tengan más posibilidades de lograr el triunfo que aquellas que están profundamente reglamentadas por estamentos o por la pureza de la sangre que corre por las venas de un individuo.

Los renegados son una realidad incómoda para las sociedades en las que se integran, aunque a la vez de un gran provecho para las mismas, tanto por cuestiones técnicas como de prestigio sobre sus adversarios religiosos. En alguna medida, este mismo problema se puede detectar con los cautivos cuando regresan a su sociedad y a su mundo de creencias después de residir durante años en un baño norteafricano. Aunque al cambiar de fe han prometido fidelidad a su nuevo ideario religioso y a las autoridades que las representan, un recién converso debe demostrar a sus correligionarios dónde están sus intereses y simpatías [59]. La simple conversión supone un obstáculo para regresar a

[58] G. Gómez de Losada, *ibidem*, p. 420.

[59] Sobre esta cuestión, resultan muy interesantes algunos pasajes de las obras de Diego de Haedo y P. Dan, en los que refieren renegados famosos que tuvieron fama de ser verdaderos cristianos: «Hassan-Aga, o como ellos le llaman Hasan... Era renegado, criado favorito suyo, que por haçerles placeres vino a privar con él; era capado, más

la Península, ya que su caso debe ser estudiado y juzgado por la Inquisición para poder reintegrarse a la sociedad civil, trámite que impone miedo a los antiguos cristianos. Muchos cautivos expresan que las mayores amenazas y malos tratos que reciben proceden de los «nuevos musulmanes», que se muestran iracundos y crueles durante los primeros años para poner en evidencia a los musulmanes que su conversión es verdadera: «... y haziendo donaire y burla de nuestra Santa Fe (lo qual los renegados hazen muchas vezes, porque los tengan a ellos por buenos Moros)...» [60]. Otros, por el contrario, se muestran muy compasivos con los privados de libertad esperando que a su vuelta a la Cristiandad les sea perdonado su delito de apostasía.

Aunque los renegados renuncian a su religión, no hacen lo mismo con sus comportamientos vitales. Los mismos musulmanes alaban en ellos que tienen un concepto del honor y del deber más arraigado que los otros seguidores de las predicaciones de Mahoma [61], lo que se pone de manifiesto cuando algunos sultanes marroquíes conformen sus guardias personales con hombres de esta procedencia. A estos ejemplos de implicación con las sociedades en las que se integran se pueden contraponer los casos de renegados facilitando la huida de cautivos o que mandan avisos a las guarniciones españolas del Magreb sobre futuros ataques musulmanes.

La descripción de los renegados como practicantes del Islam está sometida a la misma polivalencia que sus comportamientos políticos. Para unos, son auténticos musulmanes, mientras que otros los definen como muy aficionados al vino, que no asisten nunca a las mezquitas, que se casan con renegadas o cautivas cristianas de su misma nación y que no suelen caer tanto en la poligamia como los musulmanes:

valiente hombre, según que lo demostró en lo de Túnez y la Goleta. Dicen que murio christiano y que por eso no lo quisieron enterrar los de Argel.»; G. Gómez de Losada, *ibidem*, p. 420. Esta noticia es completamente falsa en cuanto a los sentimientos religiosos del Beylerbey de la ciudad argelina, aunque puesta en textos cristianos sí tiene un enorme valor propagandístico.

[60] M. de San Francisco, *ibidem*, p. 79.

[61] «...los Renegados, por ser los mejores, y más valerosos; pues estos que son los mas ruynes que salen entre nosotros, y de mas poca cuenta, y assi los Alcaydes que entonces governavan, eran Renegados»; S. de Mesa, *Jornada de África por el Rey Don Sebastián y unión del reyno de portugal a la Corona de Castilla*, Barcelona, 1630, folios 68v-69r.

«...especialmente italianos y españoles, no reprimen su mal uso, que deprendieron en sus tierras, de jurar muy amenudo, blasfemar y renegar en lengua cristianesca»[62]. Existen testimonios que los acreditan como verdaderos cristianos:

> ...por su mandado tomaron algunos turcos y renegados al Iusufo, candioto, y le desnudaron en carnes, baxaron la antena, le colgaron della por el brazo izquierdo, y alzándole en lo más alto le mandó el Rey tirar muchos flechazos y con escopetas, con lo cual no perdió el ánimo el buen hombre; mas acordándose de su error y que renegara la fe de su Señor y Redentor Jesucristo (aunque realmente se conoció siempre en él la afición que tenía a nuestra santísima fe y el deseo de vivir en ella, y salvarse fue la causa principal para querer intentar aquélla y huirse), entonces en aquel paso de la muerte (en la cual no dexa Dios de recoger y perdonar los pecados) se arrepintió grandemente, porque lo oían todos llamar con voces altas a nuestro Señor y Redentor...[63].

Muchos cautivos se convierten al Islam por sus prácticas sexuales: «Y assi, por ocasión de mugeres ay muchos renegados en tierras de infieles, como perdidos en tierra de Christianos»[64]. Además del caso referido de ser descubiertos con una musulmana, suele ser frecuente que sean forzados por la afición de los seguidores de las predicaciones de Mahoma, según las crónicas españolas, a tener tratos con niños y mancebos. Los jóvenes introducidos en estas prácticas, o que han caído en ellas por coacción, tienen miedo de volver a la Cristiandad, por lo que deciden vivir en el Norte de África y Turquía. Los redentores intentan impedir que los niños se contagien con las «prácticas infamantes» liberándolos rápidamente, aunque para ello tengan que entregar enormes sumas de dinero. En la Península Ibérica, se llega a la conclusión de que el contacto de los cautivos, y también el de los renegados que logran huir del Magreb, con los turcos y los moros no supone más que perjuicios para la nación hispana. La redención logra liberar a los cautivos, pero no impide que las malas doctrinas y vicios de los musulmanes

[62] D. de Haedo, *ibidem*, tomo I, p. 182.
[63] D. de Haedo, *ibidem*, tomo III, p. 159.
[64] J. Gracián de la Madre de Dios, *ibidem*, fol. 324v.

lleguen a la Cristiandad: «Después desto redime V. Mag. conquistando a Argel y Bugía un lastimoso tributo, que de muy grande cantidad en efecto le paga cada año España so color de redimir cautivos, e además de pagar tributo de tanta nota, es traer a España y a toda la Christiandad las nefandas costumbres que les enseñan en Argel, y tanto cuando por nuestros pecados aca» [65].

Suele ser muy frecuente que los renegados pidan a los cautivos y a los religiosos la redacción de cédulas en las que se expresa que el paso al Islam ha sido forzado por las malas condiciones de vida o por las presiones de los musulmanes. Estos documentos, que representaban un grave peligro para sus personas si les eran descubiertos, les garantizaban el perdón si lograban regresar a sus países de origen, lo que es una clara demostración de que la conversión es fruto de las circunstancias y no de sus creencias: «Muchos destos renegados, y aun la mayor parte, que suspiran entrañablemente por volverse a sus tierras y ser christianos, mas a unos detiene la libertad de los vicios, y a otros la dulzura de robar cada hora y el dinero que algunos tienen, y a otros porque no merecen ser favorecidos de aquel señor, que tan indulgentemente renegaron y despreciaron. Y con estos buenos deseos, aunque poco eficaces, se entretienen hasta que mueren y se van derechos al infierno» [66].

Renegar no suponía la consecución inmediata de la libertad para los nuevos neófitos, sino ocupar un estado intermedio entre los cautivos y los musulmanes, bien sean turcos o magrebíes. Después de realizarles la circuncisión y celebrar fiestas por su cambio de religión, el nuevo musulmán sigue dependiendo de la persona que lo compró cuando era cautivo. Abandonan el baño para ir a residir a la casa de sus dueños, donde son tratados como un miembro más de la familia en la que se integran. Lograr que abandonara la religión un cristiano es una cuestión de prestigio para los hombres que lo propician, de la misma manera que lo es para un rescatador convencer a un musulmán o a un renegado para que abrace el Evangelio. En muchas ocasiones, trae aparejado un perjuicio económico, ya que como musulmán no

[65] M. Martínez del Villar, *Discurso acerca de la conquista de los Reynos de Argel y Bugía, en que se trata de las razones que ay para emprenderla, respondiendo a las que se hacen en contrario*, Madrid, 1619, fol. 17r.

[66] D. de Haedo, *ibidem*, tomo I, p. 164.

puede ser alquilado para remar en una fusta corsaria y debe ser recompensado por los trabajos que realiza. Si no se les concede la libertad absoluta, cuando se casan siguen residiendo en la casa del señor, y si mueren sus bienes también pasan a su antiguo dueño.

Muchos renegados siguieron manteniendo relaciones y contactos con su antigua patria. Es frecuente que compren cautivos que proceden del solar de sus ancestros y que mantengan correspondencia con sus parientes en Europa. El caso más conocido, aunque no el único, para ejemplificar esta afirmación, es el de Sinan Pasha, referido con anterioridad. Si la conversión ha sido falsa es frecuente que manden bautizar secretamente a sus descendientes, educándolos en la religión católica. Algunos redentores nos informan que cuando los renegados están prestos a morir suelen renunciar a la fe islámica, confesándose o recitando oraciones cristianas. En la época, se pensaba que se podía ser musulmán en las formas de vida, ya que el Islam permite satisfacer todos los vicios a sus seguidores, pero que todos ellos mueren como bautizados. Este tipo de opiniones están promovidas más por la forma de plantear el problema de este colectivo que por razones reales. La documentación española, y cristiana en general, intenta mitigar la significación de la conversión al Islam de los cristianos retenidos. Mientras que en las fuentes se insiste en el elevado número de cristianos cautivados, rara vez se cuantifica a los renegados. Estas figuras resultaban especialmente incómodas para los hombres de religión, sobre todo si se refieren a antiguos miembros del estamento eclesiástico. Los malos tratos que dan a los cristianos en el Magreb y su importante papel en el corso sólo lo explican por el embrutecimiento que conlleva practicar la religión de Mahoma, las ansias de enriquecimiento o el intento de demostrar que son verdaderos musulmanes. Aceptar estas ideas sin reflexionar más sobre esta cuestión, supone limitar enormemente este problema que tiene una extensión mayor que la reseñada por la documentación de los siglos XVI y XVII.

La reinserción de los cautivos y los renegados en sus países de origen

La vuelta a la Cristiandad era una segunda tragedia para muchos de los hombres y mujeres que habían sido capturados por los musul-

manes. Los largos años de permanencia en el Magreb habían transformado sus comportamientos vitales y morales [67], por lo que se tienen que volver a integrar en un mundo económico y cultural que en ocasiones les resulta adverso. Los cautivos que siguen teniendo familiares vivos son recogidos, aunque esta reinserción en muchas ocasiones no está exenta de problemas. La falta de noticias sobre su persona ha llevado a que se repartan sus bienes entre sus hijos y hermanos, y en algunas ocasiones que sus mujeres hayan contraído nuevas nupcias, tanto en España como en el Magreb: «Usanse en estas tierras unos matrimonios, que conciertan los Turcos, y los contrayentes por tener más libertad estando aparte en su casa... Tengo experiencia desto, por aver estorvado algunos destos Matrimonios, sabiendo que la muger estava casada en tierra de Christianos, y pareciales que bastaba imaginar ser el marido muerto» [68]. El elevado coste del rescate puede haber empobrecido la economía doméstica, como es el caso de la familia de Miguel de Cervantes, por lo que tienen que intentar rehacerla nuevamente.

En el caso de los renegados que logran escapar del Norte de África, estos problemas se complican aún más. Lo primero que tienen que hacer es notificar su llegada al tribunal del Santo Oficio de la zona, donde comienza un proceso para averiguar las circunstancias de su conversión. Si es portador de una cédula firmada por religiosos y cautivos, en la que se afirma su condición de cristiano aunque ha sido circuncidado y abjurado de su fe primigenia, los trámites del proceso se acortan enormemente, consiguiendo un perdón rápido, aunque no inferior a varios meses de estancia en las cárceles inquisitoriales. Más complejo es cuando el renegado es capturado por una embarcación cristiana. Lo primero que se hace es buscar testigos para saber su comportamiento con los cautivos. Si se demuestra que su conversión ha sido verdadera o que se ha comportado cruelmente con los cautivos, será condenado a galeras o, incluso, a muerte si se muestra pertinaz en sus creencias y opiniones. La

[67] Las transformaciones que produce el cautiverio se aprecian perfectamente en la siguiente cita del *Viaje de Turquía*: «Quando en mas fortuna y necesidad se ven, comienzan a blasfemar y renegar de quanto ay en el cielo de la luna, hasta el más alto, y de la falta de paciencia de los remeros no es tanta maravilla, porque verdaderamente ellos tienen el afán, que cada hora les endulze la muerte», p. 150.

[68] J. Gracián de la Madre de Dios, *ibidem*, fol. 327r.

Inquisición es el mayor escollo para que muchos renegados abandonen el Magreb y pasen a sus antiguos solares, ya que no tienen ninguna seguridad de que sus faltas sean perdonadas por estos jueces eclesiásticos. En principio, los inquisidores no se mostraban muy duros con los renegados si no habían cometido delitos de sangre. Para los cristianos, que un apostata regrese nuevamente al seno de la Iglesia y de la comunidad es un triunfo moral sobre el Islam, de la misma manera que la conversión de un noble o de un eclesiástico a la religión predicada por Mahoma lo es para los musulmanes [69]. Según los rescatadores, los musulmanes intentan introducir a sus nuevos neófitos en los peores vicios y pecados para asegurar que nunca volverán a la Cristiandad por miedo al castigo que les darían sus antiguos compatriotas. Sin entrar a referir el problema concreto de los renegados, los cautivos se ven asaltados por continuas dudas, tanto de fe como vitales, además de las propias por haber vivido en unos ambientes tan alejados de sus prácticas cotidianas, que les hacen tener miedo a salir de su cautiverio para volver a sus antiguos solares:

> ...porque viendo un cautivo cómo Dios tan olvidado se muestra para él y tan favorable a sus propios enemigos, su flaqueza humana luego le hace pensar, y aun a muchos dudar, si hay Dios. Y si lo hay, ¿qué providencia es la suya, con qué gobierna las cosas humanas? Ya que las gobierna, ¿en qué razón cabe que dexe tan continuo afligir, robar, destruir y asolar la Cristiandad?... Porque tras esto, poco a poco ponen duda si la religión cristiana es la buena y si nuestra santa fe es verdadera. Y si es posible que los moros vayan errados. Y por qué se ha de creer y decir que se vayan al infierno tantas gentes [70].

El cautiverio genera las reacciones más variadas entre las personas que se ven obligadas a padecerlo. Los cautivos desean recuperar la li-

[69] El reciente libro de L. y B. Bennassar, *Los cristianos de Alá. La apasionante aventura de los renegados*, Madrid, 1989, se centra exclusivamente en los procesos inquisitoriales contra los renegados. Este texto lo establecen los hispanistas franceses recogiendo casos concretos de juicios de los principales tribunales de España, Italia y Portugal, por lo que entre sus páginas se encuentran una gran cantidad de anécdotas y casos concretos, así como las formas más habituales en las que estos hombres y mujeres volvían a la Cristiandad.

[70] D. de Haedo, *ibidem*, tomo II, p. 169.

bertad, pero muchos de ellos cuando la adquieren se quedan a vivir en Berbería como hombres libres porque no saben salir del lugar donde han residido los últimos años de su existencia. Estos cristianos libres, *francos* según la documentación de la época, son los que abren las tabernas en las ciudades magrebíes, tanto en el interior de los baños como en los arrabales de las ciudades magrebíes. Algunos cautivos que han logrado la libertad, por medio del pago a su dueño de una cantidad establecida o por libre voluntad de su dueño, no pueden regresar a sus países de origen por carecer de medios y no tener la ayuda necesaria para tal fin:

> Conoci en Argel ese desprecio grande que tiene el cautiverio en muchas cosas que experimenté. Allí ay algunos Christianos francos, que assi se llaman los que están ya libres, y se han rescatado, y muchos mercaderes van a comerciar, aunque conozcan al cautivo, sus prendas, y meritos los buelven el rostro, ni le hablan, ni comunican como si fuera un monstruo, y indigno de parecer entre hombres: y lo que más es, que el mismo parece se olvida de si, mira por si, no sabe que es honra, ni punto della, ni primor, se abate, se apoca, y envilece, y el desdichado estado le obliga a hacer algunas cosas, que se afentaran los más baxos y despreaciado del mundo [71].

En las ciudades corsarias, se han creado sociedades abiertas que permiten que muchos de los antiguos cautivos deseen vivir en ellas cuando adquieren la libertad en lugar de volver a su patria, sobre todo si han perdido sus bienes y familias, o tienen cuentas pendientes con la justicia, cuestiones más frecuentes de lo que pudiera parecer si sólo mirásemos la documentación sobre el cautiverio establecida por los redentores. Este ambiente urbano de las ciudades dedicadas al corso nos lo describe Miguel de Cervantes en *El Quijote* al referirse a la ciudad de Vélez Málaga: «No se admiraban ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha a ver a los unos y a los otros».

Los largos años de estancia entre los musulmanes han creado unas formas de comportamiento intermedio, tanto desde el punto de vista cultural como vital, que resultan fáciles de establecer para los renega-

[71] G. Gómez de Losada, *Escuela de trabajos...*, *ibidem*, p. 24.

dos, y en mucha menor medida entre los cautivos. Cuando los tribunales juzgan a personas que han sido durante varias décadas renegados, se aprecia un olvido manifiesto de la doctrina y las prácticas cristianas, e incluso la defensa de ideas religiosas que pueden ser causa de un delito de herejía. La decisión de volver a la Cristiandad de un renegado, o su captura por un navío cristiano, supone el abandono de la mayor parte de sus bienes. Si su fuga ha sido premeditada no puede vender sus posesiones en Argel o Túnez para no ser descubierto por sus nuevos correligionarios, lo que implica que a su vuelta a España tenga que rehacer íntegramente su vida y su hacienda. Es frecuente que sigan practicando las profesiones que tenían en el Islam, como es el caso de Simón Danser que mantendrá su oficio de corsario cuando sea perdonado por su apostasía.

A lo largo de estos tres siglos, existen casos de cautivos y renegados que no lograron reintegrarse en la sociedad cristiana después de su consecución de la libertad. Los que habían dejado mujer e hijos en el otro lado del Mediterráneo se consideraban culpables de su acción, por lo que no es infrecuente que se embarquen clandestinamente para el Magreb. Al igual que hay españoles que son capturados repetidas veces, existen personas que reniegan del Cristianismo y del Islam en más de una ocasión, viviendo a caballo entre ambos lados del mar, entre la Cristiandad y el Islam, durante buena parte de su vida.

En alguna medida, el cautiverio y el corso establecen un drama mayor que los daños que causan a sus adversarios, como son los de trastocar las costumbres vitales y morales de muchos habitantes de las riberas mediterráneas de estos tres siglos. El drama humano no sólo hay que referirlo en las muertes horrendas o en los combates navales, sino también en la constitución de dos grupos humanos bastante numerosos que no saben encuadrarse completamente en ninguno de los dos espacios culturales, políticos y religiosos en los que deben habitar.

III

SOLDADOS, MERCADERES Y RESCATADORES DE CAUTIVOS

Los soldados españoles y la forma de ocupación del espacio en el Norte de África

La conquista del Norte de África siempre fue considerada como una empresa memorable y justa por los dirigentes españoles. Los súbditos de la Monarquía Hispánica eran partícipes de las opiniones de sus gobernantes, coincidiendo también con las recomendaciones recogidas en las cláusulas del testamento de Isabel la Católica, de que la lucha contra los infieles era la primera obligación de todos los bautizados [1]. El fracaso de la empresa conquistadora del Magreb, inspirada en la creación de un país que se extendiera en ambos lados del Estrecho de Gibraltar a semejanza de la Monarquía Visigoda, cambia los objetivos de los Austrias y de los primeros Borbones. La instauración de presidios y plazas fortificadas conlleva la realización de la guerra según unas premisas específicas, lo que se traduce en el nacimiento de un tipo de soldado especializado en la lucha en África [2]. Los por-

[1] A. Antelo Iglesias, «El ideal de cruzada en la Baja Edad Media y el Renacimiento», *Revista de la Universidad de Salamanca*, 36, 1962, pp. 9-16.

[2] Los soldados españoles no pudieron realizar el tipo de guerra que llevaron a África los portugueses en sus primeras entradas al territorio. Portugal apuesta por un sistema mixto, en el que las ciudades bajo su control son a la vez presidios y factorías, con una implantación real en el territorio por las alianzas con los «moros de paz». Los cambios en los sistemas bélicos y la llegada al Magreb de nuevos contingentes militares, los otomanos, y el nacimiento de poderes políticos más poderosos que sus predecesores, la Regencia de Argel y la dinastía Sa'dí marroquí, así como los fracasos en la ocupación del territorio, generan el sistema de ocupación restringida, del que las mayores víctimas

tugueses llaman a sus militares instalados en el Atlántico magrebí *fronteiros*, denominación que se corresponde a la perfección con las misiones y formas de vida que deben de realizar.

Los primeros contactos de los soldados ibéricos con el continente vecino vienen inspirados por los deseos de conquista de un territorio. Esta empresa no divergía demasiado, desde el punto de vista técnico y táctico, de la que se estaba realizando en la Península para logar la unificación territorial de los reinos hispánicos o de la colonización de las tierras recién descubiertas en el otro lado del Atlántico. La única diferencia es que los contingentes armados tenían que ser transportados por las embarcaciones, dependiendo de la marina totalmente para los suministros y los refuerzos. Cuando desembarcan para sitiar Melilla o Mazalquivir, realizan el mismo tipo de guerra que al conquistar la localidad de Ronda o la de Granada. El barco era sólo un elemento de apoyo, nunca un arma decisiva para la victoria en una campaña, como también ocurre en la Guerra de Granada. Los progresos militares de los dos primeros siglos de la Edad Moderna, y sobre todo de la Ilustración, se fueron mostrando poco adecuados para el enfrentamiento con los musulmanes en su propio suelo, conformándose unos sistemas de combate esencialmente diversos a los practicados en Europa, por lo que el Magreb se constituye en un espacio anacrónico, desde el punto de vista militar.

Los motivos que llevan a un hombre a alistarse en las tropas que van a conquistar Orán por el Cardenal Cisneros, no se diferencian en absoluto de los que les mueven para ir a someter el reino nazarí, ni la que aduce la corte lisboeta para asediar las murallas de Ceuta en 1415. Especialmente significativo de cuál era el ambiente entre la población de los años del tránsito de la Edad Media a la Moderna es el testimonio del soldado oranés Diego de Suárez Montañés: «Con esta intención de mi natural cosecha, siendo ya de veintidós años, en el de 1574 me ausenté a hurto de mis padres, no por causa de necesidad que tuviese, si sólo por la intención de ir a buscar los moros; y sabiendo que España ya no tenía continua y viva guerra con ellos en su terreno, sí solamente en las plazas de Berbería, mayormente en Orán, por ser

son los soldados que lo realizan. Para todas estas cuestiones es imprescindible la consulta del artículo de R. Ricard, «Le problème de l'occupation restreinte dans l'Afrique du Nord (XVe-XVIIIe siècles)», *Annales ESC*, 8, 1936, pp. 426-437.

como es más vecina y baluarte de los turcos de Argel..., pasándome allá voluntariamente a servir a mi Rey y natural señor»[3]. Los arcabuces, picas y ballestas se están empleando contra un enemigo que en esencia es similar y se está arengando a los soldados con las mismas palabras en ambos lados del Estrecho de Gibraltar. Cuando se forman los primeros presidios, tampoco extraña a las guarniciones sus formas de vida y de combate. Melilla es exactamente igual que una fortaleza de una frontera entre Castilla y Granada en los primeros años del siglo XV. Desde ellos, se organizan expediciones punitivas y de saqueo que se introducen en el territorio enemigo para lograr botines, cautivos y alimentos[4]. Este sistema bélico recuerda al perpetrado desde una frontera terrestre en la Edad Media, o desde una marítima, como es el Estrecho de Gibraltar o las aguas del archipiélago Canario entre los siglos XV y XVI. Al pararse los avances cristianos, como consecuencia del cambio de situación política y militar del Magreb, se transforman las fortalezas de una hipotética marca española o portuguesa en posiciones estables cuya única misión es informar de los movimientos de las armadas enemigas y autodefenderse constantemente en una tierra yerma e infectada de poblaciones enemigas. Contar con un fondeadero seguro es el único punto de contacto con los territorios peninsulares, por lo que se encuentran completamente aislados entre las propias murallas que han levantado. Los soldados para defenderse y sentirse seguros, tendrán que ir ampliando y complicando los recintos amurallados, además de adecuándolos a los nuevos progresos de la artillería y la poliorcética[5], realizando un tipo de guerra que ya se ha olvidado en Europa[6].

Los presidios se pueden definir como castillos o ciudades fortificadas que viven en continua situación de peligro. Por lo tanto, son

[3] D. Suárez Montañés, *Historia del último maestre que fue de Montesa y de su hermano Don Felipe de Borja,...*, Madrid, 1889, p. LI.

[4] M.A. de Bunes Ibarra, «La vida en los presidios del Norte de África», *Coloquio sobre las Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*, Madrid, 1989, pp. 561-590.

[5] R. Ricard y Ch. de la Véronne, «Les architectes des places portugaises du Maroc sous Emmanuel Ier et Juan III (1495-1557)», *Mélanges d'Histoire et d'Archéologie de l'Occident Musulman, II*, Argel, 1958, pp. 153-158.

[6] Sobre los sistemas bélicos españoles en los siglos XVI y XVII véase la obra de G. Parker, *El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659*, Madrid, 1972.

enclaves que soportan sitios y asedios con cierta frecuencia, dada su poca implantación en el país que pretenden controlar y dominar. Esta afirmación es completamente evidente para las fortalezas construidas sobre las isletas y peñones cercanos a los puertos musulmanes, como es el caso de Argel y Vélez de la Gomera, que están siempre en el peligro de ser asediados por los hombres que viven a escasos metros de sus almenas. Las ideas de la Monarquía no eran que la presencia cristiana en el Magreb se basara en este sistema, pero es el que prevalece después de los fracasos de control del territorio pretendido por los portugueses en el Reino de Marrakech [7] y de los soldados oraneses en la zona de Tremecén allá por los primeros años del siglo XVI [8]. África, en contraposición de la guerra realizada en España durante la Edad Media, impide que las guarniciones puedan vivir de los recursos que generan sus áreas de dominio. La mayor parte de los grupos humanos de la zona tenían formas de vida nómada, existiendo muy pocas poblaciones estables en las zonas próximas a los presidios. En las escasas ocasiones en las que ocurre este fenómeno, los gobernadores de las guarniciones no lograron firmar acuerdos estables para el avituallamiento de los enclaves, por lo que los presidios se vieron condenados a depender totalmente de los envíos peninsulares [9]. Todas estas condiciones, y algunas razones más que se expondrán al relatar la vida de los soldados hispanos, van a conllevar que el presidio se convierta en un lugar de encierro y de reclusión para los hombres allí destinados. Después de la segunda mitad del siglo XVII, se piensa en ellos para que

[7] R. Ricard, «L'évacuation des places portugaises du Maroc sous Jean III», *Les portugaises au Moroc*, Coimbra, 1955, pp. 357-381.

[8] Ch. de la Véronne, «Política española, de Marruecos y de los Turcos en los reinos de Fez y Tremecén a mediados del siglo XVI», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 3, 1954, pp. 87-96.

[9] Los estudios sobre envíos de alimentos a las plazas de ocupación española y portuguesa son muy frecuentes en la historiografía norteafricana, de la que sólo citaremos los más clásicos: S. Luxán Meléndez, «Contribución al estudio de los presidios españoles del Norte de África. Las dificultades de la plaza de Ceuta para abastecerse de trigo (1640-1668)», *Hispania*, XXX, 1975, pp. 321-342; T. García Figuera y S. Mayi, *Dos expediciones de abastecimiento de Mazagán, Tánger y Ceuta, por factores portugueses del Puerto de Santa María (1563-1567)*, Tánger, 1939. Por estos trabajos se puede colegir que la dependencia de las plazas de ocupación fue continua durante toda su existencia, lo que propició el nacimiento de una clase de comerciantes que se especializan en el abastecimiento de las mismas en los puertos de Andalucía y Valencia.

cumplan las penas los condenados por delitos civiles, dada la dificultad que tienen en escapar y los beneficios que reportaban sus obligados trabajos para las guarniciones y los propios establecimientos militares. Algunos miembros de la nobleza que han cometido faltas serán destinados en ellos para purgar sus culpas, así como será el enclave favorito para pasar los períodos en los que algunos personajes importantes son condenados a la pena de destierro. La evolución de las posesiones españolas en el Norte de África es, según el esquema prefijado, clara y evidente. De ser las cabezas de puente y la avanzadilla para la expansión y conquista de la parte del Magreb cercana a la Península, se reducen a enclaves de frontera completamente aislados de la metrópoli y del territorio donde se asientan. Los hombres que los defienden se especializan en esta misión, por lo que se diferencian del resto de los soldados de los ejércitos españoles.

Los presidios son un destino no deseado por los hombres recién alistados. Mientras que el paso a luchar contra los musulmanes era una aspiración de los españoles y portugueses en los últimos años del siglo XV y los primeros del siglo XVI, las difíciles condiciones de vida que depara esta misión y la situación en la que se encuentran los diferentes presidios desaniman a los súbditos de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Es casi imposible encontrar testimonios como el del soldado oranés Diego Suárez Montañés que, como natural de Asturias, considera que pasar a luchar contra los musulmanes es una obligación por su lugar de origen, por lo que se encamina a Málaga para ser trasladado al Magreb. Por el contrario, comienzan a ser frecuentes los de hombres que son conducidos al Magreb engañados: «...se acercó a nosotros un soldado, al parecer hombre de bien y nos preguntó de qué país éramos: respondimos ser de tierra de Toledo y luego comenzó a dezir: ¡oh qué bella tierra!, y que mejor nos estaría ir a Orán por soldados, que no aguardar a la que la infame necesidad nos obligase a servir, pudiendo ser señores» [10]. Muchos de los soldados de los presidios desconocían su destino cuando salían de la Península, lamentándose de su alistamiento cuando vieron en el horizonte las murallas de Melilla o La Mamora. La conquista de enclaves españoles por los corsarios ber-

[10] D. Galán Escobar, *Relación del cautiverio y libertad de Diego Galán,...*, Madrid, 1913.

beriscos y los ejércitos marroquíes, como es el caso de Bugía, Tremecén o Túnez, les informaba de la peligrosidad de su misión y el continuo estado de guerra que tendrían que padecer si cruzaban al otro lado del Mediterráneo. Algunos de los memoriales sobre el estado de los presidios nos presentan el estado de las plazas de dominio en las que estos hombres deberían de servir durante largos años, siendo un medio idóneo para ejemplificar los limitados medios materiales que disponían y los peligros de su misión en el Magreb:

> Orán... Esta plaça, de que V.E. tiene tanta sciencia, sabe V.E. lo que costó de empeños al mayor Prelado que avia en España, Governador destos Reinos... Solía tener para su defensa 1500 plaças, y oy tiene 700 y sabe V.E. que un furor de los alarabes mal contentos, pocos tiempo ha que convocaron al Turco, y costó tanto dinero reparar.
>
> Mililla y el Peñon cada día llorando miserias, defendidas solamente del amparo de Dios.
>
> La Mamora tiene oy las trincheras que le hizo D. Luis Fajardo quando la tomó; y aviendo costado tantas sumas, está cada día a pique de perderse, siendo cosa tan grande, que mereció los deseos del Rey D. Manuel de Portugal, que para tener allí presidio, embió armada de 200 navíos y 10.000 hombres de guerra: y teniendo casi hecha la fortaleza, fue tanto el número de naves que vino a hacer contradición, que le mataron 4.000 hombres, y cautivaron muchos; y no desistiera del intento, sino le huvieran impedido los víveres y socorros.
>
> Larache, tan deseado del Emperador Carlos V y del Rei Felipe II N.S. y Costado tanto al Tercero, tiene 500 soldados desnudos, las murallas en lo mas importante para lastimosas, solía tener 12 Capitanes y 1200 infantes, excelentes de experimentados, y contentos, y 50 cavallos. Y oy se defienden de milagro, pues es un río capaz de 200 toneladas, a donde, como es ordinario, concurría el mundo, y donde solian tantas fragatas a robar la costa... [11].

El soldado español en África debe de cumplir un servicio muy dilatado en el tiempo sin posibilidad de regresar a la Península a no ser que cuente con un permiso especial del gobernador del presidio. Diego

[11] J. Mendoça da Franca, *Informe sobre la calidad de Muley Hamet dirigido al Marqués de Veleda*, Madrid, 1648, folios 5r-5v.

Suárez Montañés dice que tuvo que vivir cerca de 20 años entre las murallas de Orán sin poder regresar a España hasta que se licenció. De alguna manera, se puede considerar al militar español en África del siglo XVII como un cautivo de su profesión y del destino elegido o impuesto. Cuando comienzan a ser usuales los condenados en los establecimientos militares, los soldados tienen que ejercer el oficio de carceleros, lo que acrecienta su sensación de encontrarse en un lugar de destierro. Según la política española en África fue perdiendo importancia, hasta convertirse en una simple acción exterior en un territorio no europeo, la calidad de vida de las guarniciones fue empeorando paulatinamente. Las ciudades conquistadas en la época de Felipe III no contaban con buenos sistemas de defensa y se encontraban demasiado alejadas de la Península para recibir un socorro rápido en caso de asedio, por lo que los soldados se transforman en una especie de guerrilleros que viven y luchan en territorios completamente hostiles rodeados por todos sus frentes de enemigos.

Además de por la manera de realizar la guerra en el Magreb, los soldados españoles se encuentran aislados. Dependen completamente del envío de suministros militares y alimenticios de los puertos andaluces y levantinos. El rancho de los soldados venía perfectamente establecido por las reales ordenanzas y en las cartas en las que se nombra a los gobernadores, así como en la fijación de las cantidades de vituallas que se fijaban en los asientos con los mercaderes, aunque rara vez llegaron a ver sus raciones completas [12]. Aunque algunos presidios tienen pequeñas plantaciones agrícolas y de árboles frutales al otro lado de sus murallas, sus cosechas no pueden ser recogidas algunos años por

[12] La ración de un soldado de infantería en la mitad del siglo XVII era: «Que las raziones que a de ser cada una de libra y media de vizcocho o, en su lugar dél, dos libras de pan fresco; y en los Domingos, martes y juebes a de dar doze onzas de carne de vaca fresca, o seys onças de toçino salado de España, y dos onças de arroz; y en los lunes y miércoles seys onças de queso y tres onças de garvanços o havas alternativamente, un día garvanços y otro havas; y en los viernes y sábados seys onças de vacallao y tres onças de garvanços, y una onças de azeite los días qu se diere pescado o queso, y un quartillo de vinagre repartido entre cinco raziones... y a los enfermos que estuviesen en los hospitales les a de dar la Razion de pan fresco, carnero, gallinas, güebos, dieta de pasas y almendras, açucar y otras cosas que sean neçesarias para su comida...»; G. Guastavino Gallent, «Una propuesta de aprovisionamiento de Larache y La Mamora en 1643», *Tamuda*, IV, 1956, pp. 59-60.

la cercanía de contingentes armados enemigos y por las continuas razzias que los beréberes y argelinos realizan contra los hombres aislados y desprevenidos. Cuando la Monarquía se encuentra inmersa en guerras en Europa o en América, los envíos de víveres y de armas suelen retrasarse, por lo que las guarniciones están sometidas a períodos de carestía de alimentos que se traducen en hambrunas para sus defensores [13]. Hasta que no se realizan obras para fabricar grandes aljibes y depósitos de agua, los presidios tienen que ser abastecidos desde la Península, por lo que el retraso de la llegada de las embarcaciones supone soportar la falta de un líquido imprescindible para aliviar los grandes calores estivales. Entre las ordenanzas de víveres que necesitan las guarniciones se encuentran, además de alimentos y armas, el carbón y la madera para que se puedan hacer la comida ante la imposibilidad de salir fuera de las murallas a talar los árboles que están en las proximidades por los continuos asaltos que dan cuadrillas musulmanas: «...tengo necesidad de cinco mill quintales de biscocho para embiarles porque no tienen leña con que poderlos cocer todas las veces que quieren a causa que los enemigos de nuestra Santa fé les corren el campo y no les dejan tomar la leña» [14].

En la vida de los soldados y las guarniciones españolas y portuguesas se pueden hacer tres apartados cronológicos diferentes. Estas divisiones coinciden con las directrices de los gobiernos ibéricos con respecto a su presencia y sus planes en África. El primero de los períodos se extendería desde las primeras conquistas en el Mediterráneo y el Atlántico hasta 1540. Esta es la etapa de verdadera expansión y consolidación de la política magrebí por parte de los cristianos. Las expediciones de conquista se repiten, bien sea por el mantenimiento de un ideario religioso y de cruzada como por cuestiones políticas y económicas. La desunión política magrebí y la superioridad técnica cristiana permite que las expediciones y razzias tengan éxito, por lo que se llega a controlar una parte importante del territorio marroquí. Los españoles, y sobre todo los portugueses, alcanzan pactos estables con las po-

[13] «J'ai eu plus de peine à défendre ces deux villes contre la faim que contre l'ennemi». Instrucciones del Conde de Alcaudete a García de Navarrete, comandante de Mazalquivir, publicadas por La Primaudaie, «Documents inédits sur l'histoire de l'occupation espagnole en Afrique (1505-1574)», *Revue Africaine*, 21, 1877, p. 27.

[14] T. García Figueras y S. Mayi, *ibidem*, p. 15.

blaciones beréberes cercanas a las plazas, por lo que se logra tener una influencia real sobre el territorio. Los presidios portugueses son, además de enclaves militares, factorías donde se logra comerciar con la miel, los cueros, la sal, el oro, el azúcar y los esclavos. La excelente calidad militar de los *fronteiros* y sus adalides, capitanes, permite que pequeñas mesnadas lusitanas lleguen hasta las mismas puertas de la ciudad de Marrakech y que las mujeres musulmanas, para atemorizar a sus hijos cuando realizan alguna fechoría, invoquen a los nombres de los mismos, como es el caso de Lope Barriga. Los presidios españoles van a intentar articularse según este modelo, aunque están enclavados en zonas de un menor interés mercantil y rodeados de grupos humanos más levantiscos. Las guarniciones tienen, en este momento, un tratamiento bastante bueno por parte de los gobernantes al existir un interés manifiesto por seguir la expansión en este espacio geográfico, por lo que son convenientemente provistas de todo lo necesario para su subsistencia. Aunque los primeros sultanes sa'díes ponen en peligro algunas de estas premisas, de la misma manera que la llegada a Túnez y Argel de los berberiscos, durante los reinados de Fernando el Católico y Carlos V existe una política africana perfectamente marcada, lo que redunda en la situación de los soldados que la realizan.

Podemos decir que 1540 es la fecha en la que se aprecia el primer cambio radical de las directrices políticas de los monarcas ibéricos sobre el Magreb. Juan III de Portugal decide abandonar las plazas del Atlántico marroquí que son más difíciles de defender y que no reportan ventajas económicas. Los portugueses se decantan abiertamente por la explotación comercial de otras partes del Atlántico y del Índico, por lo que los presidios magrebíes quedan sólo como bases de aprovisionamiento y escalas intermedias para sus navegantes, siendo lógico el abandono de los presidios peor defendidos o los puertos deficientes. La nueva dinastía marroquí ha logrado aglutinar a la mayor parte del país, por lo que los tratos comerciales y la ocupación del espacio comienzan a ser dificultosos. Para el caso español, la presencia de los tercios en Italia, Flandes y Alemania limita las posibilidades de realizar una política africana. La colonización del Nuevo Mundo reclama cada día más hombres y esfuerzos, por lo que es lógico que se quiten de donde son menos productivos. El descalabro de Carlos V en Argel, la guerra con Francia y el fortalecimiento de las repúblicas berberiscas cambian completamente el panorama Mediterráneo. El emperador ha

fracasado en su intento de crear reinos vasallos a la Monarquía Hispánica, como es el caso de Túnez y Tremecén, por lo que se produce un repliegue de los intereses en este espacio. Robert Ricard define la presencia española en el Magreb como una «ocupación restringida del espacio», ya que los presidios no quieren dominar realmente las regiones en las que se encuadran sino controlarlas por medio de una presencia armada limitada. Las ciudades ocupadas por los españoles se pueden diferenciar a partir de estas décadas en presidios mayores y menores. Los primeros son los que están más cercanos a los centros políticos musulmanes, por lo que es necesario que cuenten con sistemas de defensa mejores y mayor número de soldados. Este es el caso de Orán y Mazalquivir, contrapuestos a Melilla o el Peñón de Vélez que están muy alejados de los grandes centros de decisión magrebíes y que escasamente son molestados por los ejércitos enemigos. La presencia española durante la mitad del siglo XVI y todo el siglo XVII en suelo africano fue cada vez más limitada, dejando de influir cada década que avanzaba en el desarrollo histórico y político del Magreb. Los que primero sintieron este nuevo comportamiento de la Monarquía fueron las guarniciones de las plazas de dominio que vieron cómo disminuían sus efectivos y se retrasaban los envíos de sus sueldos y las vituallas que necesitaban para sobrevivir.

El tercero de los períodos en los que hemos dividido la vida de las guarniciones españolas se corresponde con el reinado de los primeros borbones. La pérdida de la mayor parte de los territorios europeos de la Corona y el menor peso político de España en el contexto internacional conlleva que los presidios se conviertan en enclaves más importantes que en la centuria anterior. La reducción del número de posesiones también permite que las pocas guarniciones que quedan alcancen un mejor nivel de vida. Orán y Mazalquivir son reconquistadas, levantándose nuevas fortificaciones y aumentando los contingentes militares allí estacionados. Ceuta y los presidios menores son sitiados varias veces en este siglo, por lo que se mejoran sus condiciones de defensa. La mayor atención que reciben pone de manifiesto que la presencia española en el Magreb, motivada por ideas defensivas y de prestigio, resulta demasiado cara, por lo que se piensa repetidamente en quedarse sólo con los presidios argelinos y Ceuta que cuentan con buenos puertos, y abandonar Melilla. En el siglo XVIII, los presidios son sistemáticamente utilizados para que cumplan las condenas de los reos,

por lo que se convierten en parte del sistema carcelario de la Corona. En el siglo XVIII, desaparecen las relaciones con las poblaciones cercanas a las guarniciones y los tratos con los «moros de paz», que fueron muy frecuentes en siglos anteriores. Hemos entrado en otras concepciones políticas y territoriales, en las formas de gobierno de los hombres de la Ilustración, lo que se refleja perfectamente en las condiciones de vida de las guarniciones. Ya no se puede referir el estado de abandono y de necesidad de los destacamentos allí acantonados, aunque siga persistiendo la especial manera de realizar la guerra en África. Al Magreb llegan los renovados sistemas poliorcéticos, como se pone de manifiesto cuando recorremos las defensas de Melilla o de Orán, pero no es posible establecer los innovadores sistemas de combate. Los asedios siguen recordando a las mesnadas medievales, y los intentos de realizar una guerra moderna en este espacio se saldan con la muerte del marqués de Santa Cruz y de 1.500 soldados en las proximidades de Orán.

La vida de los soldados en los presidios y los sistemas de combate

La Corona intentó, ya desde la conquista de Melilla, crear núcleos de población estables al otro lado del Estrecho de Gibraltar, a imagen de lo que había ocurrido durante la guerra con los musulmanes en la Península Ibérica en la Edad Media: «Presupuesto que mi Real voluntad es de que esa plaza se pueble como está dicho con la mayor brevedad que se pueda, holgaría saber si será conveniente señalar sitios a los que quisieren fabricar viviendas en ella, como sea en parte que no impidan a la fortificación; y así diréis lo que se os ofreciere acerca desto...» [15]. Estos deseos, como la idea de la conquista de este espacio, se mostraron desde época muy temprana como casi imposibles. Sólo podemos referir algunos logros en este sentido en las plazas de Mazalquivir y de Orán, como consecuencia del importante contingente de tropas acantonadas en ellas y por contar con excelentes radas que posibilitan un mínimo desarrollo comercial. El gran problema de los presidios es que

[15] «Documentos sobre el Peñón de Vélez de la Gomera,...», *Codoin*, tomo 36, p. 465.

no eran capaces de dominar y controlar el espacio que es circundaba, por lo que resultaba imposible poner en explotación económica las tierras vecinas. La vida de frontera de estos enclaves, estando siempre en situación de continua alerta y peligro, no producía las condiciones más adecuadas para la instalación de población civil en estos recintos. Desde la época de Carlos V se intentó que los soldados fueran el germen de estos asentamientos, obligándoles a que llevaran a sus mujeres e hijos, esperando que cuando terminen su servicio obligatorio permanezcan en suelo africano. Esto sólo sirvió para que nacieran sagas militares especializadas en la guerra africana, como es el caso de la familia del cronista Jorge Mendoça da Franca, sin lograr que la población civil ajena a la milicia se quedara a residir en estos enclaves. La necesidad de lograr asentamientos estables, llevó a Felipe II a permitir el envío de penadas y prostitutas para que sus soldados contrajeran matrimonio y se avecindaran familias: «Aunque no hubiese mediado este caso, ni se tuvieran otros semejantes, sin duda parece lícito permitir mujeres públicas en Orán por las razones comunes a otras partes, de evitar mayores inconvenientes de amancebamientos, de solicitar mujeres recogidas, doncellas, casadas, parientas, de pecados nefandos, y si en Orán por esta vía se acomiese el embaucamiento de las Moras, sería particular razón permitirlas» [16], política que tampoco se tradujo en un éxito manifiesto. En Orán, encontramos un mínimo sector comercial e industrial, pero siempre relacionado con el establecimiento militar. Una buena parte de los comerciantes eran judíos, algunos de ellos sefardíes, que son tolerados por las autoridades del presidio, y la actividad industrial estaba relacionada con la fundición de cañones y la fabricación de pólvora. El sistema de vida de las guarniciones, como una sociedad muy jerarquizada y autoritaria, también impide la instalación civil en los recintos. El no tener control sobre los territorios cercanos impedía

[16] *Consulta de Felipe II a Fr. Juan de Orellana sobre la conveniencia de mandar penadas y mujeres públicas a Orán*, B.N.M., ms. 18554, n.° 1. Una resolución similar se encuentra en las Instrucciones que la Corona da al Gobernador del Peñón de Vélez de la Gomera: «...del Andaluzía fuesen enviando a ella alguna gente casada de los que condenan por delitos y mujeres libres, pues luego tratarían de casarse, y que los hombres a quien sentenciasen fuesen para servir con plazas de soldados sin prohibiles de poder pasar adelante si lo mereciesen,...», *Codoin, ibidem*, pp. 464-465. Todas estas disposiciones lo que pretenden es poblar los presidios con una población estable, objetivo que sólo se cumplió mínimamente en Orán y en Ceuta.

el desarrollo de la agricultura y la ganadería, actividades que hubieran supuesto el avecindamiento de población. El título de «corte chica», con la que se conoce a Orán en el siglo XVIII, ejemplifica perfectamente las ideas expuestas anteriormente.

Otro factor que imposibilitaba que los presidios se convirtieran en ciudades normales fue, además de su aislamiento del medio que las circunda, el problema del avituallamiento. La dependencia absoluta de los envíos peninsulares en un momento en el que la Monarquía atravesaba un proceso de recesión y en un espacio que era dominado por los corsarios, suponía la existencia de períodos de penuria económica y suministros. La Monarquía impedía a sus soldados el abandono de su destino, pero tampoco les facilitaba con asiduidad los medios para su subsistencia. Esto era más perentorio en una tierra que era definida por los soldados como «fragosa y en extremo calurosa» y donde las instalaciones no eran buenas. Larache, en la segunda mitad del siglo XVII, no contaba con edificios para albergar a la tropa, ni mantas ni lechos para que durmieran los soldados. La Mamora se pasó varios años con una simple empalizada y una trinchera excavada en la tierra para defender la posición. Los acuerdos firmados con los «moros de paz», aduares que reconocían la soberanía de los gobernadores de los presidios comprometiéndose a ayudar a los soldados si eran defendidos de los ataques de sus enemigos, suponían que llevaran sus excedentes de grano y ganado a vender a las murallas, pero estas compras no eran suficientes para abastecer a la guarnición. El tipo de guerra practicada por los soldados y su aislamiento, va produciendo un mayor desconocimiento de las situaciones y de las características del país en los siglos XVI y XVII y cercándolos cada vez más en el interior de los baluartes.

Entre los soldados norteafricanos, se diferenciaba entre guerra ordinaria y extraordinaria. Esta última es la de las expediciones organizadas de conquista o la promovida por un asedio de los ejércitos marroquíes o argelinos. La «guerra ordinaria» es la actividad bélica normal de los presidios, por la que consiguen sobrevivir en muchas ocasiones. Con este título se conocen las razzias que realizan los soldados de la guarnición para saquear a las poblaciones musulmanas vecinas, ya sean asentamientos estables o nómadas. Los historiadores marroquíes consideran que los presidios impidieron el desarrollo de núcleos de población urbanos en sus cercanías en la Edad Moderna, como consecuen-

cia del terror y el miedo que impusieron los soldados españoles a las comunidades musulmanas por estas expediciones. El fin de estas empresas es lograr un botín, bien sea en especie o en dinero, que en teoría se reparte entre los miembros de la guarnición y un quinto para la Corona. Se busca esencialmente alimentos, ganado y esclavos para abastecer la plaza. Como nos informa Suárez Montañés: «...el ganado en cuanto se pesa en las carnicerías o se vende a los moros, que muchas veces las rescatan, especialmente si son camellos o ganado menudo, cabras y ovejas, de que algunas veces dan trigo y cebada en trueque y cambio deste ganado, empero lo vacuno nunca se les da ni admite rescate». En teoría, este ganado vacuno se debe quedar en la guarnición para ser vendido a los soldados, aunque suele ser frecuente que los gobernadores negocien con mercaderes andaluces para ser llevado a la Península. La vida de frontera va generando una serie de malos usos que, propiciados por el aislamiento y las excesivas prerrogativas de los gobernadores [17], aunque se intentan eliminar por las autoridades peninsulares, se perpetúan en la existencia cotidiana de los moradores de los presidios.

Las formas típicas de guerra en el Magreb son los «rebatos» y «las cabalgadas» [18]. Ambos procedimientos tienen en común, además de ser acciones muy rápidas, que requieren tener un buen conocimiento del terreno y de las formas de combate de los musulmanes. Para ello, es necesario contar con una información precisa sobre el emplazamiento de los aduares musulmanes y las características de los lugares donde se asientan. Suelen estar comandadas por una figura que recibe el nombre de adalid, que es un soldado veterano muy práctico en el país, algún musulmán que reniega de su religión y se convierte en soldado, o por algún indígena que desea vengarse de un aduar rival. La duración de ambas empresas no suele superar los tres o cuatro días, el tiempo que

[17] La mayor parte de los gobernadores de las guarniciones pertenecían a la nobleza, e incluso los cargos eran heredados de padres a hijos, por lo que se constituyen castas militares que perpetúan los errores de gobierno; J. Cazenave, «Les governeurs d'Oran pendant l'occupation espagnole de cette ville (1505-1792)», *Revue Africaine*, 71, 1930, pp. 257-299.

[18] R. Ricard, «A propos de rebato. Note sur la tactique militaire dans les places portugaises du Maroc», *Bulletin Hispanique*, 35, 1933, pp. 448-453; J. Oliver Asín, «Origen árabe de rebato, arrodba y sus homónimos», *Boletín de la Real Academia Española de la Lengua*, 1935, pp. 163-198.

duran los víveres que llevan los soldados en sus morrales, y no se realiza a una distancia superior a 15 ó 20 leguas de las murallas. Los soldados caminan en silencio absoluto en hileras para no ser descubiertos por los musulmanes hasta que llegan a las proximidades de su objetivo. Después de rodear el aduar y reconocer el terreno, *tentar*, organizan el ataque y esperan la llegada del alba para que los infantes inicien el asalto, estando la caballería en rececho a la espera de una reacción enemiga o para perseguir a los que huyen del encuentro. Si el lugar asaltado se encuentra cercano a los presidios, se capturan los ganados y los hombres, mientras que si está alejado sólo se preocupan de los prisioneros y de los objetos de valor de poco peso. Las cabalgadas son empresas que las realizan sólo soldados de caballería, para acometer rápidas entradas en el territorio enemigo. En los rebatos combaten conjuntamente infantes con caballeros:

> llegando cerca de los enemigos, que siempre es de la media noche adelante, cerca del día, cuando están en guerra con recelo y puestos en armas, encadenados, como habemos dicho están algunas veces, sin temor de los cristianos, se les acomete de tropel y batallón, incorporadamente las banderas, atropellándoles del uno y del otro cabo de sus estancias, matando e hiriendo moros y caballos, y entonces no se acomete en silencio, sino a toque de caxas y trompetas, para más atemorizarles... Empero no siendo aduares en esta forma armados, si distintos y apartados unos de otros, les ciñen las compañías en un hilo largo, como van marchando, por una parte y otra de los aduares, los capitanes delante, armados, a pie con su rodelas, y en pos dellos los alféreces con las banderas coxidas, siguiéndoles la infantería, interpoladas picas con arcabuces; y desta manera, duplidos o sencillos los hilos, cercan los aduares con silencio, sin que nadie les toque, hasta que se juntan de la otra parte de los capitanes y banderas, y la caballería por más afuera en la misma orden, para que el moro que se escape de la infantería caiga en manos de los de caballo... [19].

Esta forma de presencia en el Magreb, a la postre va a reportar enormes perjuicios para los presidios. Las tierras vecinas se van despoblando, por lo que cada vez hay que avanzar más por el territorio para

[19] D. Suárez Montañés, *ibidem*, p. 79.

poder realizar este pillaje institucionalizado. Los habitantes del país odian a las guarniciones españolas, odio que se canaliza en la ayuda que prestan a los ejércitos musulmanes cuando van a combatir a los presidios cristianos. Si los soldados son descubiertos, bien en los rebatos o al salir a pasear o buscar comida, los habitantes del país los cautivan y los llevan a vender a las ciudades cercanas, por lo que se convierten en verdaderos prisioneros dentro de los recintos amurallados. El reparto de los botines también es otro elemento de tensión entre las guarniciones. En teoría, el resultado de estos robos debe ser repartido equitativamente entre los hombres que participan, aunque la documentación nos informa de las continuas quejas que se reciben en la Península por los repetidos abusos de los capitanes y gobernadores, por lo que a lo largo de estos tres siglos se redactan ordenanzas para intentar paliar las excesivas atribuciones de los comandantes y gobernadores de los presidios. Algunos gobernantes son acusados por sus soldados de que sólo pretenden enriquecerse en su destino africano, reteniendo las soldadas, encareciendo las mercancías y comerciando con los botines o exportando a la Península los ganados capturados. La mayor parte de salidas al campo de los soldados están promovidas por la búsqueda de alimentos para salvar la carestía de vituallas y pertrechos. En el siglo XVIII, época en que las guarniciones son mejor tratadas, estas empresas habría que relacionarlas más con la codicia y el ansia de enriquecimiento de los mandos y soldados que con la búsqueda de productos para subsistir.

El aislamiento de las guarniciones, los malos tratos que reciben de sus superiores y la falta de alimentos provocan frecuentes huidas de la soldadesca. Los hombres que defienden la frontera viven en situaciones límites. Su carácter es osco y bronco, muy aficionado al juego y a las pendencias. La disciplina se intenta imponer con fuertes castigos y penas que no son bien recibidas por la guarnición. Ante estas malas condiciones de vida, o por el miedo de ser castigados por alguna fechoría cometida, los soldados no dudan en fugarse de los emplazamientos militares en situaciones desesperadas:

> ... y este testigo cree y tiene por cierto que si no son socoridos desta villa con algún mantenimiento la gente de los dichos lugares pidiesen muy gran necesidad y será cabsa que muchos se van a tornar moros por dicha necesidad, como muchas veces acaesce y asy se fueron a

> este testigo cuatro soldados de su compañía estando en la ciudad de Tanjar en tiempo que Bernardino Carvajal era capitán que se desavan quedar fuera para huyr a los moros y se salían por las murallas abaxo por la necesidad de la tierra y en esta es la verdad por el juramento que hizo y firmolo de su nombre [20].

Muchos son descubiertos escondidos en las embarcaciones que navegan con rumbo a España y otros deciden encaminarse por el interior del país para entregarse a los musulmanes. Las deserciones aumentan en las épocas en las que no se reciben suministros de las costas peninsulares y durante los gobiernos de capitanes generales codiciosos o violentos.

Cuando llegan a las ciudades musulmanas, rápidamente reniegan y son obligados a enrolarse en los ejércitos enemigos. Los magrebíes los recogen con alegría porque los consideran como unos buenos soldados, que saben emplear armas de fuego y las técnicas de combate cristianas. Estas negaciones de la fe son forzadas por el estado de necesidad en el que viven o para huir del aislamiento, malos tratos y falta de comida. Hemos encontrado referencia a soldados que después de renegar huyen a la Península y se presentan voluntariamente ante los tribunales inquisitoriales para que sean redimidos sus pecados.

En alguna medida, los soldados españoles mantienen un sistema de dominio que podemos denominar como precolonial y que es absolutamente anacrónico y excesivamente restrictivo, a la vez que son sus mayores víctimas. Desde el mismo momento que se conquista una ciudad norteafricana, las guarniciones españolas se aislan del universo humano y geográfico que les rodea. Sólo los contratos de vasallaje firmados con los «moros de paz» les ponen en relación con el continente vecino. Los españoles entran a legalizar con la fuerza de las armas las rencillas entre las diferentes tribus musulmanas del Magreb, favoreciendo partidos y bandos y cambiando los sistemas de reparto del territorio. A la larga, los grupos más comprometidos con los cristianos serán combatidos y vencidos por sus rivales, época que coincide con la escasa capacidad de movimiento de las guarniciones dentro de este espacio.

[20] T. García Figuera y S. Mayi, *ibidem*, p. 64.

La evolución de la política de los Austrias y los Borbones en el Magreb va quitando importancia a los enclaves hispanos. La sociedad se va desentendiendo del problema del otro lado del Estrecho. La posesión de las plazas norteafricanas reportaba más perjuicios que beneficios a la Monarquía. Eran presidios muy costosos de mantener, ya que dependían absolutamente de la metrópoli, y suponían una sangría de material y de hombres continua. Las reiteradas obras de mejora y ampliación de sus defensas cuestan muy caras a la administración central, por lo que repetidamente se piensa en abandonar algunas para liberar a la Hacienda de este peso. Los continuos fracasos militares españoles en el Magreb, el abandono en el que se encuentran las guarniciones y el progreso del Islam magrebí van acrecentando la visión pesimista y de fracaso de la presencia española en África en las décadas finales del siglo xvii y en los años de la Ilustración. Los soldados españoles no están conquistando África para la Cristiandad, o para la Monarquía, ni tampoco logran impedir el rápido desarrollo del corso berberisco que tienen que controlar y vigilar. Las guarniciones después de 1540 están luchando únicamente por perpetuar su presencia en el Magreb, sin que logren parar los progresos argelinos y marroquíes. Cada vez influyen menos en los destinos políticos musulmanes, por lo que se van quedando sin contenido con el paso de los años. Los deseos de Carlos III y Carlos IV de zafarse del problema que supone el dominio de Orán y Mazalquivir, son la mejor demostración del fracaso de la presencia española en África y de la falta de unas directrices continuas en la política exterior al otro lado del Mediterráneo, de la misma manera que el estado de abandono de los presidios en el siglo xvii lo es del olvido del Magreb en la mente de los monarcas españoles. Las grandes víctimas de todos estos procesos son los propios hombres que están llevando con sus armas la soberanía española al otro lado del Estrecho de Gibraltar.

Los mercaderes y los sistemas de rescate de los cautivos por particulares

La redención en los albores de la Edad Moderna, al igual que el propio corso, mantiene las maneras y los esquemas desarrollados en el medievo. Por lo tanto, eran empresas promovidas esencialmente por

particulares, bien por medio de un intermediario civil (factor o mercader) o por uno religioso (una orden redentora o mendicante). Según el número de cautivos fue aumentando, las cantidades de dinero que salían del país para este menester se incrementaron, por lo que las autoridades pretenden reglamentar de alguna manera el rescate de cautivos. Primero se intentó por el nombramiento de personas que se encargaran de rescatar a los soldados y nobles apresados en alguna contienda militar, como puede ser el encargo a Diego de Torres para que libere a los portugueses aprehendidos en la batalla de Alcazarquivir [21]. En la época de Felipe II, se decide que las redenciones sean realizadas casi exclusivamente por órdenes religiosas constituidas para este fin en la Edad Media, es decir, mercedarios, trinitarios y franciscanos [22]. El desarrollo de la redención oficial no impidió que siguieran existiendo esfuerzos individuales para lograr la libertad de sus familiares, intentos que los llevan a la práctica comerciantes españoles, italianos y franceses que mantienen tratos con el Magreb.

Aunque ambos lados del Mediterráneo están enfrentados en una guerra abierta, los contactos mercantiles no se interrumpen durante toda la Edad Moderna. La familia Soler, los comerciantes mallorquines que negocian la firma de tratados de paz con Túnez y Trípoli en el reinado de Carlos IV, tuvieron continuos negocios con las regencias berberiscas desde el siglo XVII. El comercio español con los estados norteafricanos se intensifica en la época de la Ilustración, aunque nunca tuvo la importancia de las compañías de navegación holandesas, inglesas y francesas. En los dos siglos anteriores, las relaciones comerciales fueron empresas preparadas por particulares, en muchas ocasiones comerciando con productos prohibidos. En la legislación se repiten constantemente las disposiciones para impedir la venta de armas y productos que puedan ser utilizados por los musulmanes para realizar la guerra contra los cristianos. Esta reiteración de las disposiciones nos pone de manifiesto su existencia, aunque en la actualidad no contemos con trabajos específicos que analicen esta cuestión en la época de los Austrias.

[21] D. de Torres, *Relación del origen y suceso de los Xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudent*, ed. de Mercedes García-Arenal, Madrid, 1980.

[22] J. López, *La Orden Franciscana en la asistencia de los cautivos cristianos en Marruecos*, Tánger, 1945.

Lo que sí se conoce mejor son los procedimientos de rescate protagonizados por mercaderes o por súbditos de la Monarquía de forma individual. En las primeras décadas del siglo XVI, era muy frecuente que los cristianos fueran redimidos por medio del trueque. Varias personas de Andalucía o de Canarias armaban una pequeña embarcación para buscar musulmanes que capturar. Estos cautivos solían ser destinados para realizar trabajos duros e ingratos, como por ejemplo su empleo en los ingenios de azúcar, o para ser cambiados por cristianos retenidos en el Magreb. En el siglo XVII, esta práctica suele ser muy usual entre los moriscos que compran en las almonedas españoles para reclamar la puesta en libertad de algún familiar o correligionario encarcelado por el brazo secular o por el eclesiástico de la justicia en la Península Ibérica. Si el encausado consigue la libertad, los musulmanes concederán al cautivo su carta de redención, pudiendo regresar a la Cristiandad si logra encontrar un barco o un transportista para el otro lado del Mediterráneo.

Los cautivos también podían lograr su liberación por medio de los trabajos remunerados que realizaban en las ciudades corsarias. Cuando han reunido la cantidad establecida por sus dueños para su rescate, después de años de trabajo, el musulmán tiene la obligación de redimirlos, cuestión que no se suele cumplir en todas las ocasiones. La literatura de cautivos reitera los episodios en los que cuando un forzado entrega la cantidad pactada, su dueño aumenta arbitrariamente el montante, por lo que debe permanecer más tiempo en Berbería hasta lograr alcanzar la nueva suma.

Otra forma de conseguir la libertad de un cautivo se pone en boga en el siglo XVII con el nombre de los «cortados». Éste consiste en que el cautivo pacta con el dueño la cantidad que le será entregada por su libertad, comprometiéndose a remitírsela si le deja regresar a España. Muchos de estos hombres incumplen los contratos que firman, por lo que los redentores tienen que hacer frente a las cantidades pactadas, por lo general más altas que las que entregarían en una redención ordinaria [23]. En la Península, se plantea un problema de conciencia y de derecho sobre si la firma de un contrato con un infiel debe ser sa-

[23] G. Gómez de Losada, *Respuesta a un Memorial que se dio a S.M. sobre el rescate de los cortados,... que padecen en la esclavitud de Argel*, S.1, s.a, B.N.M. 2-13549.

tisfecho por un cristiano. La opinión generalizada es que, en el caso de los «cortados», los contratos individuales no vinculan de la misma manera que entre bautizados, por lo que en algún caso sería lícito su incumplimiento. Los «cortados» era una forma rápida de lograr la libertad y un buen negocio para el musulmán al lograr una rápida ganancia de su inversión, pero queda completamente desvirtuado cuando hombres sin ningún tipo de fortuna pactan la entrega de cantidades que no podrán reunir ni ser remitidas por sus familiares. Entre los «cortados», encontramos un gran número de pícaros y ganapanes que a la larga invalidarán completamente este procedimiento.

Una de las redenciones más difíciles de lograr en el siglo XVI fue la de los religiosos que eran capturados por los corsarios. El número de hombres de religión fue aumentando según se extendía el corso, lo que reportaba una gran satisfacción para los arraeces y para los cristianos retenidos. Las presiones para que reniegen se intensifican en estos hombres, ya que se consideraba una cuestión de prestigio y de demostración de la superioridad de un credo religioso sobre el otro. Para los cautivos, era un motivo de satisfacción al tener en su mismo baño una persona que les reconforte espiritualmente. Los cautivos españoles de Marrakech lograron comprar a uno de estos condenados en una subasta para que se dedique a realizar oficios religiosos y cuide del cumplimiento de las buenas costumbres entre ellos [24]. Los moriscos también sentían satisfacción cuando los veían desembarcar, haciéndose colectas entre los miembros de la comunidad para adquirirlos, y vengarse en los eclesiásticos de los malos tratos dados por los inquisidores a sus personas o a sus familiares.

El comportamiento y las reacciones de los eclesiásticos cautivos va a estar en relación con su formación personal y moral. Desde baluartes de las buenas costumbres y de la ortodoxia católica, como sería el caso del confesor de Santa Teresa, hasta hombres que reniegan con la misma facilidad que otros cautivos, podemos encontrar la misma variedad de reacciones que entre los cautivos y los renegados. Existen casos e historias singulares de hombres que aceptan, y en alguna ocasión bus-

[24] «...andavan dando traza de poner cada uno de los cautivos su poquita limosna de su pobreza, y entendiendo a llegado lo suficiente, embiar a Salé, o Tetuan, a otros puertos de Moros, a comprar un sacerdote cautivo, para traerlo a Marruecos, y que les administrase los Sacramentos», M. de San Francisco, *ibidem*, p. 31.

can, voluntariamente ser ajusticiados por los musulmanes, como ocurre con el franciscano Andrés de Spoleto [25] que se mete por propia voluntad en un horno encendido para demostrar que el Islam era una religión falsa.

Los cautivos encuentran en los religiosos, tanto cautivos como redentores, su mejor apoyo para sobrevivir en las ciudades musulmanas. En alguna medida, estas figuras velan por la cohesión interna de los cristianos, amonestando las desviaciones doctrinales y a los que piensan renegar para acabar con sus sufrimientos. Los cautivos se quejan de que los redentores rescaten siempre a estas figuras, ya que la comunidad se queda rápidamente sin uno de sus aglutinantes. Si nos hemos referido al nacimiento de una cierta moral ecléctica y de circunstancias entre los cautivos que residen en los baños y entre los renegados, la existencia de religiosos, capillas y oratorios en los baños acaba definitivamente con la misma [26].

Las órdenes redentoras españolas en el Norte de África

La liberación de los cautivos por una cantidad de dinero termina en el ciclo iniciado por las acciones corsarias. Las sociedades magrebíes, después de haberse beneficiado del forzado trabajo realizado por estos hombres y mujeres, rentabilizan la inversión con su venta a los religiosos que llegan del otro lado del Mediterráneo. Los redentores se convierten en otro de los símbolos de la vida de este espacio en los tres primeros siglos de la Edad Moderna, y unas figuras que también definen por sí mismas el ambiente del Mediterráneo.

La redención y los redentores tienen una evolución que va pareja al desarrollo del corso y del cautiverio. Hasta los primeros 50 años del siglo XVI, la problemática de los cautivos atañe casi exclusivamente a

[25] *Carta de Hernando de Meneses a Duarte de Meneses, su padre, capitán en Tánger, en la que describe, desde su cautiverio de Fez, el martirio de un fraile franciscano en 1530,* Instituto Valencia de D. Juan, ms 26-I-23, folios, 89-100. La muerte de este religioso trascendió rápidamente por Europa, como muestra el gran número de relaciones que narran el suceso: H.D. Castries, *Les relations du Martyre d'André de Spolète,* París, 1919.

[26] E.G. Friedman, «The exercise of religion by Spanish captives in North Africa». *Sixteenth Century Journal,* 6, 1975, pp. 19-34.

las personas individuales. Hacia 1550, debido a la mayor proliferacion de los ataques berberiscos y turcos a las costas mediterráneas, la Corona decide implicar a todos los sectores de la sociedad en la solución de este problema. Los planes de defensa costera de Levante, Cataluña y Baleares y la potenciación de las órdenes redentoras se pueden interpretar como las manifestaciones de que el corso y el cautiverio se han convertido en una cuestión de Estado. Tanto los planes de defensa costera como la entrega de dinero para rescatar cautivos, van a influir negativamente en el desarrollo económico de las zonas afectadas por estos fenómenos.

Algunas órdenes religiosas se habían preocupado por la liberación de prisioneros en la Península Ibérica durante la época medieval. Para el caso español, estas mismas congregaciones van a ser las que se preocupen de esta cuestión en la Edad Moderna, como son los franciscanos, mercedarios y trinitarios. Estas dos últimas órdenes, fundada la primera en 1198 por San Juan de Mata y San Felipe Valois y la segunda en 1218 por San Pedro Nolasco, son, por sus cartas fundacionales, las que más se especializan en la asistencia de los retenidos por los musulmanes. Durante el siglo XVI, la carencia de una diplomacia consolidada convierte a muchos de los redentores en emisarios y embajadores con los estados del otro lado de Gibraltar. Según las relaciones políticas se van haciendo más estables y modernas, los religiosos cada vez se dedican más a su función asistencial y redentora, por lo que se aprecia mejor su progresiva especialización en los rescates.

Al referirnos a las órdenes redentoras es obligatorio citar las formas que tenían de lograr dinero estos religiosos. La entrega de las cantidades establecidas para los rescates era siempre promovida por un particular, especialmente por los familiares de los cautivos. En la España de la Edad Moderna también es posible citar la fundación de pósitos y cofradías dedicadas a recolectar dinero para los rescates. Este es el caso de Pedro García Orense que entrega en 1560 diez millones de maravedíes para el rescate de cristianos en Berbería, instaurándose por medio de esta donación la Congregación del Santo Cristo de Burgos que se mantiene activa hasta 1676. Además de estas acciones espectaculares, lo usual eran las pequeñas limosnas, donaciones o cláusulas testamentarias para este fin. La entrega de dinero y joyas para los rescates se empezó a considerar como uno de los mejores actos de caridad, por lo que es usual la referencia a la donación de fuertes sumas

de dinero por parte de los reyes, las infantas y, sobre todo, las reinas de los siglos XVI y XVII. Estas acciones, además de una buena obra, se publicaban y difundían con motivo de mover las voluntades de los súbditos para que destinen dinero a este tipo de acciones de misericordia. Aunque el propio rey hiciera entrega de dinero a las órdenes religiosas, no por eso el estado como institución se hizo cargo de la liberación de los cautivos. Durante toda la Edad Moderna, esta fue una empresa de particulares, sin que en ningún organismo monopolizara esta función [27]. El paso de los redentores al Norte de África y, sobre todo, la concesión del permiso de poder sacar metales preciosos y moneda del reino debía ser autorizada por el Consejo de Castilla o el de Aragón, anotándose las cantidades en los libros de Registro de las citadas instituciones.

El corso y el cautiverio, y en general toda la política africana, tuvieron unos efectos bastante negativos para la economía de los diferentes reinos peninsulares durante la Edad Moderna. Aún no existen estudios que evalúen la cantidad de dinero destinado al rescate de los españoles cautivados, aunque, por las cifras parciales que tenemos, resultan bastante elevadas, por ejemplo los 10.000 pesos que se permitieron sacar sólo en la campaña de los redentores de 1674-1675. A lo largo de los años, se fueron poniendo impedimientos y fiscalizaciones a los celos misionales de los rescatadores, ya que los consejeros del monarca veían en estas acciones caritativas un medio de empobrecimiento del país. En los momentos en que la recesión económica era más evidente, como consecuencia de las malas cosechas y épocas de hambres, se prohibió el paso de religiosos al Magreb o se retrasaron sus salidas aumentando los trámites burocráticos que debían realizar.

Las campañas de redención se iniciaban con bastante anticipación al paso de los religiosos a África. Trinitarios, mercedarios y franciscanos intentaban mover las voluntades y la generosidad de las gentes por medio de los sermones desde los púlpitos, tanto en la Península como en las posesiones americanas. En ellos, se describieron las penurias y calamidades de los retenidos en las ciudades magrebíes y otomanas, es-

[27] F. Gazulla. «La redención de cautivos entre los musulmanes», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 12, 1928, pp. 321-342. El trabajo que mejor resume los procedimientos de los redentores es el de E.G. Friedman, ya citado a lo largo de estas páginas.

tableciendo unas descripciones aterradoras sobre sus formas de vida y el trato que les dan los musulmanes. Era normal organizar procesiones, encabezadas por obispos y miembros de la nobleza, y se imprimían relaciones de sucesos relatando los horrores que realizaban los musulmanes con sus prisioneros cristianos [28]. Los ejemplos moralizantes de la redención y los casos de arraeces sanguinarios y de martirios a religiosos e infantes se aireaban constantemente para mover la compasión de los oyentes. A las sumas destinadas a la redención también contribuían los familiares de los retenidos que encomendaban a un redentor el dinero exigido por el amo del español retenido y las cantidades satisfechas por los municipios para que se liberaran a los más vecinos posibles en Marruecos, Argel o Túnez. Los organismos de la administración también contribuían a tal fin, sobre todo los consejos de carácter general, como el de Castilla, o los que por su constitución tenían que ver con el enfrentamiento con los musulmanes, como el de Órdenes Militares o el de Cruzada.

En el siglo XVII, el aporte de limosnas procedentes del Nuevo Mundo comenzó a ser mayoritario dentro de las cantidades sacadas por los redentores. En ello influye la mayor cantidad de dinero que circulaba por esta parte de la Monarquía Hispánica y porque en esta centuria bastantes de los súbditos americanos de la Corona comienzan a ser apresados por el paso de los corsarios al Atlántico y la fundación de la república independiente de Salé. Este aumento de la recaudación en América nos permite suponer que la lucha contra el infiel seguía estando presente en la mente de unas personas completamente alejadas del ambiente mediterráneo, aunque partícipes de las ideas del resto de la colectividad en la que se incluyen y también amenazadas por las acciones de los corsarios.

Una vez reunido el dinero necesario para la redención, que solía ser una cifra que sirviera para poner en libertad a un centenar de retenidos, se comenzaba a pedir salvoconductos a las autoridades musulmanas para que dejen pasar a sus dominios a los religiosos. Estas peticiones se tramitan por medio de los religiosos que regentan los

[28] D. Díaz, *Relación verdadera en que se cuenta... del modo que tienen que vivir assi moros como Iudios de la ciudad de Argel y del mal tratamiento y rigor que usan con los cautivos... Escrita por un cautivo que aora ha venido de allá a la Redención que hizo el convento de la Santíssima Trinidad este año de 1639*, Madrid, 1639.

hospitales en las urbes berberiscas, por mercaderes y, para el caso marroquí, por los gobernantes de los presidios de Ceuta y Tetuán cuando los redentores se encaminan a Marrakech o Salé. Aunque la llegada de los redentores era ansiada por los musulmanes, en muchas ocasiones fue muy difícil la consecución de salvoconductos, por lo que se retrasó varios meses la salida de los religiosos de los puertos del sur peninsular.

Una vez logrado el salvoconducto, se busca una nave que pase al Magreb y se prepara el dinero para el flete y la manutención de los futuros liberados. La llegada de los redentores es recibida con júbilo por los cautivos y por los musulmanes. El gobernador de la ciudad corsaria o el sultán va a recibir un canon por cada cristiano liberado, además de los rescates por sus cautivos puestos a la venta. Los redentores comienzan su tarea entre las presiones de los dueños de los cautivos, los intereses de las autoridades musulmanas y las peticiones constantes de los retenidos para ser rescatados. El primero de los problemas que tienen que solventar es la pretensión de las autoridades de que liberten a los cautivos sin reparar en su nacionalidad, sexo, estado y condición, cuestión a la que no están dispuestos los redentores. La lista de los cautivos «forzosos», aquellos que son encomendados previa presentación del dinero por sus familiares, se negocia directamente con la máxima autoridad de donde se realiza la redención. Se suele establecer un precio global por todos ellos, después de duras negociaciones entre los cristianos y los musulmanes. El dinero restante se empleará para el rescate de los particulares. Al pedir el salvoconducto para pasar a Berbería, los religiosos suelen estimar el número de cautivos que piensan libertar. Si la redención resulta más cara o barata de las suposiciones y predicciones realizadas en la Península surgen nuevas dificultades con las autoridades musulmanas, ya que hay que volver a tratar la orden de salida de los eclesiásticos y sus libertos. Los redentores que pasan con frecuencia al Norte de África, o los que tienen una gran reputación entre los magrebíes, suelen firmar censos o dejar cantidades no pagadas si logran rescatar un mayor número de católicos, cantidades que son satisfechas en los próximos viajes al continente vecino.

El éxito de las misiones de los redentores va a depender de una serie de factores muy variables. Además de la personalidad del religioso encargado de la misión y de la experiencia que tiene en el trato con los musulmanes, las necesidades económicas de los gobernantes magre-

bíes, sus caprichos y la abundancia o carestía de los cautivos establecen el número de personas que vuelven a lograr la libertad. En muchas ocasiones, los redentores son enviados para lograr un efecto propagandístico, como es el caso de la redención de 1638 que tiene como único fin libertar a todos los ciudadanos apresados de Fuenterrabía para premiar a esta población por su victoria ante las tropas francesas que pretenden invadir el norte de la Península Ibérica. El rescate de una persona de cierta estima o de un militar significado también va impedir que la misión de los religiosos se salde con los resultados esperados. Los corsarios suelen tasar en cantidades muy elevadas a las personas que proceden de recios linajes, que detentan cargos públicos o que están relacionadas con individuos importantes de la Monarquía Hispánica de estos siglos, como es el caso de varias de las mujeres de los gobernadores de los presidios españoles en África apresadas a lo largo de estas centurias. El conocimiento por parte de los musulmanes de la tendencia a libertar rápidamente a estas figuras eleva enormemente las cifras de sus rescates, como también ocurre con los religiosos cautivos, por lo que los redentores sacrificarán el lograr un mayor número de libertos por la condición social de algunas de las personas rescatadas, o dejaran cantidades aplazadas. Las redenciones en el interior de Marruecos eran más sencillas por tener cerca presidios hispanos que podían enviar las cantidades o establecer acuerdos con sus gobernadores. Algunos redentores se acercan a Fez o Marrakech sin dinero, enviando los montantes convenidos desde los presidios cuando ha terminado la redención. Las posibilidades de presión de los rescatadores es mucho mayor por ser los cautivos menos abundantes que en las repúblicas berberiscas, por lo que el almocadén suele concederles la libertad por una menor cantidad de dinero. Los sultanes marroquíes no son demasiado partidarios de libertar a sus cautivos cuando firman los tratados de paz y amistad con Carlos III y Carlos IV por la necesidad que tenían del trabajo y los conocimientos de muchos de estos hombres. Para lograr este propósito, serán comisionados redentores para mover la voluntad de los regentes magrebíes [29].

[29] Este es el caso del tratado de paz firmado entre los sultanes marroquíes y los embajadores ingleses a finales del siglo XVIII. R. Lourido Díaz. «El rescate de varios centenares de cautivos ingleses y el tratado de paz anglo-marroquí en 1760», *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán*, 13-14, 1976, pp. 99-140.

Los redentores también serán los encargados de realizar los canjes de prisioneros durante estas centurias y, en especial, en el siglo XVIII. Los cautivos de consideración eran apartados del común para impedir que perecieran o escaparan. En los siglos XVII y XVIII, se habilitan estancias especiales en los baños, mientras que en el siglo XVIII son enviados a localidades interiores, para impedir las evasiones. Los españoles van a reaccionar de la misma manera con los cautivos argelinos. Durante buena parte del siglo XVIII, los arraeces y los dignatarios turcos y argelinos son confinados en el Alcázar de Segovia, lo que conlleva las protestas de los deys. Las acciones de canje solían ser dificultosas por las diversas pretensiones de los estados. Por lo general, se pide dos o tres musulmanes por cada español, elevándose esta proporción en algunas conversaciones realizadas en la época de los ilustrados a cinco, condiciones que no son aceptadas por los gobernantes peninsulares partidarios de un sistema paritario.

Resulta difícil fijar la cantidad media de dinero que costaba liberar a un cautivo. Sobre los cautivos de cierta consideración se pagan cifras muy elevadas, mientras que los del común se pueden liberar por montos pequeños fijados por grupos completos. Los altos funcionarios de la administración, los capitanes y altos rangos del ejército, los eclesiásticos, los nobles y los familiares de personalidades españolas eran las personas más caras de rescatar, como se puede ejemplificar en la figura de Miguel de Cervantes al que intentaban vender por 500 escudos. Entre 1665 y 1669 se realizaron cinco redenciones, en las que se liberan 1.050 personas por 230.000 pesos. Recurriendo nuevamente a los datos suministrados por Ellen Friedman, los redentores mercedarios lograron la liberación de 210 cautivos por 446.772 reales en 1645, lo que establece una media por cabeza de 2.127 reales, mientras que los trinitarios en 1649 rescatan a 92 cautivos en Argel por 120.480 reales, con lo que resulta 1.310 reales por cautivo. La liberación de mujeres y niños también resultaba bastante costosa. Durante la mayor parte del siglo XVI, los berberiscos impidieron que se pudieran rescatar a los infantes y a militares, muy prácticos en la tierra, por los daños que podía suponer su libertad para los estados berberiscos.

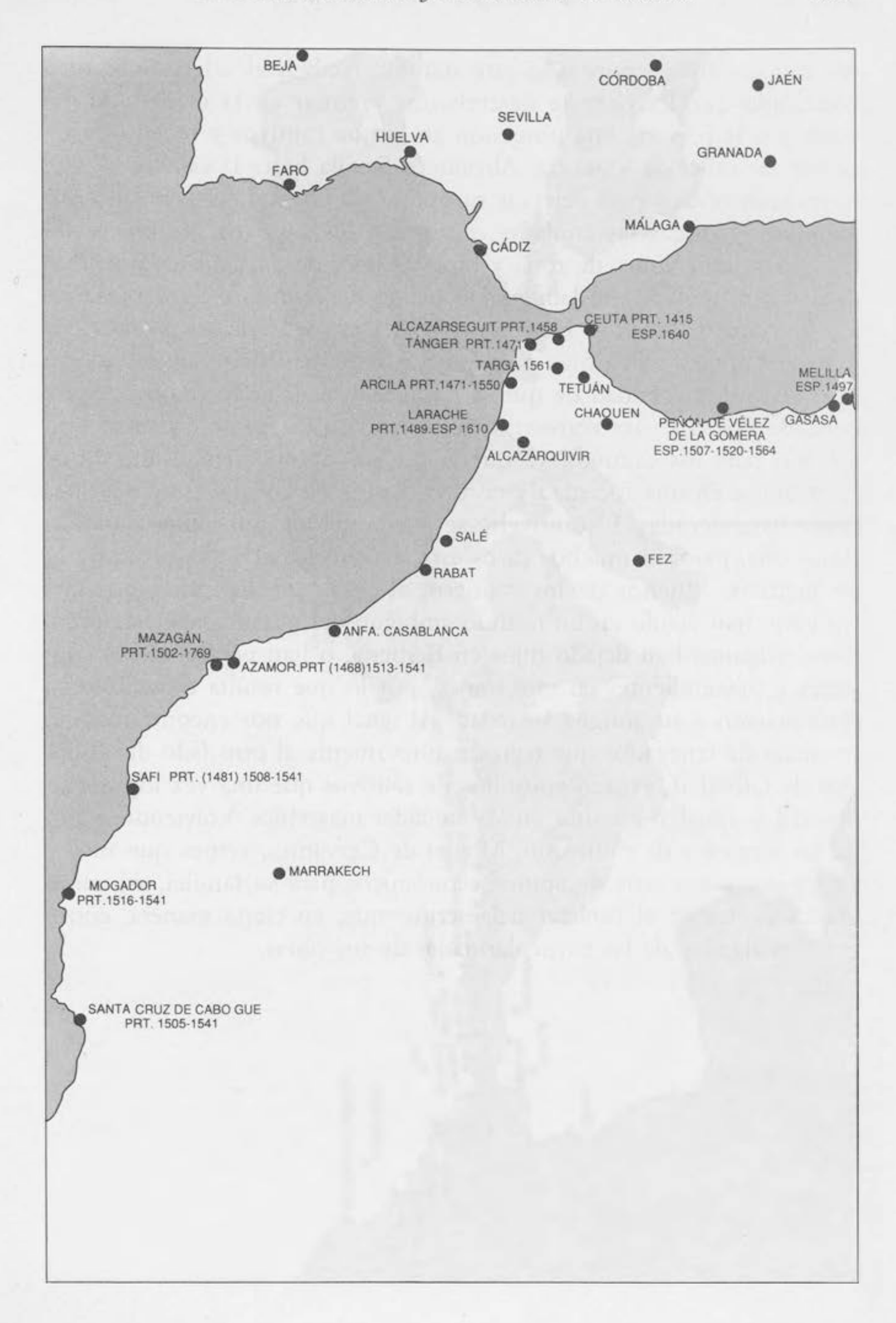
Los redentores debían de ser hombres acostumbrados a los tratos con los musulmanes, que solían formarse asistiendo a otros eclesiásticos de su orden en empresas anteriores. Además de las dificultades de las negociaciones, los eclesiásticos tenían que saber reconocer a los

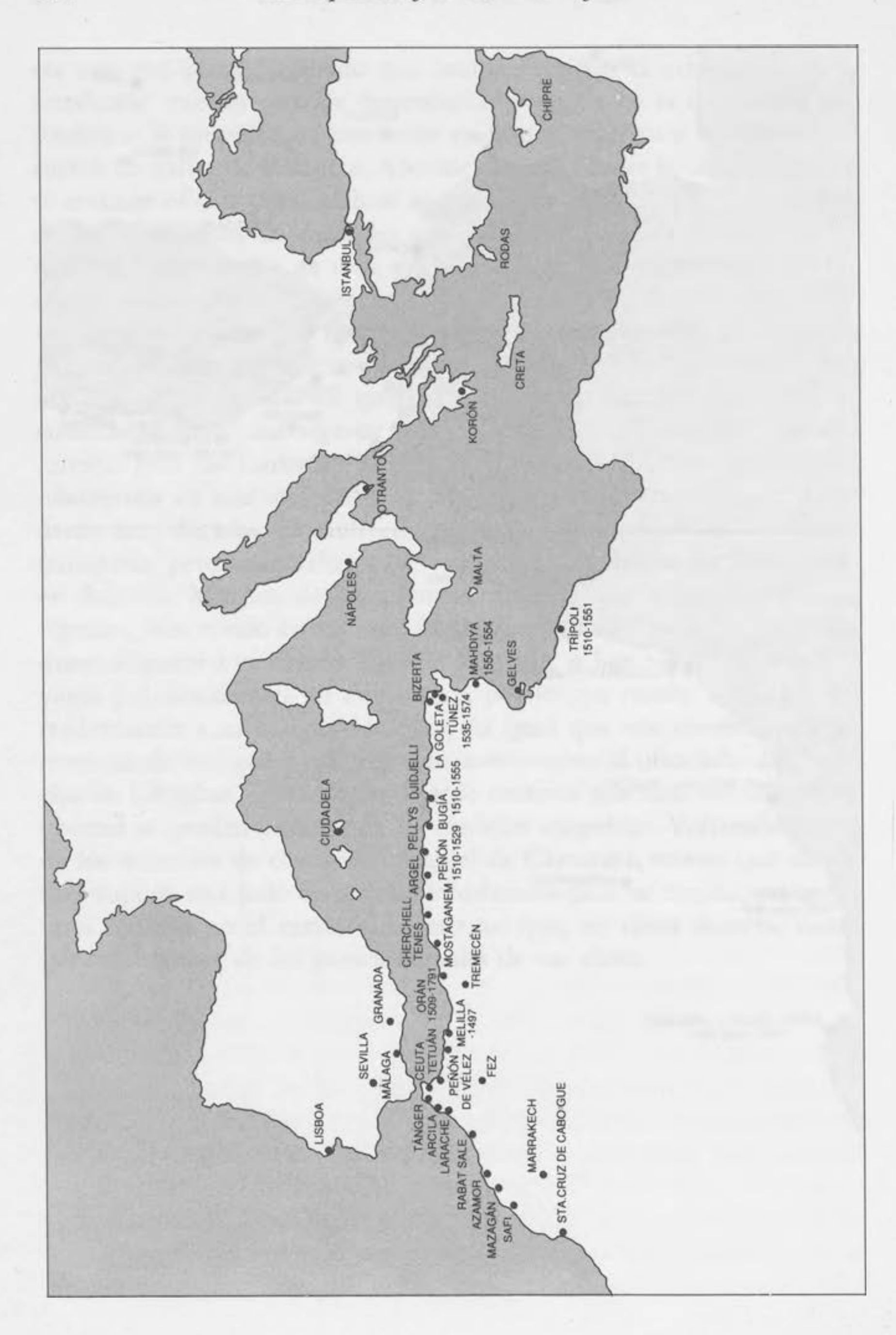
moriscos que se hacían pasar por cristianos para volver a residir en la Península y a los desertores de las guarniciones españolas en África que pensaban que se olvidarían sus faltas si desembarcaban en el otro lado del Mediterráneo confundiéndose con los cautivos libertos. También debían contar con el poder de persuasión suficiente para que un musulmán ponga en venta a un cristiano que se encuentra próximo a renegar, cuestión bastante árida y problemática.

Al igual que resulta muy dificultoso dar una cifra de los españoles apresados por los corsarios, lo es el de los que fueron rescatados. Las 82 redenciones de los mercedarios, trinitarios y franciscanos afectaron a 15.500 cautivos entre 1575 a 1764. Esta cifra sólo se refiere a las redenciones oficiales, a las que había que añadir los canjes entre particulares y gobernantes, las redenciones realizadas por mercaderes, los tratos entre particulares y los españoles que lograron huir de sus cárceles, cifra bastante elevada si atendemos a la documentación musulmana sobre esta cuestión. Los redentores españoles no solían salir de los límites geográficos del Magreb, por lo que carecemos de cifras referentes a redenciones realizadas por eclesiásticos de otros países en Turquía y las islas del Egeo, lugares donde son alojados un gran número de españoles, así como la de huidos en las embarcaciones de los comerciantes italianos, ingleses, holandeses y franceses que se suelen acercar a las aguas del Mármara y del Adriático. La última redención oficial se realiza en 1768-1769, año que coincide con el inicio de las negociaciones de paz entre España y la Sublime Puerta. Este dato no significa que se acabara con la liberación de los cautivos españoles, ni que desaparecieran estas figuras de las urbes corsarias, como pone de manifiesto que cuando las armas francesas conquisten Argel y Túnez se da libertad a súbditos de la Monarquía Hispánica encerrados en los baños y las casas de estas dos ciudades.

Una vez concluida la redención, se tramita el permiso de salida y se pagan los derechos al gobernador de la ciudad musulmana donde se ha realizado. Al patrón de la nave se le concede un salvoconducto para que si es atacado por una embarcación corsaria no sean capturados los hombres que transporta. Cuando llegan a las ciudades españolas, son recluidos en sus naves hasta que superan la cuarentena impuesta por las autoridades portuarias. Esta medida de prevención es una consecuencia de las continuas pestes y epidemias que azotan a las ciudades del Norte de África durante la Edad Moderna, donde esta enfermedad

era casi endémica. Superado este trámite, reciben el salvoconducto o certificado que les permite desembarcar y entrar en la ciudad. Al desembarco le precede una procesión en la que cautivos y redentores recorren las calles de Valencia, Alicante o Sevilla hasta la catedral donde se realizan oficios para celebrar su puesta en libertad. Este mismo rito se repite en todas las ciudades que pasan los cautivos, recibiendo limosnas y donaciones de ropa y otros enseres de particulares e instituciones para remediar el lamentable estado en el que se encuentran estos hombres y mujeres. Después de estos actos públicos, promovidos por las órdenes redentoras para propagar los beneficios de su acción misional y la necesidad de que se continúen realizando rescates, se les concede libertad para regresar a su antiguo solar. Aquí comienza otro calvario para los cautivos, ya que a muchos de ellos les resulta difícil reintegrarse en una sociedad y en una cultura de las que están ausentes desde hace décadas. El cautiverio se puede definir como una situación transitoria, pero en muchos casos esta transitoriedad se ha prolongado en demasía. Muchos de los cautivos, al igual que los renegados que regresan, han vivido en un mundo ambiguo del que no saben desprenderse. Algunos han dejado hijos en Berbería, o han perdido a sus cónyuges y descendientes en este trance, por lo que resulta dificultosa su readaptación a su antigua sociedad. Al igual que nos encontramos referencias de renegados que regresan nuevamente al otro lado del Estrecho de Gibraltar, existen episodios de cautivos que una vez lograda su libertad se quedan a residir en las ciudades magrebíes. Volviendo a uno de los símbolos de cautiverio, Miguel de Cervantes, vemos que su rescate supuso una serie de apuros económicos para su familia, así como unas secuelas en el carácter del escritor que, en cierta manera, configuraron algunas de las particularidades de sus obras.


BEJA
CÓRDOBA
JAÉN
SEVILLA
HUELVA
GRANADA
FARO
MÁLAGA
CÁDIZ
ALCAZARSEGUIT PRT.1458
CEUTA PRT. 1415
ESP.1640
TÁNGER PRT.1471
TARGA 1561
ARCILA PRT.1471-1550
TETUÁN
MELILLA
ESP.1497
LARACHE
PRT.1489.ESP.1610
CHAOUEN
PEÑÓN DE VÉLEZ
DE LA GOMERA
ESP.1507-1520-1564
GASASA
ALCAZARQUIVIR
SALÉ
FEZ
RABAT
ANFA. CASABLANCA
MAZAGÁN.
PRT.1502-1769
AZAMOR.PRT (1468)1513-1541
SAFI PRT. (1481) 1508-1541
MARRAKECH
MOGADOR
PRT.1516-1541
SANTA CRUZ DE CABO GUE
PRT. 1505-1541



CHIPRE
RODAS
ISTANBUL
CRETA
KORÓN
OTRANTO
NÁPOLES
MALTA
TRÍPOLI
1510-1551
MAHDIYA
1550-1554
GELVES
BIZERTA
LA GOLETA
TÚNEZ
1535-1574
DJIDJELLI
BUGÍA
1510-1555
PELLYS
PEÑÓN
1510-1529
ARGEL
CHERCHELL
TENES
MOSTAGANEM
TREMECÉN
CIUDADELA
ORÁN
1509-1791
MELILLA
-1497
GRANADA
SEVILLA
MÁLAGA
CEUTA
TETUÁN
PEÑÓN
DE VÉLEZ
FEZ
LISBOA
TÁNGER
ARCILA
LARACHE
RABAT SALE
AZAMOR
MAZAGÁN
SAFI
MARRAKECH
STA.CRUZ DE CABO GUE

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

1415	Conquista portuguesa de Ceuta.
[illegible]	[illegible] Alfonso [illegible] de Portugal.
1453	Conquista otomana de Constantinopla.
1458	Conquista portuguesa de Alcázar Ceguer.
1469	Unión de Castilla y Aragón.
1471	Conquista portuguesa de [illegible] y Arcila.
1473	Toma portuguesa de [illegible].
1476	Fundación castellana de Santa Cruz de la Mar Pequeña.
1480	Invasión turca de Otranto.
1481	Muerte de Alfonso V de Portugal.
1483	Conquista castellana de Gran Canaria.
1492	Conquista castellana de Granada. Primer viaje de Colón.
1493	Conquista castellana de Tenerife.
1494	Tratado luso-castellano de Tordesillas: [illegible] zonas de expansión en África.
1495	Invasión francesa de Italia.
1497	Conquista española de Melilla.
1499-1501	Rebelión de los moros [illegible].
1502	Decreto de conversión al cristianismo de los moros de Castilla.
1502	Conquista portuguesa de Mazagán.
1504	Muerte de Isabel la Católica.
1505	Fundación portuguesa de Santa Cruz de Cabo de Gué.
1507	Toma española del Peñón de Vélez de la Gomera.
1509	Conquista española de Orán.
	[illegible]
1510	Conquistas españolas: [illegible] y Trípoli.
1511	Conquista portuguesa de [illegible].
1512	[illegible]
	[illegible]

CRONOLOGÍA

1415	Conquista portuguesa de Ceuta.
1449	Sube al trono Alfonso V «el africano», de Portugal.
1453	Conquista turca de Constantinopla.
1458	Conquista portuguesa de Alcazar Seguir.
1469	Unión de Castilla y Aragón.
1471	Conquista portuguesa de Tánger y Arcila.
1473	Toma portuguesa de Larache.
1476	Fundación castellana de Santa Cruz de la Mar Pequeña.
1480	Invasión turca de Otranto.
1481	Muerte de Alfonso V de Portugal.
1482	Conquista castellana de Gran Canaria.
1492	Conquista castellana de Granada. Primer viaje de Colón.
1493	Conquista castellana de Tenerife.
1494	Tratado luso-castellano de Tordesillas repartiendo las áreas de intervención en África.
1495	Invasión francesa de Italia.
1497	Conquista española de Melilla.
1499-1501	Rebelión de los moros de Granada.
1502	Decreto de conversión al cristianismo de los moros de Castilla.
1502	Conquista portuguesa de Mazagán.
1504	Muerte de Isabel la Católica.
1505	Fundación portuguesa de Santa Cruz de Cabo Gué.
1507	Toma española del Peñón de Vélez de la Gomera.
1509	Conquista española de Orán.
	Aparición de los primeros Sa'díes en Marruecos.
1510	Conquista española del Peñón de Argel, Bugía y Trípoli.
1513	Conquista portuguesa de Azamor.
1516	Muerte de Fernando el Católico.
	Llegada de Oruç Barbarroja a Argel.

1518	Primera expedición española contra los turcos en el Norte de Africa. El sitio de Tremecén.
1520	Expedición a Djerba.
1521	Rebelión de los Comuneros.
1521	Conquista turca de Belgrado.
1522	Conquista turca del Peñón de Vélez.
1522	Conquista turca de Rodas.
1525	Los españoles recuperan Vélez.
1525	Conquista turca de Argel.
1529	Los españoles pierden el Peñón de Argel.
1529	Sitio turco a Viena.
1531	Conquista española de Hona.
1532	Asalto de Carlos V a Koron.
1534	Conquista turca de Túnez.
1535	Saco de Carlos V a Túnez.
1535	Conquista turca de Hona.
1536	Primer acuerdo franco-otomano.
1541	Expedición fracasada de Carlos V a Argel.
	Conquista de Santa Cruz de Cabo Gue. Evacuación portuguesa de Safi y Azamor.
1552	Salah Rais, beylerbey de Argel.
1554	Conquista de Fez por los Sa'díes.
1555	Conquista turca de Bugía.
1556	Ascensión al trono de Felipe II.
	Sitio turco de Orán.
1557	Sube al trono don Sebastián de Portugal.
1558	Muere Carlos V. Desastre de Mostaganem. Toma turca de Ciudadela de Menorca.
1559	Paz con Francia. Se inician conversaciones hispano-otomanas.
1560	Desastre español en Djerba.
1565	Toma turca de Malta.
1569	Toma turca de Túnez.
1570	Conquista turca de Chipre.
1570	Guerra de las Alpujarras.
1571	Lepanto.
1573	Don Juan de Austria toma Túnez.
1578	Batalla de Alcazarquivir.
1580	Unión de las Coronas de España y Portugal.
	Armisticio hispano-otomano.
1598	Muere Felipe II.
1601	Intento fallido de ataque español a Argel.

1603	Muere el sultán de Marruecos Aḥmad al-Manṣūr.
1610-14	Expulsión de los Moriscos.
	Conquista de La Mamora.
1609	Saqueo del puerto de Túnez por Luis de Fajardo.
1610	Cesión de Larache a los españoles.
1612	Saqueo de Túnez por el Marqués de Santa Cruz.
1621	Muere Felipe III.
1689	Pérdida española de Larache.
1691	Pérdida española de Arcila.
1708	Pérdida española de Orán y Mazalquivir.
1732	Recuperación española de ambas plazas.
	Fracaso de la expedición de O'Reilly contra Argel.
1736	Tregua hispano-marroquí.
1760	Carlos III llega a Madrid como rey de España.
1769	Evacuación portuguesa de Mazagán.
1774-75	Guerra hispano-marroquí. Asedio a Melilla, Ceuta y Alhucemas.
1783	Tratado de amistad, paz y comercio con Turquía.
1783-85	Expediciones contra Argel.
1791	Pérdida de Orán.

BIBLIOGRAFÍA

La presencia española en el Norte de África, así como la expansión portuguesa por el Atlántico marroquí, es uno de los temas más reseñados desde el momento en el que se produce hasta nuestros días. Un compendio general de la misma la establecimos Mercedes García-Arenal, Miguel Angel de Bunes y M.ª Victoria Aguilar en el libro titulado *Repertorio bibliográfico de las relaciones entre la Península Ibérica y el Norte de África (siglos* XV-XVI*). Fuentes y bibliografía*, Madrid, 1989. Aunque la nómina de publicaciones es muy abundante, como muestran las cerca de novecientas referencias recogidas en este volumen para los siglos del tránsito de la Edad Media a la Moderna, la casi totalidad de ellas son trabajos breves dedicados a narrar acontecimientos concretos y muy limitados en el tiempo. La mayor parte de los artículos y libros sobre la presencia hispana en el otro lado del Mediterráneo se publican desde finales del siglo pasado hasta la década de 1950, momento que coincide con la existencia de un protectorado en Marruecos. Es, por lo tanto, una bibliografía marcada por una empresa colonial, en la que es muy fácil detectar la búsqueda del «ser español» en el enfrentamiento con los musulmanes rifeños, por lo que se recurrirá al pasado para establecer un continuismo en la presencia española en el continente vecino. También van a ser trabajos que intentan demostrar que la empresa africana fue tan importante como otras que emprende la Monarquía Hispánica en las primeras centurias de la Edad Moderna, e incluso de un alcance mayor por su dilatada duración en el tiempo.

Tampoco es mucho más positiva la visión que se puede establecer del análisis de la producción histórica del otro lado del Estrecho de Gibraltar. Argelinos, tunecinos y, sobre todo, marroquíes, han buscado en el enfrentamiento con los soldados españoles y portugueses de los presidios los elementos de su carácter nacional, o de un incipiente nacionalismo que siempre se ha visto truncado por las apetencias colonialistas europeas.

Después de esta aproximación general a la biliografía, la conclusión que se deduce es obvia y lógica. La mayor parte de las obras con las que contamos en la actualidad se refieren a la narración de hechos de armas, al desarrollo de guerras de sitios, descripción de posiciones militares, cautivos, misiones redentoras, acciones de corso y piratería, embajadas, tratados y conquistas de plazas. Es una historiografía donde predominan los trabajos de historia militar, política, diplomática y de los sucesos particulares sobre los que se reflexiona a través de la evolución de los acontecimientos. La mayor parte de las acciones son conocidas por el fácil recurso a la publicación de un memorial o una serie documental inédita, propia de un sistema historiográfico en el que prima la erudición sobre la reflexión y la extrapolación. La defensa y la exaltación de postulados nacionales y nacionalistas, el decantamiento por las realizaciones concretas de un monarca o un sultán y la falta de información sobre las premisas en las que se basan las acciones de los enemigos son sus elementos más distintivos. Por lo referido hasta el momento presente, lo que falta en el conocimiento de la acción española y portuguesa, aunque esta última en menor medida por haber contado con historiadores de innegable talla que han salvado a la producción lusitana de muchas de las carencias referidas en estas líneas, son visiones globales en las que entran en liza las diversas cuestiones que están en litigio en estas centurias. El Mediterráneo occidental, entre los siglos XV y XVIII, no se puede comprender desde unas posiciones tan rígidas y parciales como las mantenidas hasta el momento presente, ya que en su evolución influyen factores propios y extraños a los que se generan en sus aguas, y sólo cuando se produzca esta renovación historiográfica, que en otros campos y áreas ya se ha constatado perfectamente, podremos entender en toda su dimensión su historia.

A lo largo del texto que antecede a estas notas bibliográficas, hemos ido recogiendo los trabajos más importantes sobre cada una de las materias descritas, con el fin de dar una orientación bibliográfica al lector que se aproxime por primera vez a este tema. En las páginas que siguen sólo recogeremos las obras y los autores más importantes y significativos, remitiendo a las notas de los capítulos específicos para ampliar las referencias sobre las cuestiones tratadas.

La primera referencia bibliográfica es obvia y obligada, ya que se refiere al excelente trabajo de F. Braudel, *La Mediterranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París, 1949. Cualquier aproximación a la historia del Mediterráneo en la Edad Moderna debe partir de la lectura de esta obra que define en la unidad de diversos aspectos de la vida de este mar (geográficos, económicos, demográficos, de códigos morales, de estructuras familiares,...), para llegar a definir la idea de la homogeneidad de las civilizaciones que existen en este espacio. Pero para el caso concreto del tema definido en este libro tam-

bién es imprescindible la consulta del artículo del autor citado: «Les espagnols et l'Afrique du Nord, de 1492 à 1577), *Revue Africaine*, 69, 1928, pp. 184-233; 351-410, en el que establecen las características y los ritmos de la entrada española en el Magreb en el siglo XVI, trabajo que en sus líneas generales aún está completamente vigente.

Algunas de las tesis de planteamiento de Braudel han sido rebatidas recientemente por A.C. Hess, *The forgotten frontier. A history of the Sixteenth Century Ibero-African frontier*, Chicago-Londres, 1978, en la que examina el mundo mediterráneo desde una perspectiva diferente, el de la divergencia de civilizaciones. Hess, después de la consulta de la documentación otomana, formula una historia en la que se culmina la larga y fértil superposición de civilizaciones del medievo, para que en la Edad Moderna se conviertan en divergentes.

En los análisis de Braudel y de Hess se aprecia la carencia de referencias concretas al Magreb. Los dos historiadores, uno desde la documentación española y el otro desde la turca, dejaron a un lado los procesos históricos marroquíes, que fueron establecidos por A. Cour en *L'établissement des dynasties des chérifs au Maroc et leur rivalité avec les Turcs de la régence d'Alger (1509-1830)*, París, 1905. Cour mantiene que la presencia extranjera en el Norte de África posibilitó una reacción de tipo nacionalista, después de una profunda crisis religiosa, uniendo a los dispersos habitantes de Marruecos en torno a sus jefes religiosos. Este tema ha sido revisado recientemente por Mercedes García-Arenal en su artículo «Mahdí, murabit, sharif: l'avènement de la dynastie sa'dienne», *Studia Islamica*, LXXI, 1990, pp. 77-114. La política exterior de la nueva dinastía Sa'dí explica muchos de los acontecimientos de la presencia hispana en el Magreb, como ha puesto de manifiesto el trabajo de D. Yahya, *Morocco in the Sixteenth Century. Problems and patterns in Africa foreing policy*, Londres, 1981.

Además de las crónicas e impresos españoles y portugueses contemporáneos a la expansión Ibérica por el otro lado del Mediterráneo, reseñadas a lo largo de las notas del presente libro, en la actualidad contamos con dos publicaciones que recogen series documentales que resultan inprescindibles para un acercamiento al tema, sobre todo en lo referente a los siglos XV al XVII. Varios tomos completos de la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España (Codoin)* transcriben documentación sobre la conquista de plazas y los otros acontecimientos de la presencia cristiana en África, tales como la batalla de Alcazarquivir. Más específica aún es la colección que lleva como título *Les Sources Inédites de l'Histoire du Maroc*. En sus cerca de 30 volúmenes, publicados bajo la dirección de H. de Castries, P. de Cenival, R. Ricard y Ch. de la Véronne, según las épocas en las que se divide esta larga serie documental, es posible seguir los acontecimientos por medio de los testimonios de sus protagonistas.

La expansión lusitana por África ha sido estudiada por D. Lopes, «Les portugais au Maroc», *Revue d'Histoire Moderne*, 14, 1939, pp. 337-368; P. de Cenival y, sobre todo, por R. Ricard, *Les Portugais au Maroc*, Coimbra, 1955. La amplia producción de este último autor ha sido recopilada por Ch. de la Véronne y M. García-Arenal en la revista *Al-Qantara*, VI, 1985, pp. 542-548. En la actualidad, los estudios sobre la expansión lusitana en Marruecos están siendo actualizados y sistematizados por B. Rosenberger, como muestra su reciente artículo sobre «Le Portugal et l'Islam Maghrebin xve-xvie siècles», *Colloque sur la Histoire du Portugal. Histoire Européenne*, París, 1987, pp. 59-83.

Un intento de actualización y aglutinación de los trabajos dedicados a la presencia de los españoles y los portugueses en el Norte de África se ha intentado llevar a la práctica en el reciente coloquio sobre las *Relaciones de la Península Ibérica con el Norte de África siglos* XIII-XVI, publicado en Madrid en 1988, en el que se dieron cita la mayor parte de los investigadores que en la actualidad se dedican a este espacio. Igualmente relevante como monografía de conjunto, aunque circunscrita al ámbito argelino, es el reciente libro de M. de Epalza y J.B. Vilar sobre *Planos y mapas hispánicos de Argelia siglos* XV-XVIII, Madrid, 1988. La visión que los españoles tenían sobre los musulmanes y su medio geográfico, así como las justificaciones ideológicas de la expansión, han sido fijadas por M.A. de Bunes en *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos* XVI *y* XVII. *Los caracteres de una hostilidad*, Madrid, 1989.

La presencia española en el Norte de África, y en especial durante el reinado de Carlos III, es bastante conocida gracias a los abundantes trabajos de M. Arribas Palau, entre los que resultan especialmente relevantes sus «Estudios e impresos sobre las relaciones entre España y Marruecos en el último tercio del siglo XVIII», *Jornadas de Cultura Árabe e Islámica*, Madrid, 1981, pp. 419-432; V. Rodríguez Casado, *Política marroquí de Carlos III*, Madrid, 1946; y R. Lourido Díaz, *Marruecos en la segunda mitad del siglo* XVIII *(Vida interna: política, social y religiosa durante el sultanato de Sīdī Muḥammad b. 'Abd Allāh, 1757-1790*, Madrid 1978.

Entre los divergentes temas tratados en el epígrafe del presente volumen que lleva como título la nueva frontera entre la Cristiandad y el Islam en la Edad Moderna citaremos sólo los más importantes de cada uno de sus apartados. Sobre el corso aún siguen siendo útiles los clásicos estudios de S. Bono, *I corsari barbareschi*, Turín, 1964, que establece la importancia de los renegados en las marinas corsarias argelinas y tunecinas y sus repercusiones sobre la vida del litoral del sur de Italia, y el de G. Fisher, *Barbary Legend. War, trade and piracy in North Africa, 1415-1830*, Oxford, 1957, en el que reseña la evolución de la ciudad berberisca según el corso va evolucionando, teniendo relevancia el estudio sobre los beneficios y los costos del robo con patente en el Mediterráneo en la Edad Moderna, con los que sitúa esta cuestión en sus parámetros

reales. Sobre el cautiverio español ha salido recientemente el trabajo de E.G. Friedman, *Spanish captives in north Africa in the early Modern Age*, Wisconsin, 1983, que sintetiza la gran cantidad de crónicas sobre el cautiverio y las Órdenes Redentoras que existían, y también relaciona la situación de los cautivos de ambas orillas de la frontera entre la Cristiandad y el Islam. Uno de los grupos humanos menos conocidos del Mediterráneo en estas centurias, como es el de los renegados, está siendo puesto al día por R.I. Burns, «Renegades, adventurers, and sharp businessmen: the thirteenth-century spaniard in the cause of Islam», *The Catholic Historical Review*, LVIII, 1972, pp. 341-366; y, sobre todo, B. y L. Bennassar, *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid, 1989, que intentan reconstruir la vida de estos apóstatas recogiendo los testimonios de los procesos inquisitoriales cuando eran juzgados a su vuelta, bien sea voluntaria o por un apresamiento, a los países europeos ribereños del Mediterráneo.

La empresa del Norte de África, aunque fallida en sus resultados finales, tuvo una gran importancia en la mentalidad de los españoles, como se aprecia en su reflejo en las obras de los literatos del Siglo de Oro, como han analizado S. Carrasco Urgoiti, *El moro de Granada en la literatura*, Madrid, 1956; y A. Mas, *Les Turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, París, 1967.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de junio de 1992.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de junio de 1982.

El libro *Los españoles y el Norte de África. Siglos XV-XVIII*, de Mercedes García Arenal y Miguel Ángel de Bunes, forma parte de la Colección «El Magreb», que analiza las relaciones complejas y necesarias mantenidas durante los últimos seiscientos años entre el Magreb y la Península Ibérica.

COLECCIÓN EL MAGREB

- Españoles en el Magreb, siglos XIX y XX.
- Los moriscos antes y después de la expulsión.
- El Protectorado de España en Marruecos.
- España-Magreb, siglo XXI.
- Los españoles y el Norte de África. Siglos XV y XVIII.

En preparación:

- El Magreb y España.
- Portugal en el Magreb.
- Política exterior de los países magrebíes.
- Emigración magrebí hacia Europa.
- Economía política del Magreb.
- España y el Magreb, siglos XVII y XVIII.
- El Islam magrebí hoy.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.



EDITORIAL
MAPFRE